

البيط
AL-BASIT

REVISTA DE ESTUDIOS ALBACETENSES



SEGUNDA EPOCA • AÑO X • NUMERO 15 • OCTUBRE 1984

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALBACETENSES
C.S.I.C. CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES

EL MUSEO DE ALBACETE: PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Por Samuel DE LOS SANTOS GALLEGO*

Cuando al iniciarse la organización de las Primeras Jornadas de Arqueología de Albacete su Director, Juan Blánquez, me propuso dar una primera charla sobre el tema *El Museo de Albacete: presente y futuro*, vacilé antes de aceptar.

En ellas, se trataba de ofrecer un panorama general de los trabajos arqueológicos realizados en la Provincia en los últimos cinco años, de exponer los métodos empleados en su ejecución, los materiales hallados, los resultados científicos obtenidos y, al mismo tiempo, plantear el estado actual de cuestiones tan importantes como son los problemas de las relaciones culturales de nuestra provincia con los ámbitos geográficos circunvecinos en los distintos períodos de la Pre y Protohistoria.

Ciertamente no aparecía suficientemente justificada mi intervención, al menos aparentemente, ya que durante el último quinquenio no hemos realizado personalmente trabajos sistemáticos de excavación, habiendo sido los ultimamente llevados a cabo los que hicimos en Balazote en 1976 (Camino Viejo de las Sepulturas) y en 1977 en Tarazona de la Mancha (Casa de los Guardas). Los motivos de esta aparente inactividad fueron fundamentalmente dos: la absoluta necesidad de dedicar todo nuestro tiempo a las muy diversas labores que la dirección de un centro museístico como el de Albacete lleva consigo - si se quiere que cumpla con la elevada y compleja misión que un Museo moderno y eficaz tiene encomendada - y, en segundo lugar, otras motivaciones menos obvias y conocidas, como la problemática administrativa y económica que supone la realización de una campaña de excavaciones con las normas actualmente en vigor.

Sin embargo, pensamos que quizás fuera conveniente exponer en esta charla algunos puntos para justificar esta aparente desvinculación personal nuestra de la arqueología práctica.

En primer lugar, ese apartamiento o inactividad no existen. El Museo,

*Director del Museo de Albacete.

con la Dirección Provincial de Cultura, constituye en la actualidad el centro principal de recepción y control de las noticias acerca de hallazgos casuales, trabajos de excavación clandestinos, expolios, saqueos y destrucciones en yacimientos denunciados - excavados o en curso de excavación - daños en abrigos con pinturas rupestres, supuestos yacimientos, etc. etc. Ello supone la necesidad de efectuar numerosos viajes para la comprobación y valoración de tales denuncias y daños - desplazamientos que hemos de realizar casi siempre por nuestra cuenta y sin contar con los medios adecuados - para presentar luego el correspondiente informe a la Subdirección General de Arqueología y a las autoridades provinciales y locales, proponiendo después la adopción de medidas de protección, la realización de trabajos de excavación con carácter de urgencia o la planificación de campañas sistemáticas de más envergadura. Así lo hemos hecho siempre y lo seguiremos haciendo en el futuro, si las autoridades competentes no adoptan otro criterio.

Otro segundo punto a tener en cuenta es que los largos años de permanencia en esta provincia (en 1948 llegamos a ella a colaborar en las excavaciones que por aquel entonces practicaba en el Llano de la Consolación D. Joaquín Sánchez Jiménez y desde 1951 fijamos ya con carácter permanente nuestra residencia aquí) han hecho que hayamos obtenido infinidad de datos que se recogerán en una *Carta Arqueológica de la Provincia* - actualmente en preparación - y que siempre hemos puesto a disposición de los investigadores y técnicos en excavación que nos consultaron. Así por ejemplo, dimos los primeros informes e hicimos los primeros trabajos que condujeron al descubrimiento del monumento funerario ibérico de Pozo Moro (Chinchilla), si bien luego, por razones conocidas fuimos apartados de los trabajos de excavación y Albacete privada de la conservación "in situ" o al menos en su Museo de un monumento que creemos fundamental para el estudio de las culturas de la II Edad del Hierro en España.

También cuando Santiago Broncano, nuestro querido amigo y excelente excavador, nos consultó acerca de la conveniencia de estudiar un poblado ibérico de importancia que contribuyera a la solución de los numerosos y complejos problemas que la cultura ibérica plantea, no dudamos en aconsejarle la excavación del Cerro de El Amarejo, en las proximidades de Bonete, ya que nuestras prospecciones en aquel lugar nos permitían suponer fundamentalmente que tal yacimiento, sólo citado bibliográficamente y objeto de peligrosas visitas de curiosos y aficionados, era de enorme interés. Una de las conferencias que se pronunciarán en estas "Jornadas" y la exposición de los materiales hallados confirman nuestra suposición.

Igual sucedió cuando esa tenaz, concienzuda e inteligente investigadora de la Edad del Bronce que es Conchita Martín Morales nos habló de su propósito de estudiar un yacimiento perteneciente a ese período en Albacete:

le propusimos la excavación de la llamada Morra de Lechina, en Munera, si bien ella, por razones muy estimables, prefirió hacer la de la próxima Morra del Quintanar, otro de los yacimientos cuyos materiales se exponen ahora.

Fuimos también los que denunciarnos la destrucción inminente de la necrópolis del Tesorico, cuya investigación como trabajo de urgencia realizó nuestro cordial amigo Santiago Broncano. Y por último, transmitimos las primeras noticias y recogimos los materiales hallados por Santiago Nuñez y que, más tarde, dieron lugar a la investigación de la necrópolis de El Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo), exhaustivamente excavada por Juan Blánquez y su equipo con excelentes resultados. Esperamos que en breve este mismo grupo estudie el cercano yacimiento existente en Los Villares, del mismo término municipal, del que también le suministramos información.

Las precedentes observaciones solo pretenden justificar nuestra intervención en esta tarde, por una parte, y por otra, expresar la mayor gratitud hacia quienes con el mayor rigor científico, altamente encomiable, atendieron nuestras sugerencias y peticiones, llevando a cabo unos trabajos que consideramos modélicos tanto en lo que se refiere a la excavación propiamente dicha, como al trabajo de restauración y estudio científico de los yacimientos. Todos ellos se han esforzado después en la organización de las Jornadas y en el montaje de la exposición.

Dicho esto, pasemos al tema de esta charla: El Museo de Albacete.

Para llegar a Albacete es necesario andar los rectos caminos de la Mancha, decíamos en una publicancioncilla sobre estas llanas tierras. Al acercarse por ellas a nuestra capital, la mayor parte de quienes discurren velozmente por aquellos queda sorprendida al ver, de refilón, el anuncio del Museo de Albacete. Sorpresa que aumentará probablemente cuando, esperando ver un poblachón manchego, la tópica ciudad de las navajas, las botas y los gazpachos, se encuentren en su rodar hacia la costa, con una ciudad moderna, dotada de anchos y bien iluminados viales, rodeada de jardines con notables esculturas, con edificaciones de arquitectura quizás no siempre bella, pero al menos funcional.

Y en ella, en una de sus zonas más bellas y acogedoras, el Parque de Abelardo Sánchez, el Museo, edificio de arquitectura armónica y equilibrada, perfectamente encajada - al menos así lo creemos - en un entorno natural gratísimo y cuyo autor ha sabido respetar, e incluso en algunos casos potenciar, cosas tan importantes como el paisaje y la vegetación que envuelven parte de la construcción, aislándola, aunque solo sea parcialmente, de la polución y el ruido.

Un digno recipiente que habría de albergar lo que en otro tiempo se negó existiese en Albacete: un centro de trabajo, de investigación y, al mismo tiempo, de esparcimiento y recreo, de promoción artística y cultural.

No vamos a hacer en esta ocasión la historia del Museo: siempre quedaría incompleta y seguramente resultaría tediosa. Pero sí hemos de recordar una vez más que fué D. Joaquín Sánchez Jiménez, albacetense recientemente honrado por nuestro Ayuntamiento con la dedicación de una calle, quien con su esfuerzo tenaz consiguió reunir los primeros fondos, acrecentarlos con los resultados de sus incontables visitas de prospección por toda la provincia, excavando yacimientos como la Dehesa de Caracoles, el Llano de la Consolación, Pozo Cañada, Tiriez, Hoya de Santa Ana, El Tolmo de Minateda, El Cerro de los Santos y tantos otros. También él, haciendo uso de sus dotes de persuasión o aplicando la legislación vigente, obtuvo que los propietarios de objetos interesantes los donasen al Museo o que se impidiese la acción vandálica de expoliadores y excavadores clandestinos. Por todo ello, y con suma justicia en nuestra opinión, la Excma. Diputación primero y el Estado después dieron su nombre al Museo Arqueológico de Albacete. Más tarde, al ampliarse el contenido de éste con las secciones de Bellas Artes y Etnología quedó reservado el nombre del fundador para la primera de aquellas, dándose el de Benjamín Palencia a la segunda como muestra de gratitud por su generosísimo legado. Fallecido D. Joaquín y cumpliendo su voluntad, su viuda e hijos decidieron donar al Museo su interesante biblioteca especializada en Arte, Arqueología e Historia que constituyó el fondo inicial de la actual Biblioteca "Sánchez Jiménez" de nuestro centro.

El año 1968 fué sumamente importante para la vida del Museo: en él se decide la construcción del nuevo edificio por el Ministerio de Educación y Ciencia sobre terrenos cedidos por el Excmo. Ayuntamiento y con planos del entonces arquitecto de la Excma. Diputación, D. Antonio Escario. La construcción habría de albergar dignamente las tres secciones del Museo: Arqueología, Bellas Artes y Etnología, más los imprescindibles servicios complementarios de Biblioteca, Salón de Actos, Sala de Exposiciones temporales, Gabinete Numismático, Laboratorios, Talleres de Restauración, depósitos de reserva para cada una de las secciones, etc.

Una de las secciones, la de Bellas Artes, quedaba subdividida en otras dos: la destinada a exponer el importante legado del artista barrajense Benjamín Palencia y la dedicada a otros artistas plásticos contemporáneos, con una especialísima atención a los albacetenses.

Al proyectarse el nuevo edificio se tuvo muy en cuenta algo que, mucho más tarde, señalaría un gran arquitecto, Giovanni SCICHLONE, quien así como Bernard FEILDEN sostienen la necesidad de colaboración estrecha entre el arquitecto - y su equipo - y el museólogo al elaborar un proyecto de Museo.

Para la planificación de tal centro no pudo contarse con un equipo tan complicado como el que SCICHLONE propone, compuesto de un adminis-

trador, un economista, un ingeniero especializado en ambiente, un museografista, etc. etc., todos ellos apoyados por un arquitecto paisajista y por otros colaboradores más, como propone VAN WENGEN y una moderna escuela de museólogos. Pero sí puedo garantizar que tanto el arquitecto autor del proyecto como quien les habla intentaron, poniendo en ello toda su capacidad, interés y dedicación, conseguir un edificio que reuniese todas o la mayor cantidad posible de las condiciones que la moderna ciencia museológica exige para que el Museo cumpla holgadamente la misión que se le encomienda, para que llegue a ser como LACOUTURE recomienda *un centro de comunicación por medio de los objetos, de educación de masas, donde el visitante pueda conocer lo que el hombre ha hecho y, lo que es más importante, lo que puede hacer.*

Era necesario en primer lugar y teniendo en cuenta el emplazamiento elegido por las autoridades del Ministerio, lograr que la construcción fuese la adecuada a un marco natural de gran belleza y con una significación entrañable para los albacetenses, que quedase perfectamente integrada en él. Aún contando con el posible riesgo de vulnerabilidad, se procuró que sus muros estuviesen rasgados por amplios ventanales que permitiesen no solo la entrada de la luz tamizada por la vegetación circundante, sino la proyección hacia el exterior bellísimo de la mirada del visitante, quizá fatigado por la contemplación de objetos posiblemente muy interesantes o bellos, pero quizá también un tanto fríos y estáticos. A conseguir este resultado tendía también el movido trazado de los muros exteriores, creando espacios que, en cierto modo, hacían penetrar el parque en el interior del edificio. Por otra parte, un gran respeto a la vegetación de mayor nobleza - los viejos árboles de grueso tronco y hermosa textura - y la escasa altura de la construcción, procurando que quedase "envuelta" por el parque y superada en altura por éste, fueron los criterios dominantes.

Teniendo en cuenta la topografía del parque y los volúmenes interiores convenientes en la construcción, fué preciso estudiar también con sumo cuidado la solución arquitectónica que permitiese lograr unas alturas de las diversas salas a un nivel que llamaríamos "humano", evitando esa sensación de agobio que nos producen algunos edificios, bien por unos volúmenes interiores excesivamente grandiosos o por todo lo contrario. Era preciso, en una palabra, evitar que el visitante sufriese una "criptofobia" o "agorafobia" que le incitase a abandonar rápidamente el Museo al que acudió precisamente en busca de descanso, de recreo, del goce de un placer estético o de su propia identidad histórica o cultural.

En lo referente a la distribución del edificio hubo también, como es lógico, unos criterios básicos. Consideramos muy importante que cada una de las zonas de la construcción, si bien debería tener un acceso principal úni-

co, gozar de la posibilidad de aislamiento, de tal forma que pudiesen funcionar independientemente incluso. La práctica nos ha demostrado la validez de la idea. Se creaba para ello una zona dedicada a los servicios de dirección, administración, biblioteca y salón de actos, incluyendo un espacio inicialmente destinado a cafetería que aún no ha podido ser instalada. Un ala del edificio, la situada a la derecha de la entrada principal por el Parque, distribuida en dos plantas de exposición y otra más de semi-sótano para almacenes y servicios, se dedicaba a Museo Arqueológico, mientras que otra, a la izquierda de la entrada citada, distribuida en tres salas a distinto nivel, pero integradas en realidad en un solo volumen, se destinaba a Museo de Bellas Artes. Entre ambos museos, una amplia galería y la Sala de Exposiciones Temporales encontraban su lugar. Quedaba así asegurado que pudiesen estar en servicio una, varias o todas las zonas, según necesidades y posibilidades de funcionamiento. Una tercera, la dedicada a Etnología, no ha podido aún ser terminada, si bien están aprobados los proyectos del arquitecto.

Otro propósito conseguido era la consecución de una gran diafanidad en los espacios y volúmenes y, en relación con ello, la mayor claridad en la exposición.

Se proponía para ello al visitante un recorrido en sentido cronológico - en el caso del Museo Arqueológico especialmente - y se diseñaban por el arquitecto Sr. Escario unas vitrinas de gran visibilidad y facilidad de traslado. Decimos "se proponía" porque en todo momento pretendemos dejar al visitante en absoluta libertad de escoger su itinerario por el Museo, si bien se le sugiere el que consideramos más conveniente para el mejor conocimiento y comprensión de las colecciones expuestas.

Pensamos, como la mayor parte de los museólogos, que quizá la labor más importante que debe realizar un centro museístico es la didáctica. Por ello, al planear la instalación - en la que tuvo un importantísimo papel el equipo "Diseño" que la realizó, el propio arquitecto y algunos compañeros y amigos: M. Osuna, S. Broncano, Paloma Amorós, Rubí Sanz, etc. - algunos de ellos participantes en estas Jornadas -, procuramos situar en cada sala el número conveniente de planos, dibujos, fotografías y textos que facilitasen la comprensión del material expuesto a un público forzosamente heterogéneo como es el que visita un Museo Provincial.

Por último, y siempre dentro de las disponibilidades presupuestarias, se dotó la edificación con los mejores sistemas de seguridad anti-robo y contra incendios así como del sistema de acondicionamiento de aire indispensable, teniendo en cuenta las características climáticas de esta población y la zona de la misma en que se encuentra el Museo.

Ese es, muy apresurada y desordenadamente expuesto, el conjunto básico

de ideas que nos guiaron al concebir el Museo de Albacete. Si fueron acertadas o no, creemos sinceramente no somos la persona adecuada para juzgarlo. Vds. por el contrario, sí. Por ello les invitamos a que, después de su visita, nos expongan las opiniones, críticas que consideren oportuno. Ellas serán las que nos ayuden a rectificar, si ello es posible, nuestros errores, a conseguir que Albacete tenga lo que sinceramente creemos se merece: un digno y eficaz Museo.

Nos quedan aún un par de cuestiones que tratar.

¿Cómo funciona? Tenemos que reconocer, bien a pesar nuestro, que no tan bien como quisiéramos. Las disponibilidades tanto de personal como presupuestarias, son escasas, como en todos los Museos españoles, nos atrevemos a decir. Pero son especialmente sensibles en lo que se refiere a personal. Concretamente nos referimos a la imposibilidad de que un sólo funcionario facultativo se ocupe de lo que en realidad son cuatro establecimientos, ya que la problemática que presenta cada una de las cuatro secciones es completamente distinta y en todo caso, compleja. Así por ejemplo, si cuidamos un aspecto que consideramos fundamental para que el Museo sea un centro de cultura vivo, las exposiciones temporales - el Museo de Albacete viene presentando una veintena de ellas cada año - no podemos ocuparnos adecuadamente de algo tan fundamental como es el departamento didáctico, con todo lo que su funcionamiento supone: explicación del Museo a los alumnos de centros docentes de todo nivel que acuden no sólo de la capital, sino de la provincia y de otras vecinas; la preparación de programas audiovisuales, videos, etc., la organización de visitas colectivas a lugares de la provincia de gran interés histórico, artístico o arqueológico... El pasado año fue posible intensificar bastante esa labor gracias a la contratación temporal de dos licenciados - Llanos Giménez y Jacinto González - que consiguieron imprimir gran actividad a este departamento, además de realizar otras funciones.

Pero si atendemos estas importantes necesidades, hemos de descuidar las que consideramos esenciales tanto para el propio centro como para la sociedad a la que nos debemos y para nosotros mismos: la labor investigadora que, hemos de decirlo con vergüenza, tenemos desatendida.

Y ¿qué diríamos de la necesidad existente de que no una sola persona, sino un equipo completo dediquen su tiempo, esfuerzo y una considerable cantidad de dinero al control de nuestro patrimonio arqueológico continuamente objeto de atentados, ataques y expolios? Diariamente - ayer hemos recibido tres - llegan a nuestro poder quejas, denuncias, protestas, peticiones de investigaciones en yacimientos conocidos o en otros detectados por hallazgos casuales o prospecciones de aficionados mejor o peor intencionados, pero casi siempre nocivas. Las atendemos en lo posible... ¡pero es tan poco

lo que podemos! Y ello contando con la absolutamente desinteresada ayuda de personas como la Sra. Sanz Gamó que desde hace ocho años o más nos presta su colaboración.

Todo ello es especialmente lamentable en un momento en que en los grandes almacenes se expenden detectores de metales a un módico precio, e incluso se suministran al comprador instrucciones detalladas para "buscar tesoros"... Esperemos que en una nueva y más completa legislación se solucionen estos problemas o, al menos, los simplifique.

Queda solamente por decir unas palabras sobre lo que creemos debiera ser el Museo en el futuro. Para no extendernos en exceso y, ya que estas Jornadas van dedicadas a la arqueología de Albacete, trataremos sólo someramente de la sección de arqueología.

En primer lugar, deseamos ardientemente que de una vez para siempre se acabe con el expolio del patrimonio arqueológico provincial tanto en beneficio de centros nacionales como en el de aficionados, coleccionistas y comerciantes. Afortunadamente esta propia exposición que hoy inauguramos es un claro índice del propósito que guía a nuestras autoridades en ese aspecto: todos, absolutamente todos los materiales hallados en las excavaciones realizadas oficialmente en estos cinco últimos años, quedan en el Museo de Albacete. Y no solamente fragmentados y guardados en unas cajas sistemáticamente ordenadas y sigladas, sino restaurados, estudiados e incluso publicados para que puedan cumplir su misión de ayudar a desentrañar los enigmas de nuestro pasado.

En segundo, queremos dotar al Museo de los medios necesarios para que pueda ser un verdadero centro de investigación: una buena biblioteca especializada, ordenada y dotada de los servicios de documentación necesarios, un laboratorio fotográfico y el personal necesario que lo atienda, y un taller de restauración que, dado el espacio de que disponemos, podría cubrir no ya las necesidades de este centro, sino de los de la mayor parte de nuestra región que carecen de este importante servicio.

En tercero, desearíamos disponer de mayores cantidades destinadas a dotar debidamente el departamento didáctico, cuyos servicios cada vez están más solicitados; las necesidades son grandes, tanto en lo referente a personal como a material. En la actualidad el sistema seguido para las visitas colectivas es: envío a primeros de curso de una circular a todos los centros docentes de la provincia, exponiéndoles la posibilidad y conveniencia de efectuar una visita programada al Museo. A aquellos que contestan manifestando su interés en realizarla y proponiendo una fecha para la misma, así como un tema principal al que desean dedicar su atención, - una cultura determinada, la sección de Bellas Artes dedicada a Benjamín Palencia o la subsección dedicada a artistas contemporáneos - se les reserva fecha y se prepara material au-

diovisual: video, audiovisuales, filmes y una persona especializada que, teniendo en cuenta el nivel de los visitantes, procure adaptar su explicación al mismo.

Esperemos que las disponibilidades económicas permitan al Ministerio dotarnos de mayor cantidad de material, así como la contratación de licenciados y pedagogos que puedan desarrollar su labor de forma continuada.

En otro orden de cosas, mencionar, aunque muy brevemente, algunos otros aspectos que complementan la labor cultural del Museo: así, se han celebrado en numerosas ocasiones conciertos y recitales musicales; proyecciones cinematográficas como las que durante estos últimos meses se están celebrando en colaboración con otros organismos y embajadas de diversos países iberoamericanos; mesas redondas; congresos y "symposia" o ciclos de conferencias. Ya se han celebrado dos de ellos sobre arte y arqueología que han contado con la colaboración de personalidades como la Dra. Lahn, el Dr. Beltrán Martínez, Dr. Bmet Correa, Dr. Muñoz Amillo, etc. así como con la acogida de un público cada vez más interesado en nuestro pasado. Actos como estos, junto a las actividades anteriormente comentadas, hacen posible el que el Museo sea un centro cultural efectivamente vivo.

Para finalizar esta exposición de nuestros deseos y proyectos, hemos de citar la esperanza de que la puesta en marcha de la Universidad de la Mancha con todo lo que ello llevaría consigo, nos permitiese la formación de un grupo de técnicos en arqueología que pueda llevar a cabo los amplios programas de investigación que la cantidad y calidad de yacimientos existentes en nuestra provincia hacen importantísimo emprender, si se quieren resolver los problemas arqueológicos del Sudeste y la región Castilla-Mancha.

Terminamos con una simple palabra dirigida al Ministerio de Cultura, Excma. Diputación Provincial de Albacete, Instituto Central de Restauración de Obras de Arte, Instituto de Estudios Albacetenses y equipo de organización y trabajo de la Exposición: GRACIAS.

S.D.L.S.G.

PIEZAS INEDITAS DEL CERRO DE LOS SANTOS EN LA CASA DE CULTURA DE YECLA

Por Mónica Ruiz Bremón

Entre los abundantes fondos que el Museo de la Casa de Cultura de Yecla (Murcia) alberga como procedentes del Cerro de los Santos, existe un pequeño grupo de fragmentos escultóricos que no han merecido aún la atención que debieran, máxime si tenemos en cuenta que el resto de los materiales allí reunidos se hallan perfectamente documentados y estudiados desde antiguo (1).

Me estoy refiriendo a los hallazgos que D. Gratiliano Nieto realizara, de manera fortuita, en el Cerro de los Santos en 1960 (2). Los frutos de su improvisada "excavación" serían llevados directamente desde el yacimiento hasta la vecina ciudad de Yecla, hábito ya sancionado por la tradición hasta el punto de haber ocasionado, en su día, la denominación de "Antigüedades de Yecla" para todos los testimonios del Cerro, a pesar de encontrarse éste situado, como es sabido, en el término municipal de Montealegre del Castillo (Albacete).

La primera y, en realidad única publicación en la que se hace referencia a estos hallazgos es debida al gran especialista en el tema del Cerro de los Santos, D. Augusto Fernández de Avilés. Este tratará de ellos en la introducción a la Memoria de su Primera Campaña de Excavación en el santuario (3), si bien de forma tangencial y como modo de refrendar su opinión sobre la necesidad de acometer una nueva excavación en el Cerro, a la vista de que la supuesta "esterilidad" de éste había sido, gracias a ellos, desmentida.

Creo pues que es perfectamente válido emplear el calificativo de "inédito" para el conjunto de estas piezas – con las salvedades que indico en su momento – ya que, hasta ahora, se encontraban privadas de la más elemental presentación individual y pormenorizada.

Según afirma A. Fernández de Avilés, los hallazgos de G. Nieto fueron:

- (1) A. Engel: "Rapport sur une mission archéologique en Espagne. (1981)". *Nouvelles Archives des Missions Scientifiques et Littéraires*. 111, 1892; P. Paris: "Sculptures du Cerro de los Santos". *B. H.* III (1901), 113-123; A. Fernández de Avilés: "Escultura del Cerro de los Santos. La colección del Colegio de los PP. Escolapios de Yecla". *A. Esp. A.* (1948) 360 ss.
- (2) Quiero agradecer, desde estas líneas, el interés prestado por el Sr. Nieto y su amabilidad al estudiar personalmente las piezas aquí presentadas.
- (3) A. Fernández de Avilés: "Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete): Primera Campaña. 1962". *Excavaciones Arqueológicas en España*. 55, 1966.

una figura acéfala masculina, dos cabezas masculinas, dos fragmentos de torsos masculinos y dos bases femeninas (4).

Ahora bien, esta relación no coincide, en su totalidad, con los materiales que, en la Casa de Cultura y por deducción, tendrían que proceder de los hallazgos de G. Nieto una vez apartadas las piezas documentadas por A. Engel en 1891, P. Paris en 1901 y el propio A. Fernández de Avilés en 1948.

Haré pues una diferenciación entre las piezas que pertenecen, con seguridad, a la "excavación" de G. Nieto (5) y aquéllas que, forzosamente, tuvieron que incorporarse al museo en una fecha incierta entre 1948 - año en que A. Fernández de Avilés realiza el último catálogo de esta colección - y el momento en que escribo estas líneas.

Entre las primeras se encuentra la gran figura acéfala, una cabeza masculina, dos fragmentos inferiores masculinos y otros dos femeninos. Es decir, que faltarían una cabeza y dos torsos masculinos y sobrarían, por el contrario, los fragmentos inferiores masculinos para que esta relación coincidiera, de forma absoluta, con la que nos proporcionaba A. Fernández de Avilés en 1965.

En el segundo grupo de piezas, excluidas tanto de la publicación de A. Fernández de Avilés como de la identificación personal de G. Nieto, se encuentran tres fragmentos inferiores masculinos, uno femenino y el detalle de una mano con cuenco.

Ante esto y dado que se encuentra fuera de toda duda el rigor científico de ambos autores, sólo cabe suponer que los fragmentos recogidos en 1960 fueran repartidos entre el museo yeclano y otros depósitos, quizás el propio Museo Arqueológico Nacional, cuya nutrida colección del Cerro de los Santos no ha sido revisada de manera global desde principios de siglo (6).

B | Figura acéfala masculina (Figs. 1—4).

0'93 × 0'28 × 0'29 m. Caliza rojiza

Esta es, con mucho, la pieza más interesante de la colección, en virtud tanto de su envergadura y buen estado de conservación como de sus elementos formales y estilísticos.

Dada la claridad de sus rasgos omito una descripción pormenorizada de los mismos, ampliamente suplida por las ilustraciones. No obstante, es de interés destacar algunos de ellos, tales como la desnudez de sus pies, hecho ya apuntado por A. Fernández de Avilés (7); el manto de doble vuelta que cubre

(4) A. Fernández de Avilés: *op.cit.* en nota 3. P.6, n.5.

(5) Identificadas personalmente por el Sr. Nieto en octubre de 1984.

(6) J. R. Mélida: "Las esculturas del Cerro de los Santos. Cuestión de autenticidad" (Madrid, 1906).

(7) A. Fernández de Avilés: *op. cit.* en nota 3. p.21.

casi por completo a la figura, dejando únicamente al descubierto la parte superior de la túnica, de mangas cortas; los brazaletes, que adornan ambos brazos; el abultamiento del ropaje en el lateral izquierdo, a la altura de la cadera, que nos indica la presencia, bajo el manto, de la falcata; la caída "fuera de plomo" de los pies con respecto a la figura; el trabajo en los laterales y parte superior del dorso, quedando simplemente alisado el resto, etc.

Al margen de la sucinta y mera cita de A. Fernández de Avilés sobre la existencia de esta pieza, la encontramos únicamente publicada por A. García y Bellido de *Arte ibérico en España* (8), en donde se la relaciona de manera directa con la "Gran Dama" de este mismo Santuario en virtud del plegado rígido y geométrico de los paños, el aspecto de paralelepípedo que, en conjunto, presentan ambas, etc. La semejanza estilística de esta obra con la "Gran Dama" es, desde luego, innegable y, por mi parte, me atrevería a señalar para ambas la misma mano o taller, lo que nos conduciría, obviamente, a una misma cronología.

Sobre este último aspecto propongo una fecha tardía en la evolución del arte ibérico, si no dentro, ya, del llamado período de "arte hispanorromano provincial" (9), es decir, quizás entre los siglos III y I a. JC.

Cabeza masculina (Figs. 5—6).

0'17 x 0'11 x 0'09 m. Caliza amarillo-grisácea.

Constituye ésta, en realidad, un fragmento de cabeza, puesto que falta toda la parte posterior del cráneo, sesgado en vertical por detrás de las orejas. Estas son decorativas y la derecha, al menos, porta un pendiente amorcillado (10). El rostro presenta grandes ojos ovales y globulosos, separados de la nariz, rectos y con párpado superior. De la nariz puede deducirse, únicamente, su longitud, breve, ya que no su volumen, muy desgastado. En cuanto a la boca, presenta ésta una ligera sonrisa y resulta bien dibujada, aunque pequeña y en exceso alta. La mandíbula, al contrario que la barbilla, es corta y poco pronunciada con respecto al largo cuello. El cabello, conservado en la parte correspondiente al flequillo, se dispone a base de incisiones paralelas en zig-zag y rematadas, sobre la frente, en ondas.

(8) A. García y Bellido: "Arte ibérico en España (Madrid, 1981) p.37, L. 33-34.

(9) A. García y Bellido: "Arte ibérico" En: "Historia de España", I.3.p.484 ss. (Madrid, 1954).

(10) M. Prada: "El vestido y los adornos en el mundo ibérico. La indumentaria en los exvotos del Cigarralejo". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 13 (1981) p.37. En este trabajo son relacionadas las "cuatro cabezas de guerreros" de Yecla con uno de los exvotos de El Cigarralejo en función de sus pendientes amorcillados. Esta vaga relación tampoco incluye paralelo cronológico alguno entre las piezas del Cerro y las del santuario murciano.

A la vista de estos elementos y aunque en espera del necesario análisis tipológico de la producción escultórica del Cerro, me inclino por una cronología relativamente elevada para esta pieza, más cerca de lo clásico ibérico que de las primeras producciones hispanorromanas.

Fragmento inferior masculino. (Fig. 7).

0'22 × 0'37 × 0'23 m. Caliza rosácea.

Muy deteriorada e incompleta, la pieza nos presenta la base de una estatua masculina, con los restos de los pies y el extremo final del manto sobre el lateral izquierdo (11).

En cuanto a su cronología, tanto esta pieza como las ocho restantes se encuentran en un estado de conservación tan deleznable ó fragmentario que resulta casi imposible aventurar una datación, ni tan siquiera aproximativa, por el momento.

Fragmento inferior masculino. (Fig. 8).

0'26 × 0'36 × 0'22 m. Caliza rosácea.

En peores condiciones de conservación aún que el anterior, este fragmento incluye un pie izquierdo, calzado, emergiendo de un bloque informe y apoyado sobre una base. La catalogación de la pieza entre los fragmentos masculinos viene dada por la posición algo divergente del pie, aspecto más generalizado, aunque no privativo, entre las efigies varoniles que entre las femeninas.

Fragmento inferior femenino. (Fig. 9).

0'18 × 0'135 × 0'135 m. Caliza rojiza.

Este ejemplar de pequeño formato comprende casi la mitad inferior de una estatuilla femenina, formada por un bloque cónico en el que se han representado el borde final del vestido y los pies, alargados, paralelos y separados, "colgados" sobre la pared vertical que constituye la base. Sobre la falda se adivinan, en el centro de la figura, algunas incisiones paralelas formando zig-zag.

Fragmento inferior femenino. (Fig. 10).

0'24 × 0'32 × 0'18 m. Caliza rosáceo-rojiza.

Esta última pieza de las halladas por G. Nieto en el Cerro de los Santos

- (11) No cabe duda, dado el gran conocimiento que A. Fernández de Avilés tenía sobre la estatuaria del Cerro de los Santos, de que ésta y la siguiente pieza no se hallan incluidas en su relación: en ella se habla de "bases femeninas", no de fragmentos masculinos. Por otra parte, la posibilidad de que no las conociera personalmente tampoco puede admitirse: gracias a la generosidad de su viuda, Dña. Asunción Delgado, he podido hallar, entre sus documentos, las fotografías que el propio Nieto le enviara a raíz de los descubrimientos.

comprende la parte inferior de una estatua femenina vestida con túnica y bajo-túnica lisas y cubierta con un manto abierto, cuyo extremo se distingue en el costado derecho. Los pies, calzados, rectos y separados, se apoyan sobre una base rectangular.

A continuación veamos los materiales carentes, hasta el momento, de toda referencia en la amplia bibliografía sobre este yacimiento y de los cuáles desconocemos, incluso, las circunstancias de su ingreso en la Casa de Cultura de Yecla:

Fragmento inferior masculino. (Fig. 11).

0'42 × 0'39 × 0'17 m. Caliza rosácea.

Sobre base de proporciones rectangulares, restos del pie izquierdo y del manto — formando pliegues paralelos y curvos en el lateral derecho — de una estatua masculina. En el lateral izquierdo, sobre el pie, se adivinan también los restos del extremo del manto en su caída vertical desde la mano.

Fragmento inferior masculino. (Fig. 12).

0'22 × 0'24 × 0'18 m. Caliza rosácea.

Sección transversal del manto de una estatua masculina correspondiente a la mitad inferior de aquél.

Detalle (mano con cuenco). (Fig. 13).

0'07 × 0'09 × 0'09 m. Caliza rojiza, son restos de incendio.

Mano derecha de una estatua masculina sosteniendo, por su borde exterior, un cuenco.

Fragmento inferior femenino. (Fig. 14).

0'47 × 0'42 × 0'32 m. Caliza rosáceo-rojiza.

Sobre una base informe, los pies, diminutos, calzados y ligeramente divergentes, emergen bajo una amplia bajo-túnica lisa. Sobre ésta, una túnica, también lisa y bastante más corta. A ambos lados, los extremos del manto, rematados por gruesos glandes triangulares.

Fragmento inferior femenino. (Fig. 15).

0'09 × 0'07 × 0'05 m. Caliza rosáceo-grisácea.

Mitad inferior de un pequeño exvoto femenino, en cuya estructura cúbica se han marcado, con incisiones, el borde inferior de la túnica y los extremos del manto a los costados.



Fig. 1



Fig. 2



Fig. 3

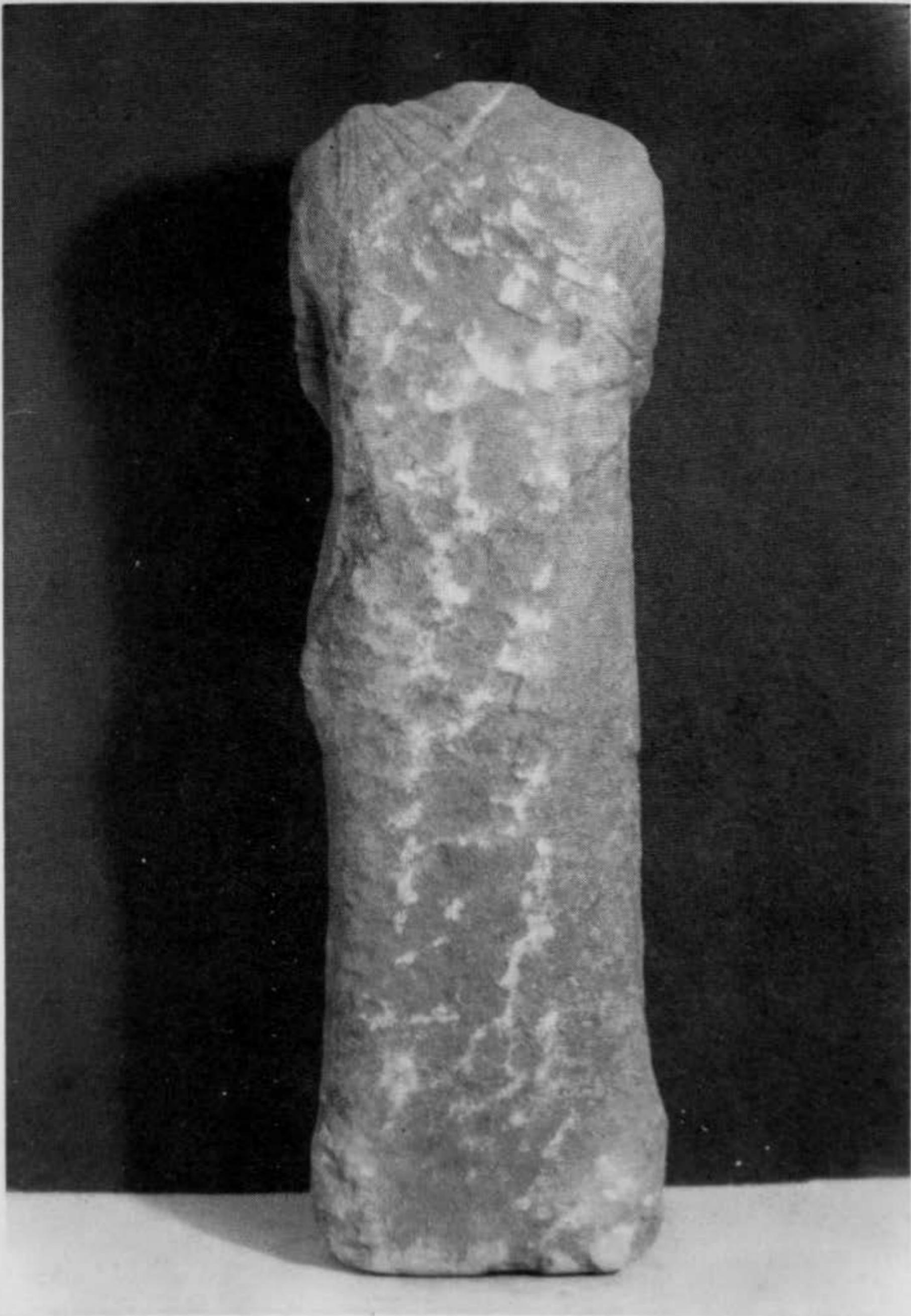


Fig. 4



Fig. 5



Fig. 6



Fig. 7



Fig. 8

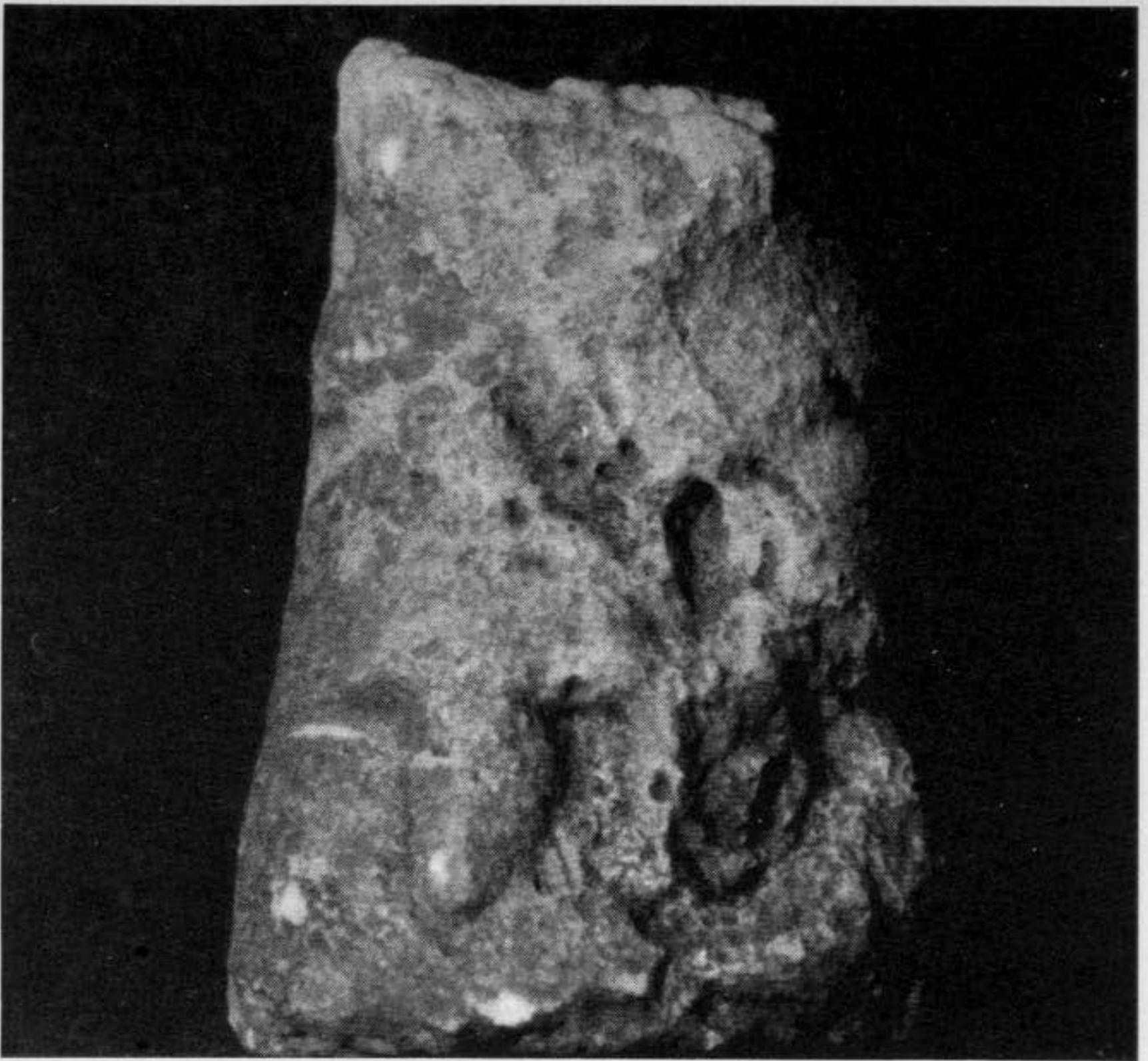


Fig. 9



Fig. 10



Fig. 11



Fig. 12



Fig. 13



Fig. 14



Fig. 15

LAS RELACIONES ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE DURANTE EL PRIMER MILENIO A. C.

Por Joaquín María CORDOBA ZOILO*

Para un orientalista que se asoma al mundo de la España Antigua, no deja de ser inquietantemente atractivo el encuentro con las huellas de remotos navegantes del Oriente que aquí, en el extremo del ocaso del sol mediterráneo, dejaron un trasunto confirmado de su paso en sus propios objetos y asentamientos, en sus tumbas y en la joven cultura primitiva de unos inciertos primeros españoles que recibieron, a través del intercambio comercial y el cruce de culturas, una aportación esencial.

Aquellos orientales que como cuenta Herodoto, se dieron al comercio en sus largas navegaciones ¹, hubieron de navegar muy largas singladuras en pos de leyendas o, tal vez, narraciones y relatos micénicos, hasta llegar a las costas de España. Escribe Veleyo Patérculo a su vez que la flota de los tirios, unos ochenta años después de la caída de Troya, fundó Gadir en el extremo de España y término del mundo ². Esta fecha que vendría a traducirse en torno al 1101 a.C., parece la primera registrada del desembarco fenicio en nuestra costa, señalando también el comienzo de una larga relación.

Pero tan lejana llegada y desde antiguo sometida a controversia, hubo de estar originada en poderosos motivos, en razones suficientes como para empujar a los marinos orientales mucho más allá de sus seculares rutas. ¿Por qué pues llegaron entonces y a qué vinieron?. Contemplando sus restos en las mudas vitrinas de los museos, podemos hoy reconstruir sus motivos, sus afanes, sus miedos a lo desconocido.

*Agradezco a D. Juan José Blázquez Pérez, organizador de las Jornadas, su amable invitación a participar en las mismas así como la sugerencia del tema de colaboración apropiado, sus consejos y sus opiniones. Del mismo modo mi agradecimiento al resto de sus organizadores, Dña. Mercedes Sánchez García - Arista y D. Raúl F. Amitrano Bruno.

Al Dr. D. Jaime Alvar Ezquerro le agradezco sus orientaciones respecto al tema de sus propias investigaciones y por su amable opinión respecto al conjunto de los temas tratados.

1) HERODOTO I, I, 3.

2) VELEYO PATERCULO: H.R. I, 2, 3.

I.- LA VIDA COMERCIAL EN ORIENTE Y LA CRISIS DE FINES DEL II MIL.

Si pudiéramos abarcar con la vista los siglos inmediatos a la fecha de la gran crisis, aquella que en mi opinión vino a determinar las navegaciones hasta España, quedaríamos sorprendidos ante la gran vitalidad desarrollada por los habitantes costeros de la franja siriopalestina. Pero mucho antes de que la presión de las circunstancias empujara a las grandes aventuras marinas, la vida comercial de los antepasados de los marineros de altura fenicios había comenzado.

La actividad de las ciudades fenicias debió nacer en fechas muy remotas. Hay testimonios arqueológicos que confirman la existencia plena de Biblos, Ugarit y Alalakh en la Primera Edad del Bronce, mientras que la inexistencia de éstos para Tiro o Sidón por ejemplo - de fundación estimada por algunos en torno al 2750 a. Jc.- no debe atribuirse sino a la inaplicación de una práctica arqueológica intensiva, hasta el momento, por múltiples causas. Es de sobra conocido un dato de las tempranas relaciones comerciales egipcias con la región que nos ocupa. Ya en torno al 2700 a. Jc. el faraón Snefru de la IV dinastía, hizo llevar a Egipto grandes cantidades de madera de cedro y otro árbol no bien precisado³. El cedro se utilizó en la construcción con notable fortuna⁴, prueba indirecta de que el conocimiento de sus propiedades y explotación deben remontarse cronológicamente incluso más allá. Nacen así unas relaciones económicas bilaterales particularmente estables en el tiempo y que sólo decaeran cuando las condiciones generales del marco oriental lleve el interés de los asiáticos por otros derroteros. También se origina en este período, y ello es muy importante puesto que su falla será un factor más que empuje hacia Occidente, una conducta político - económica habitual en las grandes potencias respecto a los núcleos de la costa palestina. El discreto control y la no intervención - salvo rarísimas ocasiones - en sus asuntos internos. Es lo que Robert B. Revere⁵ llama, como veremos más adelante, la "tierra de nadie". Egipto cumplirá este acuerdo tácito. El largo brazo de la III dinastía de Ur ejercerá un discreto protectorado. Mitanni y los hititas después, mantendrán la sabia política de no intervención. Sólo Asiria y, mucho después, Persia, parecerán no comprender o no desear el mantenimiento de esta situación.

3) DRIOTON, E. y VANDIER, J. : *Historia de Egipto*, Buenos Aires, 1973, pág. 145.

4) EDWARDS, I.E.S. : *Les Pyramides d' Egypte*, París, 1967, pág. 104, il. 36.

5) REVERE, Robert E. : "Tierra de nadie: los puertos comerciales del Mediterráneo Oriental", en *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Madrid, 1976, págs. 87 a 110.

Del período anterior a la crisis del 1200 a. Jc., la documentación que mejor nos retrata la vida comercial de las ciudades costeras es aquella que la Arqueología pudo rescatar de las ruinas de Ugarit.

Ugarit, la Ugarit de los siglos XIV y XIII a. Jc. y hasta su destrucción, fué un emporio comercial hirviente de actividad. Pese a lo fragmentario de la documentación salvada, sabemos de más de cien tipos de mercancías⁶ cuyo centro de recepción o reexpedición era la actual Ras Shamra. La franja ribereña mantenía relaciones comerciales con Anatolia, Mesopotamia, Siria interior y Egipto por tierra, y con la costa de Anatolia, Chipre, el Egeo, Egipto y toda la orilla mediterránea sirio - palestina por mar. De ello tenemos constancia tanto por la Arqueología como por los textos, donde se mencionan concretamente los puertos de Biblos, Tiro, Akko y Egipto, así como Chipre, Creta y Asia Menor⁷.

El comercio marítimo, más barato y rápido, llevaría a su cargo el mayor volumen de las mercancías pesadas como el grano y, a veces, metales. Mas parece que, salvo imponderables como el mineral procedente de Chipre, los metales eran transportados mediante caravanas de asnos⁸. Es decir, que las principales fuentes procedían del interior. En líneas generales los objetos de comercio eran variadísimos, yendo desde los mas ricos metales y piedras preciosas hasta los más humildes frutos de la tierra y el mar, pasando por toda suerte de tejidos, vasijas, esclavos, animales y muchos más productos.

La relativa abundancia del oro obtenido de Egipto donde su precio era barato, hacía que su cotización en Ugarit fuese a su vez razonable, más asequible que en Babilonia o el Imperio hitita donde escaseaba. Ello habla por sí mismo de la pujanza comercial de la urbe ugarítica y de las demás ciudades costeras⁹. Otros minerales objeto del comercio de esta ciudad fueron la plata, el cobre y el estaño. El cobre procedía de Chipre o Anatolia¹⁰.

6) HELTZER, M. : *"The Goods and Prices in Ugaritic Trade"*, PS 19, 1969, Págs. 7 a 31.

7) Véanse PRU VI, 126 (RS 19.28), PRU V, 106 donde se despachan mercancías para Biblos o se menciona al monarca de esta ciudad. PRU V, 59 (UT 20.59) y E. LIPINSKI: *"L'amarrage de Tyr"*, Syria 44, 1967, págs. 282 y ss. PRU V, 95 (UT 20.95) y otras sobre Chipre. En torno a Creta PRU III, 16.238, 10 - 15. M. HELTZER : *"Tamkár et son rôle dans l'Asie Occidentale du XIV - XII siècles"*, VDI 22, 1964, págs. 3 a 16 sobre la costa anatolia.

8) HELTZER, M. : *"The metal trade of Ugarit and the problem of transportation of commercial goods"* Irak XXXIX, 2, 1977, pág. 208.

9) HELTZER, M. : *"The metal trade ..."*, pág. 206.

10) MADDIN, R. and MUHLY, J. D. : *"Some notes on the copper trade in the Ancient Near East"*, JM 26/5, 1974, págs. 24 a 30. Y también BUCHOLZ, H. E. : *"Kef-tiubarren und Erzhandel in zweiten vorchristlichen Jahrtausend"*, PZ, 37, 1955, págs. 21 a 25.

Posiblemente también de aquí se extraería buena parte del estaño y la plata. Me pregunto si el estaño de los Zagros y las estribaciones montañosas cercanas al Caspio alcanzaría Ugarit. Esta milenaria fuente siempre estuvo amenazada por las tribus de las montañas. Su inseguro control y el agotamiento o bloqueo del acceso a las explotaciones anatólicas obligarían a cambios decisivos en la historia fenicia. Con todo, pese a la indudable importancia del estaño en el mundo del periodo, creo que se ha hipervalorado. No olvidemos que si bien su abundancia es extrema y la proporción en Ugarit con respecto a la plata es de 1:227 a favor del estaño, sabemos que éste no solo se utilizaba como componente del bronce sino que desde tiempos muy antiguos se empleó para satisfacer los pagos de pequeño monto y como expresión del precio de diversas mercancías¹¹, cuando menos desde la época de las transacciones comerciales en el Karum de Kanish. Del mismo modo se ha de hacer notar la presencia de una incipiente industria del hierro posiblemente propiciada por los hurritas mitannios¹², industria ugarítica que en la Fenicia de las grandes navegaciones en torno al año 1000, también debería hacernos reflexionar sobre el papel del estaño.

Este comercio que sólo podemos esbozar, era llevado a cabo por un tipo nuevo que comenzaba a surgir en la costa. Hasta la época, el comerciante del interior que cubría miles de kilómetros en sus rutas caravaneras para unir la Baja Mesopotamia con Anatolia, pasando por Asiria o abriendo caminos hacia Asia Central, el Cáucaso y Siria Palestina, debió funcionar de acuerdo con las reglas del karum, instalación permanente con almacenes, cámara de comercio, compensación y depósito de dinero¹³. Y aunque el comerciante asirio era un funcionario, a mediados del milenio se comenzó a negociar con capitales privados¹⁴, y esta nueva figura de comerciante, de hombre de negocios, consigue incluso tal influencia en el aparato estatal que los gobernantes utilizan su actividad para granjearse servicios de carácter diplomático y la apertura, por cuenta del estado, de nuevas sedes comerciales¹⁵. El hecho de que la mayor documentación existente de este tipo de comerciante provenga de Ugarit, me sugiere la hipótesis de que fue aquí, en la costa fenicia, donde nació la verdadera personalidad del mercader que arriesga un capital, es decir, donde vio la luz el verdadero comerciante y el auténtico

11) GARELLI, P. : *Les Assyriens en Cappadoce*, París, 1963, pág. 265.

12) CORDOBA, J. M. : *Mitanni y los hurritas*, Madrid, 1981, págs. 87 y ss.

13) ZACCAGNINI: "The merchant at Nuzi", Irak, XXXIX, 1977, págs. 171 a 189.

14) Para una síntesis del comercio mesopotámico de la época, con especial referencia al mundo hurrita, J. M. CORDOBA, op. cit. págs. 135 ss.

15) KESTEMONT : "Remarques sur les aspects juridiques du commerce dans le Proche - Orient du XIV siècle avant notre ère", Irak XXXIX, 1977, pág. 193.

comercio. Y Ugarit presentaba una faz multinacional. Los hombres de negocios cambiaban con frecuencia de nacionalidad con todos los problemas jurídicos consiguientes ¹⁶. La suma pues de intereses que se reunían en estas ciudades costeras era tan grande e implicaba a tantos que, muy probablemente, indujo a esa política tácita y no escrita de "tierra de nadie" como escribió Robert Revere. La costa fué prácticamente siempre durante el II milenio y aún antes, una zona comercial respetada por los imperios en virtud, posiblemente, de las importantes reservas económicas que podía movilizar o prestar. Sólo unos pueblos bárbaros, ajenos a este marco y a su complicado juego de intereses, o una potencia rígidamente centralista como la de Asiria, podían poner en peligro su existencia.

La vida comercial del Oriente seguía este curso cuando, en torno al 1200, ocurrió lo improbable, lo imposible, y este mundo de pacíficos y egoístas comerciantes cuyos beneficios alcanzaban cotas elevadísimas ¹⁷, se hundió bajo el ataque de gentes extrañas. Llegaron los Pueblos del Mar y el mundo de Hatti, del equilibrio y del comercio protegido, se hundió para siempre.

La tormenta estalló arrasando todo este complicado juego de mecanismos de relaciones comerciales y equilibrios políticos. Todavía hoy nos parece imposible creer en la caída del Imperio Hitita, poderoso, bien asentado. Y habría que pensar en una conjunción de factores. La desesperada presión de pueblos en marcha, el agotamiento interno, las luchas interdinásticas. Es difícil explicarse cómo pudo caer la fenomenal e inexpugnable fortaleza hitita de Büyükkale si no pensamos en una traición ¹⁸.

La destrucción llegó a la costa sirio-palestina. Cuando el monarca de Ugarit desalentado y temeroso escribía al de Alashiya, quien le había notificado la traición de los marinos ugaríticos al pasarse al enemigo ¹⁹, el de Ugarit testimonia su propia indefensión, su carencia de fuerzas con las que oponerse a la invasión que, como dice en un emocionante documento, ya "han llegado hasta nosotros y nos han causado estragos" ²⁰. Es el principio del fin.

Mas de la destrucción nació un mundo nuevo y, muy poco después, las

16) KESTEMONT : op. cit. pág. 194. HELTZER, M. : "Problems of the social history of Syria in the Late Bronze Age", LSTB, Roma, 1969, págs. 40 y ss.

17) En algunos textos se mencionan ganancias del orden de un 50 por cien e incluso de un 100 por cien en las transacciones comerciales del II milenio. Así P. GARELLI : "Marchands et Tamkaru Assyriens en Cappadoce", Irak XXXIX, 1977, pág. 99, y del mismo autor : *Les Assyriens en Cappadoce*, París, 1963, pág. 269.

18) SANDARS, N. K. : *The Sea Peoples Warriors of the Ancient Mediterranean*, London, 1978, pág. 139.

19) UGARITICA V, 22.

20) NOUGAYROL, J. : "Guerre et paix d Ugarit", Irak XXV, 2, 1963, pág. 121.

costas de España serían divisadas por avante en la guardia de un cansado marino fenicio.

II.— LA PRIMERA AVENTURA Y LOS CONTACTOS INICIALES.

Cuando a lo largo del siglo XII el escenario oriental vuelve a ir recomponiéndose, la situación ha cambiado sobremanera para los países ribereños. Los daños producidos por la invasión de los Pueblos del Mar comenzaron a ser restañados. Algunas ciudades como Alalakh o Ugarit, la otrora poderosa, jamás se levantarían y caerían en el olvido. Otras más como Aruad o Aradus y Sidón, si bien fuertemente dañadas - destruidas según Justino ²¹ - reiniciarían su actividad. En opinión del mismo Justino fué justamente la destrucción de Sidón la que posibilitó el nacimiento de Tiro ²². Los habitantes de aquella, huyendo de los invasores del mar, se fugarían y fundarían Tiro. Mas como sabemos de la existencia tiria en fecha mucho más temprana, habríamos de interpretar el dato como un fortalecimiento de Tiro por los sidonios. Una razón más para avalar la creencia de que Tiro pudo lanzarse poco después a largas navegaciones.

En cualquier caso los habitantes de la costa pudieron sobrevivir y restaurar mal que bien, sus ciudades y puertos. Una conjunción de factores múltiples parecen decidir las aventuras marítimas, más que simplemente diferentes ideas o sangre nueva como motor de esta mentalidad ²³.

La nueva Fenicia y Tiro en particular, pudo hacer balance de una serie de datos. Hatti estaba destruido, no existía y la región permanecía cerrada al comercio. Imposible importar metal. Los arameos recorrían Siria y cortaban las comunicaciones con el interior que, por otra parte, también Asiria amenazaba. No se recibían pues mercancías ni metales de los Zagros ni del Cáucaso. Egipto se alejaba. Cierta desorden se imponía en él y aunque se mantenía un comercio, no bastaba. Las fuentes del oro Nilo arriba se perdían para el control egipcio. Al sur de Palestina se seguían moviendo pueblos inestables. Por otra parte ya no llegaban los barcos del Egeo y sus islas eran inseguras para los navegantes semitas. Había piratería y los nuevos pobladores resultaban amenazadores. Y sobre todo, Asiria, que había conseguido asomarse al Mediterráneo con Tiglatpileser I, no olvidaría jamás la riqueza vista y se obsesionará en poseerla destruyendo poco a poco y dos siglos des-

21) JUSTINO, XVIII, 3, 5.

22) JUSTINO, XVIII, 3, 5.

23) HARDEN, D. : *Los fenicios*, Barcelona, 1967, pág. 58.

pués finalmente, el equilibrio tácito de los antiguos. Había pues que buscar un nuevo lugar, un nuevo objetivo.

Entre las poblaciones de las ciudades fenicias vivían colonias de antiguos micénicos y cretenses. Quizás entonces sí llegaron a los oídos de los consternados mareantes y comerciantes fenicios, los relatos de remotas navegaciones micénicas que muy lejos, allá hacia la puesta del sol, habían encontrado países ricos en metales. Se ha indicado la posibilidad de que en la segunda mitad del II milenio, naves del Egeo hubieran alcanzado la península importando una serie de elementos culturales como la escritura ²⁴. Sus naves vendrían documentadas por las pinturas de Laja Alta, realizadas por un indígena que había visto barcos ciclado - minoicos ²⁵. El hundimiento del mundo al que pertenecían las naves de Laja Alta habría cortado radicalmente la posibilidad de nuevos contactos, breves por otra parte pero no su recuerdo transmitido a los fenicios. Si los orientales fenicios no habían sobrepasado la región cretense hasta entonces, ello sería debido a que sus necesidades estaban cubiertas con un importante comercio interior como vimos unas relaciones navales cercanas egipcio - chiprioto - anatólicas, y una situación de equilibrio político privilegiado. Si sumamos un aparente predominio naval creto - micénico, el ámbito fenicio es claro. Roto este esquema y contando con todos los factores indicados, sabiendo que la navegación fenicia era ya capaz de alcanzar lejanas costas ²⁶, la posibilidad de que los datos de Veleyo Patérculo sean exactos cobra mayores visos de verosimilitud.

Las ciudades costeras renacen y recobran su ánimo hasta tal punto que el pobre Wen Amon ²⁷ pudo confirmar el poco aprecio y respeto que el Egipto milenario imponía ya a los vivaces comerciantes fenicios. Y su viaje se sitúa justamente en torno al 1100 a. Jc., es decir, la época en la que los navegantes fenicios fundaban rudimentarios enclaves en Cádiz y Utica.

Eso al menos nos cuentan los antiguos. De nuevo volvemos a los datos que Veleyo Patérculo escribiera diciendo que la flota de Tiro, dominadora en-

24) ALVAR EZQUERRA, J. : *La navegación prerromana en la Península Ibérica: colonizadores e indígenas*, Madrid, 1981, pág. 312. En los sucesivo citado como LNP - PI.

25) BARROSO RUIZ, C.: "*Nuevas pinturas del abrigo Cueva de Laja Alta (Cádiz)*", *Jábega*, 24, 1978.

26) ALVAR EZQUERRA, J. : LNP - PI, págs. 313 y 314.

27) PRITCHARD, J. B. : *Ancient Near Eastern Texts*, Princeton, 1950, págs. 25 a 29. Hay una traducción española del viaje de Wen - Amon en : PRITCHARD, J. B. : *La sabiduría del Antiguo Oriente*, Barcelona, 1966, págs. 19 a 28. El libro es en realidad una antología de los textos del ANET.

tonces de la mar, fundó Cádiz en el extremo de España ochenta años después de la caída de Troya ²⁸ y, muy poco después, Utica en Africa. También Estrabón se refiere a esta remota antigüedad de la presencia oriental en España. Dice incluso que los fenicios poseían lo mejor de Iberia y Libia antes de los tiempos de Homero ²⁹; así como que a poco de la guerra de Troya pasaron las columnas de Hércules y fundaron ciudades aquí y en las costas africanas ³⁰. Es decir, pareció haber común acuerdo en favor de tan remota arribada a las costas españolas. Que necesitaban llegar a una fuente de minerales ya lo hemos visto, que sabían a dónde ir, también. Y que podían alcanzar con sus naves nuestra península, es un hecho incontrovertible.

Ya se ha hecho notar en otro lugar ³¹ el prestigio de que gozaba la navegación fenicia entre los griegos homéricos, y el hecho de que sus naves aparecieran calafateadas con betún. De su capacidad de carga habla la documentación relativa a un barco del Ugarit del siglo XIII a. Jc., poco antes de su destrucción pues, que podía acoger hasta cerca de 500 toneladas de mercancías ³². Lógicamente entre este máximo y un mínimo rentable, las variantes serían numerosas. El Dr. Alvar, en su estudio sobre la navegación prerromana en España, se refiere a un texto de Homero (Odisea, XIII, 276 y ss.) que explicaría cómo unos marineros fenicios, alejados de su ruta por el viento, se aproximaron a la costa donde largaron el ancla y pasaron la noche durmiendo en tierra. Al día siguiente, gracias a un viento favorable, alcanzaron su destino ³³. No podemos garantizar que el texto indique un sistema de navegación donde mande el cabotaje, pero tampoco sería improbable. A tal efecto es instructiva la consulta de un mapa del Mediterráneo (Fig. 1) que indica las corrientes y las rutas fenicias. Y es curioso hacer notar, desde ahora mismo, la existencia de una tácita frontera naval mediterránea en sentido este - oeste que dividiría la mar en dos regiones de influencia, griega al norte y fenicia al sur, con la costa africana más allá de la Cirenaica que sería, andando el tiempo, el imperio de Cartago.

Los fenicios pues navegarán desde su costa a Chipre y de allí a Creta. Una vez aquí se imponía o bien el salto hasta Sicilia, o bien bajar hasta Africa y costear hacia el oeste hasta que España estuviera a la vista por la parte de estribor.

28) VELEYO PATERCULO, I, 2, 3.

29) ESTRABON, III, 2, 14, C. 150.

30) ESTRABON, I, 3, 2, C. 48.

31) ALVAR EZQUERRA, J. : LNP - PI, pág. 4.

32) NOUGAYROL, J. : "Nouveaux textes accadiens de Ras - Shamra", CRAI, 1960, pág. 165 y las valoraciones de J. ALVAR sobre el mismo: LNP - PI, pág. 8.

33) ALVAR EZQUERRA, J. : LNP - PI, pág. 5.

Los partidarios contrarios a tan temprana presencia han sido numerosos. Sobre todo, posiblemente, basados en la ausencia de restos arqueológicos. Bosch Gimpera consideraba que no podía situarse la fundación de Cádiz más allá de fines del siglo IX³⁴, y así muchos más. Pero el comercio inicial hubo de ser muy primitivo. Los navegantes expondrían sus objetos en un lugar idóneo - la entonces isla gaditana por ejemplo - cerca de sus naves cuando aún no contarán con almacenes o asentamientos, y esperarían la oferta de los indígenas. Y tal conducta pudo perdurar mucho más de lo que podemos imaginar. Es más, los tejidos³⁵ serían posiblemente la mayor parte de las baratijas ofrecidas a cambio de plata y otros minerales. Estos productos y este sistema inicial explicaría la ausencia de restos arqueológicos durante mucho tiempo. Y en cuanto al interés mayor de los comerciantes, cabría preguntarse si no estaba más dirigido a proporcionarse oro y plata como ya ha sido apuntado por algunos investigadores³⁶, que al cobre y estaño a los que tradicionalmente se ha otorgado prioridad. Una pequeña cantidad de plata y oro debía hacer rentable un viaje en circuito completo Fenicia, España, Fenicia, máxime cuando el comercio anterior a los grandes establecimientos hubo de ser limitado. Pero hay que dejar constancia de que los textos citan con asiduidad el estaño. Y se ha valorado el hecho de que los fenicios gaditanos lo importaron de las costas gallegas³⁷.

Los antiguos cantaban la riqueza que los orientales ganaban en España. Diodoro transcribe datos de otros historiadores cuando indica la adquisición que los fenicios hacían de grandes cantidades de plata a cambio de pacotilla, y los cuantiosos beneficios que obtenían de su comercialización en Oriente³⁸. La Biblia, aunque para una fecha posterior, es fuente de datos relativos al comercio fenicio. Celeberrima es la cita del profeta Ezequiel en su Oráculo contra Tiro, donde dice que las mercancías de esa ciudad eran pagadas por los de Tarsis con plata, hierro, estaño y plomo³⁹. Esto nos llevaría al problema de Tarsis o Tartesos y su realidad cultural en nuestra península pero, pese a su atractivo, me limito a remitirme a los autores

34) BOSCH GIMPERA, P. : *Prehistoria de Europa*, Madrid, 1975, pág. 729.

35) EZEQUIEL, 27, 24.

36) TARRADELL, M. : *"Economía de la colonización fenicia"*, en *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, págs. 81 a 97. Vid. pág. 92.

37) ALVAR EZQUERRA, J. : *"Formas de intercambio durante la Antigüedad"*, en *Memorias de Historia Antigua*, IV, 1980, págs. 43 a 49.

38) DIODORO, V, 35, 4.

39) EZEQUIEL, 27, 12.

autorizados ⁴⁰.

El caso es que la discutida fecha para la fundación de Cádiz no parece tener nada de descabellada según los antiguos, según los objetos de comercio, según las posibilidades de navegación y, finalmente, según la reflexión de muchos historiadores. Que fundaran Cádiz antes que Utica no es un contrasentido. Moscati piensa que situando el eje de su comercio en la ruta de los metales "*quisieron asegurarse sólidas bases al término de esta ruta, en la zona misma de extracción de metales*" ⁴¹.

No debería ser además necesario insistir en el hecho de que las navegaciones fenicias no fueron las primeras en llegar a España. Ya comentamos la posibilidad ciclado - minoica de Laja Alta pero, aún antes, ¿de donde viene el Megalitismo? - si es que viene y no va -, ¿de donde viene el Argar y su civilización urbana, la primera de Occidente, si no tiene al menos un pequeño componente y motor oriental? ⁴². Se ha podido decir, y creo que con justicia, que la colonización que introducen los fenicios no viene a ser sino la "*renovación de los antiguos contactos marítimos recobrado un equilibrio tras los pueblos del Mar*" ⁴³.

Los fenicios debieron conocer desde lejos nuestras costas andaluzas antes de la milenaria fundación gaditana. Si costearon el litoral africano, la fecha del 1100 sería para Schubart la comprobación de anteriores viajes de reconocimiento previos a la definitiva instalación ⁴⁴. Lo que ya no parece tan claro es que el establecimiento de posteriores asentamientos siguieran rápidamente al primero, como parece preconizar el profesor Schubart ⁴⁵. Y veremos por qué.

40) BLAZQUEZ, J. M. : *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1968. Varios autores en: *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969. También: CARRIAZO, J. de M. : *Tartessos y el Carambolo*, Madrid, 1973.

41) PARROT, A. , CHEHAB, M. H. y MOSCATI, S. : *Los fenicios. La expansión fenicia. Cartago*, Madrid, 1975, pág. 239.

42) SCHUBART, H. : "*Relaciones mediterráneas de la cultura de El Argar*", *Zephyrus*, 26 - 27, 1976, págs. 331 y ss.

43) MALUQUER DE MOTES, J. : prólogo a *Los Iberos*, de ARRIBAS, A., Barcelona, 1976, pág. 16. Y también MALUQUER DE MOTES, J. : "*La Prehistoria*", págs. 13 a 110 de la *Historia Económica y Social de España; Vol. I, La Antigüedad*, Madrid, 1973, pág. 86, donde dice que "puede asegurarse que las colonizaciones históricas sólo prosperan sobre unas costas que hacían recibido constantemente influencias mediterráneas desde hacía varios milenios y que, por lo mismo hemos de admitir que habían asimilado en buena parte la sensibilidad mediterránea".

44) SCHUBART, H., LILLIU, G. y THIMME, J. : *Civilizattions anciennes du bassin Méditerranéen*, París, 1979, pág. 154.

45) SCHUBART, H.; LILLIU, G. y THIMME, J. : op. cit. pág. 156.

En resumidas cuentas, los fenicios costeando Africa divisaron España y posiblemente se acercaron a explorar. De nuevo en la costa africana - de donde conseguirían oro y marfil ⁴⁶ - pudieron comprobar que desde época calcolítica se mantenían relaciones desde España hacia la región de Tánger y no a la inversa, y que "el grado de civilización de estos indígenas era evidentemente debido a cambios exteriores"⁴⁷. Y enfrente estaba la desembocadura del Guadalquivir. Así que fueron a la región de Cádiz y fundaron su asentamiento. Carcopino aceptó el hecho de la doble fundación a ambos lados de las columnas de Hércules, en Cádiz y en la región de Larache Lixus. Pero la ausencia de restos arqueológicos le hizo decir honradamente que tras una milenaria fundación que él apoya, "después se produjo la oscuridad hasta las postrimerías del siglo VI a. Jc."⁴⁸

La falta de yacimientos hasta el momento no puede ser causa para poner en cuestión tan fuerte tradición. Además, en Arqueología, la frase "hasta el momento" debería estar siempre grabada en las reflexiones del excavador. Con un comercio extraordinariamente elemental, con unos focos de intercambio y objetos tan poco variados como perecederos a efectos arqueológicos - tejidos, por ejemplo - y contando con que el suelo de Cádiz no ha podido devolver todos sus secretos y que, muy posiblemente, los más antiguos permanezcan sepultados bajo las aguas y toneladas de aluvión, no parece inverosímil defender la milenaria fundación. Y si faltan hallazgos, la verdad es que en la cerámica indígena de los primeros siglos del primer milenio aparecen unos rasgos orientales acusados que hacen muy probable la existencia de una colonia oriental "en las proximidades de la desembocadura del Guadalquivir"⁴⁹. Pero casi sin darnos cuenta, estamos ya muy dentro del primer milenio a. Jc.

46) SCHULLE, W. : "Tartessos y el Hinterland (excavaciones de Orce y Galera)" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 15 a 32. Vid. pág. 19.

47) PONSICH, M. : "Influencias pheniciennes sur les populations rurales de la région de Tanger" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 173 a 185. Vid. pág. 184.

48) CARCOPINO, J. : *Le Maroc Antique*, París, 1943, pág. 25.

49) SCHUBART, H. , LILLIU, G. y THIMME, J. : op. cit. pág. 156.

III. LA CONSOLIDACION DE LOS CONTACTOS Y LAS HUELLAS ORIENTALES EN LA CULTURA PENINSULAR DEL I MILENIO A. JC.

Nos encontramos en pleno primer milenio de la historia de la humanidad. En las costas luminosas del sur no tenemos las densas nieblas de la mar del norte, pero la historia se sigue moviendo en parte entre sol y nieblas persistentes. Hemos de rastrear las huellas orientales de los navegantes que sin duda persisten en sus recaladas y partidas, aunque los restos de sus arribadas sean escasos hasta que el milenio avance seguro.

El impacto cultural fenicio se dejó sentir desde muy temprano. Al extremo del hinterland de Tartessos llegaría una cerámica protoibérica, "la primera influencia materialmente visible de los fenicios, más tarde que en las cercanías de Cádiz"⁵⁰. Pero aún antes deberían datarse restos sorprendentes. El profesor Blázquez, en una obra a la que ya me he referido, hizo un catálogo de los diversos materiales orientales hallados en España y anteriores a la fecha del siglo VIII⁵¹. De los materiales catalogados me interesa sobre todo que nos fijemos en el sello cilíndrico de Vélez - Málaga y en el vaso de boca de seta de Torre del Mar. El primero, fechado en la primera mitad del siglo XIV y pieza hoy perdida, es un ejemplar realizado en hemetites, de clara iconografía siria y que, siguiendo un dibujo superviviente (fig. 2), cabría extraer en mi opinión el empleo de una técnica particular, bien conocida y desarrollada por los hurritas de la época, el taladro de cabeza redondeada. El diseño de los animales y la aparente presencia de esta técnica me lleva a confirmar la data propuesta, la fuente siria y, desde luego, su nacimiento en un centro impregnado de hurrismo como sería la Siria o Fenicia del periodo y, por qué no, la misma Ugarit anterior a la catástrofe⁵². Este hecho de importancia excepcional y que por sí mismo en solitario, no diría mucho - máxime cuando sólo se sabe que fué hallado por un campesino en una tumba -, adquiere una mayor importancia puesto en relación con el vaso de boca de seta pues, como indica el Dr. Blázquez⁵³, aparecieron ambos en la zona donde según Estrabón (3, 5, 5) se hizo la primera tentativa de asentamiento fenicio. El vaso de boca de seta (fig. 3) es una pieza de barro rojizo cubierto con una capa silíceá de color castaño rojizo y presenta huellas de espatula-

50) SCHULLE, G. : op. cit. pág. 32.

51) BLAZQUEZ, J. M. : op. cit. pág. 21 a 32.

52) Sobre aspectos de la técnica aplicada por los hurritas, véase J.M. CORDOBA, op. cit. págs. 183 y ss.

53) BLAZQUEZ, J. M. : op. cit. pág. 32.



Fig. 2. Cilindro-Sello de Vélez (Málaga), según A. Blanco.

do, pareciendo poder datarse en torno a los inicios tempranos del I milenio⁵⁴. Hay que hacer constar, que una especialista de la cerámica sirio - palestina como Ruth Amiran, lleva la técnica del barniz rojo aplicada a piezas de muy diversa tipología, a la época del Hierro II A - B, lo que supone un margen tan amplio como desde en torno al 1000 hasta el 800 a. Jc.⁵⁵, aunque para la específica tipología del vaso de boca de seta fija una cronología más baja, el Hierro II C. Y eso, para ella, se traduce en un marco entre el 800 y el 586 a. Jc. Pero también tenemos las ánforas de tipo oriental que suelen aparecer en los establecimientos costeros y poblados del Valle del Guadalquivir, ánfora cuya tipología deriva del hippo - jar, un ejemplar del cual se data en Megiddo entre 1050 y 1000 a. Jc.⁵⁶

Todo ello no son sino escuetas referencias que se podrían multiplicar pero en las que corremos el peligro de perdernos. Interesa que confirmemos que no hay ruptura entre la milenaria fundación y la fecha con la que vamos a cerrar los contactos con el Oriente del primer milenio. Nos vamos a situar en los albores del siglo VIII a. Jc. y vamos a buscar primero, como cuando comenzamos nuestra andadura, qué es lo que buscan aquí los orientales y qué ofrecen.

Los nuevos asentamientos fenicios que la Arqueología saca a la luz se remontan al siglo VIII. En parte ahora podemos explicar por qué no me parecía claro que a las primeras fundaciones del eje comercial, Gades, Africa, Utica, hubieran seguido otras de inmediato. Los fenicios se aseguraron las cabeceras del comercio en los extremos del mar, en su tierra y en España, y continuaron a lo largo del eje los contactos con la técnica y el sistema habitual. Pero su mayor entramamiento con la cultura tartésica y la aparición de una nueva demanda de materia prima impensada, la madera, les llevó a costear el sur de España hacia el este fundando factorías cuyos asentamientos y técnicas constructivas denotan una perfección, una calidad y un nivel que sólo pueden explicarse porque fueran en realidad emanaciones de una metrópoli asentada y desarrollada en la cultura fenicia siglos atrás, con unas capas sociales que precisasen para su vida de ultratumba hipogeos como los de Trayamar.

54) BLAZQUEZ, J. M. : op. cit. pág. 31.

55) AMIRAN, Ruth: *Ancient Pottery of the Holy Land*, Masada Press, Israel, 1969, pág. 272.

56) BLANCO, A. ; LUZON NOGUE, J. M. y RUIZ MATA, D. : "Panorama tartésico en Andalucía Oriental" en *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 118 a 161. Vid. pág. 132.

Los metales siguen siendo la gran pasión del comercio oriental que se acerca a España y las regiones de Huelva o Tartessos, Córdoba y Cástulo, los inagotables emporios de cobre, plata, oro, hierro ... Schulten nos legó un amplio repertorio de metales peninsulares a través de las fuentes antiguas⁵⁷ y la región que firmemente controlaba el comercio fenicio, la de Huelva y Cádiz, seguía siendo la más rica⁵⁸ y la que abría camino además hacia la región de Cástulo - a la que posiblemente llegarían después los griegos en una jugada de magistral astucia, burlando a los fenicios subiendo por el valle del Segura y entrando por las sierras hacia la alta Andalucía - con lo que, insisto una vez más, parece que lo que verdaderamente atraía y fijaba a los fenicios a la región eran la plata y el oro, no el estaño, ausente en la región y, pese a todo, mineral que "*es fundamental para cualquier metalurgia desarrollada*"⁵⁹.

Pero los fenicios necesitan ahora algo más y en grandes cantidades: madera. Como Schüle ha señalado, los asentamientos en las costas granadina y malagueña proporcionaron ahora un producto antes innecesario, la madera de los "*corpulentos pinos y abetos de la sierra de Málaga, razón de la existencia, según mi modesto entender, de estas factorías fenicias del siglo VIII ó VII en las costas granadinas desprovistas en aquella época de su arbolado de monte alto, debido a su relativa riqueza en precipitaciones y su escasez en minerales, ya que junto a la cabra, la minería es el peor enemigo del árbol por su gran consumo de vigas y de carbón, lo que es peor aún*"⁶⁰. Dispénsenme la larga cita pero me parece esencial y todavía no valorada en toda su importancia por los especialistas.

Los materiales y la calidad técnica constructiva de los hipogeos fenicios en Trayamar, datados hacia la primera mitad del siglo VII, no pudieron improvisarse. Además de que la zona debía ser visitada con frecuencia uno o dos siglos atrás por los fenicios, las construcciones son, insisto, emanación necesaria de un gran centro. Gadir sin lugar a dudas. Si las formas de jarras y tipos de ánforas de la sepultura 1 llevan a los tiempos más tempranos del siglo, el complejo de ofrendas de la sepultura 4, un poco posterior quizá, no

57) SCHULTEN, A. : *Geografía y Etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid, 1959, tomo I. Madrid, 1963, tomo II, págs. 223 a 347.

58) MARTIN, R. y RAURET, A. M^a. : "*Las posibilidades metalúrgicas y la distribución de los metales en el área tartésica*" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 379 a 387. Vid. pág. 386.

59) MARTIN, R. y RAURET, A. M^a. : op. cit. pág. 387.

60) SCHULLE, G. : op. cit. pág. 19.

deja de mantenerse en el mismo siglo ⁶¹. Y en esta sepultura 4, entre su ajuar, se encontró una pieza excepcional, un amuleto de oro ⁶² sobre el que volveré más adelante. La factoría de Toscanos que "*parece haber durado poco más de un siglo*"⁶³, fue fundada por fenicios a mediados del siglo VIII.

El indígena ya se ha hecho más exigente. Quiere tejidos pero también objetos de lujo, cerámica, marfiles, perfumes, aceites, vidrios y adornos, hierbas aromáticas, y junto con los materiales fenicios llegan continentes griegos como las ánforas Sos, producto y contenido en el que los fenicios no hacen sino el mero y más productivo papel de intermediarios. Y, en cualquier caso, el influjo orientalizante se dejó sentir no sólo en el área tartésica, sino en el resto del mundo al que llegaban los comerciantes semitas, derivando a la vieja cultura española unos préstamos culturales importantes.

El mundo de los bronce y las joyas tartésicas, el mundo de la cerámica de barniz rojo, las cerámicas grises, ¿las joyas castreñas quizás?. La cerámica de barniz rojo se comienza a fabricar in situ en torno al siglo VIII ⁶⁴. La famosa necrópolis de La Joya en Huelva ⁶⁵ nos proporcionó un conjunto de materiales excepcional que habla de la importancia del influjo oriental. Alabastros, ungüentarios del siglo VII a.Jc.⁶⁶, ánforas púnicas y platos de barniz rojo ⁶⁷ y, en la tumba 5, además de un anillo con grifo inciso importado "*probablemente del área siria o chipriota*" ⁶⁸, un jarro y un "braseo" de bronce que encuentran paralelos rodios el primero ⁶⁹ y fenicio - chipriotas el segundo ⁷⁰ según su excavador, para el que todo es importación sin que quepa hablar de indígena o tartésico ⁷¹. Claro que un jarro como el de La Joya encuentra su paralelo en los bronce tartésicos estudiados por

61) SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G.: *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*, Madrid, 1976, pág. 236.

62) SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. : op. cit. pág. 217 y ss. Lám. 54a.

63) SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. y PELLICER CATALAN, M. : *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez*, Madrid, 1969, pág. 146.

64) PELLICER, M.: "*Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas*" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 291 a 310. Vid. pág. 310.

65) GARRIDO ROIZ, J. P. : *Excavaciones en la necrópolis de "La Joya", Huelva, primera y segunda campañas*, Madrid, 1970.

66) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 71.

67) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 51 y 52.

68) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 69.

69) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 23. Figs. 12, 13, 14, 15 y 16.

70) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 28. Figs. 17 y 18.

71) GARRIDO ROIZ, J. P. : op. cit. pág. 79.

García Bellido, para el que los jarros tan ampliamente esparcidos por el territorio peninsular, en lugares tan separados incluso como Coca y Niebla, serían obras peninsulares, fruto de la orientalización, que imitarían claramente "tipos fenicios - chipriotas". Y consigna que, ya en plata, ya en bronce, se encuentran ejemplares muy semejantes en "*todo el Mediterráneo púnico*"⁷². La famosa placa hatórica (fig 4) de procedencia desconocida, sería otro ejemplo del influjo oriental. Pero, ¿cómo calibrar por ejemplo la orientalización de las joyas del Carambolo, donde la técnica del granulado y vestigios de esmaltes saltan a la vista?⁷³

La cerámica de barniz rojo parece haberse introducido desde las colonias en las desembocaduras de los ríos hacia el interior indígena⁷⁴, donde comenzó a desarrollarse. Son sumamente característicos de los primeros tiempos de la colonización los platos "*de barniz rojo, labio plano y muy ancho*"⁷⁵. Para Tarradell es un tipo que perduró en la zona del estrecho hasta el siglo IV⁷⁶. Pero su procedencia o aliento es tan oriental que en Ibiza, la colonia de Cartago, la que rompe si se me permite decir con el mundo de Oriente, la cerámica de barniz rojo no existe.

Una breve referencia, pues el tiempo apremia, merece el yacimiento de Cástulo donde las cerámicas grises "*con espatulado minucioso y a torno logran calidades excepcionales con efectos de jaspeado y vidriado*"⁷⁷, y que se podrían fechar a mediados del siglo VII. También en Cástulo, los sectores A y B del yacimiento del Bronce estaban separados por un muro que se relacionaba estrechamente con obras fenicias de Toscanos del año 700 a.Jc.⁷⁸, y ciertas ánforas remitirían incluso al siglo VIII por sus estrictas semejanzas con las de Huelva de tal periodo⁷⁹.

Cabría hacer alguna referencia al mundo de la orfebrería castreña. Pese a que según el profesor Blanco Freijeiro, su investigador más exhaustivo, es

72) GARCIA BELLIDO, A. : "*Los bronceos tartésicos*" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 163 a 171. Vid. pág. 171.

73) CARRIAZO, J. de M. : "*El cerro del Carambolo*" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 311 a 340.

74) CUADRADO, E. : "*Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico*" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 1969, págs. 257 a 290. Vid. pág. 285.

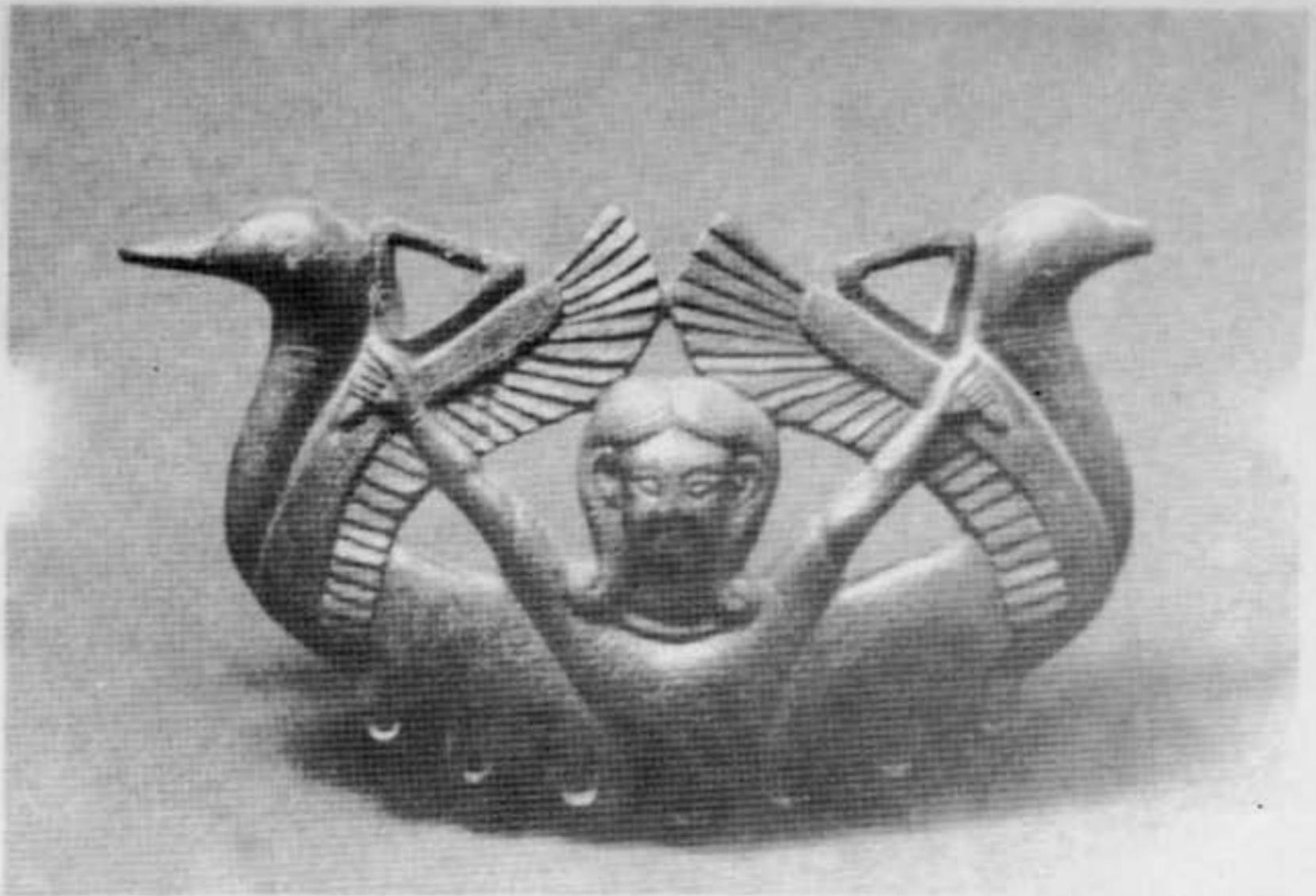
75) BLANCO, A., LUZON, J. M. y RUIZ MATA, D. : op. cit. pág. 136.

76) TARRADELL, M. : op. cit. pág. 83.

77) BLAZQUEZ, J. M. y VALIENTE MALLA, J. : *Cástulo III*, Madrid, 1981, pág. 211.

78) BLAZQUEZ, J. M. y VALIENTE MALLA, J. : op. cit. pág. 235.

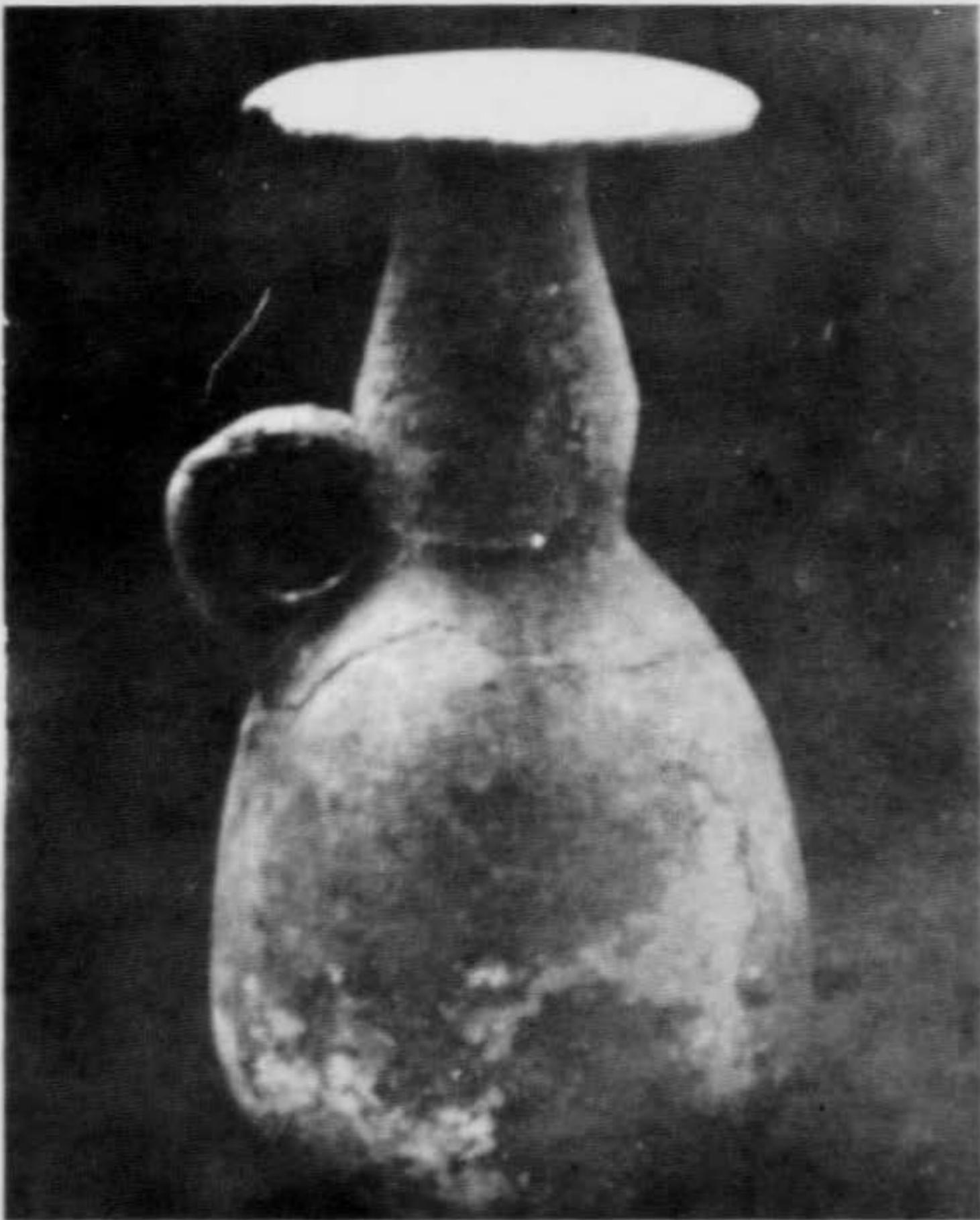
79) BLAZQUEZ, J. M. y VALIENTE MALLA, J. : op. cit. pág. 235.



Lám. 1. Placa Matócica (Bronce Carriazo).



Lám. 2. Carnero alado de Ribadeo.



Lám. 3. Jarro de bola de seta, Torre del Mar (M.A.N.).

debida sustancialmente a la influencia de la orfebrería centroeuropea del Hallstatt D, no deja de precisar que la filigrana y el granulado se deberían relacionar con un aliento meridional aunque muy posterior. Y, desde luego, en una forma muy especial puesto que los gránulos castreños no están sumidos por su base en un fundente de oro bajo como, por ejemplo, es el caso de las joyas de La Aliseda ⁸⁰, piezas de indudable influencia orientalizante. Como el amuleto de oro de la sepultura 4 de Trayamar al que me referí anteriormente, con granulado y filigrana en trabajo, con iconografía egiptizante y cronología de *"poco antes de mediados del siglo VII a. Jc."* ⁸¹. Entre ambos mundos, el orientalizante y el castreño, pienso que está la pequeña joya o figurita, pues la disposición de sus patitas indica que podía permanecer en pie, del llamado carnero alado de Ribadeo ⁸². Sea o no peninsular el taller que lo realizó, es innegable que presenta un influjo oriental (fig. 5).

Finalizando ya estas reflexiones preciso será referirse, bien que someramente, al problema de la cerámica ibérica y sus relaciones o no con el mundo orientalizante. Hay un problema primordial y sobre el que no hay tiempo material para incidir, y es el de que en el estudio de esta cuestión se han separado con excesiva frecuencia formas y decoración. Para algunos estudiosos no peninsulares parece claro que la cerámica ibérica *"toma las formas fenicias y púnicas tradicionales : cántaro de borde trilobulado o cántaro de arandela, tazas carenadas, platos de ombligo, lámparas de pico, etc"* ⁸³, mientras que entre nosotros y desde antiguo parece predominar la raíz helénica y *"en cierto modo helénooriental"* incluso en parte a través de lo púnico ⁸⁴. Pero helénica al fin.

En cualquier caso, preciso es reconocer la existencia de un *"eslabón entre lo paleopúnico y lo ibérico pleno"* ⁸⁵, cerámicas procedentes del Cerro de la Tortuga y del Tell del Guadalhorce que *"significarían el inicio de una cerámica ibérica propiamente andaluza"* ⁸⁶. En Orce y Cerro del Real en Galera, a partir del 800 - 700 a. Jc., recogemos una cerámica que Schülle llama púnica o protoibérica, de bandas horizontales anchas y polícromas ⁸⁷.

80) BLANCO FREIJEIRO, A. : *"Origen y desarrollo de la orfebrería castreña"*, CEG, vol. XII, 36 - 38, 1957, págs. 5 a 28, 137 a 157 y 267 a 301.

81) SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. : op. cit. pág. 217 a 220.

82) BLANCO FEIJEIRO, A. : *"El carnero alado de Ribadeo"* Bellas Artes 76, número 53, 1976, págs. 3 a 7.

83) PARROT, A., CHEHAB, M. H y MOSCATI, S. : op. cit. pág. 257.

84) PERICOT, L. : prólogo al *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del cerro de San Miguel. Liria*, Madrid, 1954, pág. XXIX.

85) PELLICER, M. : op. cit. pág. 293.

86) PELLICER, M. : op. cit. pág. 293.

87) SCHULLE, G. : op. cit. pág. 21.

Junto a estos tipos de decoración los fenicios estarían introduciendo algunas formas cerámicas, qué duda cabe. Formas que se encuentran en Cartago, en Motya y en Mogador y aparecen a partir del siglo VIII en los enclaves del litoral andaluz ⁸⁸. Para el profesor Blanco, el tipo que más nos debe interesar como precedente de la cerámica ibérica pintada es el de la cerámica modelada y decorada a torno, donde encuentra una tradición del Mediterráneo Oriental "*que en líneas generales podríamos llamar mundo griego - micénico*" ⁸⁹ que habría sobrevivido en Grecia, Jonia y Chipre. La ornamentación propia sería la de "*bandas y aros como plantilla para la decoración, bandas y aros pintados con barnices de distintos colores apoyando el pincel sobre el vaso ya cocido mientras que éste gira en el torno*" ⁹⁰. Luego, a torno parado, retículos, círculos concéntricos, rayitas oblicuas, etc. En cuanto a la tipología de las formas, la introducción orientalizante estaría ligada a platillos, urnas, vasijas altas, ánforas "*muy característica la globular con el cuello cilíndrico y asas pequeñas geminadas*" ⁹¹.

Clara impronta orientalizante tendrían también los escasos fragmentos de cerámica pintada con capullos de loto, toros, etc. de Aguilar de la Frontera que, por comparación con la estratigrafía de la Colina de los Quemados, se podrían fechar entre un VII y un siglo VI ⁹². Pero es un episodio efímero y la generalidad de esta cerámica protoibérica en mi opinión sigue fielmente el "*sucinto lenguaje decorativo que sus maestros fenicios les habían inspirado*" ⁹³.

El influjo fenicio llegará hasta algunos ejemplares de la cultura ibérica plena, como las urnas ovoideas policromadas que siguiendo ejemplos fenicios se hallaron en Toya, Peal del Becerro. Por sus formas se puede apreciar claramente el aire orientalizante hasta el punto de que lícitamente pueda hablarse de "*pura raigambre oriental y púnica*" ⁹⁴. Mas, de todos modos, algo está comenzando a cambiar en el mundo ibérico y la raíz helénica va enseñoreándose. Tal vez traducida, interpretada, pero innegable. Cuanto más en las

88) BLANCO FREIJEIRO, A. : *Cerámica ibérica de Andalucía y Levante*, La Coruña, 1976, pág. 9.

89) BLANCO FREIJEIRO, A. : op. cit. pág. 9.

90) BLANCO FREIJEIRO, A. : op. cit. pág. 9.

91) BLANCO FREIJEIRO, A. : op. cit. pág. 9.

92) BLANCO FREIJEIRO, A. , LUZON NOGUE, J. M. y RUIZ MATA, D. : op. cit. págs. 146 a 149.

93) BLANCO FREIJEIRO, A. : op. cit. pág. 9.

94) PELLICER, M. : op. cit. pág. 37.

regiones que, como el Levante, permanecieron refractarias a lo fenicio. Y si bien es verdad que aún llegaban a nuestras costas y seguirían llegando, materiales orientales como las lujosas vasijas de alabastro de Sexi, de procedencia egipcia o siria y "*decoradas con inscripciones jeroglíficas*"⁹⁵, no es menos cierto que un mundo nuevo está naciendo. El mundo de los iberos.

Llegamos así al final del camino que iniciamos inquietados ante las huellas que del remoto Oriente podíamos advertir en nuestra tierra. Porque como dijo Veleyo Patérculo un día, ochenta años después de la caída de Troya, naves fenicias llegaron a las costas españolas y, con ellas, el mensaje de Oriente.

J. M. C. Z.

95) MALUQUER DE MOTES, J. : "*La Prehistoria*", págs. 13 a 110 de la *Historia Económica y Social de España. Vol. I. La Antigüedad*, Madrid, 1973, pág. 88.

LA MORRA DEL QUINTANAR

Por Concepción MARTIN MORALES*

El término municipal de Munera se encuentra situado al NW de la Provincia de Albacete, en la zona limítrofe de la llanura manchega y el Campo de Montiel. Su paisaje se caracteriza por la presencia de una serie de colinas, de escasa altura, que forman un suelo muy ondulado. Las cotas varían entre 730m. de altura en los llanos de Barrax y las colinas situadas al oeste de la ladera del Lituero que alcanzan los 1020 m.

Aunque casi toda la superficie de Munera, Barrax y la Roda está constituida por el Infracretácico tabular de la Meseta, en muchos puntos está cubierta por tierras de labor formadas por sedimentos cuaternarios de escaso espesor, de origen diluvial y aluvial en los estrechos valles de los ríos Quintanar y Ojuelos¹. Estos dos riachuelos, únicos cauces de curso constante, pues la zona es muy pobre hidrográficamente debido a la gran permeabilidad que ofrecen las calizas cretácicas, nacen al sudeste del pueblo de Munera y forman dos valles estrechos, más o menos paralelos, a veces encajados entre bancos horizontales de calizas cretácicas de 20 y 30 metros de altura, sin haber llegado a formar terrazas. La vega que riegan, por tanto, es muy estrecha y está constituida por tierras arcillosas y limos de antiguas crecidas. A la altura del pueblo de Munera se unen formando un cauce único que recibe el nombre de Río Córcoles y desemboca en el Záncara, en la Provincia de Ciudad Real.

Toda la zona de colinas debió estar cubierta de monte bajo con predominio de plantas como el esparto asociadas a la encina (*quercus ilex*). Estas formaciones están actualmente en regresión a medida que se desarrollan las explotaciones agrarias.

En la región se han localizado una serie de yacimientos pertenecientes a

* Subdirección General de Arqueología y Etnografía.

1) *Mapa Geológico de España*, escala 1:50.000 Explicación de la hoja número 764 : Munera. Madrid, 1941.

distintas épocas y culturas ², entre los que destaca una serie de asentamientos de la Edad del Bronce, de aspecto más o menos tumular, que las gentes del lugar denominan *morras*. Estos yacimientos están ubicados sobre elevaciones naturales del terreno, de escasa altura, dominando un valle o un paisaje más o menos abierto : Morra de Lechina, situada en el límite del Término Municipal de La Roda y Munera, Morras del Corral de Piedra y Mari-gutierrez en Lezuza, Morras del Quintanar, de San Telmo, de Marañas, en Munera y Morra del Batán en El Bonillo.

Todos estos yacimientos se caracterizan por la presencia de numerosos amontonamientos de piedras en superficie, procedentes de los derrumbes de las distintas construcciones. En algunas de estas morras se pueden observar algunos muros que forman alineaciones siguiendo un sistema de fortificación más o menos circular.

Este tipo de yacimientos, situados en vegas fértiles de ríos o zonas pantanosas, se conocían en la región de La Mancha desde finales del siglo pasado. Las primeras noticias hacen referencia a la Montilla de Torralba de Calatrava en la Provincia de Ciudad Real ³. Hervás Buendía encontró varios enterramientos de inhumación y vasijas asociadas a un nivel de incendio que interpretó como enterramientos en urnas cinerarias, dando a la Motilla un carácter megalítico.

En la Provincia de Albacete, en los primeros años de este siglo, Zuazo y Palacios excavó algunos yacimientos de aspecto igualmente tumular, conocidos con el nombre de morras, en el término de Montealegre del Castillo ⁴. Zuazo interpretó estos yacimientos como cámaras sepulcrales con urnas cinerarias en su interior que sirvieron para contener los huesos que aparecen quemados, señalando la práctica de una religión por la *orientación constante de los túmulos y por encontrar colocadas siempre y sistemáticamente alrededor de las urnas, varias piedras o bolas, ofrenda sin duda ...* ⁵.

2) E. GARCIA SOLANA : *Yacimientos arqueológicos de Munera (Albacete) y sus alrededores*, en Saitabi, XVI (1966) 77 y ss. y A. BELDA: *Un nuevo campo de urnas al sur del Tajo en Ampurias XXV* 1963. 198 y ss.

3) I. HERVAS Y BUENDIA : *La Motilla de Torralba*. Mondoñedo (1899).

4) J. ZUAZO Y PALACIOS : *La Villa de Montealegre y su Cerro de los Santos*. Madrid (1915); *Meca. Contribución al estudio de las ciudades ibéricas. Noticias de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete)*. Madrid (1916, a); *Ligera noticia de descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete)* (1916, b); *Trabajos arqueológicos en Montealegre del Castillo (Albacete)* Asociación española para el Progreso de las ciencias. Congreso de Sevilla. Madrid (1917).

5) J. ZUAZO Y PALACIOS : op. cit. (1915), pág. 9.

La labor de Zuazo fue continuada por J. Sánchez Jiménez ⁶: excavaciones en las morras de Las Peñuelas I y II (Chinchilla), Morra de Casa de los Arboles (Barrax), Dehesa de Caracolares (Tiriez), Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), etc. Según Sánchez Jiménez estos yacimientos serían túmulos de carácter funerario, conteniendo los menores un sepulcro central en fosa, cista o pequeña cámara dolménica y en su periferia sepulturas de incineración con urnas carenadas argáricas.⁷ Los túmulos de mayores dimensiones estarían situados sobre la entrada de una cueva natural que serviría de sepultura. El cierre de esta cueva se haría mediante una cámara circular realizada con aparejo pequeño y una cúpula de aproximación de hiladas. El empuje de la construcción central estaría contrarrestado por círculos de piedra.⁸

El carácter funerario de estos túmulos es manteniendo hasta fechas muy recientes. En 1963 W. Schüle y M. Pellicer publican el resultado de unas prospecciones realizadas en el conjunto de las motillas situadas en las proximidades de la Casa de las Motillas de Pedro Alonso en Alcázar de San Juan (Ciudad Real). Interpretan estos yacimientos como túmulos de enterramiento dentro del fenómeno megalítico, siendo utilizados posteriormente como habitat durante el Bronce Medio y Final.⁹

En el XIV CNA Trinidad Nájera y Fernando Molina que desde 1973 vienen realizando excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (Daimiel, Ciudad Real), señalan la existencia de un complejo cultural de la Edad del Bronce en la región manchega, con personalidad propia que denominan : Cultura de las Motillas.¹⁰ Las excavaciones de Azuer han documentado la existencia de un complejo sistema de fortificación central rodeado de varios muros formando anillos concéntricos. El derrumbe de estas construcciones da lugar a la formación cónica de carácter túmular. En torno a esta fortificación se localizan los restos de lo que debió ser el poblado propiamente di-

6) J. SANCHEZ JIMENEZ : *Urna cineraria del Túmulo II de la Peñuela (Pozo - Cañada, Albacete)* en Actas y Mem. de la Soc. Esp. de Antr. Etn. y Preh. cuadernos 1 - 2. Madrid (1941) 161 - 163. *Excavaciones y Trabajos arqueológicos en la Provincia de Albacete de 1942 a 1946* Inf. y Mem. 15, Madrid, (1947) 7 - 16, 47 - 52 y 79 - 81. *La Cultura de El Algar en la Provincia de Albacete* III CASE, Murcia, 1947. Cartagena (1948) 73 - 79. *La Cultura Algárica en la Provincia de Albacete. Notas para su estudio* Actas y Mem. de la Soc. Esp. de Antr. Etn. y Preh. Madrid (1948) 96 - 110.

7) J. SANCHEZ JIMENEZ : *La Cultura Algárica ...* Madrid, (1948), 103.

8) J. SANCHEZ JIMENEZ : *La Cultura Algárica*. Madrid (1948), 105.

9) W. SCHULE Y M. PELLICER : *Prospecciones en Manzanares* en NAH, VII, Madrid (1963), 75 - 76.

10) T. NAJERA, F. MOLINA y P. AGUAYO : *Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (Ciudad Real)* XIV CNA, Zaragoza (1977), 504.

cho, formado por cabañas aisladas distribuídas irregularmente ¹¹.

Como vemos durante la Edad del Bronce aparecen en la áreas manchegas una serie de yacimientos de aspecto tumular y de características similares, situados muy próximos entre si. En la Provincia de Ciudad Real estos establecimientos están localizados en zonas totalmente llanas, cerca de corrientes de agua y a veces en áreas pantanosas, despreciando la mejor situación estratégica de pequeñas elevaciones existentes junto a las motillas. Sin embargo en la Provincia de Albacete, salvo en los llanos próximos a la capital, de formación cuaternaria y carácter pantanoso sin elevaciones, donde se localizan los restos del Acequión ¹², Hoya de Don Canciano, Ojos de San Jorge ¹³, Las Gorrineras, Pozancos, etc., prefieren zonas algo elevadas sobre el terreno circundante, situándose a media ladera de colinas más altas como la Morra de Lechina o del Cerro Judío en Chinchilla, o en los bordes de áreas más o menos amesetadas que forman un pequeño farallón sobre un valle como la Morra del Quintanar en Munera o la Morra Encantada en la Gineta ¹⁴.

Además existen una serie de poblados situados en cerros y zonas altas que bordean la región manchega. En las alineaciones montañosas situadas al este de Chinchilla, límite oriental de La Mancha, se localizan pequeños poblados excavados por Zuazo y Palacios quien les dio el carácter de morras o yacimientos tumulares, aunque no deben ser considerados como tales, ya que más bien se trata de pequeños establecimientos como Los Castillicos de La Sierra de Mediabarba (Montealegre del Castillo) de características muy próximas a los poblados del llamado Bronce Valenciano. En la zona que limita con la serranía de Cuenca hay una serie de poblados fortificados que marcan un jalón en las relaciones de la Meseta y la vertiente norte del Siste Ibérico y en la zona sur unos yacimientos que señalan el paso de las influencias argáricas en su penetración hacia la Meseta.

11) T. NAJERA y F. MOLINA : *La Edad del Bronce en la Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y Los Palacios (Campaña de 1974)* en Cuadernos de Preh. de la Univ. de Granada, 2 (1977) 251 - 300. *Die Motillas von Azuer und Los Palacios (Prov. Ciudad Real)* en MM, 19 (1978) 52 - 74 y T. NAJERA, F. MOLINA, F. de la TORRE, P. AGUADO y L. SAEZ : *La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976* en NAH. 6 (1979) 21 - 50. F. MOLINA, T. NAJERA y P. AGUAYO : *La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) Campaña de 1979* En Cuadernos de Preh. de la Univ. de Granada, 4 (1979) 265 - 280.

12) J. MARTINEZ SANTA - OLALLA : *El "crannog" de la Laguna del Acequión en la Provincia de Albacete* en Anales del Sem. de Hª y Arq. de Albacete (1951) 5 - 12.

13) *Mapa Geológico de España*. Explicación de la Hoja 790 : Albacete Madrid (1931), 40.

14) J. SANCHEZ JIMENEZ señala la existencia de 30 "poblados con sepultura tumular" en la *Cultura Algárica ...* Madrid, (1948) 102.

MORRA DEL QUINTANAR DE MUNERA:

El yacimiento arqueológico se encuentra situado sobre una elevación natural que forma parte de los bancos de calizas de formación cretácica horizontal sobre el río Quintanar - Córcoles, por su margen sur, mientras que por la zona noreste el terreno desciende suavemente hacia un pequeño valle por donde corre el agua procedente de una fuente ¹⁵.

El desarrollo de la excavación ha sido difícil y a veces accidentado ante el constante peligro de hundimiento de los perfiles.

Para su mejor estudio el yacimiento ha sido dividido en dos sectores: En el Sector A se ha documentado la existencia de un área de fortificación que presenta un doble recinto interior y un tercero exterior, que constituye una auténtica muralla. El Sector B está situado fuera del recinto fortificado, en una zona amesetada que desciende suavemente hacia el Noreste.

Inicialmente la excavación se planteó siguiendo un eje que en sentido NW - SE cortaba el yacimiento longitudinalmente, y otros transversales al mismo según el sistema de coordenadas cartesianas. Los cortes de 4 por 4 metros fueron ampliándose a lo largo de la excavación según las necesidades de la misma.

SECTOR A

CORTE 2

La superficie de este corte de 4 por 4 metros presenta una inclinación de Este a Oeste. Una vez levantada la capa superficial se excavó solamente el nivel correspondiente a los restos de ocupación y destrucción de una cabaña, alcanzándose una potencia máxima de 1'60 metros desde la superficie. Aunque no se ha podido determinar la estructura y dimensiones de la misma en el área excavada, debió estar construida a base de vigas de madera, ramaje y adobe, ya que son muy numerosos los restos de estos materiales encontrados en la excavación. Las paredes debieron estar recubiertas de barro con la superficie enlucida. Junto a los fragmentos de adobe quemado aparecen grandes trozos de madera carbonizada correspondientes sin duda a las vigas o postes de la cabaña, y restos de esparto igualmente carbonizado.

15) La Morra del Quintanar se localiza en las coordenadas 1° 14' 05" de Lon. E. y 39° 01' 05" de Lat. N. Hoja 764 del M. T. N.

Entre los materiales destacan varias pesas de barro de grandes dimensiones, de forma rectangular con las esquinas redondeadas y circulares, con dos o cuatro perforaciones.

CORTE 7

Se excavó solamente una potencia de 0'80 metros en la mitad sur del corte y 1'40 metros en la mitad norte. Se trata de un nivel de derrumbe donde aparecen numerosas piedras y grandes trozos de adobe.

CORTE 3 Y 4

Los trabajos de excavación se iniciaron en la campaña de 1979. Sus dimensiones iniciales eran de 4 por 4 metros cada corte. Sin embargo ante el derrumbe que sufrieron los perfiles se excavó el testigo que los separaba y se amplió el perfil norte 1 metro y el sur 2 metros resultando una superficie de 9 por 7 metros.

En estos cortes se documenta un lienzo de muro que sigue la dirección Norte - Sur, de una anchura que oscila entre 1 m. y 1'40 m. Se conserva una altura entre 3'13 metros y 3'20 metros., de unas veinte hiladas aproximadamente. El muro se apoya directamente sobre la roca natural del cerro y está construido con piedras de mediano tamaño, trabadas con argamasa de coloración grisacea.

A 4'60 metros del perfil norte del corte el muro parece acabar sugiriendo la posibilidad de un acceso al interior del recinto. Este posible acceso queda cerrado por un muro que cambia la dirección girando hacia el oeste. Sin embargo probablemente este fallo del muro y el adosamiento de otro, responde a un sistema constructivo, es decir se construye el muro alzando paños enteros que se van adosando. En este caso para cambiar la dirección del muro se construye un nuevo paño en forma redondeada con piedras trabadas con argamasa de color ocre. El muro que debió ser bastante más alto de lo conservado, sufre un rápido y aparatoso derrumbe que ha formado un nivel que supera la potencia de 1'60 metros, de piedras sin apenas tierra. Una vez producido el derrumbe se procede a la reconstrucción del muro, rectificando un poco la dirección del mismo, girando más hacia el oeste y siguiendo esta dirección durante cinco metros para girar suavemente de nuevo, hacia el norte, paralelamente al primer tramo.

Estos nuevos paramentos están hechos con piedras de mediano tamaño, de forma irregular, pero con tendencia a las planas, trabadas con argamasa ocre - amarillenta. La anchura oscila entre los 0'60 m. y los 0'80 m., y la altura media conservada es de 1'50 m.

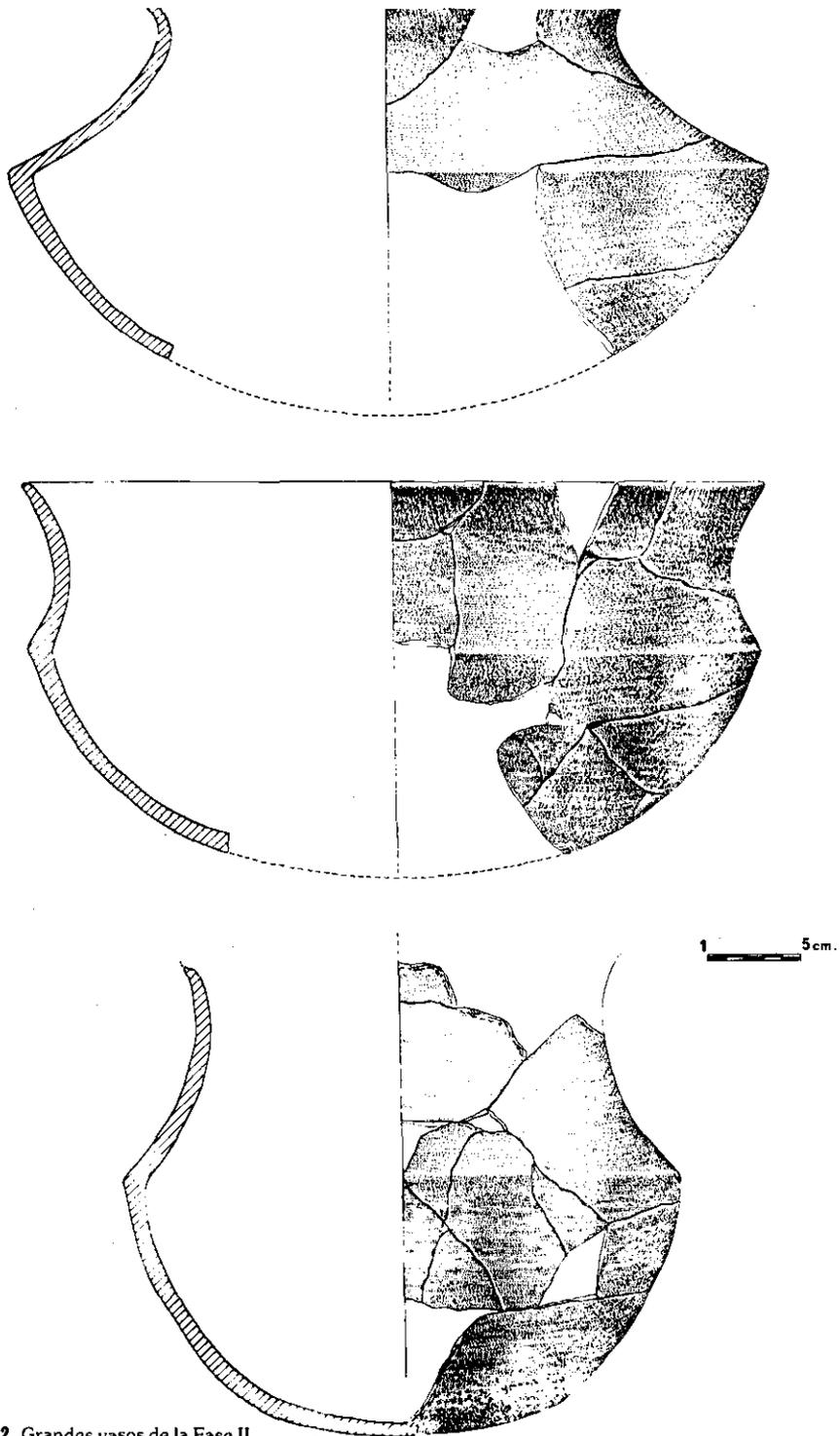


Fig. 2. Grandes vasos de la Fase II.

Parte de estos nuevos paramentos se han derrumbado hacia el interior del recinto, documentándose en el corte 4 unos niveles de piedras caídas de más de 1 metro de potencia junto al muro, que buzan fuertemente hacia el interior. Por encima de este derrumbe se han formado varios niveles de tierras que alternan entre la coloración amarillenta y la grisacea y que alcanzan una potencia que oscila entre 1 m y 1'20 m. Destaca la presencia de gran cantidad de adobes de grandes dimensiones que aparecen generalmente quemados y restos de vigas o postes de madera igualmente carbonizados. Este nivel corresponde por tanto al derrumbe de unas construcciones de adobe y madera, aunque no se ha podido determinar si corresponden a una reedificación del muro o se trata de otras estructuras.

En el corte 3 se documenta igualmente un nivel de adobe quemado con restos de madera carbonizada, de donde se han tomado muestras para análisis de C - 14. Por encima de este nivel aparece en la mitad norte del corte un estrato de 1 metro de potencia formado por niveles de ceniza que alternan con otros más compactos de argamasa deshecha con presencia de cal, que buzan hacia el este, ya que se han formado al exterior del paramento de piedra de la reedificación del muro del recinto interior. En la mitad sur del corte 3 destaca la presencia de numerosas piedras de mediano tamaño en general, aunque hay algunas de dimensiones mayores, y fragmentos de adobe, que proceden del derrumbe de un muro no localizado en el corte.

A la altura de las coordenadas x - 23 / y - 46 se adosa al paramento del recinto, en su zona sur, un nuevo muro de una anchura media de 0'80 m., reforzado en su cara oeste por otro muro un poco más estrecho. Está construído con hiladas bastantes regulares de piedras de mediano tamaño, trabadas con argamasa de color gris claro. En su cara este se conservan aún restos de un revoco de barro de coloración grisacea.

CORTE 6

En este corte se documenta un muro que sigue la dirección N - S, más o menos paralela al muro del recinto interior. Su anchura oscila entre 0'60 m y 0'80 m, en su hilada superior conservada, ya que su cara exterior no está realizada a plomada, sino que presenta una inclinación hacia el interior. La base del muro está construída con grandes bloques de piedra que se apoyan sobre la roca natural. El resto de muro está construído con piedras de mediano tamaño, algunas de las cuales están relativamente bien cortadas y presentan una cierta regularidad. Están trabadas con argamasa o barro de colo-

ración grisacea. El estado de conservación es muy deficiente, habiéndose derrumbado en parte. Se conserva una altura que oscila entre 1 metro y 2 metros. Después de un tramo de 3 metros que lleva la dirección N - S gira más o menos en ángulo hacia el oeste poco más de 1 metro, para torcer de nuevo hacia el sur aproximadamente otro metro. El muro acaba en este punto presentando una concavidad en su parte central de la sección que recorre el muro en toda su altura y acaba en la base del mismo en un hoyo de poste de forma circular, hecho con piedras y barro. En esta concavidad iba adosada una viga o poste de madera de la que se han tomado muestras para análisis de C - 14. Esta estructura zigzagueante que se conserva en una altura de 2' 50 m., unas quince hiladas de piedras más o menos rectangulares, de mediano y pequeño tamaño, trabadas igual que el resto del muro con un barro grisáceo y dispuestas en acusado talud, da paso a una entrada o puerta de acceso al interior del recinto de 1' 40 m de vano.

El otro extremo o jamba de la puerta está constituido por otro poste de madera adosado igualmente a un muro de hiladas de piedra en talud y de estructura redondeada. Estos dos postes probablemente fueron el armazón de un cierre de madera, aunque también cabe la posibilidad que hubieran servido para sostener una estructura superior.

Este acceso queda abandonado colmatándose con niveles de relleno. Sin embargo presenta una segunda fase de utilización : la excavación de parte del testigo que separa los cortes 3 y 6, ha permitido documentar la existencia de una muro que sigue la dirección norte, de una anchura de 0' 40 metros de piedras de mediano y pequeño tamaño, trabadas con argamasa ocre - grisacea, y de una altura conservada de casi 2 metros. El paramento exterior presenta un revoco de barro de color gris. Este muro está roto y caído con una fuerte inclinación hacia el interior, pero sin derrumbarse del todo, no habiéndose podido determinar en el transcurso de la excavación dónde acaba. El otro muro que forma el extremo de la puerta se mete en el perfil y - 44 del corte 6, aunque se aprecian dos hiladas de similares características que el anterior e igualmente revocado con barro de color gris.

Esta puerta se cierra mediante la construcción de un muro de seis hiladas de piedras trabadas con argamasa ocre - grisacea en talud con una inclinación aproximada de 42' 5°. Sobre este muro se apoya otro de paramento mucho menos inclinado de 0' 30 m de ancho, construido con piedras de mediano tamaño trabadas con una argamasa en cuya composición se utilizó probablemente cuarcita descompuesta machacada, que da una intensa coloración rojiza. La cara interior de este muro de cierre, es decir en su lado norte, presenta un revoco del mismo barro de coloración rojiza pero con algunas lechadas finas en su superficie de color gris.

CORTES 5, 8 Y 9

La excavación de los cortes 8 y 9 se planteó en la campaña de 1981 para poder estudiar la estructura de la muralla exterior del yacimiento que ya se había documentado en el corte 5, excavado en campañas anteriores.

Está cunstruída siguiendo un sistema bastante complejo a base de refuerzos que se apoyan unos en otros. Cierra el sector A del yacimiento por su lado de más fácil acceso, es decir en la zona noreste. Sigue por tanto una dirección N, NE, E y S, trazando una ligera curva. En su tramo norte parece apoyarse en unas rocas, aunque ésto aún no lo hemos podido documentar al no estar excavada esta zona. Acaba en su tramo sur en el borde calizo que se levanta sobre las huertas del Rio Quintanar.

Este sistema complejo de construcción en síntesis se compone de :

— Un muro de 0'80 metros, por término medio de ancho. Está construído con piedras grandes, más o menos escuadradas en las dos caras, mientras que el interior está relleno de piedras más pequeñas. En su tramo norte, aproximadamente 3'60 metros, las piedras son de mayores dimensiones. En los 5 m. siguientes el muro se estrecha algo más y las piedras son menores. A partir de aquí es difícil seguir la línea del muro, ya que en esta zona solo se ha excavado superficialmente la capa de derrumbe.

— Refuerzos interiores : el muro, anteriormente descrito, de estructura constructiva débil, presenta una serie de refuerzos formados por muros en torno a los 2 m. de longitud, ligeramente redondeados o con tendencia semicircular, adosados al muro por su cara interna y uno a continuación del otro. Están construídos con piedras generalmente de mediano tamaño, irregulares y trabadas con argamasa. Las hiladas no están dispuestas verticalmente, sino que siguen la técnica ya utilizada en otros muros, siendo por tanto más anchos en su base al presentar un ligero talud. Este sistema de refuerzo interior está muy mal conservado.

— Refuerzo exterior : está constituído por un muro de más de 18 metros de longitud que se apoya directamente contra la cara exterior del muro que constituye el eje central de la estructura del recinto III de la fortificación. Su cara externa está construída con grandes bloques de piedra, de formas más o menos regulares. El interior del muro está relleno de piedras de forma irregular de mediano y pequeño tamaño. Mientras en el tramo norte las hiladas están dispuestas con una fuerte inclinación, en talud, en su tramo este y sur, las hiladas están levantadas casi verticalmente, conservándose una altura media de 2'50 metros. En la base de este tramo vertical se adosa un zócalo de 1'40 metros de ancho y una altura de 1'20 m., aproximadamente, conservándose seis hiladas realizadas con piedras de mediano y gran tamaño.

Junto a la base de este zócalo hay grandes bloques de piedra traídos para la construcción del muro. El último tramo de 3 metros acaba muy cerca del borde calizo del terreno. Aquí la altura conservada es menor. En la zona superior del muro se abren en su cara exterior dos vanos de 1 metro de ancho y aproximadamente 1 metro de profundidad y a una altura de 1'30 metros del zócalo. La pared del fondo de estos vanos está construída por otro muro de refuerzo del muro central. Están separados entre sí por una distancia de 3 metros.

Otra característica peculiar del sistema constructivo del recinto es la utilización de un paramento, sin cara interna, que se apoya directamente sobre la superficie inclinada del terreno. Está realizado a base de hiladas de piedras que se van retranqueando a medida que asciende la pendiente, constituyendo un paramento en talud.

SECTOR B

CORTES 11, 12, 13 Y 15

No presentan niveles arqueológicos. La roca aparece a los 20 ó 30 cm. de profundidad en relación a la superficie actual del terreno.

CORTES 14 A 29

En la zona más elevada de la llanura que se extiende al S.E de la fortificación y próximo al escarpe calizo que se alza sobre las huertas del río Quintanar, se ha realizado una serie de sondeos que cubren una superficie aproximada de 300 m². Se ha documentado a escasa profundidad del nivel actual del terreno una construcción muy arrasada, constituída por cuatro alineaciones de muros, de los que solo se conserva una hilada. Siguen una dirección sensiblemente paralela, dejando entre si unos espacios que no alcanzan los dos metros en su zona más ancha. Estos muros que superan los diez metros de longitud en la zona hasta ahora excavada, están construídos con grandes bloques de piedra, casi sin desvastar, utilizando piedras más pequeñas en el relleno interior. En el corte 24 aparece una estructura circular de casi dos metros de diámetro, que conserva restos de un enlosado realizado con piedras planas de dimensiones irregulares. Este mismo tipo de suelo se documenta en el corte 22 cubriendo el espacio existente entre dos alineaciones de muros. Aún desconocemos la finalidad de esta construcción, aunque por la estructura de sus muros debió estar relacionada con un área de fortificación.

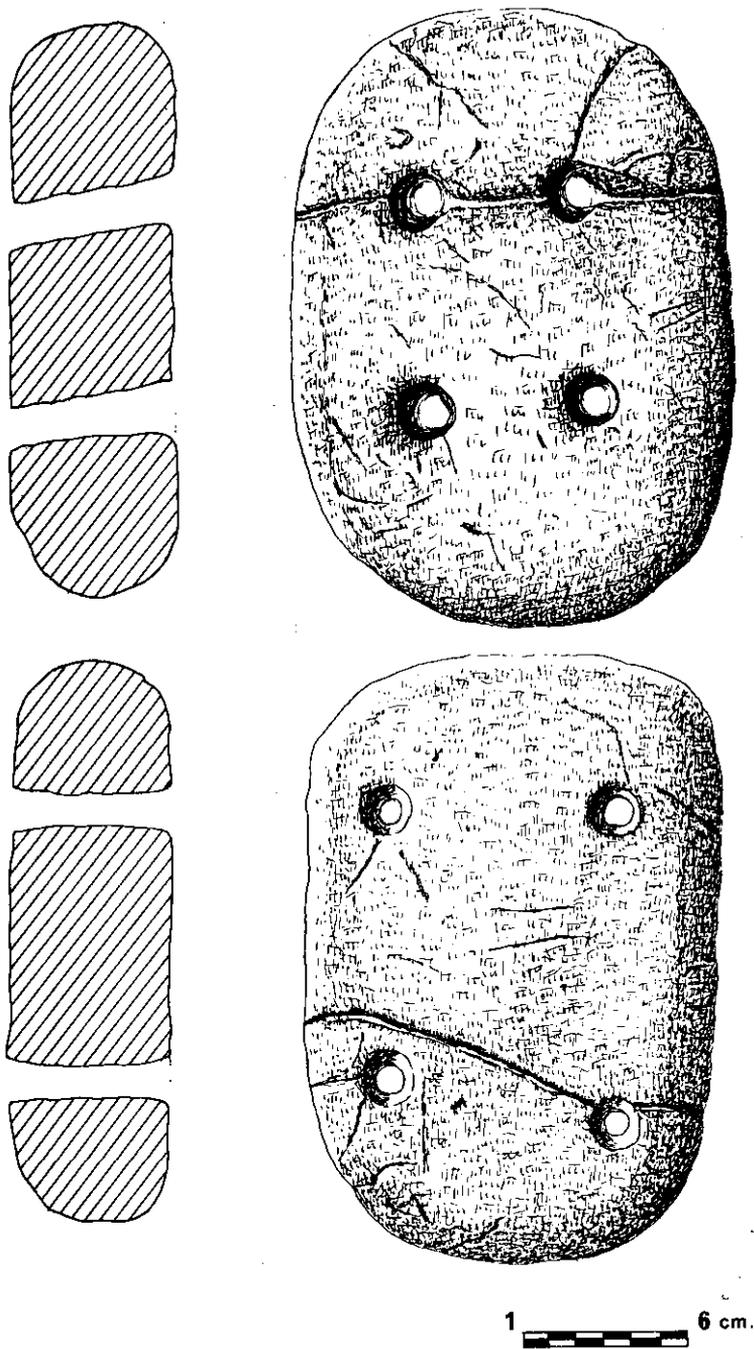
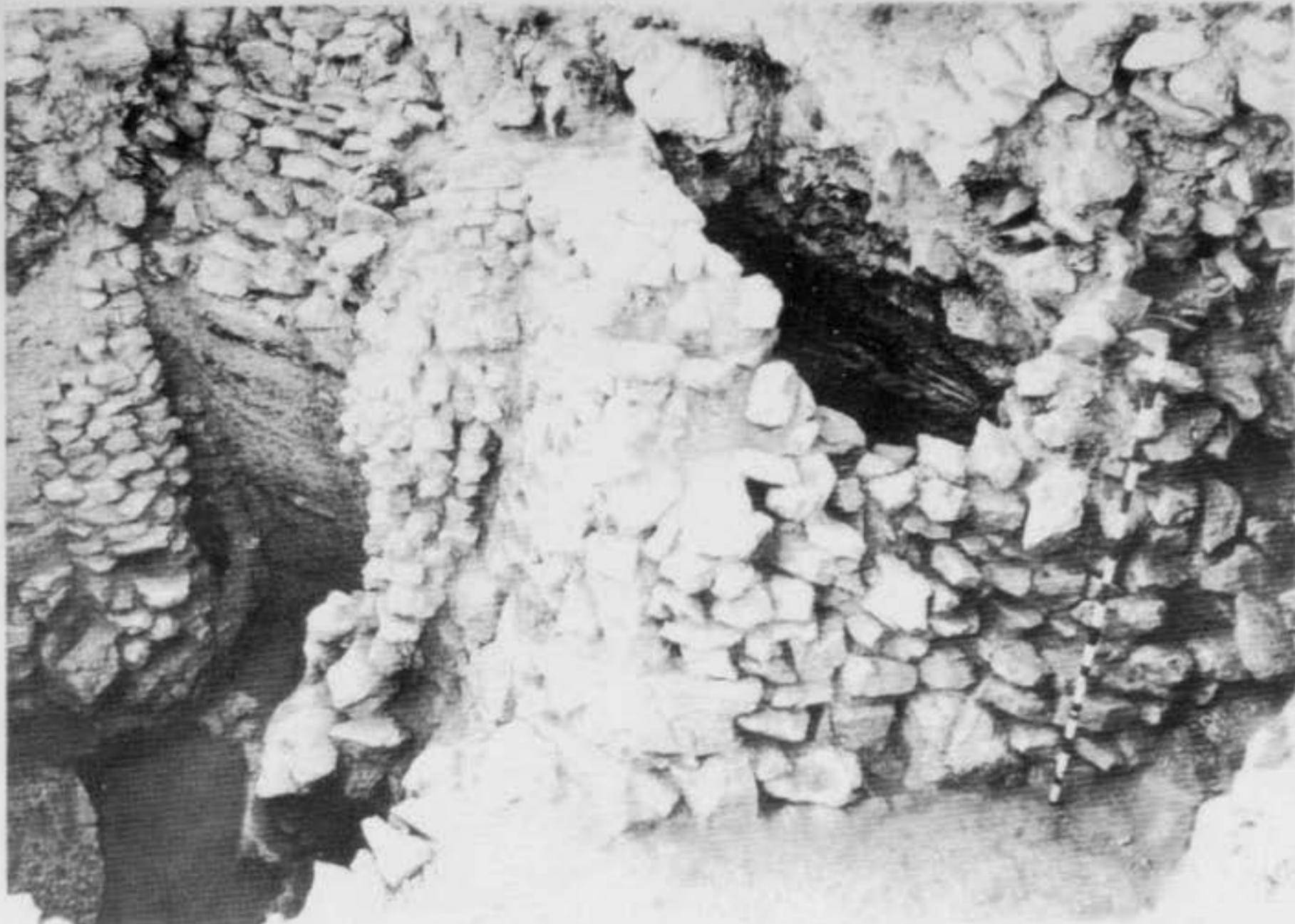


Fig. 3. "Pesas de telar" de arcilla procedentes del corte 2.



Lám. 1. Muralla y puerta del Corte 6.



Lám. 2. Muralla exterior. Corte 8.

Junto a la cara exterior del muro más septentrional de esta construcción se localiza un nivel de destrucción con gran cantidad de adobes de grandes dimensiones, caídos y en algunas zonas quemados. Entre el derrumbe aparecen bastantes fragmentos de vasos cerámicos, e incluso algunos vasos enteros.

LOS MATERIALES

Los materiales arqueológicos encontrados en el transcurso de las excavaciones está constituido fundamentalmente por fragmentos de vasos cerámicos, que forman un conjunto muy homogéneo. A grandes rasgos se caracteriza por la cocción bastante irregular, aunque hay un mayor predominio en la utilización del fuego oxidante. Las superficies están bastante bien alisadas incluso en los vasos de mayores dimensiones. La cerámica de mayor calidad presenta unas superficies muy espatuladas aunque en raras ocasiones alcanzan la calidad del bruñido.

Entre la cerámica cuidada destacan los cuencos de forma hemiesférica y los vasos de carenación media, a veces con decoración de mamellones en la línea de carena, y en algunos casos con asa de cinta.

Las ollas globulares de borde saliente son las formas más frecuentes en el conjunto de materiales del yacimiento. Generalmente presentan unas superficies cuidadas, espatuladas o alisadas. Frecuentemente los bordes están decorados con incisiones o impresiones digitales o de punzón.

En la Fase II del Quintanar destaca la presencia de unas grandes vasijas de almacenamiento de borde vuelto y carena muy acusada, cuyas superficies están muy bien espatuladas.

La cerámica decorada es muy rara, tan solo cabe destacar la presencia de algún fragmento con motivos incisos de tipo campaniforme en el sector B del yacimiento.

Hay que señalar la presencia a lo largo de la secuencia estratigráfica del yacimiento de fragmentos de "queseras" de formas acampanadas.

Entre los objetos de arcilla destacan las pesas de telar de grandes dimensiones de forma rectangular ovalada y en algunos casos circular, con dos o cuatro perforaciones.

La industria ósea es relativamente escasa y se reduce a la presencia de punzones y alguna espátula. Sin embargo hay que destacar la aparición de dos botones de perforación en "V" en el sector B del yacimiento.

El material lítico es casi inexistente y está representado fundamentalmente por dientes de hoz.

Aunque la presencia de fragmentos de crisol parecen indicar una actividad

metalúrgica en el área de la fortificación, sin embargo los objetos metálicos son muy escasos, alguna punta y punzones de sección prismática.

CRONOLOGIA :

La ocupación del yacimiento del Quintanar se puede establecer en tres fases :

— FASE I : en esta fase se documenta el muro y la puerta del recinto medio localizado en el corte 6. Los niveles de abandono de la puerta están fechados por una muestra de C - 14 en 1660 ± 130 a.C. (UGRA 101 : 3610 130 B. P.). Los niveles de destrucción de los posibles restos de cabañas situadas en el sector B del yacimiento, fuera de la fortificación están fechados entre el 1680 ± 130 a.C. (UGRA 79 3630 130 B.P.) y 1600 ± 140 a.C. (UGRA 104 : 3550 \pm 140 B.P.).

— FASE II : Se reconstruye el recinto interior del yacimiento localizado en los cortes 2 y 4 y se empieza la construcción de la muralla exterior. Los momentos finales de esta fase se fechan a finales del siglo XVI a. C. y comienzos del XV a. C. (UGRA 103 : 3470 130 B. P. y C. S. I. C. 493 : 3360 50 B. P.)

— FASE III : Se puede fechar en el siglo XIV a. C. Corresponde a la construcción de los muros de refuerzo de la muralla exterior y el posterior abandono del yacimiento.

La primera fase de ocupación de la Morra del Quintanar se situaría en la transición de la Fase A a la Fase B del Argar en el Sureste. Sin embargo la presencia de algunos fragmentos de cerámica incisa en algunas morras de la provincia de Albacete (Quintanar, Tiriez ...) y en alguna Motilla de Ciudad Real ¹⁶, junto con otros materiales de tipología antigua, sitúan a este tipo de yacimientos en un momento del Bronce Antiguo. Estos poblados pertenecen a gentes de economía ganadera y pastoril que con fuertes perviven-

16) T. NAJERA y F. MOLINA : *La Edad del Bronce en la Mancha ...* en Cuadernos de Preh. de la Univ. de Granada, 2 (1977) Fig. 13 C: Motilla de Santa María del Guadiana, pág. 275.

cias de la Edad del Cobre se asientan, en un momento del Bronce Antiguo que cronológicamente se relacionaría con la Fase del Argar A del Sureste, en zonas algo elevadas, eligiendo pequeños cerros o laderas de colinas más altas. Estos poblados no suelen ser demasiado grandes y se sitúan unos próximos de otros, constituyendo núcleos de población dispersa.

C. M. M.

EL POBLADO IBERICO DE "EL AMAREJO" (Bonete, Albacete)

Por Santiago BRONCANO*

En tanto se concluyen los últimos detalles sobre el estudio de las tres campañas llevadas a cabo en el yacimiento, cuya Memoria definitiva está a punto de entrar en prensa, quiero dar este breve avance sobre los resultados de las excavaciones efectuadas hasta la fecha.

El plan para iniciar la excavación de este yacimiento surgió a raíz de una conversación que mantuve en 1.977 sobre Arqueología con el Director del Museo Arqueológico de Albacete, D. Samuel de los Santos. En ella le manifesté mi propósito de investigar sobre la cultura ibérica en la provincia, y, a sugerencia suya, decidí emprender el estudio de este yacimiento ibérico.

El poblado de "El Amarejo" se halla ubicado en la cima y laderas del cerro del mismo nombre, situado al sur de Bonete, dentro de su término municipal y a pocos centenares de metros de la carretera que une esta población con la de Montealegre del Castillo. (Lám. 1,2).

Su situación geográfica es interesante por encontrarse en una zona bien comunicada y de transición entre el área costera levantina y la submeseta sur. Efectivamente, a través de los pasos de la cercana Almansa, se establece la comunicación natural con la provincia de Alicante y con el sur de Valencia, siguiendo las actuales vías de ferrocarril que van, una a Villena y Alicante, y otra a Játiva. También las carreteras que unen a Almansa con estas poblaciones coinciden en sus trayectorias con aquéllas.

Posiblemente, debido a esta situación geográfica y según los materiales arqueológicos exhumados, se le puede considerar como uno de los focos importantes de la cultura ibérica, que no sólo brilla por sí mismo, sino que transmite al interior de la península, a través de las vías de comunicación mencionadas, los elementos culturales de la zona costera, directamente en contacto con las civilizaciones mediterráneas.

El yacimiento es conocido desde antiguo por los habitantes del cercano

* Subdirección General de Arqueología y Etnografía.

pueblo, de donde frecuentemente habían extraído materiales arqueológicos, especialmente con motivo de faenas agrícolas.

D. Pascual Serrano, maestro de escuela de Bonete, de finales del siglo pasado, es el primero que da noticias de este yacimiento (según nos narra Pierre Paris en su libro "*Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*", París, 1.904). Este arqueólogo francés obtuvo de dicho maestro los datos que le movieron a efectuar dos campañas de excavación, animado a ello, sin duda, ante la vista de los objetos que el citado maestro había reunido, a modo de pequeño museo en su casa, mediante aportaciones especialmente realizadas por labradores que hacían labores agrícolas en la base del cerro, donde, según el citado autor, estaba la necrópolis.

En las fechas en las que el Sr. Paris efectuó las dos campañas de excavación en el poblado (Abril de 1.898 y en el mismo mes de 1.899), el cerro debía tener el mismo aspecto que el que actualmente ofrece, según se deduce de su descripción. Afirma que, cuando lo vió por primera vez, existían una serie de terrazas horizontales que le parecían hechas artificialmente. Habla de muros fabricados con piedras trabajadas en seco, no existiendo trazas de fortificaciones o trabajos arquitectónicos defensivos. Por último, anota las ingentes cantidades de cerámica que aparecían sobre toda la superficie del yacimiento.

La documentación escrita que Pierre Paris nos ha legado es un documento de gran valor bibliográfico. Todas estas descripciones y las restantes que hacen referencia a objetos arqueológicos, especialmente cerámicos, son tales como he podido constatar por mí mismo; pero hay tres aspectos importantes con los que discrepo del referido autor:

El primero es su afirmación de la existencia en superficie de cerámica romana. Pues bien, tanto en el proceso de excavación como en las frecuentes prospecciones superficiales de la zona, no hemos encontrado ni un solo fragmento de ese tipo de cerámica. Me temo que lo que le dió motivo para hacer esta afirmación fué posiblemente la presencia de algún fragmento de cerámica de barniz rojo de importación púnica, que pudo considerarlo como "terra sigillata". Esta es la única explicación, pues, como digo, si hasta la fecha no se ha encontrado, ni en superficie ni durante las excavaciones, ningún fragmento de cerámica romana entre decenas de miles de extraídos, creo que se puede afirmar categóricamente la ausencia total de ella.

El segundo aspecto que conviene aclarar es en relación al término denominado " estilo Meca-Amarejo", actualmente en desuso, y que tras la publicación del citado libro se llegó a utilizar para definir un tipo de decoración a base de estilizaciones vegetales. En mi opinión, esta denominación viene demasiado grande para definir un estilo decorativo prácticamente inexistente



Lám. 1. 1.1. Excavación del Dpto. 4.



Lám. 1. 1.2. Foto general del yacimiento.



Lám. 1. 1.3. Detalle de la entrada al poblueio.

en este yacimiento. Tan prácticamente inexistente que en los cuatro departamentos excavados completamente y que suministraron, como he dicho, decenas de miles de fragmentos cerámicos, solamente aparecen tres con este tipo de decoración. Así pues, sin negar la existencia de temas decorativos fitomorfos (y aún zoomorfos) de una calidad extraordinaria, según hemos visto en algunas vasijas recuperadas en otras áreas distintas de los cuatro departamentos mencionados, tenemos que afirmar que el estilo predominante es el clásico de decoración geométrica, que se da con mucha variedad, por cierto, pero siempre dentro de este estilo decorativo.

El tercer aspecto se refiere a que este autor habla de la existencia de muros dispuestos sin ningún orden por el cerro. Naturalmente esta aseveración es debida a la falta de una excavación extensiva. Hemos comprobado que los departamentos excavados se construyeron en las terrazas del cerro que se van escalonando desde la cima, que son de planta rectangular y que sus muros longitudinales están dispuestos en dirección radial.

Las actuaciones que por nuestra parte se han realizado en el yacimiento, comenzaron en el verano de 1.978 con la apertura de catorce catas que corlaban el cerro por su parte oriental. El fin era obtener una primera información sobre el poblado: potencia arqueológica, extensión, morfología, detección de estructuras, etc. Esta primera campaña nos proporcionó datos sobre un asentamiento anterior al ibérico, perteneciente a la Edad del Bronce, como es frecuente en muchos poblados ibéricos; se descubrieron los primeros restos arquitectónicos, consistentes en muros, y nos puso en contacto con abundante y variado material arqueológico, especialmente cerámico.

En la campaña del verano de 1.979 fueron ampliadas, donde se estimó conveniente, las catas del año anterior, poniéndose al descubierto varios departamentos, concretamente tres en la primera terraza, (Lám. 2,1), situada en la cima amesetada del cerro; otro departamento en la segunda terraza, (Lám. 1,1), y un último en la tercera; éste excavado de antiguo, que no suministró material alguno. También se realizaron excavaciones en la zona norte con el fin de determinar el acceso a la parte superior del poblado. (Lám. 1,3).

En 1.980 se efectuó la última excavación, que puede considerarse como una continuación de la anterior, ya que únicamente se hizo para terminar completamente la excavación de uno de los departamentos.

Todos los departamentos descubiertos son de planta rectangular, semiexcavados en la roca natural del cerro y delimitados por muros fabricados con un zócalo de piedras de tamaño medio, unidas en seco con alturas que varían entre los 20 y 70 cm. Sobre este zócalo se superponen hiladas de adobes, de las que se conservan en algunos casos hasta cuatro de ellas. El pavimento es la misma roca del cerro alisada, con un ligero declive hacia la par-

te externa. A veces existen áreas con tierra apisonada para compensar los desniveles.

Los tres departamentos mencionados de la primera terraza son adyacentes, delimitado cada uno de ellos por un muro común, y orientados al Este.

El departamento que denominamos núm. 1 es de amplia planta (3'5 x 4'5 m.). En el ángulo S.O. apareció un hogar delimitado por adobes para contener la ceniza. Adyacente a este hogar y recorriendo la totalidad del muro Oeste, aparece un estrecho murete interior de adobe, paralelo al anterior y separado de él unos 25 cm. Es un caso raro dentro de la arquitectura ibérica, que interpretamos como una cámara hueca, a la que posiblemente iría a parar el aire caliente suministrado por la combustión en el referido hogar.

El departamento que denominamos núm. 2 (Lám. 2,2), consiste en un estrecho pasillo delimitado por el núm.1 y el núm. 3. Es de suponer que dada la estrechez de este recinto (1'8 x 4'5 m.), no sirviera como lugar de habitación. Avala esta suposición la escasa presencia de materiales arqueológicos, como más adelante veremos, si lo comparamos con el promedio de los restantes departamentos. Por otra parte, también nos inclinamos a ello al tener en cuenta el sistema de cubrición de las dependencias 1 y 3, que sí son lugares de habitación. Efectivamente estas cubriciones deben tener las vertientes en sentido transversal, ya que longitudinalmente sería técnicamente imposible, precisamente por su gran longitud (4'5 m.), siempre teniendo en cuenta la pendiente considerable que deben llevar las cubriciones hechas con materiales vegetales para que el agua de lluvia no cale la techumbre. Al tener pues la vertiente a los lados, el departamento del medio, obviamente no podría verter aguas a la habitación 1 ó 3, por lo que aquel tendría que estar a cielo abierto y, en todo caso, recoger las aguas de las habitaciones contiguas citadas.

El departamento núm. 3, como el núm. 1, es de gran amplitud (4 x 4'5 m.). Está dividido en dos por un muro transversal en el que se ha dejado una puerta de comunicación entre los dos ambientes.

Por último, el departamento núm. 4 (Lám. 1, 1), situado en la segunda terraza, es un pequeño recinto de unos 2'5 x 3'5 m. de dimensiones, destinado a tienda o más bien a almacén de cerámica. La orientación es como la de los anteriores, al Este, aunque la entrada a ella se efectúa por un lateral. Es el único departamento que ha suministrado restos de techumbre. Esta consistía en un entramado de ramas de distinto grosor (máximo de 5 cm.) trabadas con una mezcla de cal y tierra. Se descubrieron muchos fragmentos de dicha mezcla con las improntas dejadas por los materiales vegetales.

Creemos que el estudio urbanístico, que realizaremos cuando poseamos más elementos de juicio, podrá ser de gran interés, precisamente por el sistema de terrazas que adopta el poblado en las que se asientan las habitacio-



Lám. 2.2.1. Detalle de la meseta. Dptos. 1, 2 y 3.



Lám. 2. 2.2. Detalle excavación del Dpto. 2.



Lám. 2. 2.3. Cerámica del Dpto. 2.

nes. En este sentido también será de interés el sistema defensivo que sin duda tendría, como todos los poblados ibéricos. Creemos que “El Amarejo” debía poseer otro sistema defensivo distinto al habitual de murallas, inclinandome a creer que estaría en función de estos aterrazamientos artificiales. De cualquier forma habrá que esperar a tener más datos al respecto antes de aventurarnos a emitir teorías más o menos sugestivas.

El material arqueológico de “El Amarejo”, especialmente el cerámico, es de una abundancia tal que nos obliga a considerar la existencia en este núcleo de una producción alfarera extraordinaria, comparándola con la extensión relativamente pequeña del poblado. Por otra parte no sólo es de destacar la abundancia, sino sobre todo la calidad de esta industria y la diversidad tipológica, que prácticamente contempla la totalidad de las formas cerámicas ibéricas, y esto teniendo en cuenta lo poco excavado hasta la fecha. Así podemos contemplar desde páteras, platos, fuentes y cuencos de variados tipos hasta ánforas diversas, pasando por oinochoes, vasos calados, tapaderas, recipientes para fabricar cerveza, recipientes con reborde en la panza para contener líquidos sobrantes, askos, terracotas, kalathos, etc.

Dado el carácter de breve comunicación que se nos impone en este trabajo, me limitaré a exponer únicamente parte de los materiales, aunque eso sí, los más característicos.

En cuanto al material perteneciente a la Edad del Bronce, brevemente diré que es el característico de la etapa final de esta época. Se dan cerámicas fabricadas a mano, alisadas, espatuladas o bruñidas, algunas de éstas últimas con un acabado extraordinario, a veces carenadas. Rara vez aparecen algunos fragmentos decorados consistiendo en incisiones en el borde o mamelones.

Hasta ahora no se han obtenido formas más o menos completas, ya que los fragmentos recuperados son provenientes de rellenos en su mayor parte. Otros materiales de esta época son: dientes de hoz, una punta de flecha en sílex con pedúnculo y aletas, cuchillo de cobre, brazaletes de arquero, punzones de hueso, cuentas de collar, etc. A esta etapa corresponde el hallazgo de dos interesantes formaciones pétreas y un fragmento de otra, consistente en dos nódulos esféricos unidos en forma de capullo de seda, que M.^a Asunción y Jerónimo Molina consideran como idolillos. Estas formaciones son procedentes de la zona de confluencia de los ríos Segura y Mundo, en el límite de las provincias de Murcia y Albacete, donde existen las “minas” de estas formaciones. Sin entrar en detalles sobre ellas, ya que están estudiadas y publicadas por los citados autores en el número 59 de la Revista Murgetana, diré que “El Amarejo” es un nuevo lugar y, por ahora, el más septentrional e interior de los quince yacimientos en los que han aparecido. Esto proporciona un interesante dato sobre las vías de comunicación y penetración hacia el interior durante la prehistoria.

Efectivamente estas formaciones naturales se han extendido por la zona del S.E. peninsular durante toda la Edad del Bronce, llegando hasta "El Amarejo", ya en contacto con la Submeseta Sur. Con la cultura ibérica creo que se dejan de utilizar estas "piedras", ya que, según hemos podido constatar en nuestras excavaciones realizadas en la Necrópolis ibérica de "El Tesorico", en Hellín, ubicada en la base de uno de los dos cerros de donde proceden, los enterramientos en sí, no suministraron ninguno de aquellos idolillos, aunque las tierras de relleno que removimos en la excavación nos dieran en gran número todo tipo de variantes de estas formaciones.

En cuanto al material arqueológico de época ibérica, el Departamento número 1 destaca sobre todo por el material cerámico de cocina, sin faltar, por supuesto, abundante cerámica fina. De esta última damos una muestra con algunas de las formas completas que se han podido recomponer y otras que nos dan casi la totalidad de la forma. Estas son: Un plato con decoración de trazos rectos dispuestos en dirección radial, que parten de sendas bandas; todo ello en pintura de color rojo vinoso como el resto de las decoraciones que citaremos, salvo excepciones. Una vasija de cuerpo globular, alto cuello y labio en forma de "pico de ánade", con decoración geométrica. Un recipiente de amplia boca y decoración de bandas y líneas. Una pátera con decoración de bandas. Una botellita piriforme. Un gran recipiente de cuerpo biconocónico decorado con apretada temática geométrica. Otro gran recipiente, ovoide, sin cuello, con tres asas trigeminadas, también con abundante decoración geométrica; y un ánfora de tipo ibérico.

En cerámica de cocina destacamos una pequeña tapadera de pomo anillado cóncavo. Una vasija estrecha y muy alargada, de cuerpo en forma de tronco de cono invertido, forma ésta poco corriente. Dos ollas de cuerpo globular con paredes negras; éstas, desde el borde hasta el hombro, están tratadas con fino espatulado, dándoles un aspecto brillante. Por último citamos diez vasos calados y la parte superior de otros dos. De ellos, cinco son de la forma típica que se suele encontrar en poblados ibéricos, con un asa, pastas y paredes grises y calados triangulares, menos en uno de ellos que los tiene rectangulares. Otro vaso es un trípode también con asa y perforaciones triangulares. Los restantes difieren considerablemente de los anteriores, ya que su superficie es brillante, de tonalidades pardas y pasta rojiza. Sus bordes son de sección compleja, debido a un engrosamiento al exterior en la parte inferior del labio, continuando con inflexiones del perfil en algunos de ellos. Las perforaciones son triangulares, pero a diferencia de los anteriormente citados, no llevan asa. Estos ejemplares son interesantes por la falta de paralelos en otros poblados ibéricos. (Fig. 1)

El Departamento número 2 ha suministrado un kalathos completo de cuello estrangulado, decorado con series de pequeños trazos horizontales y li-

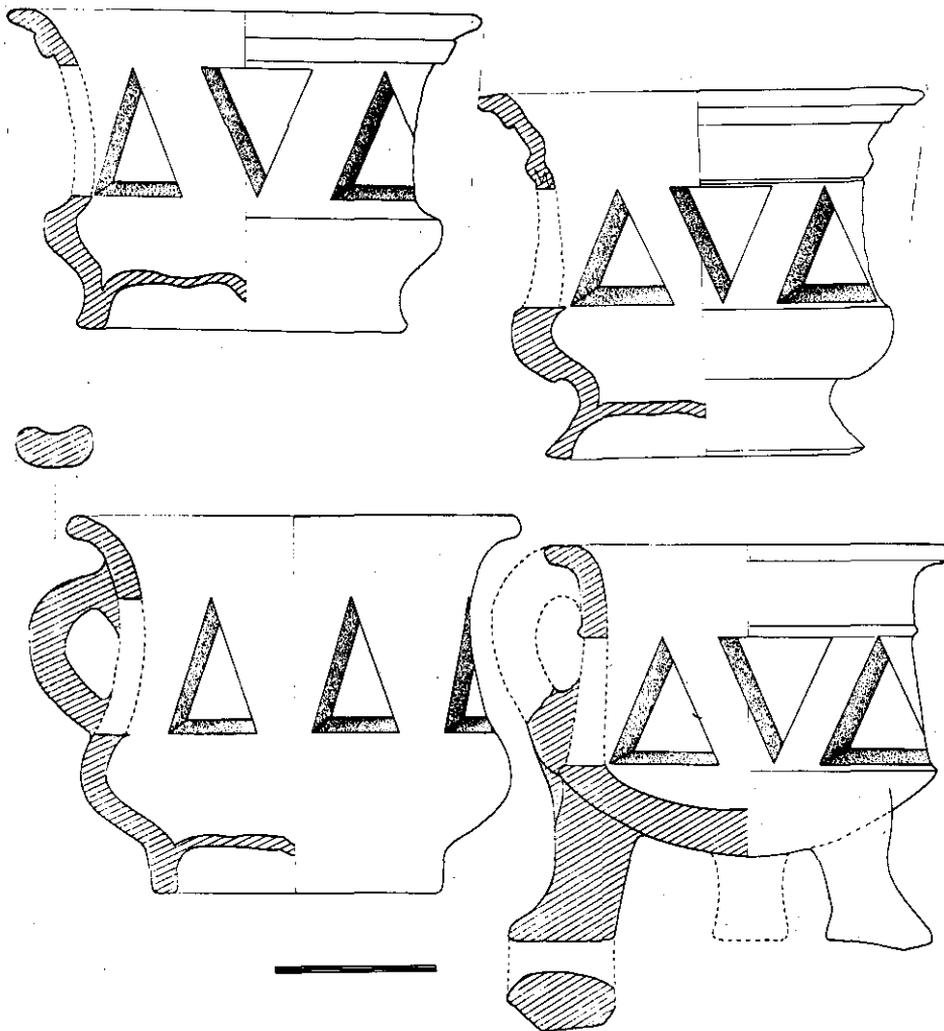


Fig. 1. Vasos calados. Dpto. 1.

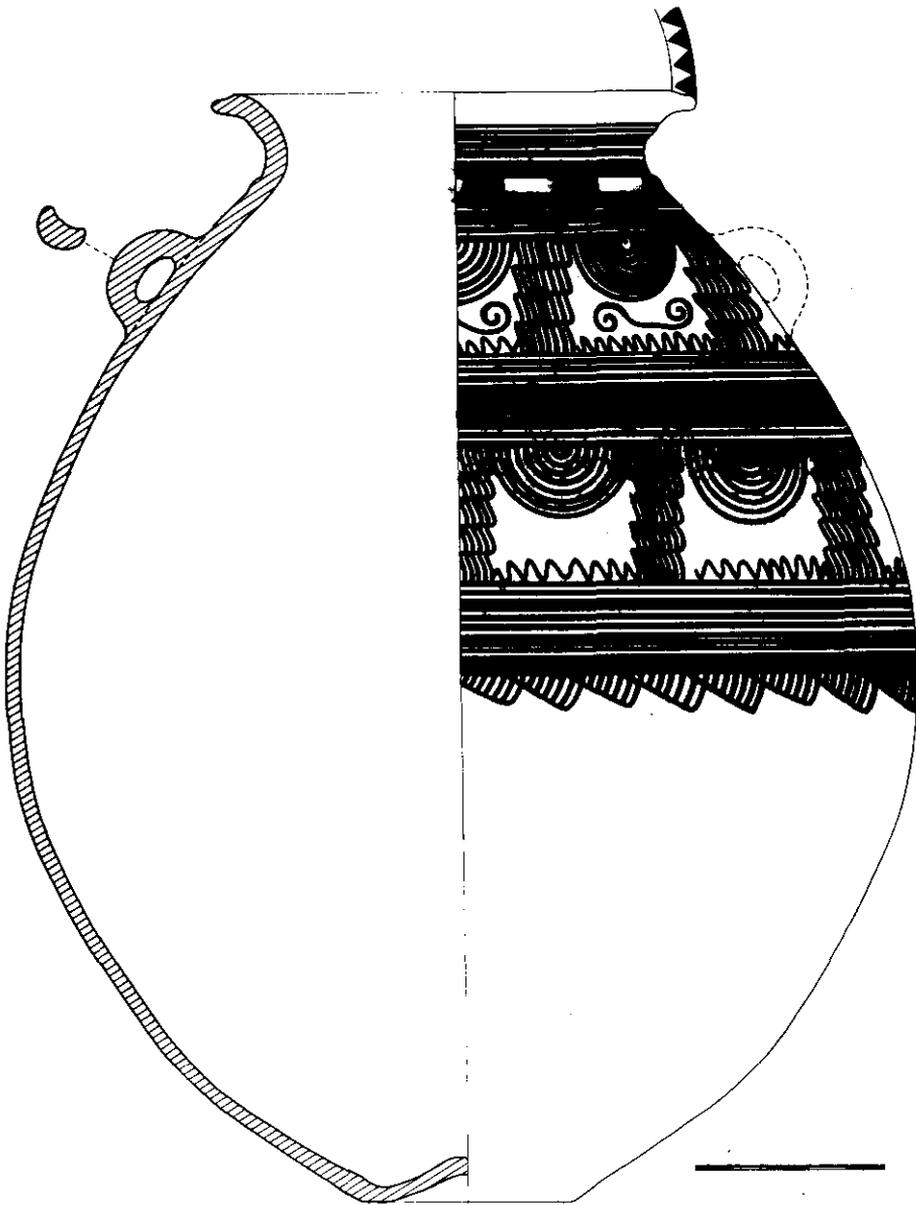


FIGURA 2.

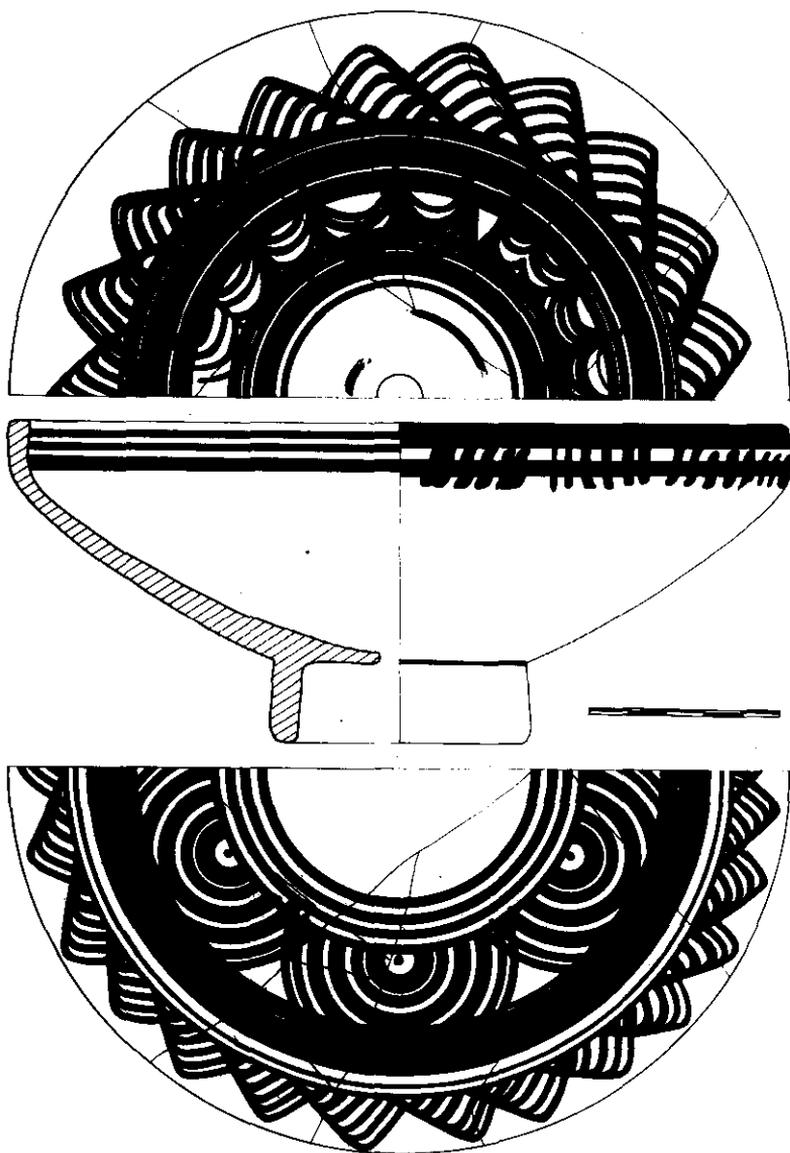


FIGURA 3.

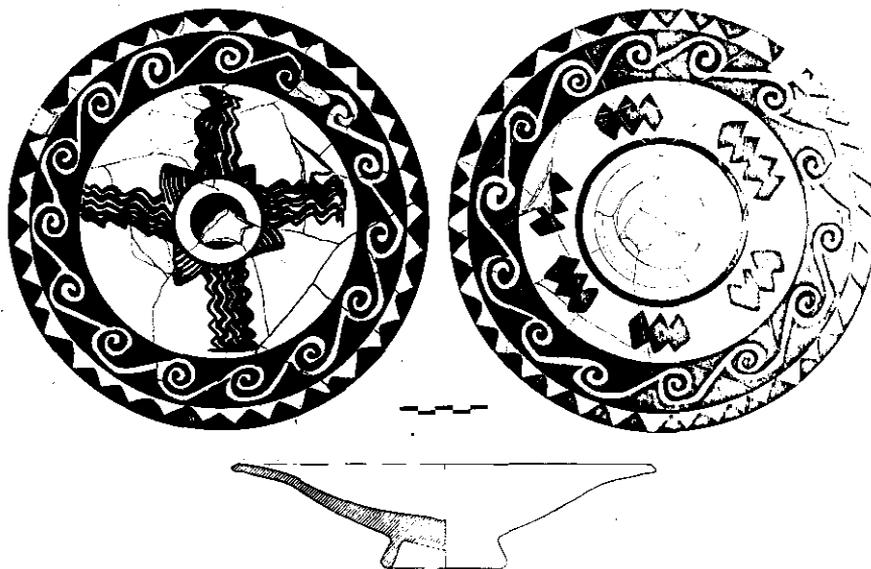


Fig. 4. 4.1. Plato de decoración en blanco y rojo. Dpto. 4.

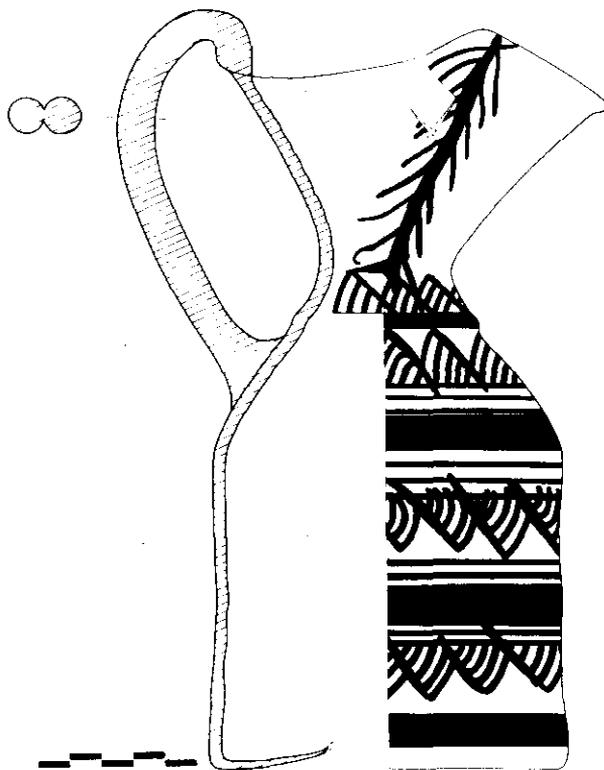


Fig. 4. 4.2. Oinochoe. Dpto. 3.

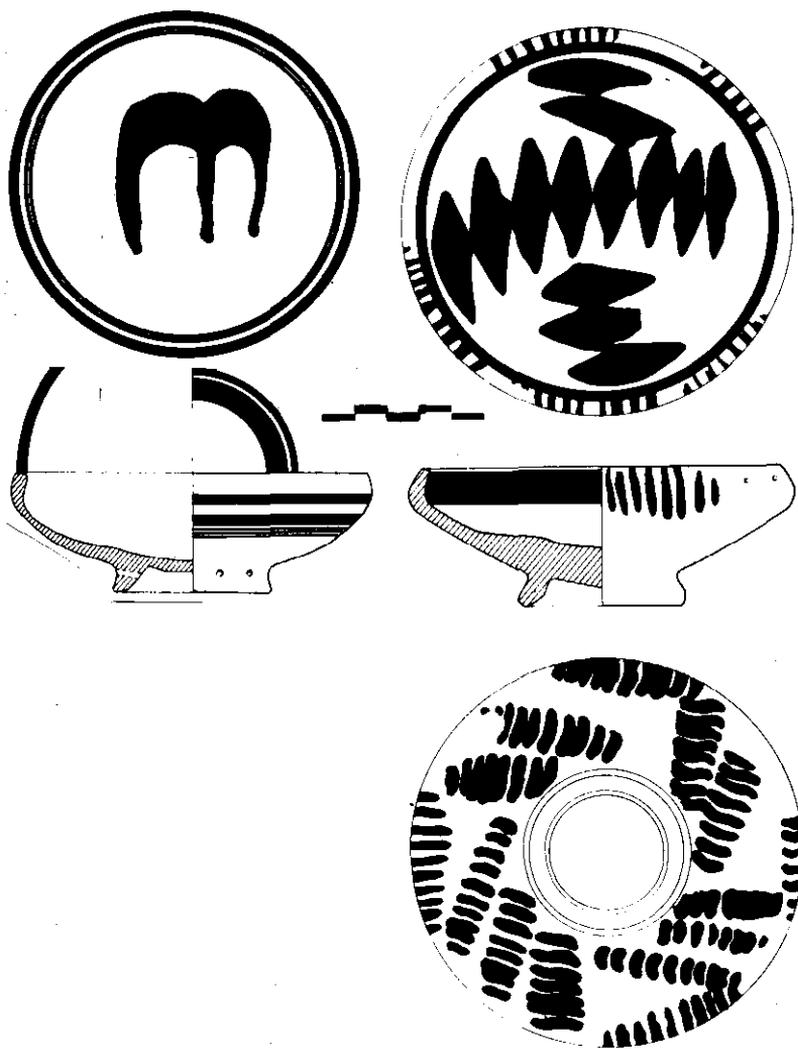


Fig. 5. Cerámicas del Dpto. 4.

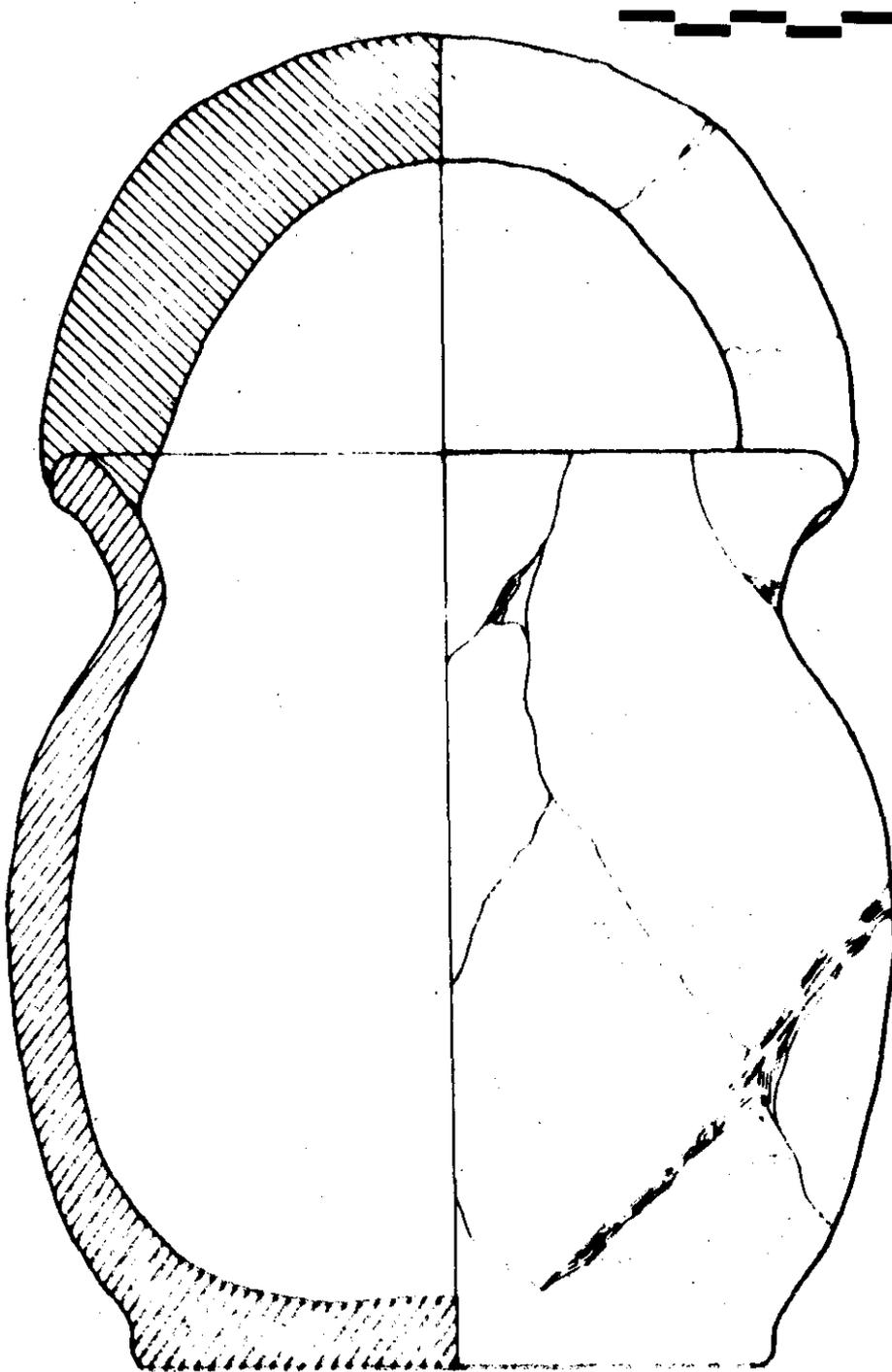


Fig. 6. Cerámica del Dpto. 4.

neas onduladas también en esta posición. La parte superior de dos “sombrosos de copa” y la inferior de otro, todos con decoración geométrica.

La pieza más interesante es la mitad superior de un oinochoe de boca trilobulada. Su pasta es rojiza (como los vasos calados citados del Departamento número 1) y las paredes negras, de las cuales la exterior es brillante, de aspecto bucheroides. El cuello está decorado con dos baquetones sobre los que se sitúan incisiones inclinadas, al igual que en el inicio del hombro y en la parte externa del asa. Por debajo de los dos baquetones del cuello corre una ancha banda de cuadraditos impresos a ruedecilla. El hombro también está decorado con una línea quebrada doble realizada con el mismo tipo de impresiones. El asa es geminada, terminando en la parte superior con un botón. El borde, a ambos lados del asa, se eleva con dos salientes triangulares que recuerdan a jarras de figuras negras etruscas. (Lám. 2,3)

El departamento número 3 ha proporcionado gran cantidad y variedad de material. Destaca el hallazgo de una rueda, de la que se conserva parte de la llanta y arquillo que la refuerzan, así como los clavos que la unieron a la estructura de madera. El diámetro oscila alrededor de los 1'10m.

Otros materiales son: Una decena de pesas de telar, casi todas ellas sin cocer, fusayolas, una cuenta de vidrio rojizo en forma de lágrima, etc. Es curioso el hallazgo de más de un centenar de metacarpos y metatarsos de ovicápridos, juntamente con algunas falanges y una docena de tabas desbastadas por las caras laterales y perforadas la mitad de ellas. Todo ello formando un conjunto con el que no hemos podido establecer paralelo, pues, sin bien existe un hallazgo en superficie de varios astrágalos taladrados y con alguna de sus caras rebajadas por abrasión en la necrópolis ibérica de Orleyl, no se da la ingente cantidad de metacarpos y metatarsos que aquí encontramos. Por supuesto descartamos que sean restos de cocina.

El material cerámico es abundantísimo. En cerámica de cocina destacamos varias ollas de cuerpo globular y paredes negras, así como una jarrita con asa de sección circular y paredes también negras.

En cerámica fina hay que citar varios kalathos, la parte inferior de un vaso cervecero, varias jarras de distintos tamaños (Fig 4) y formas, dos toneletes, varios platos, uno de ellos empleado posiblemente como embudo (Fig 3), un gran recipiente con reborde cerca del hombro y asas geminadas, varios recipientes medianos y pequeños, uno de ellos con decoración de bandas y líneas en negro. Un ánfora de tipo ibérico y otros cinco grandes recipientes de alturas que oscilan entre los 60 y los 70 cm., todos ellos decorados con profusa temática geométrica. De entre estos cinco últimos recipientes citados destacamos uno por la belleza de su forma (perfectamente ovoide) y de su decoración (Fig. 2). Es digno de mencionar la rareza de su pasta, de color azulado la parte interior (4/5 del grosor) y rosa en la exterior (1/5 del grosor).

El Departamento número 4 ha proporcionado tal cantidad de material cerámico (algunas de cuyas formas se repiten varias veces) que le suponemos dedicado a tienda o a almacén. La simple enumeración de piezas nos llevaría muchas páginas, por lo que sólomente expondré a grandes rasgos su contenido.

En cerámica de cocina abundan las tapaderas, además de ollas, fuentes y otras formas, entre ellas un pequeño vaso con asa de cesta (Fig. 6). Algunos de estos recipientes están fabricados a mano.

En cerámica fina es abundantísima la serie de páteras (Fig. 6), cuencos y platos; cuatro de estos últimos con rica y variada decoración en blanco y rojo (Fig. 5). Hay también oinochoes, kalathos, vasos caliciformes, botellas, grandes vasos, etc., además de fusayolas, podus, machacadores, un pebetero y un vaso con forma de paloma decorado con incisiones, impresiones y pintura.

La cerámica más interesante, sin duda, es la de importación, ya que permite fechar todo este extenso conjunto de piezas. Afortunadamente este tipo de cerámica está bien representado en el departamento que estamos tratando. En barniz negro existen páteras y cuencos Campanienses y del Taller de Pequeñas Estampillas de las formas 25, 27 b y c, 28 a y b y 34 de Lamboglia. En barniz rojo, de fabricación púnica, se han recuperado tres páteras de la forma 21 - 25 y otras dos de la forma 22.

Cronológicamente el conjunto de toda esta cerámica es muy uniforme. Estudiando por separado cada uno de estos ejemplares nos dan todos ellos una fecha que queda comprendida dentro del último cuarto del siglo III a. de C. Es, pues, esta fecha la que damos para la destrucción violenta por incendio del poblado. En ella queda encuadrada, por tanto, la fecha tope para la cerámica aparecida tanto en el Departamento número 4 como en los otros tres reseñados.

S. B.

LA NECROPOLIS IBERICA DE «EL CAMINO DE LA CRUZ». (HOYA GONZALO)

Por Juan BLANQUEZ PEREZ*

La excavación de la Necrópolis Ibérica de «El Camino de la Cruz», en el término municipal de Hoya Gonzalo (ALBACETE), se ha realizado en una única campaña durante el mes de agosto del año de 1981.

Se conocía la existencia de este yacimiento, gracias a los avisos dados al Museo de Albacete por Santiago Núñez Delicado, natural de esta localidad. Dicho señor había depositado en el museo fragmentos de cerámica, urnas completas y algunos objetos de metal (bronce), procedentes de un pequeño bancal denominado Camino de la Cruz, en donde los continuos trabajos de laboreo los habían sacado a la luz.

La existencia de un Proyecto de construcción de una carretera de circunvalación en esta localidad, por encima de estos terrenos, ponía en peligro inminente la integridad del yacimiento. De esta manera, su excavación dentro del Plan de Excavaciones de Urgencia de la Provincia era algo obligado.

La Necrópolis Ibérica del Camino de la Cruz se encuentra situada en el Término Municipal de Hoya Gonzalo (Hoja n.º 791 del Instituto Geográfico y Catastral, E. 1/50.000). A la izquierda de la entrada del pueblo (Fig. 1), junto a unos pequeños almacenes o angares. El bancal, rectangular, de 35 x 70 metros aproximadamente, presenta una orientación S - N (su lado más largo). El peligro de destrucción a causa de las citadas obras nos ha obligado a excavarlo en su totalidad, y ello determinó en cierto modo, su metodología. Los trabajos de campo se encaminaron, en un primer momento, a la delimitación del yacimiento arqueológico. No se sabía si la extensión de la Necrópolis correspondía con el bancal o si, por el contrario, se extendía por los terrenos adyacentes. Una vez realizada esta labor, procedimos a la excavación del yacimiento propiamente dicho.

A efectos de delimitación, se dispuso una hilada de zanjas (7 en total),

* Dpto. de Preh. y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

que configuraron lo que a partir de entonces se denominó Zona 1 (Fig. 2). Las dimensiones de las mismas eran de $4 \times 1,5$ metros, al considerar éstas como las más adecuadas para un primer tanteo. Estas siete zanjas atravesaban por completo el bancal en dirección E - W. De esta manera, obtuvimos una estratigrafía corrida del bancal en sentido E - W. Los perfiles longitudinales de las zanjas n.º 2 y 7 presentaban el inicio y fin, respectivamente, de los estratos arqueológicos. Así comprobamos que el ancho del bancal correspondía con uno de los lados de la Necrópolis ¹.

Quedaba la delimitación de la Necrópolis en su sentido longitudinal, es decir, en sentido N - S. A tal efecto realizamos 2 series de zanjas escalonadas (Fig. 2) en lo que se llamaría Zona 2, situada al Sur del bancal. Las dimensiones de las zanjas aquí abiertas serían las mismas que las anteriores. La disposición *escalonada* se debía al interés de obtener una estratigrafía corrida lo más amplia posible.

La disposición *lineal* de la 1.ª zona permitía obtener una doble estratigrafía —dirección E - W— de 34 metros de larga mediante la unión de los perfiles N y S, respectivamente ².

Pero, por el contrario, proporcionaba una doble estratigrafía de sólo 1,5 dirección N - S mediante los perfiles E y W.

Ahora bien, mediante la disposición escalonada de las 5 zanjas, conseguíamos una estratigrafía de 24 metros de largo con la proyección de los perfiles N y S respectivamente; y otra, de 11,5 metros de larga, con la proyección de los E y W. La estratigrafía proporcionada por la 1.ª hilada de zanjas escalonadas (N.º del 8 al 12) permitió observar cómo en la esquina NE habrá estratos fértiles, mientras que en la esquina SW éstos habrán ya desaparecido, estando únicamente naturales del terreno. Nos encontrábamos pues, en el límite Sur de la Necrópolis. La 2.ª hilera escalonada (zanjas de la 13 a la 17), paralela a la primera, pero más al Sur, dio, como es lógico, estéril en su totalidad.

Quedaba sólo delimitar el yacimiento en su zona Norte. Para ello realizamos una cuadrícula —en extensión— del terreno situado al Norte de la Zona 1, recibiendo la denominación de Zona 3.

La excavación de esta área con zanjas de iguales dimensiones a las anteriores, atendía ya a una doble finalidad: delimitar el último lado que quedaba por cerrar de la Necrópolis y excavar en exten-

1) No obstante y para una mayor comprobación, se realizó más al W., ya en el terreno contiguo, otra zanja de prospección. Sus perfiles corroboraron la esterilidad de los estratos ya visibles en la zanja 7.

2) Los testigos de 1 m. de anchura no impiden ver, en absoluto, la continuidad estratigráfica proporcionada por las zanjas. Esta dimensión dejada a los testigos es la máxima de terreno que podemos dejar sin excavar sin correr el peligro de dejar tumbas debajo de los mismos.

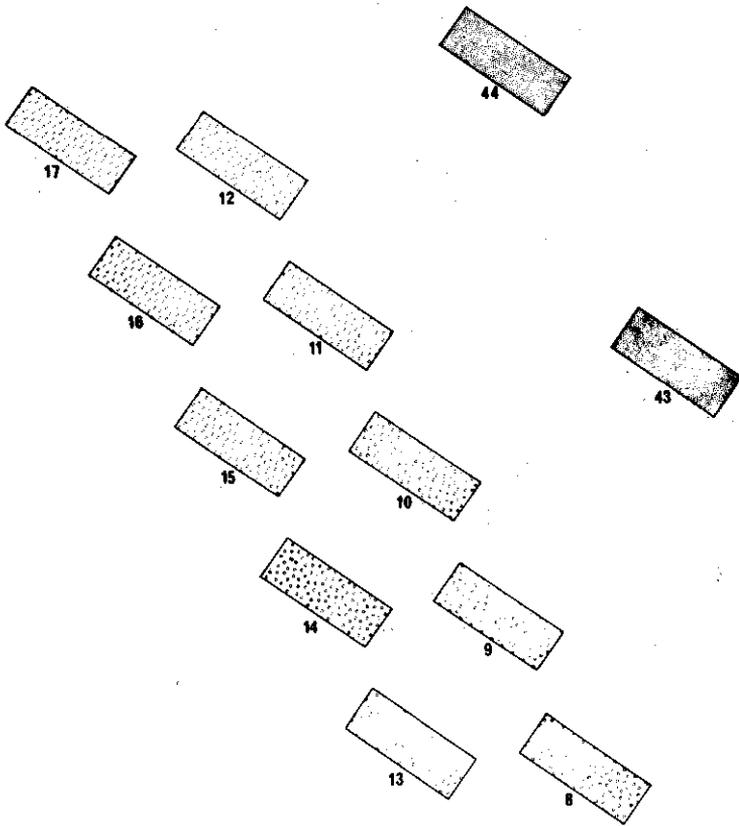




Fig. 2. Plano general del yacimiento.

sión (los indicios mostraban aquí una gran concentración de tumbas).

Mediante la excavación de las 23 zanjas (Fig. 2) que se han abierto en la zona 3 se han obtenido 18 tumbas de las 33 que componen la totalidad, es decir el 54.5%. Pero además en las zanjas n.º 22³; 25 y 26 volvimos a encontrar los estratos estériles, cerrándose así la Necrópolis por su lado N. La disposición escalonada de estas 3 zanjas nos permitió controlar una mayor zona, considerada ya estéril. De todas maneras y para mayor seguridad, se realizó la excavación de la zanja n.º 27, que dio características semejantes a las tres últimas anteriormente citadas.

De esta manera quedó cumplida la primera tarea de los Trabajos de Campo: la delimitación del yacimiento. Se vio que la extensión de la Necrópolis quedaba, por completo, dentro del bancal, sin ninguna prolongación por terrenos adyacentes. Por ello la excavación total de la Necrópolis en una única campaña era necesaria. Coincidió la situación del yacimiento con el sitio de paso de la carretera de circunvalación.

Mediante la excavación de 44 zanjas, más las ampliaciones efectuadas en las N.º 4 (6 ampl.), 6 (7 ampl.); se han llegado a excavar 33 tumbas, en diferentes estados de conservación. Han pasado únicamente 3 meses desde el cierre de la excavación y el inicio de la restauración y estudio de los materiales. Las conclusiones científicas a las que hemos podido llegar no son ni mucho menos, definitivas. De todas maneras y, a manera de avance, podemos hacer una serie de observaciones y puntualizaciones:

—Nos encontramos ante una pequeña necrópolis, de forma circular, tendente a lo elipsoidal. La zona de enterramiento fue deliberadamente delimitada mediante la traída intencionada de una tierra rojiza no propia del lugar⁴. La potencia de dicha capa, en la actualidad, no supera nunca los 35 cm. Ignoramos si en un primer momento tendría mayor potencia, pero las constantes faenas de laboreo impiden aseverar este dato. Estas mismas labores de campo han influido, negativamente, en otros aspectos del yacimiento.

Los discos del tractor numerosas ocasiones han arrastrado la parte superior de las tumbas: tapaderas e, incluso, los bordes de las mismas urnas. Dichos discos han alterado la capa de contacto de la tierra superficial de laboreo (de tonalidades pardo-grisácea) con la rojiza arqueológica. Numerosos planos superficiales de las zanjas y sus perfiles así lo demuestran⁵.

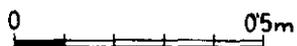
3) Esta zanja presentada en su perfil W. estratos fértiles muy tenues, mientras que su opuesto, el Norte, ya no los tenía. Los perfiles longitudinales N y S muestran claramente la desaparición gradual de los niveles fértiles.

⁴ La uniformidad de esta capa nos hace creer que no pudieran proceder de posibles cubriciones tumulares.

⁵ Es el caso de las zanjas n.º 23, 20, 35.

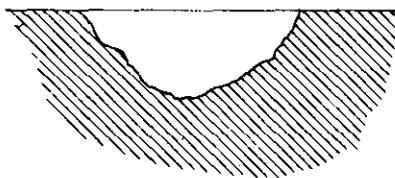
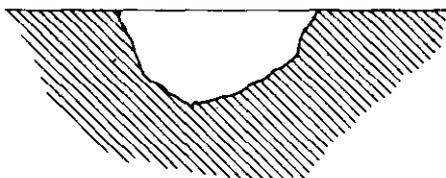
SECCIONES DE TUMBAS

CORTE 23



TUMBA 5
N-S

W-E



TUMBA 6B

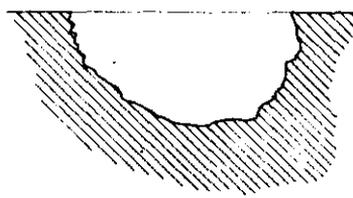
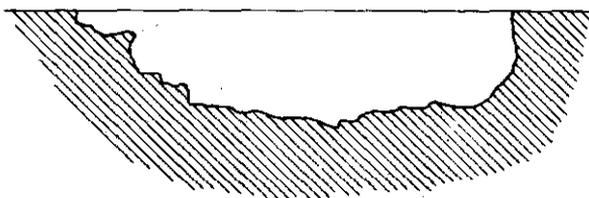
TUMBA 6A

NW

SE

NW

SE



TUMBA 6A Y 6B

N-S

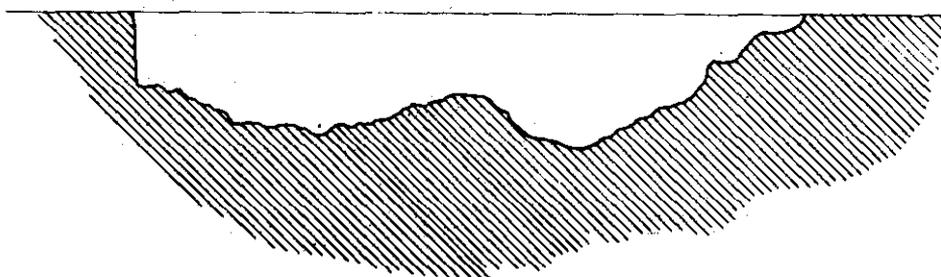


Fig. 3. Dobles secciones de las tumbas excavadas, n.º 5, 6A y 6B pertenecientes al corte 23.

No podemos asegurar si la delimitación de la Necrópolis mediante la tierra rojiza se complementaba con alguna otra: piedras clavadas verticalmente... De cualquiera de las formas, de haber existido algo ha desaparecido por completo ⁶.

— Tipológicamente hablando, excepción hecha del «complejo» aparecido en la zanja n.º 6, las tumbas que aparecen en la Necrópolis del Camino de la Cruz son sencillas: pequeños hoyos excavados en el suelo, que llegan a perforar la roca natural (marga semidescompuesta) en donde se coloca la urna que contiene los huesos incinerados del difunto, así como parte de su ajuar (Fig. 3). Hay una ausencia generalizada de piedras de acomodo para la urna. Este aspecto está perfectamente documentado mediante la excavación de las tumbas tanto en planos horizontales artificiales, como en sección.

— Las urnas empleadas como recipientes funerarios tienen, en su mayoría, tapadera de cierre. Bien de orejeta—(Fig. 4), como en la tumba n.º 27, bien con cuencos o platos de borde almendrado— como en las tumbas n.º 10 y 15.

Podemos diferenciar 2 tipos de acabado para las urnas de la Necrópolis: a) Aquellas carentes de decoración pintada (Lam. 1,2), de pasta rojiza o gris y superficie negra que, en numerosas ocasiones, presenta un acabado bruñido; b) de pasta clara, anaranjada o rojiza y con una decoración, pintada, de motivos geométricos: series de líneas y bandas, o bandas enmarcadas por líneas (Lam. 1.1 y Fig. 5.1 y 5.2).

Los ajuares que aquí aparecen son, igualmente, típicos del mundo ibérico: fíbulas anulares, de diversos tamaños, llegando a alcanzar los 8,5 cm. de diámetro; fíbulas de botón; placas de cinturón; un pendiente de oro, etc...

Todo el material aquí encontrado se encuentra en estos momentos en restauración, previo a su estudio. Aspectos tales como la posible relación tipos de ajuar-tipo de urna; el criterio —si lo hay— de la coloración del ajuar dentro o fuera de la urna; la existencia de urnas sin ningún resto de ceniza, así como de posibles «ustrina» son aspectos en los que todavía no debemos aventurarnos a interpretar.

Querriamos, por último, reseñar algunos aspectos sobre lo que al principio de estas notas denominábamos «complejo de la zanja n.º 6». Tanto en ella, como en las sucesivas ampliaciones que efectuamos, las características tipológicas y morfológicas de los enterramientos allí aparecidos se salen de la tónica general del resto de la Necrópolis. Vemos, por ejemplo, la tumba n.º 1, en donde la urna que contenía los huesos de la incineración, a dife-

⁶ No olvidemos que las construcciones del pueblo llegan casi al mismo borde del yacimiento por sus lados este y sudeste. Además, al trabajarse el bancal todas las piedras, o posibles señales han sido quitadas y amontonadas en pequeños majanos, tan propios de la zona.

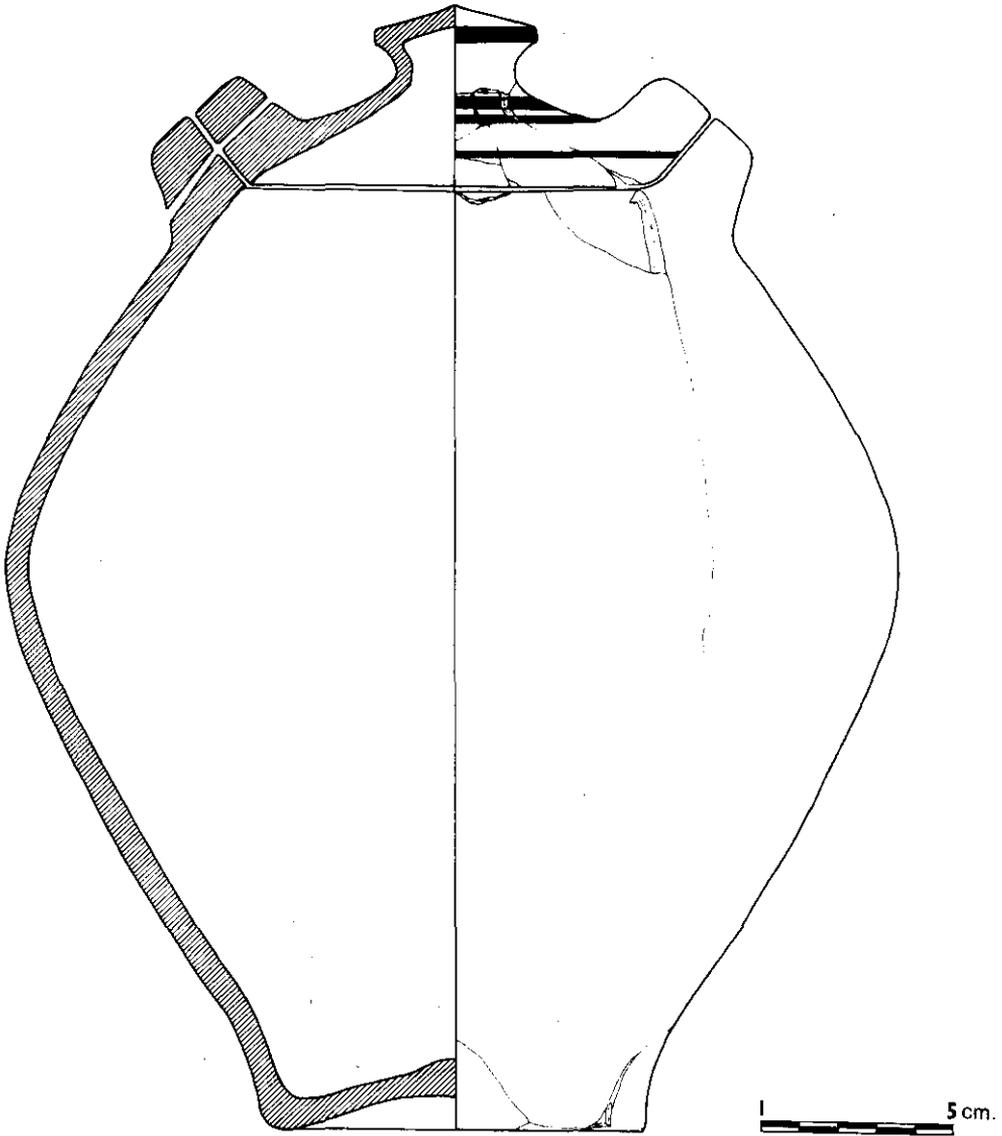


Fig. 4. Urna con tapadera de orejeta. Tumba n.º 27, cuadrícula n.º 6. No se representa la decoración pintada de la vasija al encontrarse con proceso de restauración.

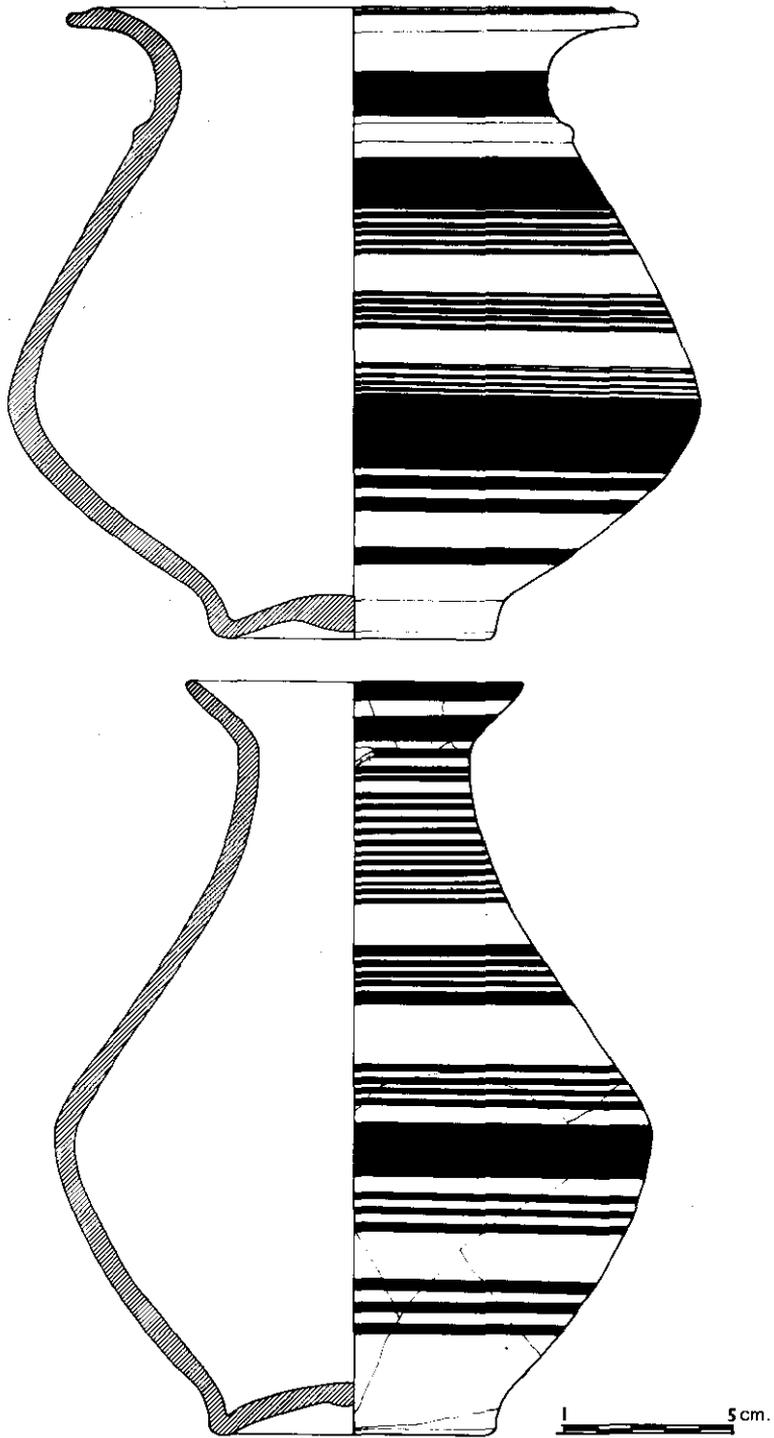


Fig. 5. Urnas con decoración pintada, monocroma, pertenecientes a las tumbas n.º

rencia de todas las demás, era una caja paralelepípeda, con cuatro pequeñas patas —de sección triangular— como sistema de apoyo y tapadera (correspondería a la forma 22 b de C. Aranegui⁷. En su interior se encontraron numerosos restos de huesos quemados y una placa de cinturón.

Cercana a ésta, más al Este, encontramos la tumba n.º 27. Una urna de orejetas, completa, con su tapadera de cogedor en botón. Presenta una posible decoración geométrica de bandas y líneas. Hasta su total restauración no es posible detallar los motivos decorativos, pues las concrecciones con que aparecen cubiertas lo impiden. Hay una tercera tumba, la n.º 8 donde la urna, tipológicamente hablando, sigue la tónica general del yacimiento: vasijas de perfil en S. Por el contrario, su ajuar, es excepcional. Una posible cota de mallas, en bronce, encerraba o rodeaba a la urna; una filigrana en hilo de bronce, de gran calidad, con pequeños triángulos en bronce y hierro engarzado. Esta tumba, así como otras que, por su dificultad, lo aconsejaban, fueron extraídas del yacimiento por un restaurador. En el caso de la tumba que venimos hablando fue consolidada in situ y sacada en un solo bloque. Actualmente se encuentra en la Escuela de Restauración para ser tratada⁸.

La aparición de una urna de orejeta en este yacimiento nos está indicando, en cierta medida, una cronología eminentemente antigua, aunque poco definida. Se puede marcar el apogeo de esta forma en el siglo V a. de C.⁹. Hay pues que estudiarlas dentro del ámbito material con que aparecen; fibulas y placas de cinturón en nuestro caso.

En la Provincia de Murcia, estas cerámicas aparecen en los yacimientos de mayor tradición hallstática¹⁰, siempre con cronologías antiguas. El resto del material aquí aparecido en la Necrópolis, tanto en metal como cerámico, refleja estas influencias. No vamos a analizar aquí el posible origen celta¹¹ o mediterráneo¹² de este tipo de piezas, pero de cualquiera de

⁷ Aranegui Gascó, C. y Pla Ballester, Enrique, *La Cerámica Ibérica*. Actas de la Mesa Redonda. «La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. A.E.A.A. Madrid, Marzo 1979, Madrid 1982. Pág. 80.

⁸ Debido a las dificultades que todas las Necrópolis ofrecen en cuanto a conservación de sus ajuares, el equipo de trabajo que excavamos en el Camino de la Cruz contó, en todo momento, con la ayuda del Jefe de Estudios de la Escuela de Restauración: Raúl Amitrano Bruno, auxiliado, éste, por Pilar García Vinuesa (alumna en prácticas) realizaron las tareas de consolidación in situ, extracción de determinadas piezas, limpieza de las cerámicas, etc... y embalaje de las mismas, para su trabajo a los centros oficiales de Restauración.

⁹ FLETCHER VALLS, D., *Las urnas de orejetas perforadas* VIII Congreso Nacional de Arqueología. Sevilla-Málaga 1963, Zaragoza 1964. Pág. 317.

¹⁰ LILLO CARPIO, Pedro A. *El poblamiento Ibérico en Murcia*. Universidad de Murcia. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia 1981. Pág. 360-361.

¹¹ Estas serían las teorías de Bosch Gimpera.

¹² FLETCHER VALLS, D. Op. Cit. Not. 1, pág. 316.

las formas, su difusión por todo el litoral, con penetración por el Valle del Guadalquivir, Meseta Norte y Valle del Ebro, es un hecho bien documentado ¹³.

Aquí, en la Provincia de Albacete, las encontramos en algunos de los yacimientos que presentan estratigrafías antiguas: Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo); Hoya de Santa Ana (Tobarra); y ahora en el Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo).

Las fíbulas aquí documentadas son tanto anulares hispánicas de pie largo como de botón; ambas dentro de un mismo contexto cultural. Al margen de la mayor o menor antigüedad de las de pie largo frente a las de botón ¹⁴, hay un período común de uso. Son piezas muy frecuentes en los yacimientos ibéricos ¹⁵. Al igual que con las Urnas de Orejeta, el momento de apogeo de estas piezas se fecha en el siglo V, aunque se prolongará durante la 1.^a mitad del IV ¹⁶.

Paralelos formales de nuestras piezas los encontramos en numerosos yacimientos, destacando los de Hijes, La Olmeda y Torresabiñas, en la Provincia de Guadalajara.

Las relaciones comerciales que mantuvieron las gentes enterradas en la Necrópolis con la zona Norte meseteña, y, en particular con las actuales provincias de Guadalajara y Soria, coinciden con el período de mayor apogeo económico de éstas. Así lo atestiguan los yacimientos de Guadalajara y Soria ¹⁷: Aguilar de Anguita ¹⁸...

Por lo que respecta a las placas de cinturón son varios los machos documentados ¹⁹, completos. Por lo que respecta a las hembras, de tipo

¹³ Para mayor información en este sentido ver Morote Barbera, G.: *Una estela de guerrero con espada de antenas en la Necrópolis Ibérica de Altea la Vella (Altea, Alicante)*. Archivo de Prehistoria Levantina, Volumen XVI, Valencia 1981, Fig. 8 y Págs. 435-436.

¹⁴ Cuadrado, E.: *Precedentes y Prototipos de la Fíbula anular hispánica*. Trabajos de Prehistoria VII. Madrid 1963, Pág. 60.

¹⁵ LILLO CARPIO, Pedro A. Op. Cit. Not 2. Pág. 425.

¹⁶ Cabré de Morán, E. y Morán Cabré, J. A.: *Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica*. Revista de la Universidad Complutense. Homenaje a García Bellido III. Vol. XXVI, N.º 109. Julio-Sept. 1977, pág. 143.

¹⁷ CERDEÑO SERRANO, María Luisa: *Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico*. Trabajos de Prehistoria. Vol. 35. Madrid, 1978, pág. 294.

¹⁸ ARGENTE OLIVER, José L.: *Las fíbulas de la Necrópolis Celtibérica de Aguilar de Anguita*. Trabajos de Prehistoria. Vol. 31. Madrid 1974.

¹⁹ Uno de ellos procede de los materiales entregados por Santiago Núñez Delicado, recogido en superficie del propio bancal tras uno de los trabajos de laboreo. Queremos aquí agradecer a dicha persona su colaboración prestada al Museo de Albacete denunciado la existencia de restos cerámicos en este bancal y entregando a dicho Museo las piezas por él recogidas.

serpentiforme, es sólo únicamente una la que ha aparecido completa (Tumba 6) y varias fragmentadas.

No se ha documentado la variante tipo *Parrilla*. La decoración que presentan son de 2 tipos: de líneas en resalte y de líneas de puntos incisos, o *greneti*, es decir los 2 más frecuentes en este tipo de objetos²⁰. Estas piezas, abundantes en las Necrópolis de la Edad del Hierro, tuvieron «un uso habitual entre las gentes prerromanas peninsulares»²¹. De clara ascendencia celta, encontramos paralelos formales en los yacimientos de Andalucía, Levante, Cataluña y Meseta Norte (en particular las actuales provincias de Soria y Guadalajara). Considerada ésta última como centro originario de este tipo de piezas y difusor tanto en zonas peninsulares, como fuera de ellas²².

Hay pues una clara influencia cultural en nuestra Necrópolis del mundo Hallstáltico, los ajuares de las tumbas así nos lo indican. Todo ello, en unión a la tipología de las urnas, nos está dando una cronología que de manera aproximada y pendiente de un estudio detallado y exhaustivo, se situaría a principios del siglo V.

La existencia de estos materiales, de marcada personalidad, tienen diferentes raíces culturales: fíbulas, placas de cinturón... que indican relaciones con la Submeseta Norte; decoraciones generalizadas de bandas y líneas, tan propio de un mundo ibérico plenamente formado. Todo ello con una cronología de principios del siglo V a. de C.; es algo que no debe extrañarnos.

La privilegiada situación geográfica de esta parte de la Meseta (actual Provincia de Albacete), a caballo entre el mundo valenciano (a través del Puerto de Almansa), el mundo del Sudeste (por Hellín y Jumilla), la Alta Andalucía (a lo largo del Guadalquivir, atravesando toda la zona minera de Cástulo), y la Meseta Norte (Mancha alta y baja, cuencas del Cigüela y Zancara... va a permitir que ya en el siglo V a. de C. nos encontremos con una sociedad plenamente ibérica.

Los primeros contactos culturales de esta zona meseteña con el mundo mediterráneo que configurará el mundo ibérico, se remontan a los siglos VII y VI a. de C.

Materiales encontrados en la Necrópolis de la Hoya de Santa Ana, o el poblado de El Macalón²³, nos lo documentan. Con las excavaciones efec-

²⁰ CERDEÑO SERRANO, María L. Op. Cit. Not 9. Pág. 281.

²¹ CERDEÑO SERRANO, Op. Cit. Not 9. Pág. 279.

²² CERDEÑO SERRANO, Op. Cit. Not. 9. Págs. 293-294.

²³ Para mayor detalle de la estratigrafía antigua ver: *El Poblado Ibérico de El Macalón (Albacete). Estratigrafías, 2.ª Campaña*. García Guinea, Miguel y San Miguel Ruiz, J. A. E. A. E. n.º 25. Madrid 1964.

tuadas en la Necrópolis del Camino de la Cruz, documentamos este período (siglo V) en el que población indígena se encuentra inmersa en un mundo plenamente ibérico y en donde los contactos comerciales con la Alta Andalucía (zona minera de Cástulo), Meseta Norte (estribaciones del Moncayo) y Zona Valenciana se están produciendo de una manera continuada con todas las aportaciones culturales y materiales que ello conllevó.

J. B. P.

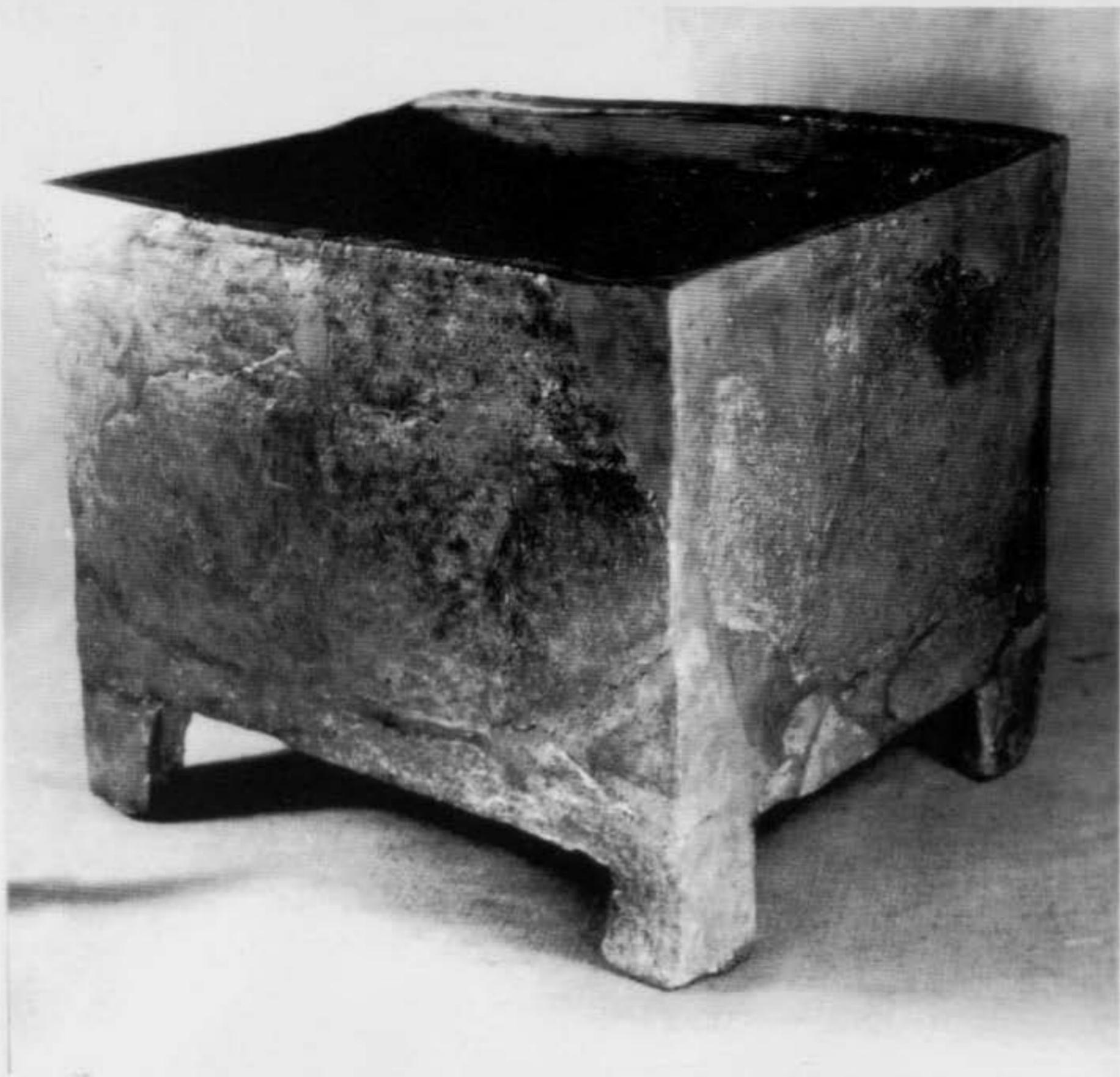


Lámina I. Tumba n.º 1 (Cuadrícula 6)



Lámina 2. Tumbas

EL CERRO DE LOS SANTOS (ALBACETE) EXCAVACIONES DESDE 1977 A 1981

Por Teresa CHAPA BRUNET*

Introducción

Nuestro interés por el estudio de la Cultura ibérica en general y de la estatuaria en piedra en particular nos hizo plantearnos un análisis a largo plazo de la misma, y para ello necesitábamos conocer en profundidad al menos algunos de los yacimientos en los que aparecía. Revisando los numerosos hallazgos de esculturas fue fácil deducir que los lugares en los que solían encontrarse éstas respondían a dos finalidades: una de ellas era la funeraria, correspondiendo a la decoración simbólica de las tumbas. Otra era la cultural, localizándose en los santuarios en los que se veneraba especialmente a una divinidad.

Aunque las estatuas de cualquiera de los dos tipos conservadas en los Museos son muy numerosas, lo cierto es que se sabe poco acerca del contexto arqueológico al que pertenecieron. La mayoría proceden de hallazgos casuales, y las pocas que surgen en excavaciones sistemáticas aparecen removidas de sus lugares de origen, al haber sido reaprovechadas ya en época ibérica para servir como material constructivo en estructuras más recientes. Este hecho permitió deducir que el desarrollo de la mayor parte de las tallas ibéricas —al menos en contextos funerarios— se produjo en un primer momento de esta cultura, pero no aclaraba su cronología concreta ni su finalidad, por hallarse separadas del material arqueológico que les correspondía.

Sin embargo, ciertos trabajos de campo en diversos puntos del área ibérica, y el análisis iconográfico de la estatuaria ligada al mundo funerario nos habían dado las claves principales para la interpretación, tanto funcional como significativa, de la misma. Nos quedaba entonces descolgada la escultura ligada a los santuarios, más escasa —o, mejor dicho, menos exten-

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Madrid.

dida—, y absolutamente falta de un contexto arqueológico que pudiera servir de punto de referencia para su correcta valoración.

Ciertamente, los santuarios ibéricos conocidos no son muchos, pero aún son menos los que han proporcionado esculturas en piedra. Salvo en El Cigarralejo (E. CUADRADO, 1950), donde las tallas, casi siempre representando caballos, son de pequeño tamaño, o un fragmento de león procedente del Castellar de Santisteban (Jaén) (R. LANTIER, 1917, p. 101, Lám. XX-XII. 3), así como de nuevas pequeñas esculturas de equinos halladas en un lugar aún no determinado de Granada (P. RODRIGUEZ OLIVA, 1983), la mayoría de los santuarios han proporcionado exvotos de bronce —Collado de los Jardines, Castellar de Santisteban en Jaén, La Luz en Murcia— o de barro —La Serreta de Alcoy en Alicante—, siempre de reducidas dimensiones.

Nos queda por tanto, como caso único, el santuario del Cerro de los Santos, en el que se depositaron más de un centenar de esculturas humanas de buen tamaño, talladas en la piedra caliza local, así como pequeñas representaciones equinas semejantes a las del santuario murciano del Cigarralejo. Resultaba pues tentador conocer el desarrollo de la estatuaria ibérica en piedra fuera del ámbito funerario a través de este privilegiado yacimiento, que congregó un día alrededor suyo a la más variada gama de devotos, así como a los talleres escultóricos nacidos para satisfacer sus necesidades.

Tanto las excavaciones como los expolios continuos a los que se había visto sometido el yacimiento nos impedían forjarnos demasiadas ilusiones respecto a la fecundidad de nuestros hallazgos. Sin embargo, dado que lo que pretendíamos era buscar un *contexto* para las esculturas y no acumular más ejemplares, no nos desanimó la aparente exigüedad de restos del lugar, ya que cualquier indicio —cerámico, metálico, etc.—, por fragmentado que estuviera, podría ayudarnos en nuestra labor.

Trabajos desarrollados en el santuario hasta 1977

La historia de las excavaciones realizadas en este yacimiento es muy larga, y merece ser analizada con mucho más detenimiento del que podemos dedicarle en el presente trabajo. Nos limitaremos, por tanto, a dar un resumen muy breve de las mismas, resaltando aquellos aspectos que nos puedan ayudar a complementar los datos obtenidos en nuestras campañas. Una relación más completa de este tema puede encontrarse en A. FERNANDEZ DE AVILES (1949, 1966) y T. CHAPA (1981, pp. 150-154).

Aunque el topónimo, que muestra a las claras la importancia arqueológica del lugar, estaba ya en uso al menos en el s. XIV, lo cierto es que no existió una unión consciente entre el nombre y el contenido hasta que hacia

1830 una tala de la vegetación permitió que la acción erosiva del viento y el agua pusiera al descubierto tanto los cimientos del santuario como numerosas esculturas. Sin embargo, sólo treinta años más tarde se dio aviso a las autoridades competentes de su existencia, tardando los delegados del Museo Arqueológico Nacional todavía un decenio en llegar al lugar. En este largo lapso de tiempo se llevaron a cabo numerosos trabajos, entre los que se cuentan principalmente los de Vicente Amat y los PP. Escolapios de Yecla. Tras efectuar nuevamente excavaciones y comprar esculturas a la gente de los alrededores y al sr. Amat, quedó formada la colección del Museo madrileño, que es hoy en día la más numerosa y escogida de cuantas se nutren con material del yacimiento. Entre las piezas adquiridas se encuentra una larga serie de falsificaciones, totales o parciales, que el sr. Amat realizó para poder seguir vendiendo el «material» cuando le fue impedida la continuación de sus excavaciones en el Cerro. Ciertos arqueólogos enviados por Francia, a fines de siglo, como A. Engel, y las campañas efectuadas por D. Julián Zuazo, propietario del lugar, en los inicios del s. XX, terminaron aparentemente con la fertilidad del yacimiento, ya que cuando en 1910 P. Paris publica sus reportajes arqueológicos sobre España, nos habla de un cerro casi totalmente agotado.

Sin embargo, una visita al santuario del Dr. Nieto, entonces Director de Bellas Artes, permitió recuperar nuevas esculturas, lo que provocó la reapertura de las excavaciones, a cargo esta vez de D. Joaquín Sánchez Jiménez, Director del Museo de Albacete, y de D. Augusto Fernández de Avilés, funcionario del Museo Arqueológico Nacional y con una Tesis Doctoral en elaboración sobre este yacimiento que nunca llegó a terminar. Gracias a estos trabajos se ordenó todo el conocimiento anterior sobre este tema, y se ampliaron considerablemente las colecciones del Museo de Albacete, dados los excelentes resultados de sus campañas de 1962 y 1963 (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1965, 1966). La muerte de ambos estudiosos en un lapso relativamente corto de tiempo dio al traste con estas investigaciones, que nosotros quisimos continuar, ya que, como ellos mismos afirmaban, muchos de los problemas que planteaba este yacimiento estaban aún sin resolver.

Localización y descripción del yacimiento al comienzo de nuestras excavaciones

El Cerro de los Santos (Lam. I.1) es una pequeña elevación del terreno correspondiente a una serie de crestas calizas que flanquean los aluviones cuaternarios de la denominada «rambla» o «cañada de Yecla». Se sitúa a ocho kilómetros de Montealegre del Castillo por el camino que se dirige a aquella localidad murciana, y está muy próximo al Monte Arabí, famoso por sus pinturas rupestres levantinas. Un obelisco erigido en 1929 conmemora

el lugar, no conociéndose en áreas inmediatas ningún asentamiento ibérico; sólo un cerro vecino contiene restos de la Edad del Bronce, siendo por el contrario bastante frecuentes los vestigios romanos, localizados en el llano.

La superficie del Cerro deja ver alrededor del obelisco la roca madre, sin que se conserve sedimento alguno, ni mucho menos los sillares que conformaban la base del santuario, aún fotografiados por P. PARIS (1903, fig. 3.5). En la base del obelisco se conservan, sin embargo, bloques tallados que bien pudieran corresponder a aquéllos. Las vertientes este, oeste y norte mantienen algo de tierra, siempre removida y que termina fundiéndose con el aporte de la rambla. Por último, tras una breve y suave bajada, el Cerro vuelve a remontarse hacia el sur terminando en un escarpe sobre un entrante de la rambla, que rodea prácticamente el yacimiento. Este escarpe se prolonga hacia el oeste, y el escaso grosor de su sedimento se ve afectado por surcos que, en dirección norte-sur, fueron realizados con la intención de repoblar el lugar con pinos.

Las excavaciones primitivas se centraron sobre la superficie central del Cerro, es decir, la zona en la que se asentaba el santuario y áreas adyacentes. Sin embargo, la vertiente norte aún proporcionó gran número de piezas escultóricas en los trabajos de los años 1962-1963. Aún son visibles las catas realizadas por los srs. Fernández de Avilés y Sánchez Jiménez, aunque la erosión y las rebuscas de los clandestinos habían deformado considerablemente la morfología del terreno. También pudo distinguirse la presencia del testigo de 4 m. de anchura dejado por los excavadores entre las zonas levantadas de la vertiente norte, si bien en 1977 apenas superaba los 3 m.

Resultado de nuestros trabajos

Visto el panorama escasamente atractivo del yacimiento al comenzar nuestros trabajos, decidimos no aventurarnos en áreas nuevas sin efectuar un control de las anteriormente excavadas, para comprobar su estado y las posibilidades que ofrecían. En ellas se centraron cuatro de nuestras catas, las denominadas con los números 1, 2, 3 y 5. Algo antes de iniciar esta última, y conociendo el resultado de las catas previas, localizamos dos más, las n.º 4 y 6, en la zona sur del santuario, zonas no excavadas o al menos no registradas en las operaciones precedentes. Nuestros trabajos se han ido realizando en los veranos de 1977, 1979, 1981, debiéndose el lapso entre una y otra campaña a la falta de presupuesto o al retraso en la llegada del mismo. Realizaremos una breve descripción de sus características y de los materiales en ellas encontrados.

Cata 1

Fue el centro de la campaña de 1977, completándose en 1979. Los primeros resultados han sido ya dados a conocer (T. CHAPA, 1980), por lo que no insistiremos demasiado sobre ellos. Se situó en la vertiente norte del Cerro, aprovechando el testigo dejado por A. Fernández de Avilés y J. Sánchez Jiménez, sin llegar a agotarlo por completo. La primera cata tuvo un tamaño de 2 × 2 metros, ampliándose más tarde 1 metro por sus lados norte y este, y prolongándose esta última zanja 2 metros más hacia el sur. En 1979 este último corte se había visto afectado por la pertinaz labor de los excavadores clandestinos, por lo que decidimos regularizarlo y continuar la zanja hasta el límite de la rambla, con una anchura de 1,50 metros y una longitud de 11,50 metros.

La estratigrafía varía según los sectores, ya que la zona más próxima al Cerro se asienta sobre la caliza del mismo, mientras que hacia el norte queda ya inmersa en los aluviones de la rambla. Además del nivel de superficie o vegetal, se aprecia en el área junto al Cerro un primer nivel (nivel 1) de color pardo claro, con un espesor de 10 a 20 cms., asentado sobre el segundo (nivel 2), de coloración más oscura. Ambos se encuentran formados por tierra revuelta con piedras, cantos rodados y material arqueológico. Más al norte, y conforme desciende la pendiente, los estratos se adelgazan para dar paso a la fina arcilla rojiza depositada por las avenidas del agua y de la rambla, que colmatan el valle (nivel 3).

El material arqueológico se encuentra revuelto y muy fragmentado. Consta de los tipos más frecuentes en el santuario, como son las cerámicas ibéricas pintadas a base de bandas horizontales, rectángulos, meandros, roleos, etc. Aparecen igualmente numerosos restos de cerámica gris, a veces decorada con motivos en SSS sobre el arranque del cuello. Pertenecen a menudo a vasos de borde exvasado y pie diferenciado de dimensiones muy reducidas. Hay igualmente indicios de oinochoes ibéricos decorados mediante impresiones terminadas en palmetas, un tipo representado en yacimientos próximos, como Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (J. MOLINA GARCIA et alii, 1976, figs. 28-30). Entre el material importado destacan fragmentos de cerámicas áticas del s. IV a. JC. así como una base de Campaniense A. Completan los restos cerámicos diversos pondus y fustayolas bitroncocónicas, junto a recipientes ovalados o rectangulares, y ladrillos romboidales pertenecientes a un pavimento. El metal se limita a algunas chapas y clavos de hierro mal conservados, y a restos más abundantes de bronce. Entre ellos merecen citarse las fibulas, siempre del tipo anular hispánico, y los anillos (Fig. 3.5), conservándose también varillas incompletas, cilíndricas o aplanadas. Debe mencionarse la aparición en la

zona de arcilla de un As de Carthago Nova con la efigie de Tiberio en el anverso, y las de Druso y Nerón en el reverso (Fig. 3.4).

Los restos escultóricos son muy escasos, casi todos fragmentos en los que se aprecian molduras atribuibles quizás a los pliegues del vestido de alguna estatua o a restos de sus bases. Hay que destacar, sin embargo, la presencia de una cabeza femenina, con su mitad derecha fracturada. Se aprecian aún restos de la nariz, un ojo abultado limitado por gruesos párpados, y el velo, del que sobresale una oreja alargada, en posición quizás forzada por un pendiente que no se nos ha conservado.

Cata 2

Se situó en dirección N-S, al pie de la vertiente oeste del Cerro, por donde se suponía que corría el acceso al santuario. Sus dimensiones fueron de 6,50 × 2 m., con una profundidad media de unos 80 cms., teniendo como base la roca caliza, algo descompuesta en sus capas superiores. Toda la tierra que lo componía estaba revuelta, al igual que en la cata anterior, si bien aquí la pobreza de material era más notoria, deduciéndose de ello que las antiguas labores de excavación fueron más exhaustivas.

Entre las escasas piezas recogidas destacan restos de vasos y platos, así como algún borde de ánfora romana. Igualmente hay un fragmento de recipiente rectangular de barro y restos de una pieza escultórica con molduras rectas y paralelas, quizás pliegues de alguna túnica. Se recuperaron también restos de un pavimento consistente en fragmentos cerámicos incrustados en argamasa.

Cata 3

Se localiza al norte de la anterior, y está trazada transversalmente a ella, es decir en dirección este-oeste. Sus dimensiones fueron de 6 × 2 metros, y su profundidad alcanzó 1,10 metros, si bien no se llegó a la base porque se trata del sedimento arcilloso rojizo propio de los aportes de la rambla, que alcanza un notable espesor. Como corresponde a este tipo de arrastres, el material arqueológico (Fig. 3.1-3) se encontraba disperso, sin que pudiera distinguirse una estratigrafía in situ. Entre los restos destacan, junto a las cerámicas habituales, una lasca sin retoque de sílex, un ladrillo romboidal, un anillo y diversas varillas de bronce, algunas teselas de mosaico y una cuenta agallonada de vidrio azul. Al igual que en el nivel 3 de la Cata 1, apareció una moneda, esta vez un As de Calagurris con cabeza laureada de Augusto en el anverso y un toro en el reverso, sobre el que se aplicó un resello triangular.

Cata 4

Fue abierta en la campaña de 1979, y continuada en la de 1981. Se situó en la pendiente ascendente que prolonga el cerro hacia el sur, lejos ya del santuario y a una altura superior al mismo. El primer año se abrieron tres sectores separados, uniéndose los dos primeros en una larga zanja de 6,50 × 2,50 metros, y manteniéndose el tercero al norte de los anteriores.

Se apreció en ellos un nivel superficial con numerosos restos de piedras procedentes de un derrumbe, mezcladas con tierra oscura. Estas piedras eran de tamaño pequeño —cascajo—, siendo muy escasas las que superaban los 50 cms. Su superficie estaba muy deteriorada, ya que estaban cubiertas únicamente por una delgadísima capa de tierra vegetal. Entre ellas se recogieron dos esculturas humanas fragmentadas, totalmente erosionadas en la cara externa y afortunadamente bien conservadas en la parte incrustada en el sedimento. Las dos representan a personajes masculinos. Uno de ellos (Fig. 1) conserva sólo el tronco, que lleva cubierto por una túnica en pico y un manto de manga corta cruzado sobre los hombros. Se aprecia aún el arranque de los brazos, ceñidos por brazaletes serpentiformes. La segunda pieza (Fig. 2) se encontraba algo fracturada, y en ella se reconoce la mitad inferior de una talla masculina. Aún se conserva la mano izquierda, en acto de sujetar el borde derecho del manto, que cae con pliegues complejos, indicándose bien las puntas de ambos lados. Son visibles los pies, cubiertos por zapatillas de tela o piel de costura central sobre el empeine. Una gruesa base sirve de apoyo a la figura. Ambas piezas responden a prototipos bien conocidos, tanto en este yacimiento como fuera de él, respondiendo la segunda a una posición tipificada en esculturas de piedra (A. GARCIA BELLIDO, 1954, fig. 429) al igual que en los exvotos de bronce (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1966, fig. 4). Las cerámicas son las habituales, si bien se aprecia un marcado carácter tardío del conjunto, ya que incluyen restos de ánforas de época republicana.

Bajo este nivel superficial se situaba otro (nivel 1) compuesto por arcilla muy compacta, con apariencia de haber sido apisonada, tal era su solidez. En este nivel pudo apreciarse finalmente que el material que contenía estaba in situ, y no había sido removido como sucedía en las catas anteriores. Dada la composición del suelo, el material estaba en malas condiciones de conservación. El hierro prácticamente constituía una mancha en el sedimento, y sólo el bronce se mantenía en un estado aceptable. La fauna estaba muy fracturada, y la cerámica presentaba una fuerte concreción caliza que absorbía la pintura.

A pesar de las adversas condiciones de mantenimiento se recogieron numerosos restos cerámicos (Fig. 3.7, 9-10), nuevamente con ánforas repu-

blicanas, recipientes ibéricos pintados, cerámica gris, etc. Destaca la presencia de motivos florales e incluso humanos en la decoración de la cerámica ibérica, siendo de resaltar un fragmento en el que se representa la lucha de dos guerreros, de los que sólo se conserva su mitad inferior. Calzan botas, y en uno de ellos aún se aprecia la parte inferior de lo que debieron ser los flecos de una lóriga. Entre ambos se sitúa la parte inferior de un escudo oblongo. El pie de un tercer personaje es aún apreciable en uno de los bordes del fragmento. Este, como otros, se encuadra plenamente en el estilo de la cerámica de Liria, donde se encuentran los mejores paralelos.

Acompañan a los restos cerámicos numerosos fragmentos metálicos, y si bien los objetos de hierro, abundantes, apenas se han podido interpretar por su ya citada mala conservación, sí merece citarse una fibula de resorte bilateral y pie vuelto, perteneciente al grupo de La Tène I avanzado, coincidente ya con los tipos de La Tène II (Fig. 3.8). La fauna es también frecuente, constando de restos de caballo, ciervo, toro y cabras u ovejas. Sólo desentona en el aspecto cronológico el pie de una copa-skyphos ática de barniz negro, fechable en el s. IV a. JC. y decorada con palmetas en el interior de la base, que quizás deba interpretarse como la perduración de un objeto de lujo en un ambiente más tardío.

En el año 1981 se continuó en esta zona, ampliando hacia el norte las catas anteriores en los sectores conocidos como n.º 6 y 7, ambos de 3 × 2 metros. Los resultados de la excavación de estas áreas fueron los mismos, siendo aquí aún más evidente el derrumbe de piedras, que había afectado al sedimento arcilloso inferior, a pesar de su dureza. El material es de características similares al ya citado, destacando un kalathos con profusa decoración pintada a base de grupos de losanges estilizadas.

Los restantes sectores, n.º 4 y 5, se emplazaron al sur de los anteriores, ascendiendo algo más en la pendiente. El primero, de 3 × 2 metros, se prolongó posteriormente 2 metros más hacia el norte para unirse con el n.º 1. La capa arcillosa era aquí más potente, pero escaseaba comparativamente el material arqueológico, que sólo era frecuente en la zona más cercana a las catas previas. En su extremo sur se apreció una alineación de piedras en sentido este-oeste.

Es sector siguiente, n.º 5, continuaba el anterior salvando un testigo de 2 metros. Se descubrió en él un muro de piedras bastante irregulares, (Lan. 1.2), también en dirección este-oeste, en el que destacaba un bloque rectangular de mayores dimensiones que las anteriores, algo desplazado hacia el interior y apoyado voluntariamente sobre rocas planas. En algunos poblados ibéricos como el de Jumilla, existen estructuras semejantes que sirvieron de apoyo a objetos como molinos de mano (J. MOLINA, comunicación perso-

nal). En nuestro caso al encontrarse en un nivel muy superficial no se ha conservado ningún indicio de este tipo. El sedimento de esta zona consiste en tierra vegetal y arcilla, apreciándose al llegar a la base rocosa que ésta había sido rebajada en algunos puntos, encontrándose los mismos rellenos de ceniza. Esto puede corresponder a postes o alguna otra estructura de madera que se hubiera descompuesto o quemado.

Al oeste del sector n.º 5 se amplió una nueva zona de excavación, ya que, como luego se comprobaría, el muro parecía formar una esquina. El centro de la cuadrícula coincidió con aquella, doblando la pared en ángulo recto en dirección norte-sur. Un nuevo muro de piedras surgía del anterior en dirección oeste. La parte oriental de la cuadrícula, incluida en el interior del muro presentaba características diversas a las de la zona externa, emplazada al sur. La parte interna consta de arcilla blanquecina en la que se distinguen restos de adobes amarillentos y con su interior oscurecido. Bajo este nivel se sitúa otro de coloración más oscura y mezclado con piedras pequeñas, siendo el material arqueológico muy escaso: pocos indicios de cerámica —restos pintados, fragmentos de ánforas— y de fauna —molar de caballo—. En la parte exterior se aprecia una tierra de color pardo oscuro mezclada con piedras, bajo la que se sitúa una capa gris, también pedregosa, con numerosos restos cerámicos y metálicos —punzón de bronce y elementos de hierro muy deteriorados, como una punta de lanza—, así como fauna.

Por último, y para comprobar la relación entre el muro del sector n.º 5 y el del sector n.º 4, se prolongó éste hacia el oeste mediante una pequeña zanja de 2,5 × 1,5 metros. Parece efectivamente el cierre de la habitación, si bien aquí la base del muro constaba de piedras de grandes dimensiones, con más de 50 cms. de lado, muy bien trabadas entre sí, al contrario de lo que ocurría en las otras estructuras.

Cata 5

Sólo con el fin de terminar nuestras comprobaciones en los alrededores inmediatos del antiguo santuario se abrió un pequeño sondeo de 2 × 1,50 metros en su vertiente oriental, apreciándose de nuevo el sedimento grisáceo y revuelto de las catas 1 y 2, asentado sobre la caliza de base. El material, aunque fragmentado, era abundante, destacando las cerámicas ibéricas pintadas, las grises con decoración de SSS, pequeños vasos acompañados y cuencos. Hay también fusayolas, ladrillos romboidales, restos de clavos de hierro, teselas blancas y grises de mosaico y el puente de una fibula anular de bronce con rebordes acorazonados de un tipo frecuente en el mundo ibérico, como vemos por ejemplo en Baza (Granada) (F. PRESEDO, 1973, p. 177, fig. 11, n.º 1-3).

Cata 6

Se situó entre la cata 4 y el primitivo santuario, sin que resultara de más interés que las n.º 1, 2, 3 y 5. Sus dimensiones fueron de 3 × 3 metros, y estaba constituida, como aquéllas, de tierra revuelta, algo más dura en la base que en el techo, y con posibles restos de adobes muy destruidos entre la arcilla. El material consta de las consabidas cerámicas ibéricas pintadas y de algunos fragmentos de hierro, entre los que destaca el extremo de un soliferreum. Como las demás, se apoya en la base rocosa del Cerro.

Conclusiones

Este breve repaso a los nuevos hallazgos en el Cerro de los Santos nos permite comprobar que existen aún puertas abiertas para la interpretación del mismo. Cierto es que de la planta del primitivo santuario ya no queda vestigio alguno, al igual que del sedimento que pudo poseer la zona central del Cerro. Muchos de los restos que contuvo en su día aparecen caídos por sus vertientes este, norte y oeste, mezclados con todo tipo de materiales de cronologías diversas en una capa de tierra revuelta. Los materiales, entre los que se cuentan esculturas, cerámicas, metal, restos de pavimento, etc., no proporcionan más información cronológica de la que se pueda derivar de su propia fecha de fabricación, en el caso de elementos como las cerámicas importadas. Todas las excavaciones previas a nuestras campañas se han centrado en esas áreas, y si bien han obtenido excelentes colecciones de material escultórico, tanto por su número como por su calidad, lo cierto es que carecíamos de cualquier dato seguro para analizar el desarrollo de este lugar de culto, excepto la información intrínseca de cada pieza, analizada estilística o iconográficamente —trabajo que, por otra parte, aún no se ha llevado a cabo—.

Por su lado, la vaguada situada al norte del promontorio no proporciona sino restos de época romana, pertenecientes a antiguas «villae» asentadas allí cuando el santuario había dejado ya de funcionar. Aunque en fechas recientes aún se conservaban restos de cimientos de piedra, gran parte de los objetos que pudieron contener han sido barridos por el arado y las avenidas de agua propias de la rambla, que alcanza a inundar gran parte del valle (A. FERNANDEZ DE AVILES, 1966, Lám. IV). Algunos de estos materiales se encuentran dispersos por el Cerro, entre la arcilla arenosa que lo bordea por el norte, y que fue el objeto de nuestra cata 3.

En contraste con los niveles revueltos situados junto al promontorio central, la pendiente que termina por el sur en un escarpe proporcionó un nivel *in situ*. Consistía éste en una serie de dependencias rectangulares con

cimientos de piedra de dimensiones más o menos grandes. El material que contenían es de época ibérica muy reciente, empleándose ya ánforas republicanas, cerámicas ibéricas con decoración de figuras humanas y fíbulas de La Tène avanzadas. No falta tampoco la fauna, consistente en toro, ciervo, caballo y ovejas y/o cabras.

Sobre este nivel de ocupación se encontraban grandes acumulaciones de piedras procedentes sin duda de los derrumbes de las mismas habitaciones, rasando ya con la superficie erosiva. Entre este material se encontraron, caídos, dos fragmentos de esculturas de buen tamaño correspondientes a personajes masculinos. Dada su posición, y que ninguna talla escultórica se halla reutilizada en los muros a pesar de emplearse a veces en éstos piedras de buen tamaño, puede deducirse que estas piezas cayeron allí en el momento de la destrucción de estos edificios, que debe corresponder con el fin de la utilización a gran escala del santuario, en un momento no lejano al cambio de Era, aunque pudo haber perduraciones posteriores.

Si tenemos, pues, una fecha aproximada para el final de este nivel de ocupación, nos falta aún conocer cuándo se sitúan sus inicios, de los que no quedan apenas vestigios. En este sentido, se impone —y nos hemos propuesto realizarlo— un análisis detallado de la totalidad del material recogido en el Cerro de los Santos desde su descubrimiento, lo que resultaría enormemente fructífero no sólo para conocer con certeza la constitución y desarrollo del santuario, sino para valorar correctamente la escultura humana dentro del mundo ibérico, sus influencias, significado, evolución y contexto sociológico.

T. C. B.

Bibliografía

- CHAPA, T., 1980: «Nuevas excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). Campaña de octubre de 1977». *Al-Basit. Revista del Instituto de Estudios Albacetenses* VI, n.º 7, pp. 81-111.
- CHAPA, T., 1981: «El Cerro de los Santos». *Historia* 16, Año VI, n.º 60, pp. 149-155.
- CUADRADO, E., 1950: «Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)». Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. Informes y Memorias n.º 21. Madrid.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1949: «Las primeras investigaciones en el Cerro de los Santos (1860-1870). Cuestiones de puntualización». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. XV, pp. 57-70.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1965: «Excavaciones en el Cerro de los Santos

- (segunda campaña)». *Noticiario Arqueológico Hispánico VII* (1963), pp. 143-145.
- FERNANDEZ DE AVILES, A., 1966: «Cerro de los Santos. Montealegre del Castillo (Albacete). (Primera Campaña: 1962)». *Excavaciones Arqueológicas en España* 55. Madrid.
- GARCIA BELLIDO, A., 1954: «Arte Ibérico». En *Historia de España* dirigida por R. MENENDEZ PIDAL. Espasa Calpe. Madrid.
- LANTIER, R., 1917: «El Santuario ibérico de Castellar de Santisteban». *Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*. Madrid, 15.
- MOLINA GARCIA, J., C. MOLINA GUNDE y S. NORDSTROM, 1976: *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. S.I.P. Serie de Trabajos Varios n.º 52. Valencia.
- PARIS, P. 1903: «*Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne Primitive*». Paris, 2 vols.
- PRESEDO, F. 1973: «La Dama de Baza». *Trabajos de Prehistoria* 30, pp. 151-216.
- RODRIGUEZ OLIVA, P. et alii, 1983: «Exvotos ibéricos con relieves de équidos en la Vega Granadina». *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia, 1981), pp. 751-768. Zaragoza.

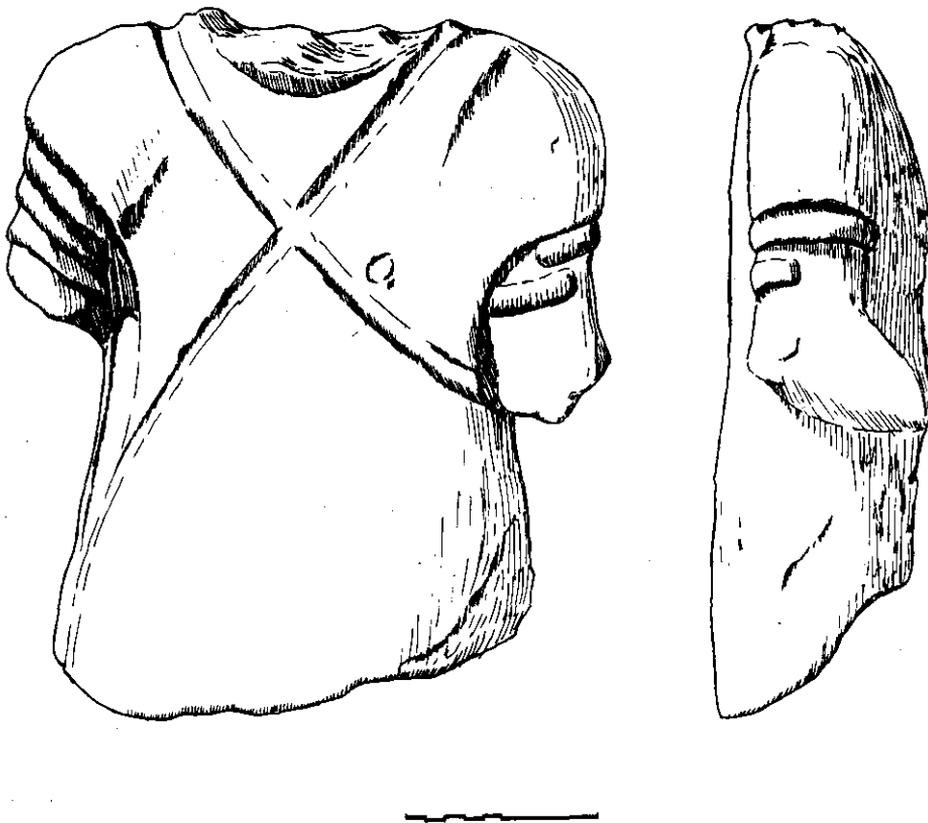


Figura 1. Escultura representando el tronco de un personaje masculino. Cata 4.

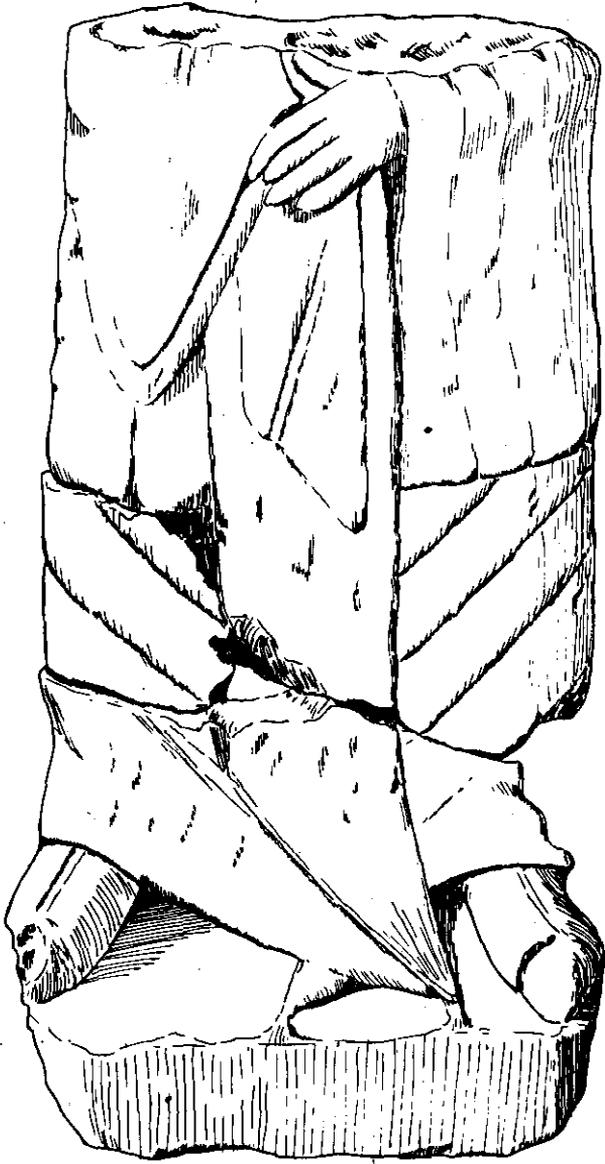


Figura 2. Escultura representando la mitad inferior de un personaje masculino. Cata 4.

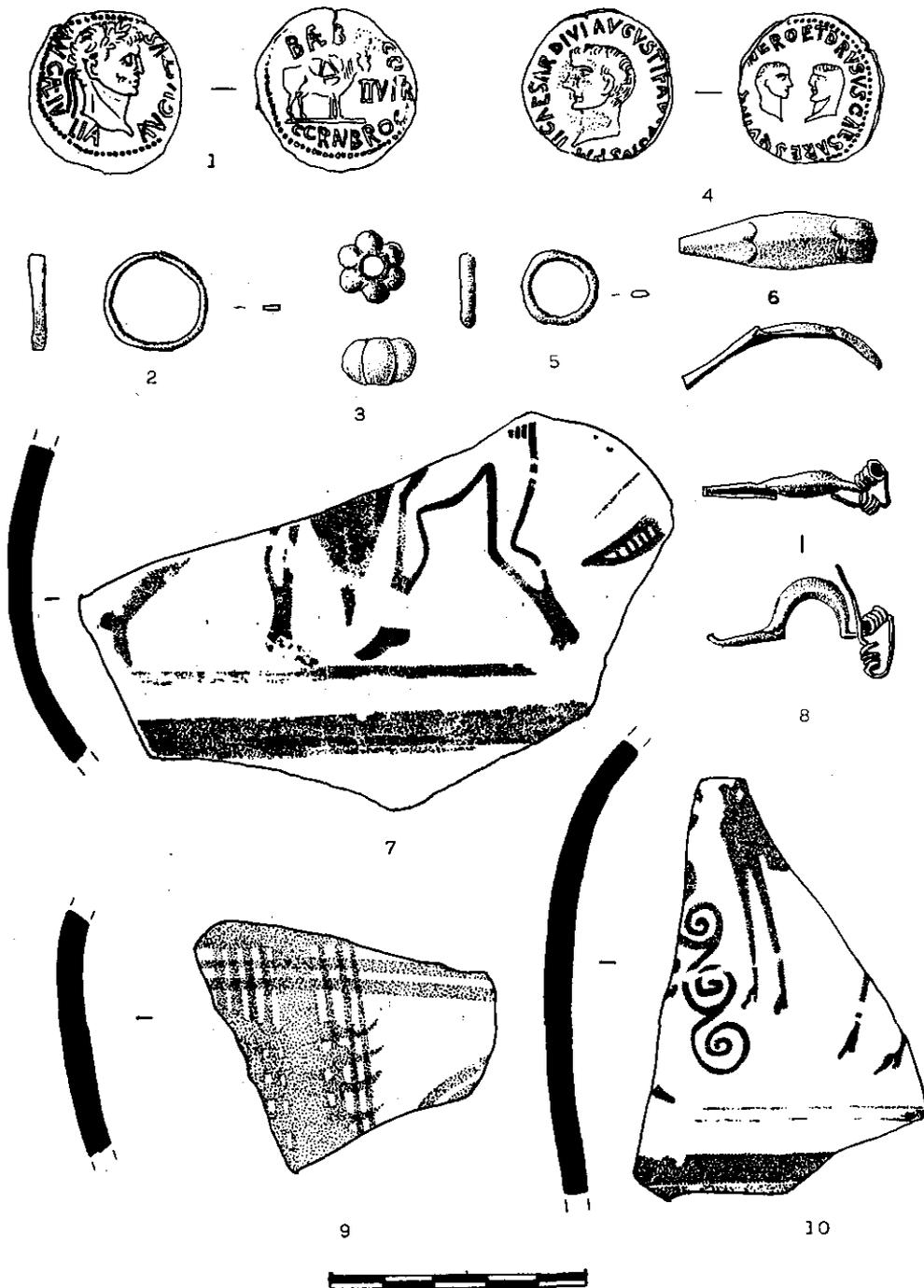


Figura 3. 1-3. Cata 3: Moneda, anillo de bronce y cuenta de vidrio; 4-5. Cata 1: Moneda y anillo de bronce; 6. Cata 5: Puente de fibula anular; 7-10. Cata 4: Fibula y cerámicas pintadas.

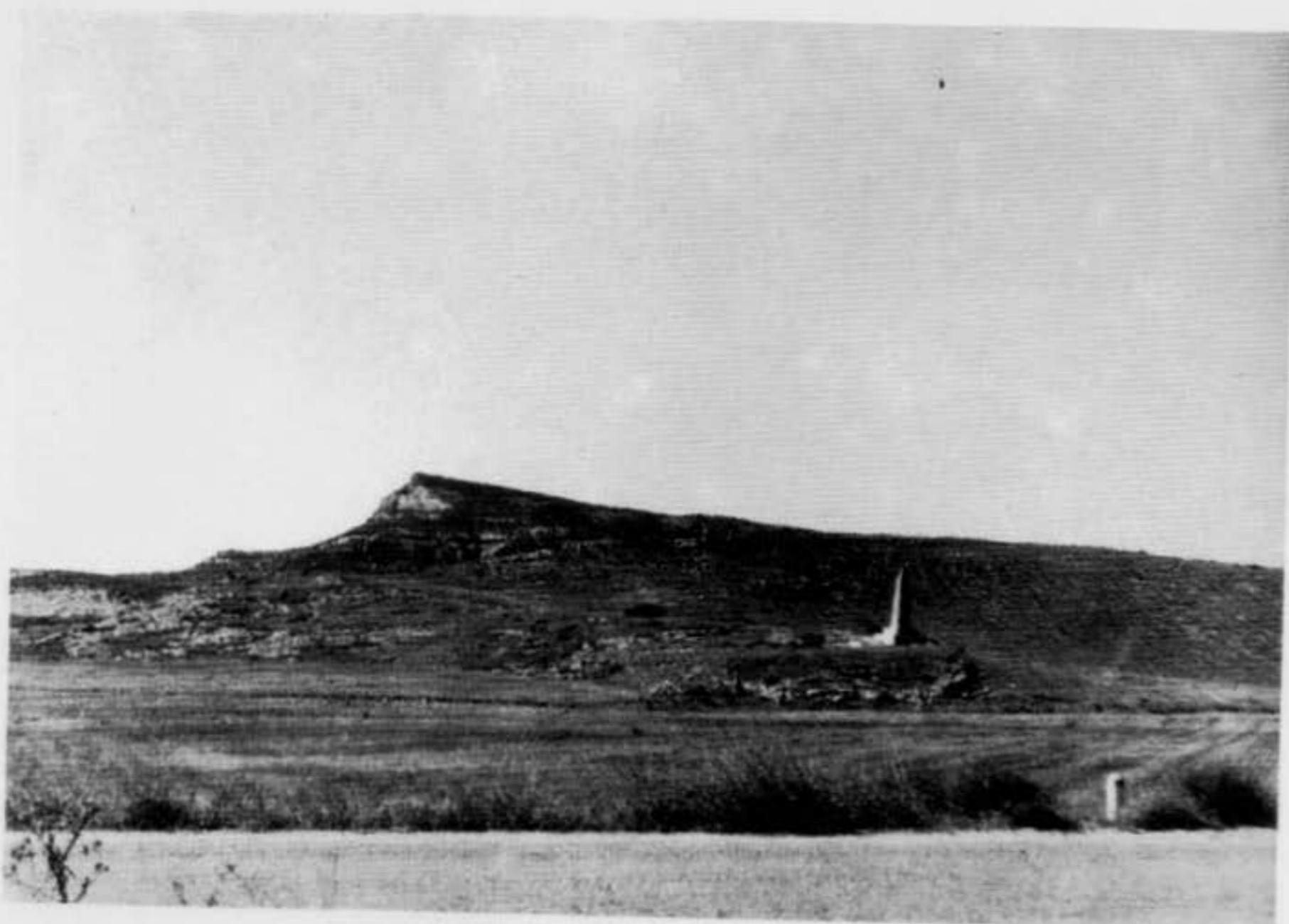


Lámina I:1. Vista general del yacimiento desde el norte. Al fondo, el monte Arabí.



2. Base del muro. Cata 4.

EL CIGARRALEJO. RELACIONES CON LA MESETA

Por Emeterio CUADRADO DIAZ*

En espera de que el Ministerio de Cultura publique la Memoria de 35 años de excavaciones, que hace unos meses le entregamos, y en la que reunimos todos los datos necesarios para una descripción detallada de lo que es la necrópolis del Cigarralejo —puesto que el santuario de este enclave ibérico ya fue publicado en 1950— estudiamos en este trabajo las relaciones existentes entre este yacimiento y la Meseta. Pero no podemos reducirnos a la manchega, puesto que estas relaciones no sólo afectan a la misma, sino que se extienden al N. de la Sierra de Guadarrama; ni tampoco a las de nuestro yacimiento considerado aisladamente, puesto que forma parte del conjunto homogéneo que es el mundo ibérico del S.E. peninsular y las relaciones que pretendemos estudiar le afectan en su totalidad.

La falta de fuentes escritas que nos hablen de estas relaciones con datos suficientes, nos obligan a acogernos principalmente a los materiales arqueológicos; y del estudio que en la citada Memoria hemos hecho de los mismos, y de las consecuencias obtenidas en tan prolongado período de excavaciones, obtener las conclusiones a que podamos llegar sobre el tema que desarrollamos. No obstante, siempre que podamos, nos referiremos principalmente a materiales y observaciones que nos haya proporcionado El Cigarralejo y yacimientos más relacionados con él en el S.E.

Primeramente pasaremos revista a los materiales de la Meseta que se hayan encontrado en S.E., y a los de esta región encontrados en la Meseta. A continuación estudiaremos las estructuras sociales y religiosas de ambas zonas, para llegar a conclusiones que nos den alguna luz sobre las mutuas relaciones.

* Asociación Española de Amigos de la Arqueología.

Materiales de las Mesetas en Cigarralejo

Armas

En la necrópolis se encontraron dos puñales de antenas atrofiadas, del tipo de los triangulares de «Almedinilla» —el de la tumba 277— y del tipo de las espadas de «Alcacer do Sal» —el de la 204— (Fig. 2). El primero debió tener un origen andaluz (Almedinilla, Illora) puesto que no es habitual en las Mesetas; y el segundo, de empuñadura de sección poligonal, que se encuentra en Las Cogotas y Alcacer do Sal (Portugal) y que pudo llegar a las Mesetas por el camino del Tajo. Las cronologías de ambos pueden situarse: a mediados del s. IV a. C. el de «Almedinilla», y en la primera mitad, el otro. Hay que hacer notar que ambos puñales son totalmente ajenos a la cultura ibérica y que llegaron al Cigarralejo por una transacción comercial, o como trofeo de guerra conquistado en combate¹.

Un arma característica del mundo céltico europeo, es la lanza con refuerzo axial de la hoja, obtenido por aumento del espesor desde el filo al eje, en la unión de las dos camas de la hoja (Fig. 2.4) que más frecuentemente presenta esa unión, saliente, es decir, como refuerzo de sección triangular. En Cigarralejo, ese refuerzo es de sección rectangular o curva y saliente (Fig. 2.3) como ocurre en la mayor parte de las lanzas ibéricas. En nuestra necrópolis hay raramente hojas de lanza con las mesetas biseladas (Fig. 2.7), sin refuerzo saliente (Fig. 2.5), y con éste como prolongación del tubo cónico del enmanque (Fig. 2.6). Estos dos tipos son también ajenos al inmenso número de lanzas obtenidas de los ajuares, y las consideramos procedentes del mundo celtibérico.

Otra arma extraña al mundo ibérico es una espada recta con espiga para la empuñadura de tipo galo, procedente de la tumba número 54 y datable en La Tene I (Fig. 2.1). Estas espadas rectas son corrientes en Arcóbriga, Osma y Quintanas de Gormaz, y al Cigarralejo pudieron llegar procedentes de la Meseta o por el camino marítimo, como seguramente llegaron a Cataluña y por el Jalón a Arcóbriga y yacimientos de Soria.

Piezas de adorno

Nos referimos a aquellas piezas del tocado personal, que también sirven de adorno, como son los broches de cinturón y las fíbulas.

1) CUADRADO, E. *Puñales de antenas en territorio ibérico «Zephyrus» XIV*. Salamanca, 1963.

Los broches de cinturón rectangulares con nielados de plata están extendidos por las Mesetas, Andalucía y Levante con gran profusión, pero principalmente en gran número en las provincias de Guadalajara, Avila y Soria, es decir al N. de las cordilleras centrales. En Andalucía, se concentran en Despeñaperros, Tugia y Tútugi, es decir, si contamos con la encontrada en Baria (Villaricos), en el camino de la costa de Cástulo a Despeñaperros. Otro grupo es el levantino, con hallazgos en los yacimientos ibéricos importantes ya conocidos, unidos a los de penetración por la cuenca del Ebro. Entre los diversos tipos clasificados por Cabré² resulta indudable de las Mesetas la serie 6.^a. Es decir, aquellos broches cuyos motivos decorativos se construyen alrededor de uno central de círculos concéntricos.

De las piezas conocidas en el reino de Valencia, la de San Miguel de Liria es de este tipo, única en Levante³ que sepamos; mientras que la de La Bastida y la del Cigarralejo de la T. 441⁴ así como la 23 de Despeñaperros y la 25 de la Osera corresponden a la serie 4.^a de Cabré, cuyo motivo decorativo es el que llamamos de «tallos y enlaces», que parece ser más genuinamente ibérico. Vemos pues, que en el mundo ibérico, y procedente de la Meseta, tal vez por el camino del Júcar, tenemos la pieza de Liria. En cambio, como piezas de origen casi seguro ibérico, tenemos en las Mesetas, las de la serie 2.^a, con el motivo que llamamos «de las tres zonas», con cenefa de casetones, que además de la pieza de la T. 103 del Cigarralejo, se da en Hoya de Santa Ana, en Salsadella (Castellón) y tumbas números 193 y 197 de La Osera⁵. Resulta muy difícil hasta la fecha determinar si este motivo decorativo nace en el mundo ibérico o en el celtibérico, pero su situación en Castilla y el Cigarralejo colabora en cuanto decimos más adelante sobre relaciones comerciales.

La conclusión a que podemos llegar, considerando el estudio citado por Cabré, es la de que los dos tipos decorativos que hemos encontrado en las piezas del Cigarralejo, están repartidos por ambos lados de las cordilleras ibérica y de Sierra Morena, y que las piezas de su serie 6.^a son netamente meseteñas y también las más numerosas. Los ejemplares de La Osera con decoración de «tres zonas» podrían proceder del S.E., mientras que los que llevan decoración «de tallos y enlaces» pudieron generarse en el interior de la península y llevarse a los yacimientos ibéricos en que se han encontrado.

2) CABRE, J. Broches de cinturón de bronce demasquinados con oro y plata. «*Archivo Español de Arte y Arqueología*» n.º 38. Madrid, 1937.

3) Op. cit. Nota 2, Fig. 52.

4) CUADRADO, E. Dos tipos de decoración demasquinada en las hebillas de cinturón ibéricas (en homenaje a Lambaglia, en prensa) y op. cit. Nota 2, LAM IX.

5) Op. cit. Nota 2, LAM II.

Fibulas

Dos tipos de fíbulas que se encuentran en Cigarralejo, podemos estimar que proceden de las Mesetas: las anulares con resorte de muelle y las de L.T. Antigua con eje para arrollar éste.

En nuestro trabajo sobre las fíbulas anulares⁶ de 1957 señalamos las zonas de distribución de hallazgos en la península, llegando a la conclusión de que el tipo de resorte de muelle era más antiguo que el de charnela y, que le ofrecen la mayoría de los ejemplares de nuestra Zona II, limitada al N. por la cordillera Cantábrica (excluyendo Galicia, N. de Portugal, el Ebro y el Segre). Más allá sólo existen inclusiones rarísimas.

Otro tipo con características peculiares de la Meseta es, como hemos dicho, el de algunas fíbulas con esquema de época de L.T. Antigua, provistas de eje para enrollarse el muelle. Estas fíbulas constituyen el Grupo III de E. Cabré y J. Morán, de la Meseta⁷. Estas, con muchas variantes de detalle, tienen un carácter que vemos repetido o influyente, en las ibéricas de nuestro grupo 3 de «arco peraltado» principalmente en las variantes 3b, 3d y 3c, en que el puente, aunque curvo, tiende al trapecio. En las del III de la Meseta, este puente se adelgaza en los montantes verticales, formando en el perfil exterior un verdadero quiebro angular en muchos ejemplares.

En nuestro grupo 3e, de Cigarralejo, es ajeno al mundo ibérico del S.E. el adorno de bolas en los extremos del eje (N.º 4215 de T. 395, de hierro, fechable en 350-320 a. C.) (Fig. 2.12)⁸. La N.º 4243 de T. 400, es de bronce, con eje terminado en dos casquetes esféricos, datable en 375-350. (Fig. 2.11).

La fíbula del Cigarralejo N.º 3988 encontrada fuera de tumba e inmediata a T. 277, es muy peraltada, de bronce, con eje para el resorte y muelle muy largo. Es pues del tipo de la Meseta y datable en 400-375 a. C. La cuerda da una vuelta al extremo de la cabeza del puente. También es de eje con extremo de bolas la de hierro N.º 1234 de T. 135, único ejemplar de nuestro grupo 7, con características análogas.

También resulta difícil decidir si el origen de estos puentes peraltados es ibérico o celtibero. En nuestro trabajo, ya citado, sobre las fíbulas de Cigarralejo, decíamos que los puentes peraltados eran creación peninsular, ya

6) CUADRADO, E. *Problemas de la fíbula anular hispánica*. Salamanca, 1957.

7) CABRE, E. y MORÁN, J. Encayo tipológico de las fíbulas con esquema de *La Tene en la Meseta Hispánica...* «Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología» n.º 11 y 12. Madrid, 1979. Fig. 5 a 9.

8) CUADRADO, E. *Fíbulas de La Tene en el Cigarralejo*. «Trabajos de Prehistoria». Vol. 35. Madrid, 1978.

existentes en el periodo 400-350 a. C. con arco curvo (op. cit. nota 8 pág. 334: «*El mismo puente llevan las fibulas de Torrecilla y pie vertical alto y moldurado (tipo 4 h de Schule), por lo que será necesario admitir que este tipo de puente lo toman los fabricantes de fibulas españolas de La Tene, de las fibulas hallstatticas y de sus tipos continuadores de la Meseta. En cambio, el balaustre para el pie es netamente de La Tene*»). También decíamos que este tipo de puente debió aparecer en la Meseta en el s. V a. C.

La fibula N.º 3988 de Cigarralejo ya citada, se relaciona con las fibulas posthallstatticas de Aquitania, como las de Avezac-Prat y Tusan, que debió llegar a Cigarralejo atravesando toda Castilla.

E. Cabré y J. Morán llegan a la conclusión de que hasta el año 133 seguían en uso los ejemplares de su grupo III de la Meseta (Fig. 4). Para estos autores, estas fibulas de dos elementos se generaron hacia mediados del s. IV a. C. en la Meseta Oriental por imitación de las fibulas ibéricas de un solo elemento. También parece indudable la perduración de las fibulas del grupo III en la Meseta, llegando al menos al s. II a. C. Hemos pues de admitir que las fibulas con eje y arco peraltado, llegaron a Cigarralejo procedentes de la Meseta Superior.

Materiales del S.E. en las Mesetas

Armas

La escasez de falcatas en los yacimientos meseteños, comparada con la enorme cantidad de estas espadas en los ibéricos, no deja lugar a dudas sobre la procedencia de estas armas en la Celtiberia. Sobre todo llama la atención los hallazgos en punto tan alejado como la necrópolis de la Osera (Avila). En otros lugares más cercanos del S.E. como en Casa del Monte (Albacete), se supone una procedencia de Levante por el valle del Júcar, y a Osma y Quintanas de Gormaz, por el camino del Jalón-Duero.

Una referencia especial hay que hacer sobre el escudo redondo «caetra», corriente en toda la zona ibérica y celtibérica. Aunque se le encuentra frecuentemente en esta última, se le denuncia preferentemente por los umbos que en el centro del mismo protegían la mano del guerrero, puesto que la caetra no se embrazaba, sino que se empuñaba y Cabré, en un estudio concienzudo de los hallazgos meseteños⁹, encuentra los umbos metálicos

9) CABRE, J. *La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro.* «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología». Tomo VI. Valladolid. 1939-40.

en Alpanseque, Aguilar de Anguita, La Olmeda, Quintanas de Gormaz, La Mercadera, Uxcama, La Osera, Las Cogotas, Altillo de Cerro Pozo y Arcóbriga. Pero existe una notable diferencia en la manilla o empuñadura. La clásica ibérica es la llamada «de aletas» por Cabré (Figs. 2.8 y 3.3) de las que éste menciona en el citado trabajo, hallazgos de Arcóbriga. Se encontraron también en las Cogotas, Altillo de Cerro Pozo y La Osera.

Del examen de los materiales sacamos la conclusión, de que los umbos metálicos son peculiares de los escudos redondos celtibéricos, mientras que las manillas de aletas —a la vista de la abundancia en los yacimientos ibéricos (en Çigarralejo pasan del centenar hasta la fecha)— lo son del mundo ibérico. Hay que advertir que las manillas que acompañan a los umbos, son: o tiras de hierro de sección rectangular (Figs. 3.1 y 2), o chapas caladas y curvadas que facilitan su agarre, y comúnmente, la correa para colgarse el escudo, se prende de dos anillas sujetas a éste ¹⁰. Por tanto, las manillas de aletas de Arcóbriga y Altillo de Cerro Pozo debieron llegar al lugar de su hallazgo siguiendo el valle del Jalón, mientras que a Cogotas y Osera lo hicieron a través de la Mancha. Confirma nuestra opinión, que en el mundo céltico-europeo no tenemos conocimientos de estos tipos.

Fibulas

No es habitual que las fíbulas anulares con resorte de charnela, se encuentren en yacimientos de la Meseta. Este tipo de fíbula, como otros varios objetos que citaremos más adelante, se han localizado en la necrópolis de la Osera (Avila). Un ejemplar se encontró en La Mercadera (Soria), pero son abundantes en la cuenca del Júcar.

También son extrañas a las fíbulas de la Meseta, las que hemos denominado de resorte de «tope osculador» ¹¹. Las que conocemos en Castilla, son los ejemplares de Vado de la Lámpara (Montuenga, Soria), y Las Cogotas (Cardeñosa, Avila). Consideramos que el origen de este tipo de resorte se sitúa entre los ríos Júcar y Segura, desde donde se extienden por Levante, llegando a Montuenga por el Jalón y a Cardeñosa a través de la Mancha desde el S.E.

Si tenemos en cuenta que las fíbulas del tipo de La Tene Antigua características del mundo ibérico son las de nuestro grupo 4 (Fig. 5) ¹² —las más

10) Op. cit. Nota 9, LAM XII y XIV.

11) CUADRADO, E. *Fibulas anulares de tope osculador*. «Publicaciones del Seminario de Historia y Arqueología». Albacete, 1962.

12) Op. cit. Nota 8.

puras en la tradición de L. T.—, hemos de pensar que los ejemplares que se encuentran en las dos mesetas o procedan del citado mundo, o son producto de una importante influencia de la moda y la técnica ibéricas. Estas fíbulas meseteñas, que E. Cabré y J. Morán colocan en su grupo II, debieron ser de los tipos más antiguos, que procedentes de la zona ibérica introdujeron la moda en las Mesetas.

Estos prototipos son considerados por los mencionados autores en Arcóbriga, en el periodo 375-300 a. C., es decir, contemporáneos de las fíbulas de El Cigarralejo, con algunas de las cuales tienen notable parecido. Piezas análogas se fabricaron en Celtiberia, y prueba de ello, es la fibula de Arcóbriga (Fig. 2.10) con cabujón de pasta vítrea formando parte del pie, el cual termina a su vez en un alveolo lanceolado, que debió llevar otra inclusión de pasta vítrea. La estructura de esta pieza es idéntica a la de las fíbulas gemelas números 2475 y 76 de la T. 200 de Cigarralejo (Fig. 2.9), salvo que el resorte de muelle, de una pieza en estos ejemplares, con el resto es de dos en Arcóbriga. Es decir, en la Meseta se construye con el resorte habitual de eje. Igual es el caso de la fibula 2682 de T. 277 de Cigarralejo, con pie en forma de palmeta (Fig. 4; 2.7), análoga a la de T. 1041, zona V de la Osera; pero en este caso ambas fíbulas son de una sola pieza.

La distribución geográfica en la Meseta, da ejemplares, según los autores mencionados, en La Osera, La Torre, Sabriñán y Arcóbriga.

Adornos de cinturón

Varias veces hemos mencionado la coincidencia de las 6 placas repujadas de la tumba 350 de la Zona 6 de La Osera¹³, con las 4 de la T. 120 de la necrópolis del Cabecico del Tesoro (Murcia)¹⁴. No sólo son idénticas, sino que como se comprobó en el Laboratorio Central de Restauración de Madrid, tienen el mismo troquel. La calidad del trabajo supone un arte depurado, que sólo se puede suponer en la cultura ibérica. Se ha supuesto por ello que la procedencia de las piezas de La Osera, es el S.E. peninsular (Fig. 3; 4.5 y 5).

13) CABRE, J. y otros. *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra* (Avila). «Acta Arqueológica Hispánica». Madrid, 1950, LAM 54.

14) NIETO, G. *La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro*. «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología». Valladolid, 1943-1944. T. X, pág. 171.

Recipientes rituales

En nuestro catálogo ¹⁵ de estos recipientes metálicos «con asas de manos», incluíamos varios ejemplares del tipo que llamamos «ibérico», aparecidos en yacimientos de la Meseta. Hasta la fecha tenemos noticias de 3 piezas de La Osera, otra del Berrueco (Salamanca) y otra de La Dehesa (El Tejado, Salamanca). La zona en que se encontraron pertenece a la de recipientes de manos, del tipo «oriental» cuyas corrientes comerciales se realizaban por el camino S-N que siguió la «Vía de La Plata». Su presencia aquí nos señala una aportación del S.E., núcleo principal de hallazgos de este tipo, en modo alguno meseteños.

Cerámica ática de B.N.

En los últimos años, prospecciones superficiales realizadas por la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, denunciaron la presencia en las Mesetas de cerámica ática de B. N. Recogidos por nosotros tenemos fragmentos del Cerro de la Cantera (Yeles, Toledo) ¹⁶ y es abundante en las necrópolis al occidente de la cordillera ibérica, principalmente las de Cuenca.

Cerámica de B. R.

Encontramos la cerámica de B.R. en los mismos yacimientos de la Meseta que la ática; pero tenemos la incertidumbre del lugar de procedencia, pues el S.E. la da abundante e inclusive creemos se fabrica también allí. Sin embargo la cerámica de B.R. con estampillados, es de origen andaluz, y ésta sí se encuentra con seguridad en la meseta manchega (Yeles) y es tal vez más tardía que la del S.E. en Cigarralejo también hay algún ejemplar, pero la abundante en la necrópolis es la lisa, de modo que por ahora podemos presumir ambas procedencias, y tenemos noticias de que se han encontrado fragmentos hasta Cuéllar, es decir, en plena Meseta Norte.

Escultura

Si bien la meseta manchega carecía en general de escultura, en los últi-

15) CUADRADO, E. *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la península ibérica*. «Trabajos de Prehistoria» XXI. Madrid, 1966.

16) CUADRADO, E. *El castro carpetano de Yeles (Toledo)*. «Congreso Arqueológico Nacional de Arqueología». Zaragoza, 1973.

mos años, los hallazgos de Alarcos¹⁸ nos demuestran, que esta carestía se debe tan sólo a que es zona aún poco explorada. En Alarcos se encontraron parte de dos estupendas esfinges, que podrían relacionarse con la abundancia de hallazgos de la zona de Albacete, Alicante y Murcia, máxima productora de este tipo de esculturas¹⁷. Además, también allí se han encontrado varios trozos de leones de menor tamaño, que acusan la presencia de una necrópolis. Por otra parte, estas esculturas también estilísticamente, y por su arte, demuestran un estilo netamente ibérico que hay que encontrar en el S.E. lugar casi seguro de su procedencia.

Estructuras

Este aspecto de hallazgos detectados en la Meseta y en Cigarralejo o su zona, va a servirnos para estudiar la influencia o relaciones comerciales entre nuestro yacimiento y los de la Meseta. Pero antes de analizar este tema echemos una ojeada a lo referente a algunas estructuras sociales de iberos y celtas que producen ciertas conexiones.

Empezaremos por los ritos funerarios. Cigarralejo practica la incineración. También los habitantes de las mesetas, pero además en La Osera se construyen sobre las tumbas, los mismos empedrados tumulares que en Cigarralejo, sistema que se extiende por el mundo ibérico levantino (Casa del Monte, Hoyo de Santa Ana, Corral de Saus, Azaila, etc.). En la Meseta no es ésta una costumbre habitual, aunque hay que esperar nuevos hallazgos. Los santuarios del S.E. ibérico (Cerro de los Santos, Llano de la Consolación, Cigarralejo) se caracterizan por la abundancia de sus exvotos en piedra, sin que ello impida que otros santuarios (La Luz) tengan sus exvotos en bronce, como los andaluces. Hallazgos sueltos parecen indicar otros santuarios de este tipo en Cerro de la Almagra (Mula) y Archivel (Caravaca). Recientemente otros santuarios destruidos, se han encontrado con exvotos de piedra (Cehegín y La Encarnación de Caravaca) y además, como el Cigarralejo, representando principalmente caballos. Lo mismo ocurre con otros santuarios mencionados en el último Congreso Arqueológico Nacional de Murcia, del oriente andaluz, aún no publicados. Ello nos indica que los exvotos de piedra son clásicos del S.E. ibérico, como se ve en el conjunto, Cigarralejo, Cehegín, Caravaca, Cerro de los Santos y Llano de la

17) CABRE, J. *El tesoro ibérico de platos argenteos de Abenjibre (Albacete)*. *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional*, (1940-1945). Madrid, 1947. Pág. 67.

18) PRADA, M. *Las esfinges oretanas del oppidum de Alarcos*. *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, 1977.

Consolación, todos en el camino del S.E. hacia la Meseta, lo que confirma lo dicho para la escultura de Alarcos.

Interrelaciones

Hemos visto que en Cigarralejo se han encontrado, procedentes de la Meseta:

Armas	{	Un puñal triangular de antenas atrofiadas
		Lanzas celtibéricas
		Una espada de L.T. Antigua
Adornos	{	Broches de cinturón
		Fíbulas de L.T. Antigua de dos piezas y arco peraltado
		Fíbulas de L.T. Antigua con eje terminado en bolas
		Fíbulas anulares con resorte de muelle (excepcionalmente)

En cambio en las Mesetas, encontramos procedentes del mundo ibérico:

Falcatas

Fíbulas anulares con resortes de charnela y de tope osculador

Fíbulas clásicas de L.T. Antigua análogas a las del grupo 4 de Cigarralejo.

Recipientes rituales «de manos» de tipo ibérico

Cerámicas áticas de B.N.

Cerámicas de B.R.

Escultura ibérica del estilo del S.E.

Adornos de cinturón

Este intercambio de productos de ambas zonas, acusa unas relaciones entre ellas, que por las dataciones de los objetos encontrados debieron iniciarse en el s. V a. C. Si observamos un mapa de la península (Fig. 1) veremos en la meseta alta, dos núcleos de yacimientos en el que estos intercambios con la zona ibérica están bien diferenciados: uno localizado principalmente en las actuales provincias de Avila y límite de Salamanca; y otro en las provincias de Guadalajara, Soria y límite con Zaragoza.

En el primero se destacan los yacimientos de La Osera, Las Cogotas y El Berrueco. En Osera, la tumba 350 nos ofrece un conjunto de objetos (chapas repujadas de un cinturón, una fíbula anular de charnela, y el broche

19) CHAPA, T. *Las esfinges en la plástica ibérica*. «Trabajos de Prehistoria», 37. Madrid, 1980.

del cinturón citado que es de nuestro tipo de «tres zonas») que no admite discusión sobre su procedencia del S.E. Si además apreciamos la presencia de falcatas y de manillas de escudo de tipo ibérico, será preciso admitir unas relaciones indudables con los iberos de Murcia, confirmada por el empleo de empedrados tumulares en la cubierta de sus tumbas: Es decir que las relaciones comerciales de La Osera con el S.E. ibérico, no sólo fueron seguras sino también intensas como demuestra la aceptación de un rito de enterramiento ibérico. Ello supone también una comunicación habitual a través de La Mancha, no demostrada con restos de caminos, sino fácilmente deducible de estas circunstancias. De ello hablaremos en el tema de comunicaciones del Cigarralejo.

También encontramos manillas de aletas de tipo ibérico en Las Cogotas y como también en este yacimiento se conoce una fibula anular de tope osculador, dada su proximidad a La Osera hay que suponer que ambos eran receptores de la corriente comercial del S.E.-N.O.

El segundo grupo de yacimientos, es muy numeroso, tal vez por la actividad del Marqués de Cerralbo, Cabré, Morenas de Tejada y Taracena, que descubrieron casi todos estos yacimientos. El acceso del comercio ibérico a esta región se realizó desde el Ebro, por la cuenca del Jalón, ya que esta vía fue en todos los tiempos el camino natural del Levante a la Meseta castellana. La menos estudiada es la meseta manchega, por lo que suponemos que ahora que se está intensificando su investigación se producirán nuevos hallazgos que colaborarán a un mejor conocimiento de las relaciones entre los mundos ibérico y céltico a través de ella.

Sabido es que la costa levantina, plenamente ibérica queda limitada por la cordillera del mismo nombre y sorprende el carácter iberista de una zona tramontana que sigue paralela a la cordillera por las provincias de Albacete y Cuenca y E. de Toledo, en la cual encontramos yacimientos como Casa del Monte (Valdeganga), Abengibre, Buenache de Alarcón, Las Madrigueras (Carrascosa del Campo), Olmedilla, Cañizares y Villanueva de Bogas (Toledo). La situación geográfica de estos yacimientos se coloca en la cuenca del Júcar al O. de la cordillera ibérica a excepción de Villanueva de Bogas que es de la del Tajo (Fig. 1). Creemos que dado que estos yacimientos están muy iberizados; comprobada la presencia en ellos de cerámica de B.R.; de cerámica ática y de fibulas anulares con resorte de charnela, y además en Casa del Monte con tumbas de empedrado tumular y abundancia de falcatas, nos inclinamos a creer, que las influencias ibéricas han llegado más bien que desde Aragón, del propio S.E., siguiendo los valles del Júcar y sus afluentes Cabriel y Cigüela.

Esta es también la opinión de Almagro Gorbea, que referente al grupo de

la cuenca del Júcar dice que nos muestran «una estrecha relación con los pueblos del S.E. y del Levante»²⁰. En cambio las necrópolis del N. de Cuenca sí pudieron estar en contacto con los iberos de Aragón.

Lo mismo ocurre con la cerámica de B.R. localizada en estos yacimientos del Júcar, incluso en Los Villares de Caudete de las Fuentes y Olmedilla de Alarcón y más al O. en Villanueva de Bogas, Illescas y Yeles, acompañada en casi todos por la cerámica ática. También Almagro Gorbea, en la referente a la cerámica de B.R. de Las Madrigueras comprende que su presencia en Caudete de las Fuentes pudiera indicar una procedencia levantina llegada por el valle del Cabriel. «*Estos dos últimos hallazgos permitirían pensar que nuestros ejemplares procederían de tierras levantinas siguiendo una vía de penetración paralela al Júcar. No obstante parece más probable suponer que representan un nuevo indicio de las relaciones con el Sureste, donde es más frecuente esta cerámica, como ya hemos señalado.*», pero cree más verosímil un origen en el S.E., en lo que estamos de acuerdo, si nos fijamos en que la cerámica de B.R. virtualmente es rarísima en Levante, y sólo los vasos de la vajilla D²¹ llegan a Cataluña y hasta Baleares, mientras es abundantísima en el S.E. y especialmente en yacimientos como El Cigarralejo. Lo mismo creemos de la procedencia de la cerámica ática que debió llegar al otro lado de la cordillera Ibérica por el pueblo de Almansa o por la ruta del O - S.E. que suponemos evidente y que venimos señalando desde 1966²² (Fig. 1).

Hemos hecho muchas hipótesis sobre esta ruta, basándonos en los yacimientos conocidos por los que se rastrea la presencia de importaciones de ambas zonas y analizando las circunstancias geográficas más fáciles para ponerlas en contacto. Como mera hipótesis de trabajo hay que pensar en el valle del Segura como tramo base de la región murciana, al que tendría acceso el Cigarralejo por la línea directa del campo de Yechar al S. de la Sierra de Ricote y de la Muela, hasta Archena, yacimiento y necrópolis famosos ampliamente relacionados con Cigarralejo —e inclusive con la calzada romana que se detecta en el cuesta de Yechar—. Desde aquí, el valle del Segura se seguiría hasta el cruce de la carretera actual Murcia-Albacete con la Rambla del Judío, siguiendo la cual suponemos un ramal, camino de herradura, vereda o sendero que pondría en comunicación Jumilla (Coimbra del Barranco Ancho), Montealegre del Castillo (Cerro de los Santos, Llano

20) ALMAGRO GORBEA, M. *La necrópolis de Las Madrigueras*, Madrid, 1969.

21) CUADRADO, E. *Materiales ibéricos: Cerámica roja de procedencia incierta*. Salamanca, 1953.

22) Op. cit. Nota 15, pág. 65.

de la Consolación, Bonete Pozo Moro). La comunicación principal seguiría a Minateda (El Tormo), Tobarra (Hoya de Santa Ana) y ya en la Mancha lógicamente tendería a la menor distancia con los yacimientos del O. de la Meseta Alta, pero las influencias comerciales que hemos examinado en la Provincia de Cuenca acusan otra comunicación importante por el valle del Júcar y sus afluentes (Casa del Monte, Valdeganga), Abengibre, Buenache de Alarcón, Carrascosa del Campo). La basta meseta manchega permite múltiples caminos que por ahora no es posible determinar, y lo que precisa buscar son los pasos de las barreras que llevan más fácilmente a la Meseta superior, es decir, qué puertos de las sierras de Gredos y Guadarrama fueron los utilizados por los buhoneros, organizados en caravanas, que mantuvieron los contactos culturales y comerciales. Los romanos utilizarían después los mismos pasos para comunicar las dos Mesetas, y ahí están los puertos de Arrebatcapas (Cebreros) y El Pico. No sabemos dónde cruzaban el Tajo, pero sería tal vez en las inmediaciones de Yeles e Illescas o de Toledo; pasarían el Alberche y bien por uno de los puertos citados, tomarían el valle del Adaja para llegar a Cardeñosa (Las Cogotas) y Chamartín de la Sierra (La Osera).

Otra posibilidad más directa sería el camino Albacete, Toledo, Avila por el puerto de Cebreros, que inserta Juan Villuga²³ en su mapa de caminos de la península, de 1546, y del que saldrían ramales o senderos que llegaron a los poblados con quien se comerciaba.

Resumiendo las consecuencias obtenidas de este trabajo creemos con absoluta seguridad que Cigarralejo estaba en el núcleo de producción de cuantos materiales ibéricos se encuentran en las Mesetas, y que a su vez recibieron las producciones del Sur de la Meseta Alta, todo lo cual demuestra un comercio mantenido durante los s. IV al I a. C. entre iberos y celtas, que naturalmente experimentarían los avatares de la 2.^a guerra púnica así como los de la conquista romana, con un auge en el s. IV a. C. y que nuestro yacimiento sufriría las incidencias variables de las relaciones entre la Meseta y la costa del S.E.

E. C.D.

Madrid, 23 - XI - 82

23) MENENDEZ PIDAL, G. *Los caminos de la Historia de España*, Madrid, 1951.



Fig. 1: Zonas meseteñas relacionadas con el S.E. ibérico y localidades mencionadas en el texto, con las posibles líneas de comunicación.

LOCALIDADES INDICADAS EN EL MAPA

- 1) Las Cogotas (Avila) – 2) Hoya de Santa Ana (Albacete) – 3) Llano de la Consolación (Albacete) – 4) La Bastida de Mogente (Valencia) – 5) Buenache de Alarcón (Cuenca) – 6) Vado de la Lámpara (Zaragoza) – 7) El Berrueco (Salamanca) – 8) La Mercadera (Soria) – 9) La Olmeda (Guadalajara) – 10) Griegos (Teruel) – 11) Quintanas de Gormaz (Soria) – 12) Altillo de Cerropozo (Guadalajara) – 13) Aguilar de Anguita (Guadalajara) – 14) Osma (Soria) – 15) Alpanseque (Soria) – 16) Collado de los Jardines (Jaén) – 17) Castellar de Santisteban (Jaén) – 18) Salsadella (Castellón) – 19) El Cigarralejo (Murcia) – 20) Casa del Monte (Albacete) – 21) Cabecico del Tesoro (Murcia) – 22) Cerro de los Santos (Albacete) – 23) Tormo de Minateda (Albacete) – 24) Bonete (Albacete) 25) Illora (Granada) – 26) Liria (Valencia) 27) La Osera (Avila) – 28) Arcóbriga (Zaragoza) – 29) Torre Sabián (Soria) – 30) Yeles (Toledo) – 31) Illescas (Toledo) – 32) Abengibre (Albacete) – 33) Corral de Saus (Valencia) – 34) La Luz (Murcia) – 35) Cerro de la Almagra (Murcia) – 36) La Encarnación (Murcia) – 37) – Cehegín (Murcia) – 38) Alarcos (Ciudad Real) – 39) Las Madrigueras (Cuenca) – 40) La Olmedilla (Cuenca) – 41) Cañizares (Cuenca) – 42) Villanueva de Bogas (Toledo) – 43) Caudete de las Fuentes (Valencia) – 44) Archena (Murcia) – 45) Villaricos (Almería) – 46) Pozo Moro (Albacete) 47) Peal de Becerro (Jaén)

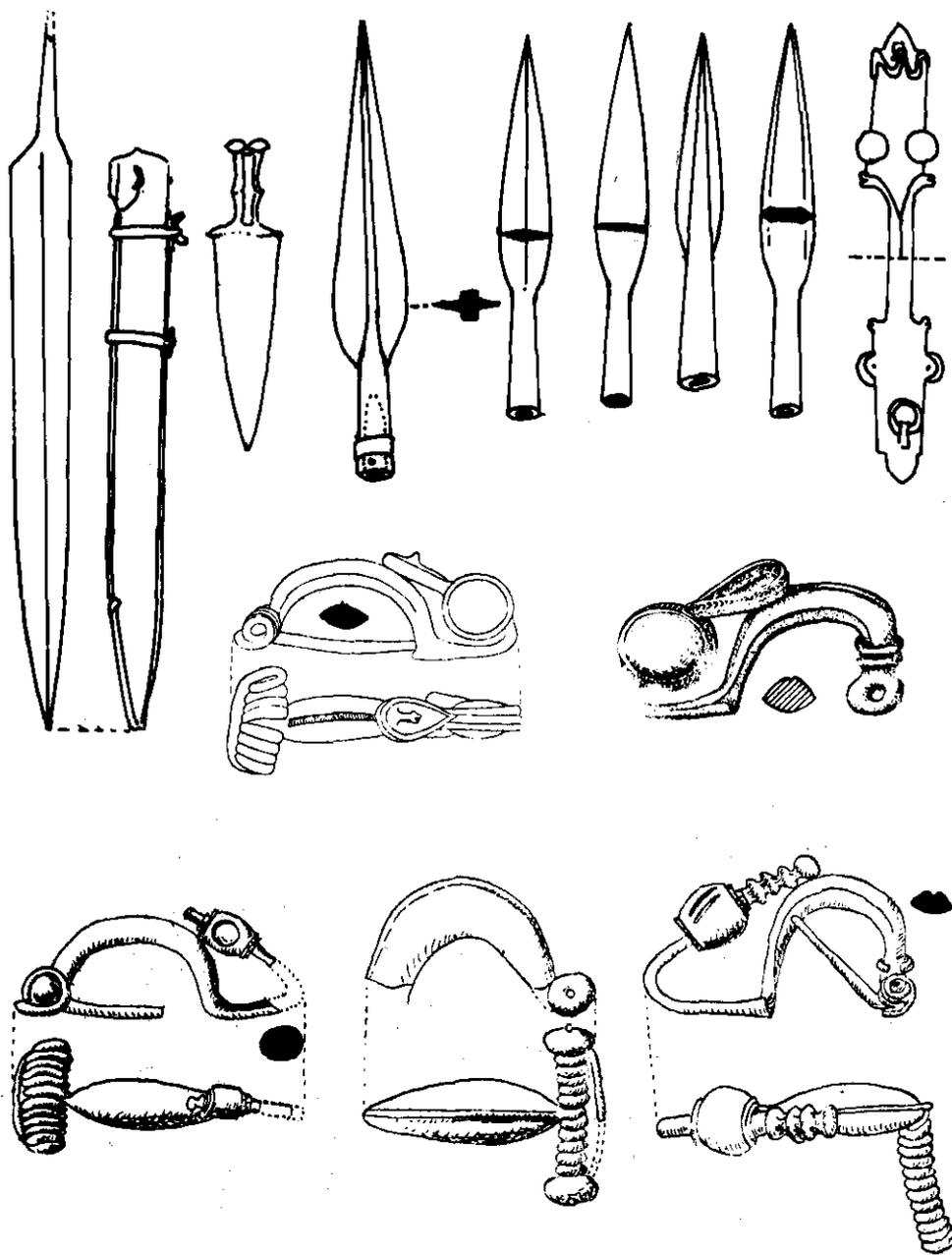


Fig. 2 1 y 2 Espada de la Tene y puñal tipo Alcacerado Sal de El Cigarralejo. 3. Lanza ibérica típico de Cigarralejo. 4 a 7. Lanzas de la Meseta. 8. Manilla de escudo tipo ibérico. 9 y 10. Fíbulas de la Tene 1 de Cigarralejo y Arcóbriga. 11 a 13. Fíbulas de Cigarralejo con resorte de eje y muelle.

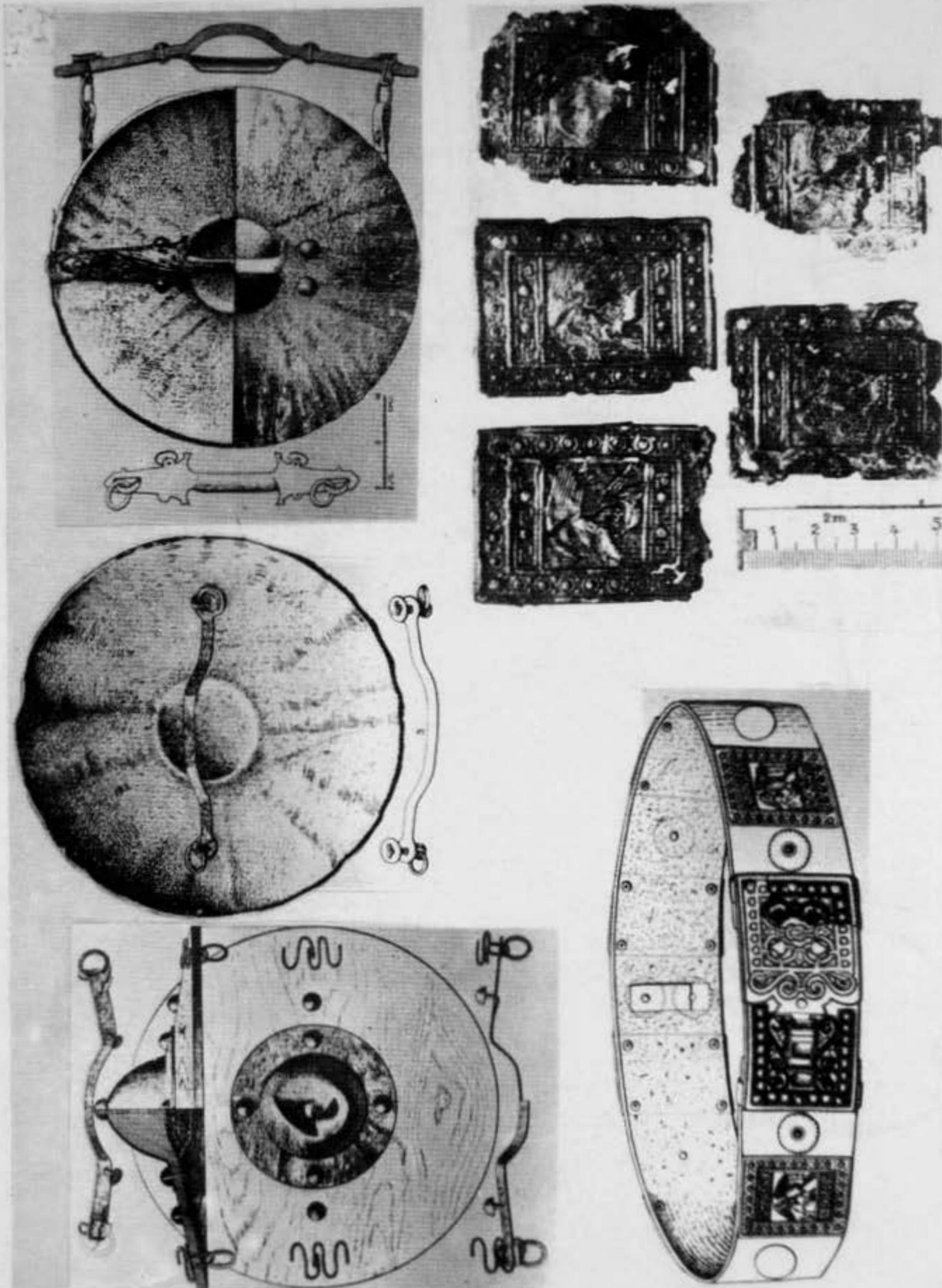
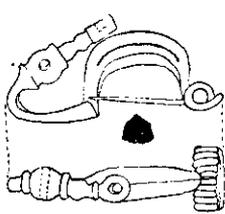
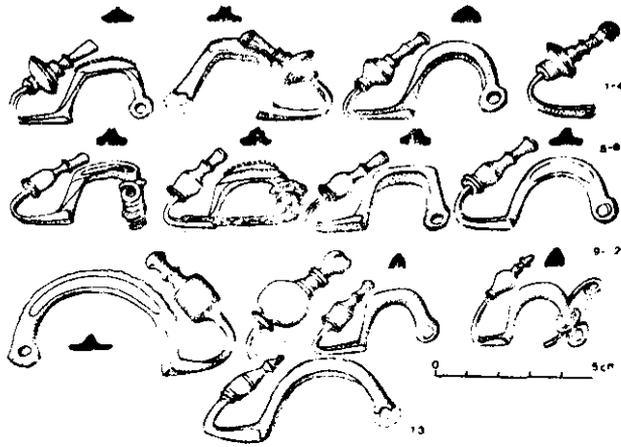
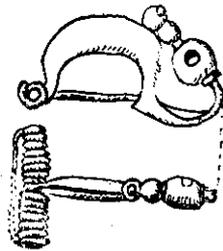


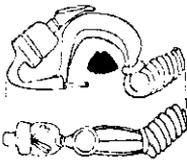
Figura 3:1 y 2. Caetras de la Meseta con umbo y manillas típicas. 3. Reconstrucción de una caetra ibérica. 4 y 5. Cinturón y placas de la Osera (Avila).



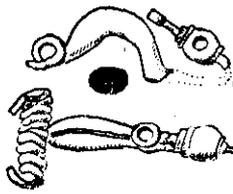
1



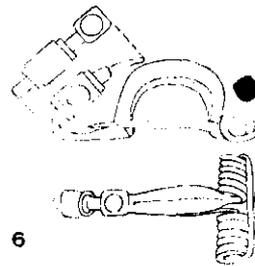
3



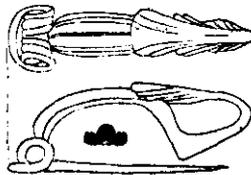
4



5

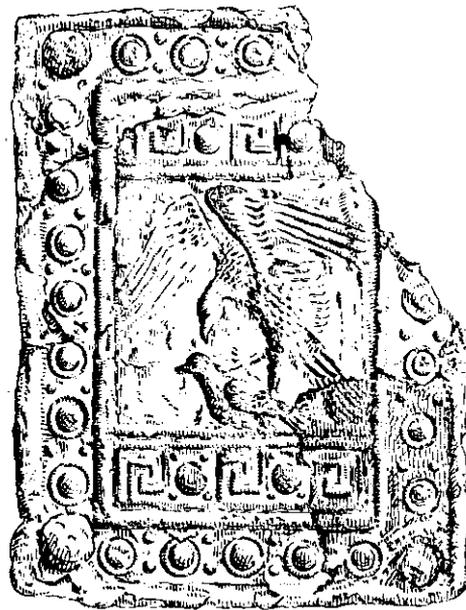
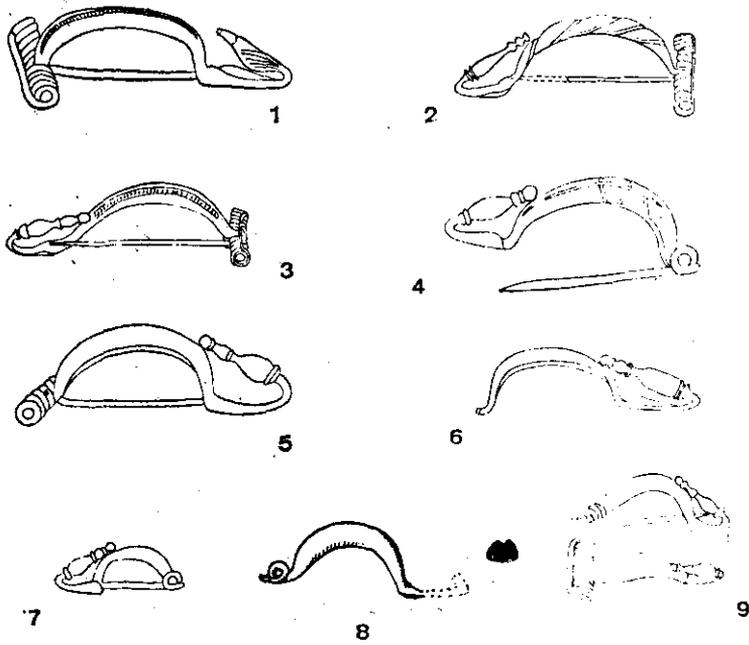


6



7

Figura 4. 1. Fíbulas de La Tene meseteñas del grupo III de Cabré-Morán. 2. Fíbulas de El Cigarralejo. 1 a 6 de arco meseteño. 7. de pie con palmeta.



ura 5: 1 a 9. Fibulas del Cigarralejo de tipo clásico de La Tene I. 10. Pieza de adorno del cinturón del Cabecico del Tesoro.

EL LLANO DE LLIRIA Y SUS RELACIONES CON LA MESETA, DESDE EL BRONCE FINAL HASTA LA ROMANIZACION

Por Helena BONET ROSADO* y
Consuelo MATA PARREÑO**

El llano de Lliria, situado en el interior de la provincia de Valencia, ocupa toda la comarca del Camp del Túria y la zona oriental de la de Los Serranos.

Los accidentes geográficos más importantes son: al N., la sierra Calderona con la serranía de Portacoeli; al E., limita con las agrestes sierras de Los Serranos por donde se encaja el Turia en profundas gargantas; al S., destacan las sierras de Siete Aguas y Dos Aguas; y, al E., se abre a la huerta de Valencia. El Turia atraviesa el llano de NO. a SE. en un amplio lecho.

La agricultura de secano, hoy en proceso de transformación a regadío, es la riqueza principal de la zona, así como sus pastos, que alimentan al ganado trashumante del Sistema Ibérico.

El poblamiento conocido del llano de Lliria se remonta al final del Paleolítico Superior —Cova de Les Rates Penades, Vilamarxant— e inicios del Epipaleolítico —El Prat, Lliria— (Villaverde y Martí, 1980), aunque la mayor densidad de yacimientos se concentra en la Edad del Bronce (Tarradell, 1962; Aparicio, 1976) y, sobre todo, en la Cultura Ibérica (fig. 1) (Fletcher, 1947; Gil-Mascarell, 1971; Martínez Perona, 1975).

La periodización de la Edad del Bronce en el País Valenciano está siendo objeto, desde hace unos años, de múltiples estudios, algunos de ellos inéditos por estar en curso de realización. Este estado actual de la cuestión impide que, por el momento, podamos dar precisiones exactas sobre este particular en muchos casos. El problema se acentúa si queremos centrarnos, como es el caso, en los momentos finales de la Edad del Bronce de una zona determinada.

* Servicio de Investigación Prehistórica.

** Servicio de Investigación Prehistórica.

Dentro de las dificultades apuntadas anteriormente se encuentra la llanura de Lliria, cuyos hallazgos datables a partir de un momento avanzado de la Edad del Bronce son escasos y, la mayoría, procedentes de excavaciones antiguas o simples prospecciones, lo que hace más difícil todavía su exacta valoración. De todos modos, sí que podemos seguir una evolución del poblamiento de esta área, centrada sobre todo en el Tossal de Sant Miquel (Lliria) (fig. 1,1).

Así, encontramos materiales de un momento avanzado de la Edad del Bronce en la ladera SO. del Tossal de Sant Miquel (Gil-Mascarell, 1981) y en el Puntal dels Llops (Mata y Bonet, 1983). Tanto en uno como en otro yacimiento, las precisiones cronológicas no son posibles todavía; pero, por los paralelos más inmediatos de sus formas cerámicas, ninguno de los dos puede remontarse mucho más allá del Bronce Tardío. La forma más característica es una serie de vasitos carenados de pequeño y mediano tamaño, con superficies muy cuidadas, las carenas suelen estar a media altura y el diámetro de la boca es igual o mayor al de aquélla (fig. 2). Los paralelos más próximos y con una cronología más segura los encontramos en la cultura meseteña de Las Motillas, fechado en la transición del Bronce Medio al Bronce Tardío (Nájera y Molina, 1977; Nájera y otros, 1979). Esperamos que los problemas cronológico y tipológico planteados por estos dos yacimientos serán resueltos con las excavaciones que estamos realizando en el Puntal dels Llops, y las que se realizan en otros puntos del País Valenciano-Muntanya Assolada en Alzira (Martí, 1983 a y b), La Mola en Agres (Gil-Mascarell, 1981 c), etc.—.

Para volver a encontrar materiales significativos de época posterior tenemos que llegar al s. VII a. C. (Hierro Antiguo, según la reciente periodización de Gil-Mascarell, 1981 b) con un fragmento de cerámica incisa de las proximidades del Tossal de Sant Miquel (Gil-Mascarell, 1981 a, pág. 367); el fragmento inciso del Departamento 104 del Tossal de Sant Miquel (Ballester y otros, 1954, lám. 1,6 y pág. 7) y los fragmentos, también incisos, de la Cova del Cavall (Lliria) (Mata, 1978, lám. II). Estos fragmentos cerámicos apuntan en sus paralelos hacia Aragón y Catalunya, en contra de las semejanzas meseteñas que veíamos anteriormente.

Entre el 650 y el 550 a. C. aproximadamente podemos fechar los enterramientos de El Puntalet y Collado de la Cova del Cavall, ambos en Lliria (Mata, 1978, pág. 127 y ss.), entrando en la segunda fase del Hierro Antiguo. Dentro de la periodización hecha por Aranegui (1981, pág. 63) los incluiríamos en el Protoibérico 2 en base a las urnas hechas a torno allí encontradas. Con todo tipo de precauciones, dado el presumible estado de destrucción de ambas áreas de enterramiento, podríamos considerar como ligeramente anterior la media vasija de cerámica hecha a mano del enterra-

miento n.º 2 de El Puntalet, entroncable con la Primera Edad del Hierro del Bajo Aragón, siguiendo las influencias precedentes; mientras que las urnas a torno apuntan hacia el mundo del S. con el que se encuentra fácil comunicación por la llanura costera o por el valle de Montesa a través de la Meseta.

Hasta aquí todo lo que conocemos sobre la primera mitad del último milenio antes del florecimiento de la Cultura Ibérica. La evidente escasez de datos no permite más que un tratamiento puntual de la información, mientras que la abundancia de material ibérico invita a un enfoque mucho más amplio que el que se desprende de unos simples paralelos. Por esta razón, la síntesis del mundo ibérico de la llanura de Llíria que, a continuación, presentamos va a obviar en lo posible la referencia a paralelos que, dada la uniformidad de la Cultura Ibérica, podríamos encontrar en abundancia.

El llano de Llíria, en la historia arqueológica del País Valenciano, va por excelencia asociado a la Cultura Ibérica. Su importancia en este campo viene marcada, desde los años treinta, por las excavaciones arqueológicas que se realizaron en el Tossal de Sant Miquel (Ballester y otros, 1954) y el consiguiente descubrimiento de los famosos vasos decorados de estilo narrativo, propio de la provincia de Valencia, en donde destaca, junto con otros elementos decorativos, la figura humana.

A la luz de dichos hallazgos se dio importancia, por primera vez, a la comarca de Llíria, identificando el Tossal de Sant Miquel con la Edeta de las fuentes clásicas y revalorizando la Cultura Ibérica de esta zona valenciana hasta tal punto que se la consideró la cuna de la Cultura Ibérica, donde se mostraba más pura; centro difusor de un arte y estilo propio que se extendería hacia el valle del Ebro, a través de los pasos montañosos de Teruel y afluentes del Ebro; hacia la Meseta central a través del paso natural de la Hoya de Buñol y La Plana de Utiel; y hacia la Meseta Oriental a través del valle de Montesa. En años posteriores se hicieron numerosas exploraciones y sondeos arqueológicos (Fletcher, 1947) en la comarca, que han permitido un mejor conocimiento de la zona, mostrándose como un área densamente poblada (fig. 1) con unas características culturales propias. El estudio de Gil-Mascarell (1971) sobre el poblamiento ibérico del País Valenciano recoge todos los yacimientos conocidos, dando nueva luz al conocimiento de dicha comarca.

Aunque, como hemos visto anteriormente, los conocimientos sobre el Bronce Final en la zona van aportando nuevos datos a la transición hacia la época ibérica, el hecho es que la iberización en el llano de Llíria es, hoy por hoy, prácticamente desconocida por lo incompleto de los datos que manejamos. Los poblados de este área son asentamientos con una Cultura Ibérica plenamente configurada, cuyos orígenes no remontan en ningún caso el s. V a. C.; incluso los yacimientos que presentan niveles de la Edad del Bronce,

infrapuestos a los ibéricos, aparecen perfectamente diferenciados y sin continuidad con el asentamiento posterior (Cova Foradada y Puntal dels Llops, fig. 1.7 y 13) (Gil-Mascarell, 1971; Mata y Bonet, en prensa).

El denso poblamiento del área se configura en torno a un centro neurálgico, que indudablemente hay que identificar con el Tossal de Sant Miquel —la Edeta de las fuentes clásicas—; en su hinterland conocemos 34 yacimientos ibéricos que se estructuran en varios tipos: grandes poblados que, dominando el llano, son centros eminentemente agrícolas (Cova Foradada y La Monravana; fig. 1.5 y 7); rodeados, a su vez, por otros poblados de menor envergadura que no tendrían mayor categoría que la de simples aldeas o caseríos como el Corral de Pomer, el Castillito de Bernabé (Bonet, 1978), la Llometa de Manoll, etc. (fig. 1, 10, 12 y 14); un tercer tipo serían los yacimientos que, de dimensiones variables, se asientan sobre puntos estratégicos en las cumbres de las montañas que rodean la llanura de Lliria y su carácter debe ser eminentemente defensivo como Els Tres Pics y el Puntal dels Llops (Fletcher, 1947; Bonet y Mata, 1981) (fig. 1, 2 y 13).

A pesar de esta densidad de yacimientos ibéricos y de la gran riqueza de materiales, sobre todo cerámicos, que han proporcionado yacimientos como el Tossal de Sant Miquel (Ballester y otros, 1954) y La Monravana (fig. 1, 1 y 5), el estado de la cuestión de la Cultura Ibérica en la llanura de Lliria poco ha avanzado hasta la fecha. La inmensa mayoría de estos yacimientos están simplemente prospectados y las notas y trabajos sobre el resto de ellos son escasísimos (ver, sobre todo, la serie «La labor del S.I.P. y su Museo», publicada por la Diputación Provincial de Valencia).

Sin embargo, el conocimiento de la Cultura Ibérica en el Camp del Túria está tomando un nuevo impulso a raíz de las excavaciones que, desde 1978, estamos realizando en el Puntal dels Llops (Bonet, Mata y otros, 1981); la excavación completa del yacimiento, el estudio de la estratigrafía y de sus materiales, así como su publicación, nos ha permitido plantear nuevos problemas, sobre todo en lo referente a la destrucción o momento final de la mayoría de los poblados del llano de Lliria. Efectivamente, este yacimiento es un asentamiento típico del s. III a. C. con perduraciones de piezas del s. IV a. C., destruido violentamente en el primer cuarto del s. II a. C., fecha bien atestiguada por las piezas más modernas de Campañense A y por los hallazgos monetales.

El estudio comparativo de las piezas de barniz negro de este yacimiento y las del Tossal de Sant Miquel (Mezquiriz, 1954) muestra una total semejanza entre ellas, lo que obliga a replantear nuevamente el estudio de este último gran centro, tanto de sus estratigrafías como del grueso de los materiales, que, a nuestro modo de ver, no pueden ir mucho más allá de mediados del s. II a. C. Este hecho hace cuestionar el planteamiento general de la

época ibérica en la Edetania, ya que la mayor parte de los investigadores han venido admitiendo como fecha final del Tossal de Sant Miquel el año 76 a. C., relacionando la destrucción de la mayoría de yacimientos de la zona con las guerras sertorianas (Bonet y Mata, 1982).

Con todo esto queremos llamar la atención en el hecho de que el período ibérico y, sobre todo, la romanización en el Camp del Túria están en un momento clave para su estudio y que sólo con las nuevas excavaciones que se están realizando (Puntal dels Llops y La Monravana) y con nuevas hipótesis de trabajo se pueden aclarar definitivamente los enigmas de esta zona tan conocida y rica en unos aspectos y tan desconocida en otros puntos como es la romanización (Martín y Gil-Mascarell, 1969).

Nos llama la atención el hecho de que, desde el punto de vista de la investigación arqueológica, la situación de la Meseta oriental y, más concretamente, de Albacete ha corrido una suerte semejante a la del llano de Lliria. Ambas zonas son muy ricas en yacimientos y materiales ibéricos pero, aunque conocidos desde antiguo por los hallazgos de esculturas y ex-votos, carecemos de un estudio detallado de la arqueología ibérica de la zona. Ultimamente, los estudios se vuelcan más hacia los orígenes y sus influencias externas (Almagro Gorbea, 1976-78), problemas que consideramos de indudable interés, pero que desvían la atención de las investigaciones de la fase ibérica plena (ss. IV al II a. C.) que presenta muchos puntos oscuros y en la mayoría de las zonas está peor ilustrada que los orígenes de la Cultura Ibérica.

Por otra parte, hablar aquí, como decíamos anteriormente, de paralelos concretos entre la llanura de Lliria y la Meseta Oriental es un objetivo que, creemos, carece de todo interés pues tanto a nivel de piezas cerámicas, como sistemas de construcción, estilos decorativos, etc. los ejemplos serían innumerables, ya que ambas zonas entran fácilmente en contacto —al igual que en épocas anteriores— atravesando la Contestania al utilizar el valle de Montesa, vía natural de penetración desde la costa hacia el interior que sería usada, posteriormente, por los romanos con las vías Augusta y Pretoriana.

Finalmente, no queremos dejar pasar la oportunidad que nos brinda este trabajo para señalar alguno de los paralelos que nos parecen más significativos. Dentro de éstos podemos distinguir, por un lado, aquéllos cuya zona de procedencia es más evidente como, por ejemplo, las cerámicas estampilladas meseteñas (Morais y Júdece, 1974-77; Molina y otros, 1976; Lillo, 1977-78) que encontramos en el Tossal de Sant Miquel (Ballester y otros, 1954, lám. IV, 2 y 3; lám. X, 8) y, por otro, aquéllos cuya corriente de difusión no es tan evidente y que constituyen los ejemplos más numerosos, como, por ejemplo, los platos decorados (El Amarejo, Bonete, Albacete —amable comunicación de D. Juan Blánquez—; La Serreta, Alcoi-Aranegui, 1970—;



Fig. 1. Mapa de yacimientos ibéricos del llano de Lliria.

- 1) Tossal de Sant Miquel. 2) Els Tres Pics. 3) Casa de Campo. 4) Partida de Diago. 5) La Monravana. 6) Les Fites. 7) Cova Foradada. 8) Els Castelletes o Castellar. 9) Torre Seca. 10) Corral de Pomer. 11) La Senya. 12) Castillito de Bernabé. 13) Puntal dels Llops. 14) Llometeta de Manoll. 15) Los Villaricos. 16) Castellar. 17) Plà o Marugant. 18) Partida de la Concordia. 19) Serra. 20) Benaguasil. 21) La Pobla de Vallbona. 22) Cova del Colom. 23) Alto de la Balsilla. 24) Antigón. 25) Castillarejo. 26) Casita de Elías. 27) Balsa de Torralba. 28) Loma de la tía Soldá. 29) La Torzuela. 30) El Remolino. 31) Cerro Partido. 32) Sima del Palmeral. 33) Corral de Ajau. 34) Pico de los Serranos. 35) Castillejo.

- M. GIL-MASCARELL (1981 c): «*El poblado de La Mola d'Agres. Dos cortes estratigráficos*». *Saguntum*, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 16, pág. 75.
- P. A. LILLO (1977-78): «*La cerámica ibérica estampillada*». *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras*, vol. XXXVI, núms. 1 y 2, Murcia.
- P. A. LILLO (1979): «*Cantimploras y toneles de cerámica ibéricos en el área murciana*». Murcia, Excma. Diputación Provincial, año V, n.º 16, julio/diciembre, Murcia.
- J. V. MARTINEZ PERONA (1975): «*Carta arqueológica de Pedralba y Bugarra*». *Archivo de Prehistoria Levantina*. XIV, Valencia, pág. 169.
- B. MARTI (1983a): «*La Muntanya Assolada (Alzira, Valencia). Poblado de la Cultura del Bronce Valenciano*». XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia-Cartagena, Zaragoza, pág. 259.
- B. MARTI (1983b): «*La Muntanya Assolada (Alzira, Valencia)*». *Lucentum*, II, Alicante, pág. 43.
- G. MARTIN; M. GIL-MASCARELL (1969): «*La romanización en el Campo de Liria*». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 7, Valencia.
- C. MATA; H. BONET (1983): «*Un nivel de la Edad del Bronce en el puntal dels Llops (Olocau, Valencia)*». XVI Congreso Nacional de Arqueología, Murcia-Cartagena, Zaragoza, pág. 249.
- M. A. MEZQUIRIZ (1954): «*La cerámica de importación de San Miguel de Liria*». *Archivo de Prehistoria Levantina*, V, Valencia.
- J. MOLINA y otros (1976): «*Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*». *Trabajos varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 52, Valencia.
- J. MORAIS; T. JUDICE (1974-77): «*Cerâmicas estampilhadas da Idade do Ferro do Sul de Portugal. I-Cabeça de Vaiamonte-Monforte*». *O Arqueólogo português*, serie III, vols. VII-IX, Lisboa, pág. 165.
- T. NAJERA; F. MOLINA (1977): «*La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones de Las Motillas del Azuer y Los Palacios (campaña 1974)*». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, Granada, pág. 251.
- T. NAJERA y otros (1979): «*La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1976*». *Noticario Arqueológico Hispánico*, Madrid, pág. 32.
- M. TARRADELL (1962) «*El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de síntesis*». *Analés de la Universidad de Valencia*, Valencia, pág. 149.
- V. VILLAVERDE; B. MARTI (1980): «*El yacimiento de superficie de El Prat (Lliria, Valencia)*». *Saguntum*, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 15, Valencia, pág. 19-20.

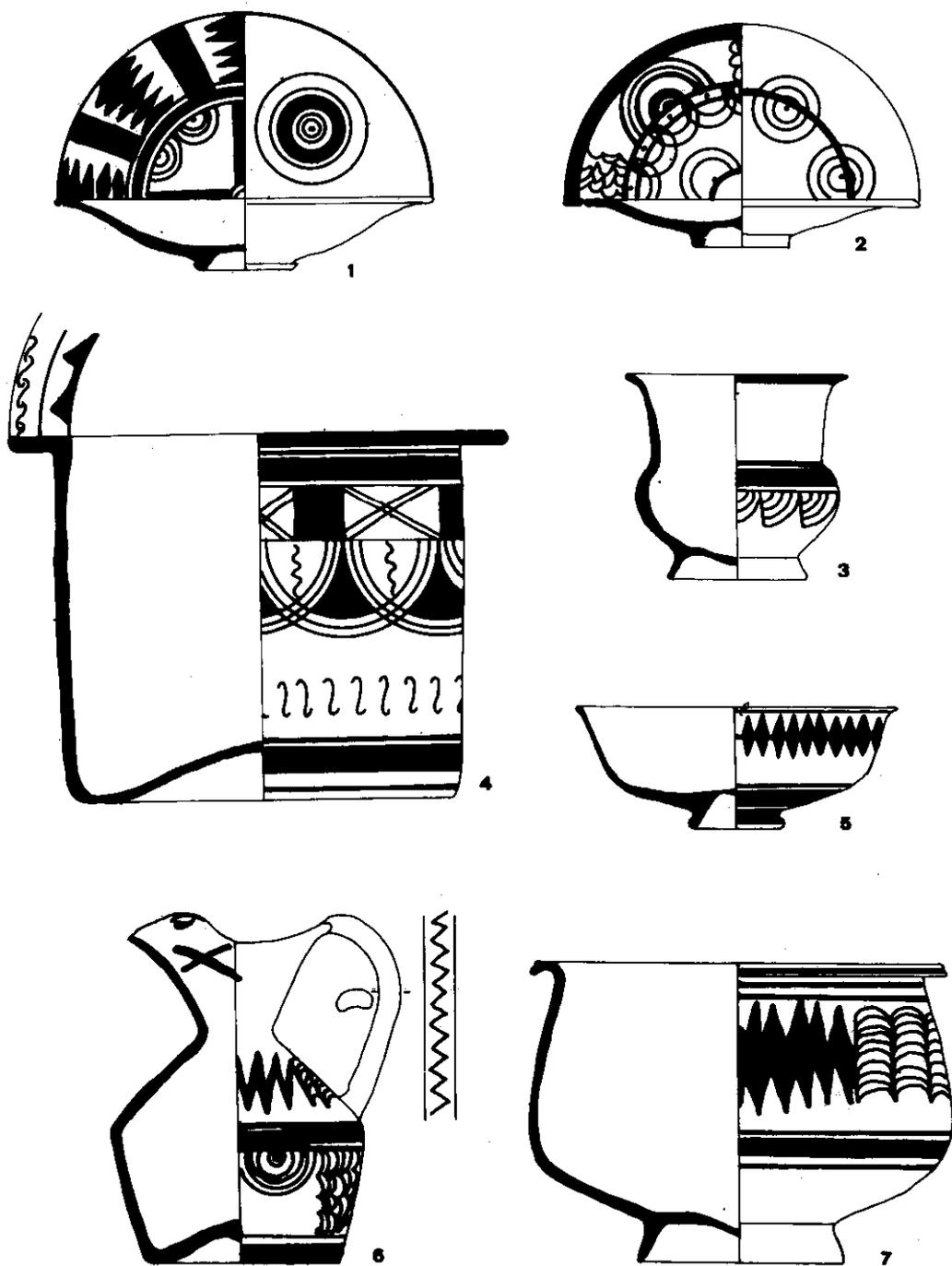


Fig. 3. Materiales ibéricos del Puntal dels Llops: núms. 1 y 2 del Dep. 2; núms. 3-7, dep. 4. Campañas de 1980 y 1981.

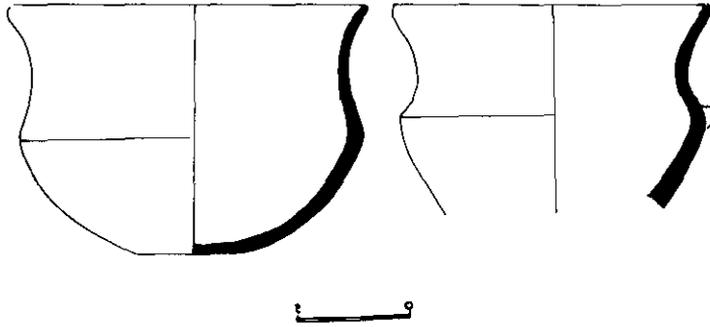
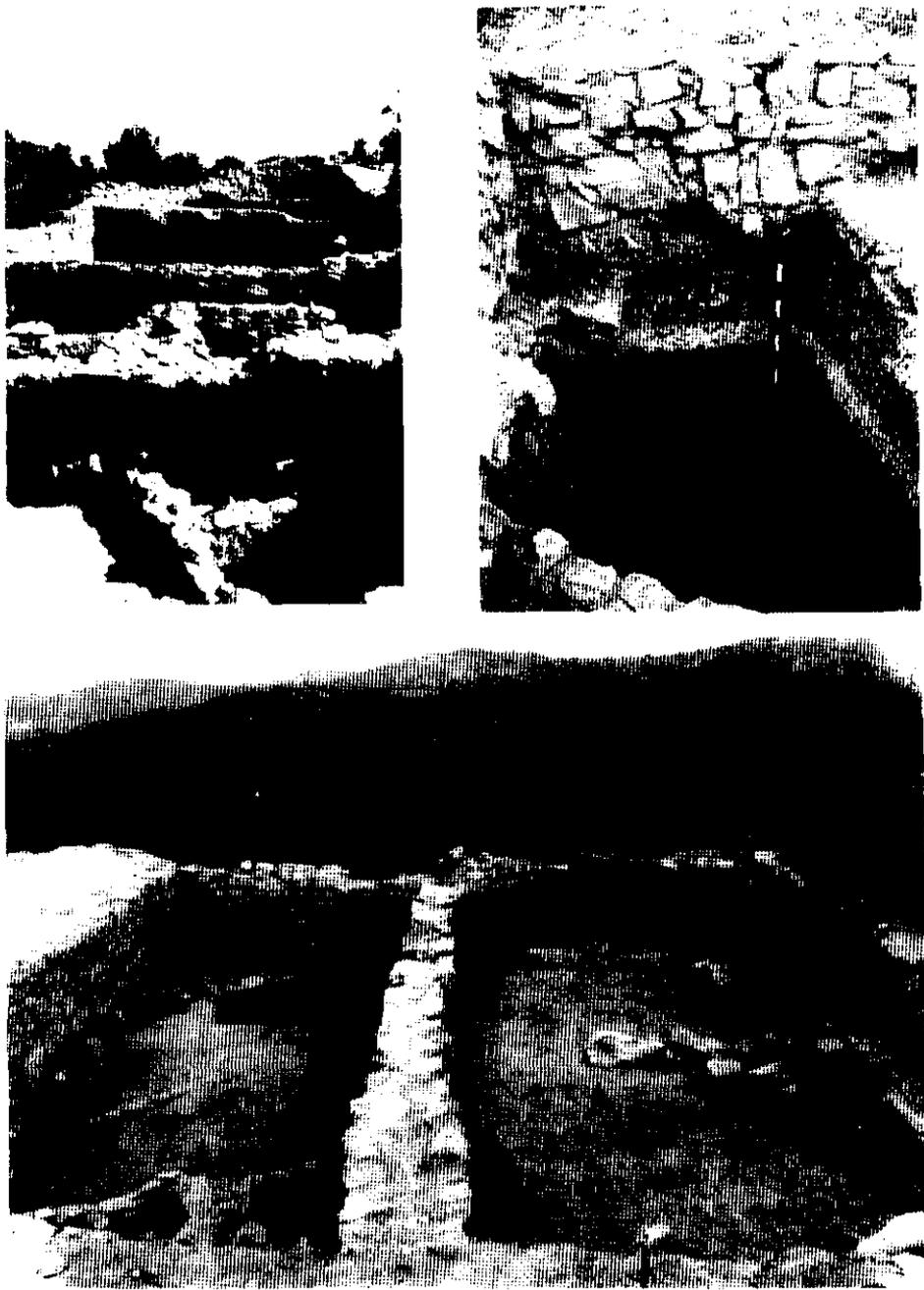


Fig. 2. Vasitos carenados del nivel del Bronce del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia). Campaña de 1981.



Fig. 3. Conjunto de cerámicas ibéricas y de barniz negro del Puntal dels Llops (Olocau).



Lám. I. 1: Vista del sector de viviendas excavadas en el Puntal dels Llops; en primer término, nivel del Bronce del Dp. 2 (Campaña 1982). 2: Detalle de la estratigrafía del Puntal dels Llops (campaña de 1980) en el que se aprecia, por debajo del muro ibérico, el nivel de la Edad del Bronce, el suelo correspondiente a éste y la capa estéril sobre la roca. 3: Vista de los departamentos 2 y 3, el primero de ellos en el nivel del Bronce (campaña 1981).

Tossal de Sant Miquel —Ballester y otros, 1954—; Puntal dels Llops —Bonet y Mata, 1981— fig. 2, núms. 1 y 2, etc.), los toneles cerámicos (Fletcher, 1957; Lillo, 1979), etc.

H. B. R.
C. M. P.

BIBLIOGRAFIA

- M. ALMAGRO GORBEA (1976-78): «*La iberización de las zonas orientales de la Meseta*». Ampurias 38-40, Barcelona, pág. 93.
- J. APARICIO (1976): «*Estudio económico y social de la Edad del Bronce Valenciano*». Publicaciones del Archivo Municipal, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, figs. 2 y 4.
- C. ARANEGUI (1970): «*Cerámica ibérica de La Serreta. Los platos*». Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 10, Valencia, pág. 107.
- C. ARANEGUI (1981): «*Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*», en *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia, pág. 41.
- I. BALLESTER y otros (1954): «*Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria*». Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- H. BONET; C. MATA (1982): «*Nuevas aportaciones a la cronología final del Tossal de Sant Miquel (Lliria, Valencia)*». *Saguntum*, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 17, pág. 77.
- H. BONET (1978): «*Fragmento de rostro, de terracota, procedente del poblado ibérico del Castellet de Bernabé (Liria)*». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, Valencia, pág. 147.
- H. BONET; C. MATA y otros (1981): «*El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar, Olocau, Valencia)*». *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 71, Valencia.
- D. FLETCHER (1947): «*Exploraciones arqueológicas en la comarca de Casinos*». *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 10, Valencia, pág. 65.
- M. GIL-MASCARELL (1971): «*Yacimientos ibéricos de la Región Valenciana: estudio del poblamiento*». Tesis doctoral inédita, Valencia.
- M. GIL-MASCARELL (1981 a): «*Algunos materiales prehistóricos del Cerro de Sant Miquel de Lliria*». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, Valencia, pág. 361.
- M. GIL-MASCARELL (1981 b): «*Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano*» en *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*. Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia, pág. 31.

LA SUBMESETA NORTE Y SUS RELACIONES CULTURALES CON LA SUBMESETA SUR

Por Angel FUENTES DOMINGUEZ*

Antes de desarrollar el tema objeto de esta comunicación y para enmarcarla en sus justos límites, querría hacer una llamada de atención a todos ustedes sobre lo que de por sí significan las relaciones intrameseteñas durante el dilatado espacio de la historia hispana que es la Romanización o, mejor aun y para evitar los equívocos que este término pudiera plantear, la presencia romana en el centro peninsular. Yo querría desde este mismo momento que quedara convenientemente realzada cuál es la importancia del estudio conjunto de las dos mesetas durante este período al que nos referimos. Y sin querer en absoluto magnificar el tema, me gustaría que compartieran conmigo la opinión de que no se puede considerar por separado el estudio arqueológico de las dos Castillas sin que esto signifique una grave mutilación a la esencia misma del estudio y a la necesaria visión de conjunto.

Por ello, si cabe aun más, debo agradecer la oportunidad que se me brinda de exponer, aun brevemente, algunas de las facetas que desde nuestro punto de vista son de las más interesantes que cabría considerar en este aspecto. Queremos con este minúsculo intento, aportar nuestro grano de arena particular a los esfuerzos que nos consta que se realizan actualmente y desde diversos puntos en orden a la consideración de las dos Castillas como ámbito cultural común y homogéneo, entiéndase esto con todas las reservas que en la actualidad hay que tener al respecto.

El estudio de las relaciones entre ambas mesetas es, como antes dijimos, especialmente importante no sólo por lo que nos pudiera deparar en el mejor conocimiento de la romanidad castellana; sino porque, además, es un tema especialmente poco tratado, con lo que abordarlo es, de paso, iniciar una nueva vía de investigación que creemos llamada a dar grandes frutos.

Por lo general los estudiosos del mundo romano en la Meseta se olvidan

* Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid.

de su propia configuración geográfica y cultural y tienden a relacionar los hechos y problemas arqueológicos con otras zonas mucho mejor conocidas como son el Valle del Ebro, La Bética, el Levante, etc.; pero descuidando su posible extensión territorial a toda ella. A favor de esto juega el hecho de la inexistencia de lo que pudiéramos denominar una «arqueología del Centro», ya que la propia estructura administrativa de la arqueología nacional favorece esta especie de fragmentación excesiva de las investigaciones. De una parte los Museos, lógicamente constreñidos a un área muy concreta y siempre faltos de los medios y atención requeridos y, de otra parte, las universidades, a menudo empeñadas en estudios de más amplia difusión que la regional; no han sido capaces de atender esta integración sinóptica que creemos inaplazable.

A esto se une, desgraciadamente, la falta de investigación en general que sufrimos en el centro de la Península; falta ésta que si bien en los últimos tiempos se está paliando progresivamente, aún sufrimos sus consecuencias por la falta en términos absolutos de resultados, dado lo reciente de la mayoría de los trabajos.

En consecuencia, la falta de un quehacer en común, la ausencia de unas conexiones profesionales concretas entre los arqueólogos que trabajamos a un lado y al otro del Sistema Central y la escasez de estudios en general, están en la base del problema que en la actualidad tenemos planteado.

Pasando ya sin más preámbulos que esta llamada de atención a lo que constituye el nudo de nuestro trabajo, queremos plantear dos grandes problemas con los que tropieza el análisis de estas relaciones para la época romana.

El primero de ellos se refiere a la propia delimitación geográfica de las dos Castillas, en especial Castilla la Nueva.

Para aclarar este punto hay que tener en cuenta que la Península se compone esencialmente de un gran núcleo central, de suave orografía, caracterizado por las grandes llanuras y espacios intermedios y rodeado de rebordes montañosos que la separan y a la vez la unen con diversas áreas periféricas. Este núcleo o plataforma central está dividido en dos partes de diferente altura por el Sistema Central y a ambos lados y de forma más o menos simétrica a partir de este eje se disponen los valles del Duero y Tajo, las llanuras de la Mancha y de Castilla la Vieja, etc. Al sur el asunto es algo más complejo, puesto que la meseta inferior está dividida en dirección este-oeste por los Montes de Toledo, quedando al Norte el Valle del Tajo y al Sur y Este los llanos manchegos. Al Oeste la prolongación de los Montes de Toledo nos lleva a la Penillanura Extremeña y, al Este, la Alcarria y Tierras de Cuenca enlazan con el Sistema Ibérico, reborde oriental de las dos Castillas. Es decir, contamos con un espacio

geográfico cuyas especiales características favorecen impulsos y comportamientos históricos completamente confrontados. Los estímulos de unidad y división vienen dados, los primeros, por su propia configuración como zona nuclear y homogénea y los segundos por los factores geográficos de diferenciación; en especial las barreras montañosas, con sus consecuentes diversificaciones en la vegetación y clima que influyen decisivamente en la economía antigua.

El segundo problema es derivado del anterior y se refiere a la dificultad en la delimitación cultural de la Romanización en las dos Castillas.

El problema es saber qué es culturalmente considerable como Meseta tanto para la época romana como para la inmediatamente anterior. También aquí hay que hacer una especial atención a la Meseta Sur; porque presenta zonas estrechamente unidas unas al Levante, otras al Sureste murciano y otras a Andalucía, como en la Meseta Norte hay áreas que participan de estímulos culturales del Valle del Ebro o del Noroeste, especialmente gallego. Quizás sea la actual provincia de Albacete la que ejemplifica mejor estos influjos extremeños por su estratégica posición respecto al Levante y Sureste, y la que, en consecuencia, plantea mayores problemas en el sentido antes citado de delimitación de áreas culturales homogéneas.

Por todo ello es especialmente difícil analizar la Romanización en un ámbito geográfico tan amplio y en un espacio temporal tan dilatado de manera conjunta y es imposible condensarlo en un artículo de las modestas pretensiones de éste. Por ello vamos a ilustrar con dos ejemplos lo que de hecho es una entidad más diversa y compleja y vamos a fijar la vista sobre el comienzo y final de esa Romanización; advirtiendo, eso sí, que entre medias queda una gran laguna no del todo despejada por los estudios con que contamos hoy. Aparte se podrían considerar factores nada desdeñables y sí mucho más concretos como son las vías de comunicación, alma auténtica de las relaciones sea cual fuere su tipo; las pertenencias administrativas y políticas a determinados conventos jurídicos, etc.; pero vamos a obviarlas en aras de la brevedad y de la precisión.

La situación inmediatamente anterior a la conquista romana del gran escudo centropeninsular se puede contemplar desde diversos puntos de vista atendiendo a la etnología, a la diferenciación cultural, al estado socioeconómico, etc. No obstante es de ley prevenir que cualquier apreciación que se haga sobre estos puntos hoy es tremendamente insegura, dado que la gran cantidad de hallazgos que últimamente se están prodigando referentes al Hierro II, están cambiando a grandes pasos el panorama hasta ahora dado por seguro y se nos está revelando uno totalmente insospechado hace apenas unos años.

En lo referente a la etnología, sobre una población del Bronce final aún

no conocida perfectamente, pero que tuvo gran influjo del área atlántica, se superponen los pueblos de los Campos de Urnas que llevarán la influencia Indoeuropea hasta muy al sur y desde época muy antigua; en la provincia de Albacete la necrópolis de campos de urnas de Munera sirve de ejemplo a este aporte racial y cultural centroeuropeo que unifica culturalmente los pueblos de la Meseta. Tras las oleadas de los Campos de Urnas y en función precisamente de su intensidad y del resurgimiento de las tradiciones del Bronce local, se producirá un fraccionamiento que traerá como consecuencia la configuración de un auténtico mosaico racial y cultural precisamente en función del componente centroeuropeo (imposible de delimitar en cada caso) y de las raíces precélticas. Así, los pueblos de la Meseta norte donde estas pervivencias serían mayores, al igual que algún pueblo de la zona de Guadalajara (Lusones) contrastan con los de la zona oriental de la Meseta, donde las pervivencias son menores y mayores las permanencias de los rasgos culturales de Campos de Urnas; que contrastan, a su vez, con los de la parte más meridional, aculturados tempranamente por los influjos levantinos y del sur y que, en algunos casos, se pueden considerar como iberizados.

Tras la fragmentación posterior a la unificación étnica y cultural que supuso la oleada indoeuropea se comenzará una corriente que no cesará en el futuro (excepto un breve paréntesis en el siglo V, provocado por la dislocación del equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo occidental) de aportaciones muy importantes de elementos fenicios y griegos a través de áreas más adelantadas culturalmente. Pozomoro evidencia mejor que ningún otro yacimiento este influjo mediterráneo desde el siglo VI, pero no es el único, recientemente el hallazgo de Illescas (Toledo) junto con la aparición mucho más conocida de materiales íntimamente relacionados con el sur español en el Sistema Central, nos están indicando que la extensión geográfica de estos influjos que perfilan definitivamente las culturas centropeninsulares es mayor de lo que se pensaba y no sólo se trata de fenómenos aislados en zonas más propicias a los contactos comerciales.

En líneas generales y basándonos en los pueblos que nos muestran las fuentes clásicas durante la conquista, podemos considerar una primera zona de pueblos de la Meseta Norte con los vacceos como núcleo central; una segunda de pueblos de la Meseta Sur, con carpetanos y oretanos como parte principal; una tercera zona correspondiente a los pueblos del occidente de la Meseta, los lusitanos y vettones y una cuarta, y última, con el conglomerado celtibérico ocupando el reborde montañoso y zonas aledañas del Sistema Ibérico y que incluyen además a los Olcades, Titos, Belos, Arévacos, etc.

Hay que decir que las fuentes clásicas son a menudo extremadamente

oscuras a la hora de delimitar con nitidez la extensión territorial de estos pueblos, e, incluso, con el tiempo se tiende a la confusión y a la asimilación de todos los pueblos del centro, que se denominarán genéricamente celtíberos. No deja de ser interesante esta confusión; pues, a nuestro modo de ver, evidencia un hecho que pasa frecuentemente inadvertido cual es la unificación cultural real de estos pueblos, por encima de sus diferencias étnicas, si es que no se puede hablar de política. Se trata, pues, de que por simple desarrollo cultural los pueblos de la Meseta tienden a confundirse cuando no a integrarse como se verá precisamente en su actuación frente a los romanos conquistadores que hablan muy a menudo de confederaciones y coaliciones.

Pero quizá sea la vertiente socioeconómica de los pueblos meseteños, el punto donde se manifieste mejor la uniformidad de los mismos por encima de consideraciones culturales, étnicas y demás.

Lógicamente la actividad económica está fuertemente inducida por las características físicas del medio. En el caso de la Meseta este hecho es, si cabe, mucho más determinante que en los restantes de la Península.

La zona que consideramos es, por su pluviometría y su régimen de temperaturas, realmente poco apta para cualquier otro cultivo que no sea el cereal; tampoco cuenta con especiales recursos mineros que, cuando los hay, se circunscriben a escasas y muy determinadas zonas; aunque Marcial, ilustre celtíbero, nos hable de la riqueza en oro del Tajo «*Auriferus Tagus*» dice siempre que a él se refiere) y de la reciedumbre de la forja de espadas. La Meseta sí que está excepcionalmente dotada para la ganadería, base de su economía desde la Prehistoria hasta nuestros días. Allí donde la agricultura era más propicia, la dualidad agrícola-ganadera constituía la base y sustento de la población. Pero sobre todo los quehaceres ganaderos descuellan sobre los demás. Con un clima algo más húmedo que el actual, que garantizaba pastos gran parte del año, con una superficie casi enteramente cubierta de bosques, proliferan los rebaños de oveja, cabra y bóvidos. La artesanía textil derivada de este pastoreo debió ser muy importante a juzgar por las citas de los geógrafos e historiadores grecolatinos que alaban la calidad del «sagus» celtíbero y a menudo a las ciudades sometidas se les obliga a pagar su tributo en prendas de lana de este tipo para equipar al ejército romano, por ejemplo en ocasión de las guerras numantinas. Los verracos de la zona oeste hablan de su carácter pastoril. El caballo también debió de formar parte de esta brega y es conocida la habilidad de los celtíberos como jinetes en la guerra, y afamados los caballos lusitanos por su rapidez, que los romanos atribuían al hecho de que un viento, el Favonio, preñaba a las yeguas cuando estaban expuestas a él.

A pesar de todo esto, la agricultura jugaba un papel de cierta importancia, tanto mayor cuando lo permitía la zona que se considere; como activi-

dad importante o como simple complemento económico de la ganadería. Trigo, cebada, centeno y otros cereales panificables estarían en la base de la agricultura que se complementaría con algún cultivo de tipo industrial como el cáñamo y esparto, de los que se hacen eco también los clásicos, atribuyendo a la Península gran riqueza de estas plantas. El olivo era también conocido aunque sólo se puede dar en la mitad sur de la Meseta por su mayor atemperación climática y, desde luego, no fue explotado tan intensamente como en Andalucía; en las mismas fuentes se habla de un monte sagrado de olivos en la Carpetania. Junto con la agricultura, el bosque tiene también su importancia no sólo por la caza (parte muy importante de la dieta) y hay que recordar aquí la abundancia de conejos en la zona, que se unían en bandadas representando un peligro considerable y que en una ocasión llegaron a socavar los muros de una ciudad entera; sino también por la leña y por la recolección de bellota que una vez molida y panificada constituía un alimento no precisamente excepcional.

Además de la agricultura, la ganadería y sus derivados, también la metalurgia era conocida a la perfección. Los romanos, de hecho, la estimaron mucho y atribuían su dureza al forjado y a una manipulación previa consistente en enterrar el hierro durante largo tiempo hasta que se llenaba de herrumbre que posteriormente era quitada usándose sólo el núcleo que era del mejor metal. Las armas celtíberas, la falcata y soliferreum, aparte de en los textos aparecen en no pocas excavaciones.

Las manufacturas textiles, las armas y quizás también la orfebrería del oro y la plata o el metal en bruto son la base de un comercio que cada día se hace más tangible. Los contactos comerciales con Levante, Sureste y el área andaluza son de hecho contemporáneos a las primeras oleadas centroeuropeas y se intensifican con el tiempo hasta época romana. Así el material griego penetra hasta muy el interior al igual que el barniz rojo y posteriormente toda la zona caería bajo la influencia púnica.

Respecto a su organización social, es realmente muy poco lo que las fuentes clásicas nos comunican de manera directa. Casi todo son alusiones indirectas y lo que podemos concluir al respecto es muy poco además de muy arriesgado.

El carácter ganadero de estos pueblos les imprime una particular configuración tribal que se refleja, asimismo, en sus asentamientos; ninguno de los cuales se puede considerar de carácter urbano como se podía hacer con los del sur. Bien es cierto que tenían ciudades algunas bastante populosas, pero responden mejor al carácter defensivo del oppidum que de una ciudad en sí. La ausencia de jerarquías municipales al estilo de la Bética (los Sefetas gaditanos por ejemplo) no hace sino incidir en este mismo punto; aunque sí tenían su sociedad estratificada a veces con alguna complejidad. La so-

ciudad estaba basada en la familia y articulada en clanes (de nuevo la raigambre ganadera), considerando como tales el conjunto de familias unidas por parentescos más o menos estrechos. Se habla también de unos consejos de notables, algo así como consejos de ancianos, de gran peso específico en las decisiones de la tribu. En este caso concreto habría que aceptar la existencia de esta clase superior con algunas reticencias derivadas del hecho de que los romanos asimilan a sus propias estructuras sociales las realidades de los pueblos que conquistan.

Las fuentes sí que hablan de reyes, reyezuelos, príncipes; más caudillos que auténticos jefes políticos en la plenitud del sentido de la palabra; de carácter carismático que atraen en torno suyo el poder del conjunto de la sociedad, férreamente conservado mediante juramentos y tratados de familia. A veces también se reflejan sucesiones y enlaces entre estas familias de poderosos que acercarían el sistema social prerromano al de una «monarquía» embrionaria.

A pesar de la disgregación que esta visión de la sociedad nos da, existían unas instancias superiores, de carácter digamos «nacional», marcadas por las afinidades étnicas, lingüísticas, geográficas, económicas, etc., que hacen depender unos pueblos de otros mayores.

De todos modos lo que sí que se puede observar claramente en las fuentes es la existencia de una sociedad en tránsito hacia un escalón superior de organización cultural y social. Los pueblos del centro de la Península se encontraban durante la conquista romana en un proceso muy definido de cambio y adaptación hacia modelos más complejos y que en buena lógica los hubiera equiparado a los pueblos de la periferia, de no haber sido por la conquista romana que vino a trastocar esta situación.

Un fenómeno sumamente ilustrador en este sentido, ampliamente tratado por los historiadores clásicos y los modernos es el del bandidaje y sus implicaciones socioeconómicas.

La sociedad meseteña prerromana estaba cambiando su tipo económico del pastoreo nómada o seminómada al establecimiento urbano con gran peso específico de la agricultura. Esto trajo como consecuencia un período de dislocaciones sociales y readaptaciones del terreno y su propiedad que está en el origen del bandidaje. En la sociedad prerromana hay una minoría de potentados poseedores de los resortes económicos y una mayoría de pobres, desheredados de la fortuna que tienen que dedicarse al pillaje y el robo para poder subsistir, sobre todo en épocas difíciles. El engranaje social lo favorecía al consagrar una figura, la del heredero, que por su existencia implica la desasistencia del resto de los hermanos. Además un previsible aumento demográfico consecuente a la estabilización de muchos de estos pueblos hace que escasee el bien fundamental que es la tierra.

Los desheredados se unen en ejércitos numerosos (a veces más de 10.000 personas) y se dedican al saqueo de las ricas tierras del llano. A veces este pillaje es institucional, como en el caso de las tribus del Norte y Oeste de España y los celtíberos que asolaban el Valle del Duero, Andalucía y el Levante y que tan bien nos refleja Estrabón.

El del bandolerismo entendido, pues, como una salida para los desposeídos, es un fenómeno característico de una sociedad en tránsito, de una sociedad que está cambiando su modo de vida y que refleja así esta crisis de crecimiento.

Para finalizar este primer apartado que venimos considerando, nos fijaremos ahora en un hecho muy significativo que nos habla de hasta qué punto se llegó a un estadio de unificación de los pueblos prerromanos de las dos Castillas. Nos referimos a la actuación militar mancomunada frente al invasor romano de estos pueblos, constatada varias veces a lo largo de la conquista.

Se ha venido insistiendo abundantemente en que la conquista romana de Hispania se pudo realizar gracias a la desunión de los pueblos peninsulares. De otro modo hubiera sido prácticamente imposible por su aislamiento físico. En Hispania, se dice, faltó un caudillo al estilo del galo Vercingetórix que aunara todos los intereses nacionales contra Roma. A pesar de esto la conquista de la Península fue muy difícil y se dilató muchísimo en el tiempo hasta las Guerras Cántabras. Si bien es cierto que faltó esa decidida unificación militar, no lo es totalmente que existieran conatos de vinculaciones interpopulares. Hechos de este tipo son realmente abundantes y, sobre todo en los pueblos del interior; donde se puede rastrear un sentimiento unitario frente al enemigo invasor. Así por ejemplo, y ya contra los cartagineses, se llegaron a aliar celtíberos y lusitanos, junto con vettones huidos para atacar a Aníbal a su paso por el Tajo de retirada hacia el sur. Estas coaliciones en torno generalmente a un jefe común tienen su mejor paradigma en Viriato, que agrupó a su alrededor un gran número de combatientes. En las guerras lusitanas aparecen nombrados a menudo los vacceos, que también se unen en otras ocasiones a los arévacos. Es decir hay repercusiones entre los pueblos del norte de las guerras que llevaban a cabo sus hermanos del sur. Y esta comunión de intereses sólo desapareció con la inteligente política pacificadora de Graco que otorgó tierras a los pueblos del sur, que desde entonces aparecen desgajados de los del norte en cuanto a intereses bélicos. Quizás el hecho de estar más aculturados y gozar de unas condiciones económicas mejores, ayudara a este desgajamiento del sur respecto a la zona en conjunto. Por lo demás estos fenómenos de respuesta unitaria a los romanos o al invasor en general no son exclusivos de la Meseta, sino que se dan allí donde las circunstancias son similares. Por ejemplo en el Valle del

Ebro; donde se dan unas bases culturales unitarias, como en la Meseta, ocurrió algo semejante con ocasión de las revueltas reprimidas por Léntulo y Acidinio en el 205 a. C., comandadas por Indibil y Mandonio.

Incluso se da algún tipo de acción suprarregional como la revuelta del 197 a. C. que aunó a los pueblos del Valle del Ebro, algunos del sur y a los celtiberos y que fue reprimida por Porcio Catón.

En resumen, y esto es lo que más nos interesa, vemos que a la llegada de los romanos a la Meseta se da una situación de igualdad y homogeneidad bastante notables entre sus pueblos, quizás no tanto étnicamente como en lo referente a cultura y sobre todo a economía y sociedad. Esta es una sociedad en tránsito rápido que hubiera abocado a una mayor unificación todavía de no haber mediado la actuación romana.

La conquista no significa la ruptura de este proceso, sino su aceleración antinatural, como después veremos. El empuje romanizador de la Meseta es esencialmente de los primeros años del Imperio, tras una etapa republicana muy mal conocida; es ahora cuando se plantea una política colonizadora efectiva en esta zona.

Hasta Augusto, la Meseta será tierra no definitivamente pacificada y como tal pasará a ser de dominio imperial y no senatorial. Y será Augusto quien comience la ingente tarea que es la potenciación de la explotación económica multidireccional y una política urbanizadora excepcional. Si vimos antes cómo los hábitats prerromanos no se pueden considerar en pureza como tales ciudades; ahora vemos cómo comienzan a surgir los grandes centros urbanos de la Meseta, como Termancia, Clunia, Segóbriga, Ercávica, Valeria, etc. Unas veces aprovechando los poblados anteriores, como en el caso de Toledo y otras veces creando núcleos nuevos emparentados en mayor o menor grado con los oppida indígenas, pero con una configuración totalmente diferente. La Romanización en la Meseta significa esencialmente una sola cosa: la urbanización. La ciudad fue la mejor arma con que contaron los romanos a la hora de adscribir estas tierras a su órbita ideológica, económica, artística, cultural en definitiva.

Tras un brillante siglo I, plétórico de construcciones urbanas y de febril actividad romanizadora, se suceden ciento cincuenta años de relativa calma, casi una pausa en este proceso de romanización. Las excavaciones altoimperiales son todavía más escasas en nuestra zona que las tardías, motivo por el que el caudal de conocimientos es todavía menor; pero por lo hasta ahora visto, podemos hablar de un momento de calma para el período comprendido entre el siglo I y la mitad del siglo III.

Será hacia el 250 cuando se produzca la gran convulsión que preludiará el fin, todavía lejano. Esta gran crisis que sacude todo el Imperio y que obedece a múltiples razones y se manifiesta en diferentes aspectos: exterior,

económico, social, político y religioso; es también acusada por la nuestra y se materializa en una serie de destrucciones en hábitats rurales y urbanos que se explican habitualmente por el paso de la oleada francoalamana.

Dos de los aspectos más llamativos de esta crisis generalizada y que interesan sobremanera en nuestro estudio son, de una parte la decadencia de la vida urbana y de otra, el renacimiento del campo como protagonista principal.

Si ya antes dijimos que la Romanización significa para nuestra zona una cosa esencialmente: urbanización; es necesario recordar que las sociedades prerromanas evolucionaban desde tiempo atrás hacia la consecución de este estadio de desarrollo. La Romanización no fue sino un paso de gigante hacia adelante en este proceso; y sin querer decir que fue un paso en falso, si queremos hacer notar que no estaba perfectamente sustentado por las realidades del momento. Así pues el nacimiento de las ciudades romanas del interior estuvo apoyado artificialmente por la propia romanidad y, cuando en un momento de crisis como es éste, falla el apoyo, la estructura amenaza seriamente con venirse abajo. Ciertamente los núcleos urbanos de las Castillas sobrevivieron a estos delicados momentos de crisis y, a pesar de las destrucciones generalizadas y constatadas en abundantísimos yacimientos, vuelven a una actividad normal; pero tan menguada y tan distinta de la anterior que cuesta creer que se trate del mismo concepto de ciudad; desde este mismo momento se abandonan la mayoría de los foros que se reutilizan en muchos casos con construcciones de vivienda privada, disminuye notablemente la calidad y posiblemente la cantidad de sus construcciones y vecindario y languidecen paulatinamente en tanto su peso como organizador de la política y la economía pasa al campo, a las grandes villae y fundi bajoimperiales. Este conocido fenómeno, si bien es general en todo el Imperio, es particularmente importante aquí. En otras zonas de Hispania, como el sur, las ciudades soportaron mejor el embate de los malos tiempos y mal que bien continuaron existiendo; algunas como Mérida, incluso con notable florecimiento. No es éste el caso de Castilla, donde apenas si se pueden ver núcleos urbanos muy deteriorados, nada atractivos para la población y que apenas si podrán revitalizar, ya demasiado tarde, las diócesis episcopales en época visigoda.

Ahora el centro de decisiones a nivel político y económico es el campo. La antigua aristocracia urbana desde tiempo atrás invirtió abundantemente en el campo y aquí fija su residencia huyendo de los cargos públicos, onerosos en la baja época y hereditarios; buscando el paraíso fiscal que es el campo, cerca de las fuentes de producción. Este es el panorama con que se inaugura el siglo IV en la Meseta. Un siglo brillante dentro de lo posible; en el que se reconstruyen o fundan nuevos establecimientos rurales que nada

tienen que ver con las granjas altoimperiales. Se trata ahora de grandes fundi, donde conviven numerosos colonos alrededor de la a menudo fastuosa villa del dominus o señor de la explotación. Estas villae tardías de las que dependían otras de menor importancia se repartían así el territorio de manera prefeudal y eran unidades de explotación sino autosuficientes, sí que tendían a serlo. No eran ya las explotaciones especializadas de Alto Imperio, orientadas a una o unas producciones concretas con destino al mercado, sino diversificadas en sus productos y que necesitaban de pocas importaciones que solían ser objetos suntuarios de los que el dominus se rodeaba en ostentación de su poder y riqueza.

La base económica de estas villae, que caracterizan de por sí la tardía romanidad de nuestra zona, es de nuevo la agricultura y la ganadería. La clase dominante, la aristocracia rural, es una clase culta, amante del arte y de los refinamientos como se puede observar en los mosaicos y esculturas que adornan sus palacios, los establecimientos termales que prácticamente no faltan en ninguno de ellos y la riqueza del material que nos han legado. Pero también dejan entrever los gustos netamente rurales de sus dueños: la caza, los caballos como distracción principal, son temas abundantemente repetidos en los ricos mosaicos contemporáneos.

Estos ricos hacendados, además, forman una aristocracia poderosísima a nivel imperial. No es gratuito el hecho de que uno de los grandes emperadores del momento sea Teodosio, un castellano de Coca, ni que el Papa Dámaso fuese también de por estas tierras; ellos son los representantes de esta oligarquía terrateniente con intereses y poderes muy concretos en la maquinaria estatal. Las causas económicas de este enriquecimiento no son muy claras, pero apuntan a la producción de bienes de consumo de primera necesidad en un momento en el que fallan los sistemas de transporte interiores por la inseguridad, al tiempo que aumenta la demanda de los mismos con destino a las numerosas y activas fronteras del imperio.

Esto tampoco nos debe llevar a considerar la Meseta como un oasis dentro de la decadencia generalizada. El siglo IV representa en términos absolutos una era de recuperación general del Imperio tras los trastornos precedentes y antes de la hecatombe final.

En lo que a la arqueología se refiere y en nuestra zona, desde hace tiempo se viene considerando un fenómeno especialísimo circunscrito al valle del Duero. Nos referimos a la denominada «subcultura del Duero» o de «Necrópolis del Duero». A raíz de una información que facilita la Notitia Dignitatum, se ha inferido la existencia de unos asentamientos de «laeti» o tropas de limitanei, de origen germano asentadas en esta parte de Castilla la Vieja y que defienden un limes interno, protegiendo el tránsito del metal de las minas del noroeste y los fundi aquí establecidos. Arqueológicamente esta

presencia se traduce en un material muy característico que aparece en necrópolis como San Miguel de Arroyo, Simancas, Fuentespreadas, Suellacabras, Taniñe, Las Merchanas, etc., ocupa parte de las provincias de Zamora, Valladolid, Salamanca, Soria, Burgos... y sus materiales más caracterizados son un tipo de armamento como el cuchillo de «tipo Simancas», los objetos de bronce, las hebillas y pasadores, etc... Estas Necrópolis del Duero no llegarían más hacia el sur de lo dicho anteriormente (excepto algún yacimiento de la provincia de Segovia). No querríamos extendernos mucho más en este sin duda apasionante fenómeno que por sí mismo exige mucho más que un modesto trabajo como éste.

La propia configuración arqueológica de esta subcultura deja muchas lagunas por explicar y el tiempo y los últimos hallazgos la están poniendo en tela de juicio. El material considerado como característico de estas necrópolis del Duero ha rebasado ampliamente su zona de aparición y hay numerosos ejemplos procedentes de la Meseta Sur. Así por ejemplo en cuanto al cuchillo tipo Simancas contamos con un ejemplar de Guadalajara (Aguilar de Anguita), una vaina bastante bien conservada procedente de Cuenca (Segóbriga), algún ejemplar más de la provincia de Madrid y un fragmento del extremo sur de la de Ciudad Real (La Bienvenida); en cuanto a bronce, atalajes, y otras manufacturas de esta hipotética subcultura, están más que representadas en los hallazgos de la provincia de Madrid (Valdetorres y Getafe), Cuenca (Segóbriga, Carrascosa de Haro, Huete, etc.), y Toledo. Hasta el punto de que hoy día es imposible mantener por más tiempo el esquema antes citado de Necrópolis del Duero y habría que llevar sus límites no sólo hasta el Valle del Tajo, sino mucho más al sur hasta la propia Sierra Morena. De todos los hallazgos relacionables del alguna manera con este fenómeno de subcultura del Duero, sólo uno procede de fuera de nuestro ámbito regional y fue hallado en Tirig (Castellón), aunque por su proximidad con la Meseta no cabe explicarlo sino como un hecho aislado sin más.

Si admitimos que hay que llevar hasta Sierra Morena esta hipotética subcultura, las dudas se hacen mayores: ¿Cabe considerar toda la Meseta como un limes?, un limes... ¿Contra quién? Un reciente artículo de J. Arce sobre el tema viene a despejar estas dudas respecto a lo que atañe a la Historia: en la interpretación de la *Notitia Dignitatum* hay un error derivado de considerar tropas de *limitanei* a las que simplemente tienen un rango de comitatenses, sin que tengan por ello carácter de fronterizas. No existe, pues, limes interno (que por otra parte sólo se conoce un ejemplo de este tipo: el de Isauria). Hay, eso sí, tropas acantonadas en Hispania en número incluso importante (Balil habla de doce mil, de las cuales un tercio estaba en la Meseta norte), pero cuya misión era únicamente mantener la red viaria,

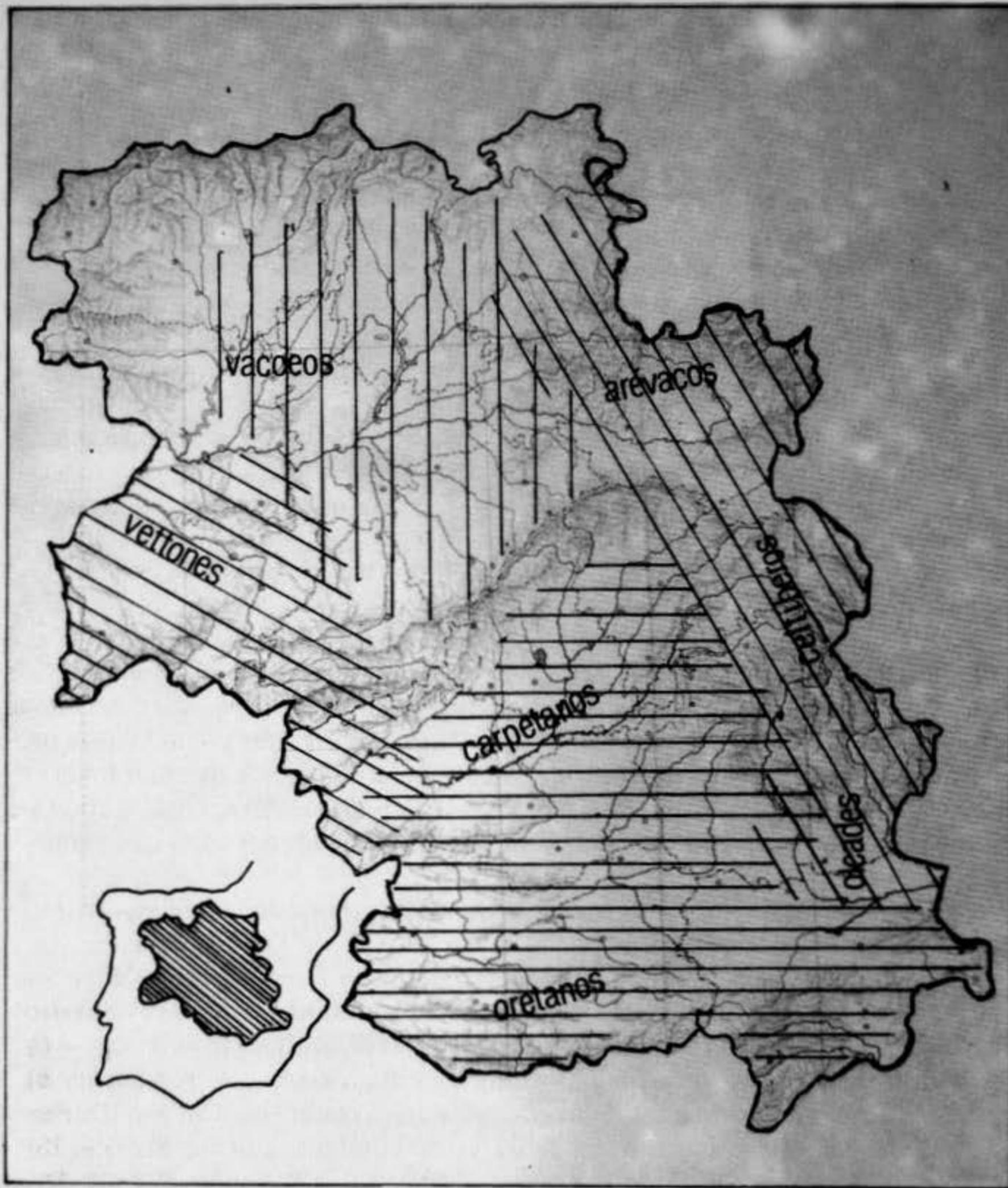
vigilar el transporte de la *annona imperial* y una misión de vigilancia del oro de las minas gallegas y asturianas en camino hacia Roma, donde tanta falta hacía para mantener las empresas militares de defensa de las fronteras. No existe, pues, limes interno, ni *limitanei*, ni materiales característicos de los *laeti*.

Hay que buscar en consecuencia una explicación a este material cada día más y mejor conocido y que se extiende por la zona centro sin recortes. A nuestro modo de ver, hay que considerarlo como característico de las peculiaridades de la meseta, ahora muy homogénea en lo que se refiere a sus manifestaciones culturales.

El cuchillo de tipo Simancas, un cuchillo que no un puñal, de carácter venatorio está vinculado a ese gusto por la caza que manifiestan los hispanorromanos del centro en época tardía. El Bajo Imperio se puede considerar como el resumen y conclusión de la romanización en la Meseta, el carácter romano y las pervivencias indígenas (como es la cerámica pintada, y el propio cuchillo —emparentado en origen con el armamento prerromano, en especial de tipo Miraveche y Montebernorio—) lo definen. Las peculiaridades de la Meseta como ámbito en cierto modo cerrado y que facilita un desarrollo de sus diversas áreas más que paralelo coincidente; han favorecido la existencia de una cultura que abarcaría todo su espacio geográfico y que se manifiesta arqueológicamente por todo este material en el que hemos fijado nuestra atención.

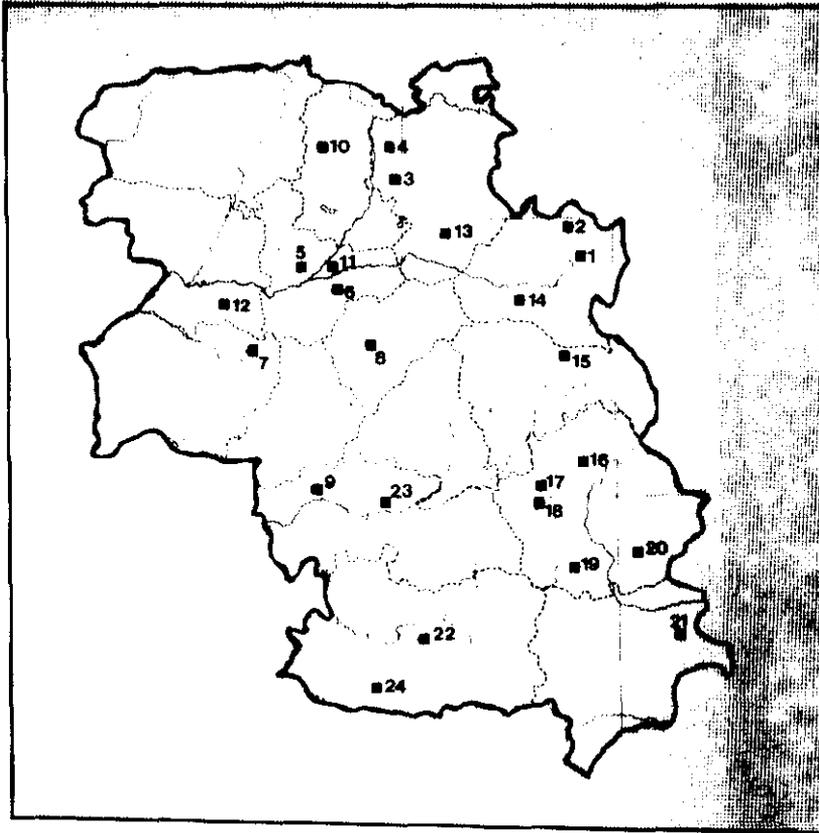
Cabría, pues, hablar en lo sucesivo de una «cultura de las villae», como la de Balazote, o la que corresponde al cementerio de Ontur, por poner un ejemplo; cuando nos refiramos al Bajo Imperio de nuestra región. Bien es cierto que villae mayores y más abundantes son comunes a todo el Imperio, pero en la Meseta son características y caracterizan unas manifestaciones culturales realmente autóctonas, sin las mixtificaciones que representa la primera romanización, más inducida, más importada, menos genuina en definitiva que este momento sin duda el más auténticamente hispano de todo el período que va desde la presencia romana en la península hasta los siglos V-VI que marca el final del momento que consideramos.

A. F. D.



-  PUEBLOS DE LA MESETA NORTE
-  PUEBLOS DE LA MESETA SUR
-  PUEBLOS DEL REBORDE ORIENTAL
-  PUEBLOS DE LA ZONA OCCIDENTAL

Fig. 1: Situación etnográfica antes de los romanos.



- 1) Suellacabras (Soria) - 2) Taniñe (Soria) - 3) Hornillos del Camino (Burgos) - 4) Nuez de abajo (Burgos) - 5) Simancas (Valladolid) - 6) San Miguel de Arroyo (Valladolid) - 7) Merchanas (Salamanca) - 8) Roda de Eresma (Segovia) - 9) Talavera de la Reina (Toledo) - 10) Pedrosa (Palencia) - 11) Valladolid - 12) Fuentespreadas (Zamora) - 13) Yecla de Silos (Burgos) - 14) Tarancueña (Soria) - 15) Aguilar de Anguita (Guadalajara) - 16) Albalate de las Nogueras (Cuenca) - 17) Huete (Cuenca) - 18) Segóbriga (Cuenca) - 19) Carrascosa de Haro (Cuenca) - 20) Sisante (Cuenca) - 21) Montealegre del Castillo (Albacete) - 22) Porcuna (Ciudad Real) - 23) Carpio de Tajo (Toledo) - 24) La Bienvenida (Ciudad Real).

Fig. 2: Principales yacimientos de la hipotética subcultura del Duero y asimilables (Según CABALLERO ZOREDA) aumentados.

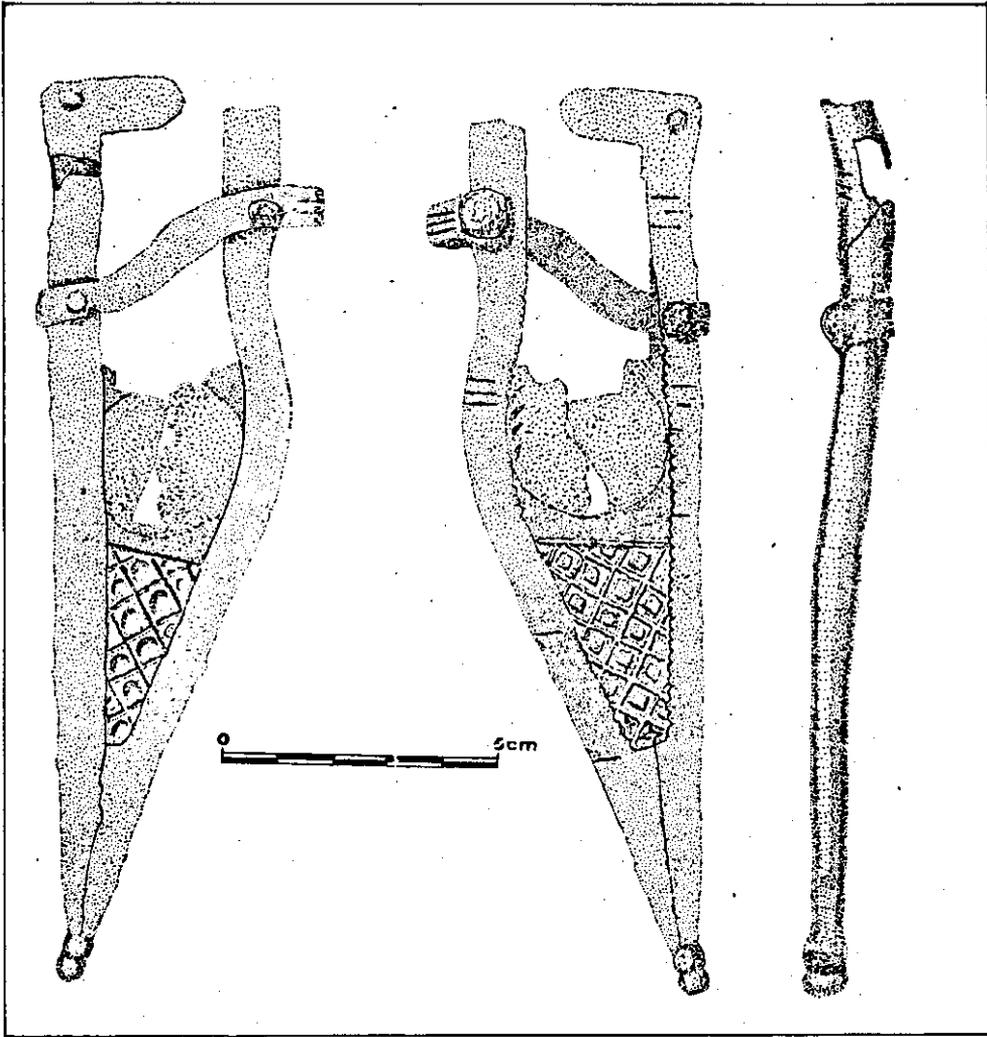


Fig. 3. La vaina tipo "Simancas" de Legóbriga.

INFORME SOBRE EL TRATAMIENTO DE RESTAURACION DE UNA PIEZA CERAMICA DEL YACIMIENTO IBERICO DE «EL AMAREJO», ALBACETE

Raúl Fernando AMITRANO BRUNO*

EL OBJETO ARQUEOLOGICA COMO BIEN CULTURAL

Considero difícil intentar explicar los cuidados, precauciones y exámenes previos que todo tratamiento de conservación-restauración lleva consigo, sin detenerme —aunque someramente— en algunas consideraciones sobre la importancia que la pieza objeto de ese tratamiento tiene en sí misma, bien de manera evidente como para aportar datos inmediatos, bien potencialmente como para hacerse digna de posteriores estudios.

Los bienes culturales son seleccionados de una manera natural —la propia degradación de la materia que los constituye físicamente, que puede llevarlos a una total desaparición— o bien por medio de criterios aplicados por personas u organismos: *«Las actitudes frente a los objetos incluidos en la denominación de Bienes Culturales, pueden ser muy diferentes. Un objeto considerado de gran valor por una persona o en una época determinada puede ser tenido más tarde por despreciable. Lo contrario sucede cuando ciertos objetos de uso común en una población son considerados como objetos raros y valiosos por otra población o por generaciones posteriores de la población original»*¹.

En la actualidad, la restauración y conservación de objetos arqueológicamente, no se reduce simplemente a las obras maestras de gran importancia, sino que, al considerar bien cultural a todo objeto representativo de un momento, que lleva implícito un mensaje digno de ser perdurable, el panorama se amplía notablemente ante cada nuevo descubrimiento arqueológico. En este campo, obviamente, no sólo es necesaria la restauración de todo objeto recién extraído, sino la conservación de todos aquellos que ya forman parte de las colecciones.

* Escuela de Artes Aplicadas a la Restauración. Madrid.

1) HIROSHI DAIFUKU *«La importancia de los bienes culturales»*. La Conservación de los bienes culturales. Museos y Monumentos XI. Unesco 1969. Pág. 21.

La selección natural, a la que ya he hecho mención, se refiere fundamentalmente a todos aquellos procesos de degradación de la materia constituyente de un objeto que pueden destruirla por completo no permitiendo que llegue hasta nuestros días ni siquiera un pequeños vestigio de su existencia. Las catástrofes tales como incendios, terremotos, inundaciones y otros agentes de orden natural, contribuyen constantemente a este tipo de selección.

Las opiniones en el sentido de lo que es conservable —y aquí ya entramos de lleno en el segundo tipo de selección— son variadas, y así, mientras unos sostienen que todo debe ser conservado, otros teóricos dicen «...*la relación del hombre con los bienes culturales y el valor que a éstos se les atribuye son el resultado de la interacción de muchos factores diferentes, pero una vez reconocido el valor de un bien cultural, cualquiera que sean las razones para ello, se adquiere la responsabilidad de preservar dicho objeto independientemente de que sea pequeño o grande. Si bien no es posible ni conveniente salvar todos los objetos del pasado, es razonable esperar que los más importantes sean preservados en beneficio de la posteridad y que se intente reunir un muestrario adecuado de una amplia gama de bienes culturales. Por consiguiente la elección es uno de los problemas principales que plantea el establecimiento de un programa razonable. La elección debe basarse en parte en necesidades científicas y en parte en valores estéticos e históricos...*»².

Actualmente, sin embargo, es generalizada la tendencia hacia la conservación de todo vestigio material que pueda en su momento aportar algún dato de interés. Un pequeño trozo de cerámica, aparentemente sin importancia, puede encerrar una información que en un futuro, mediante la aplicación de nuevos métodos científicos, puede ver la luz.

Frente a este problema, el técnico restaurador hace necesariamente hincapié en todo lo referido a la degradación del objeto como materia, sus causas y consecuencias.

Lejanos están los días en que la labor del restaurador se circunscribía a una tarea artesanal donde lo más importante consistía en reconstrucciones y añadidos que en muchas ocasiones no sólo ponían en peligro la veracidad histórica o estética del objeto, sino que atentaban también contra su integridad física.

En la actualidad no se concibe ningún tratamiento basado en métodos no científicos, de eficacia comprobada, y todo proceso llevado a cabo sobre un

2) HIROSHI DAIFUKU Op. Cit. Pág. 28.

objeto queda documentado de tal manera que en cualquier momento pueda ser consultado y estudiado.

EL OBJETO ARQUEOLOGICO COMO MATERIA

Los primeros intentos de acercamiento entre las ciencias y las artes tienen lugar a mediados del siglo pasado cuando se comienza a observar al bien cultural como una materia susceptible de ser atacada y degradada por gran cantidad de agentes físicos y químicos. Durante la primera mitad del s. XX comienzan a crearse algunos centros cuya actividad específica será el estudio de esas causas de alteración y la creación de métodos paliativos de las mismas. Al mismo tiempo, comienza a tomar fuerza el término Conservación, que si bien por un lado puede entenderse como el saneamiento de la materia sin añadidos ni reconstrucciones falsas, implica también todo lo referente a la permanencia de esa materia ya tratado en ambientes acondicionados de tal modo que eviten cualquier tipo de alteración en el futuro.

Los materiales con que el restaurador-conservador se enfrenta, son variados y con características individuales en cada objeto. En el caso de la arqueología, procediendo casi todos ellos de largos periodos de enterramiento, los problemas son particularmente complicados dado que la mayoría de los materiales tienden a establecer con el medio en que se hallan una situación de equilibrio a la que van llegando lentamente y que nunca debe cambiarse de manera brusca en el momento del descubrimiento y extracción. Es siempre recomendable una paulatina readaptación al medio durante la cual se tendrán en cuenta principalmente las condiciones de temperatura y humedad, las cuales deberán ser mantenidas de modo constante hasta el tratamiento de la pieza en el laboratorio. Todos estos condicionantes, la fragilidad de ciertas piezas que hace necesaria una consolidación in situ, el mal estado en que —por lo general— son hallados los materiales orgánicos, las limpiezas apresuradas con el afán de descubrir una decoración oculta, etc., son entre otras causas, los motivos que hacen imprescindible la presencia de un restaurador en toda campaña arqueológica. El será el encargado de preservar el objeto extraído con vistas a que no sufra más alteraciones en el periodo de tiempo que mediará desde su descubrimiento hasta el comienzo de su tratamiento de restauración, que las que eventualmente pueda haber sufrido durante todos sus años de enterramiento.

LA CERAMICA COMO OBJETO ARQUEOLOGICO

Es posiblemente, dentro de los materiales inorgánicos, aquel que puede considerarse más resistente —a excepción del oro— frente a condiciones

ambientales adversas. En general es inmune a la acción de los ácidos —salvo a la del fluorídrico—, no le afectan mayormente las altas o bajas temperaturas, es insoluble en agua y posee índices de dilatación y contracción relativamente bajos. Todo esto, por supuesto, es relativo y depende en gran medida de la calidad cerámica del objeto, su porosidad, temperatura de cocción, naturaleza de los desgrasantes, etc.

También en términos generales puede decirse que las principales causas de alteración provienen de las sales —solubles o insolubles— que pueden bien encontrarse en los suelos de enterramiento o, en algunos casos, constituir parte de la misma pasta cerámica y ejercer sobre la misma una acción perjudicial en presencia de determinadas condiciones de temperatura y humedad. Si bien la cerámica no es un material higroscópico, puede absorber agua por capilaridad; esta humedad disuelve las sales que, al recrystalizar una vez evaporada el agua, pueden provocar —dado el aumento de tamaño que esa recrystalización lleva consigo— escamaciones, pérdidas de superficie o de decoraciones pintadas y, en el caso de pastas muy porosas, puede llevar a la formación de fisuras, grietas y fracturas de consideración.

Las sales insolubles, por otra parte, suelen aparecer en forma de concreciones duras, generalmente superficiales, que son capaces de ocultar parcial o totalmente el exterior del objeto. Aunque pueden considerarse inertes, afectan a la pieza en su integridad estética, por lo cual deben ser eliminadas, procedimiento no siempre sencillo ya que dichas sales, incrustadas en algunos casos, pueden arrastrar parte de la superficie durante su proceso de extracción.

Afortunadamente, en la actualidad se cuenta con una serie de procedimientos técnicos y científicos que facilitan en cierta medida estas labores. Resinas sintéticas idóneas para la protección de pinturas o engobes débiles y consolidación de estructuras frágiles, adhesivos y productos de reconstrucción inertes y de probada reversibilidad, vienen a reemplazar con ventajas una serie de materiales tradicionalmente usados y cuya acción ha sido en algunos casos más nociva que conveniente.

No es de todos modos la finalidad de esta charla difundir métodos y procedimientos de consolidación, restauración y conservación que, si en manos de un especialista pueden tener garantías de éxito, por otra parte animarían aún más a los excavadores clandestinos, ya de por sí constituidos en un flagelo de nuestros yacimientos.

Sirva pues lo ya dicho como prólogo para entrar de lleno en el motivo de esta conferencia.



Lámina I - I: El objeto una vez despegado el pitorro para proceder a su desalación.

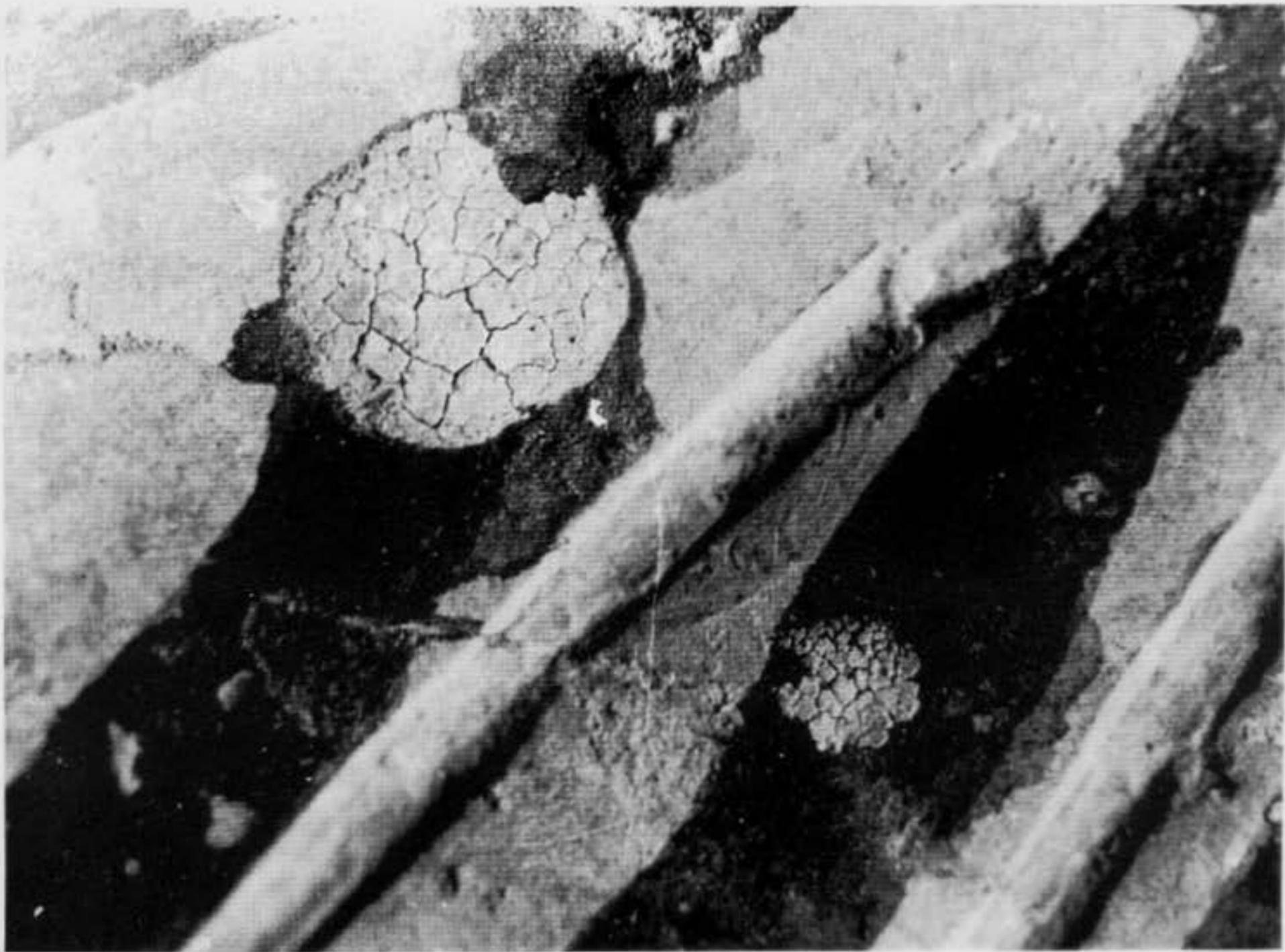


Lámina I - II: Macrofotografía en la que se aprecian las bandas pintadas rojo-vinosas, las líneas incisas y las motas blancas. Nótese la fuerte craqueladura que presentan estas últimas, lo cual obligó a su fijación por medio de una resina acrílica para permitir, sin peligro de desprendimiento, la inversión en el baño de desalación.

LA PALOMA DE EL CERRO DE EL AMAREJO. ANTECEDENTES SOBRE SU DESCUBRIMIENTO

La pieza que nos ocupa aparece durante la 2.^a campaña de excavaciones realizada en el poblado ibérico de «El Amarejo» Bonete, Albacete, en 1979, dentro del Departamento n.º 4 que resultó ser un almacén de cerámica, producida casi con seguridad por las gentes de este poblado. Las medidas de este Departamento son, aproximadamente, 3,20 m. × 2,40 m., y fue destruido violentamente, con un posterior incendio. Esta destrucción marca el fin del poblado, que no vuelve a utilizarse.

La pieza apareció en el nivel junto al muro Este (muro de adobes) y cercana a otros objetos enteros: una Demeter, un pequeño Kálathos y cerámica de tipo cocina.

Los niveles se encontraban sellados por una gruesa capa de tierra cocida por el calor del incendio que al ser levantada mostraba la impronta de cañas y ramaje —de la techumbre vegetal— configurando así un conjunto cerrado.

Gracias a la cerámica de importación con la que ha aparecido, puede fecharse a finales del s. III a. C.³.

A partir de la fecha de su descubrimiento, y hasta el mes de octubre de 1982, en que entra al Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte, de Madrid, para su tratamiento, el objeto permanece en los almacenes del Museo de Albacete protegida dentro de una vitrina.

DESCRIPCION, TECNICAS DE FABRICACION Y DECORACION

Se trata, como hemos visto, de un objeto cerámico, zoomorfo, que representa un ave, posiblemente una paloma.

Su pequeño tamaño —114 mm. de altura máxima y 189 mm. de largo—, la gracia en su ejecución —resuelta a partir de 5 piezas independientes—, la sencillez de su decoración —lograda a base de cinco técnicas diferentes— y el excelente estado de conservación que presenta, hacen de esta pieza un objeto museable digno de un profundo estudio tanto desde el punto de vista arqueológico como ceramológico, que este informe se limitará a analizar escuetamente, poniendo especial atención sobre los procesos de limpieza y conservación a los que la pieza ha sido sometida.

Fundamentalmente, la pieza de la que se parte para la fabricación del

3) Los materiales proporcionados por este yacimiento van a ser publicados en E.A.E. «El poblado ibérico de El Amarejo, Bonete, Albacete» por Broncano Rodríguez, S. y Blánquez Pérez, J. Madrid 1983. En prensa.

objeto, es un tazón semiesférico sin asa, de base cóncava, realizado a torno rápido y a partir del cual el alfarero, por medio de una deformación del barro crudo y todavía húmedo, más el añadido de algunos otros elementos modelados a mano, crea esta pieza que, dada la redondez de sus formas, el largo de su cuello y la forma de su cola y su cabeza, se asocia inmediatamente con una paloma. Figürillas semejantes aparecen en las excavaciones de Camilo Visedo en la Serreta de Alcoy. En el caso de que se tratara, efectivamente, de una paloma, puede muy bien ser asociada a Demeter. Sabemos por los textos que, en su culto, tanto en Grecia y Sicilia, como luego en Roma o Cartago entraba la «veneración y respeto a la paloma»⁴.

Una detenida observación de la pieza permite identificar los elementos añadidos, que enumeraré de la cabeza hacia la cola, no significando el orden de esta descripción el mismo que pudo haber usado el alfarero para su colocación. Una vez que el tazón ha sido convertido de semiesférico en ovoide —transversalmente— son añadidas la cabeza y el cuello —modeladas de manera evidentemente elemental— una tira de barro que sella por arriba la abertura de la pieza de origen y que forma la espalda del ave, y por último la cola —también rudimentaria en su ejecución— en la que se advierten, sobre todo en la parte inferior, la precisión de los dedos del alfarero para darle forma, lo cual indicaría que esta pieza no fue modelada y luego colocada, sino que ambas operaciones se realizaron —posiblemente— al unísono. A continuación, y siempre en crudo, es perforada la espalda —desde el exterior hacia el interior— y colocado el pitorro. Presenta otra perforación, en la cabeza, esta de sección cuadrangular. Finalmente, es aplicada una capa de barro más fino que cubre el cuerpo de la pieza —las paredes del tazón— hasta la base, en donde se interrumpe dejando asomar las líneas del torno.

La pieza puede considerarse espatulada, si bien hay una clara diferencia de zonas donde esta técnica pasa de ser de acabado a ser decorativa, más marcada, tratando posiblemente de imitar el plumaje del ave. Esto se advierte especialmente en la base del cuello.

Presenta por otra parte una decoración impresa, a base de estampillado, distribuida en dos bandas paralelas alrededor del cuello. Dos de estas impresiones hacen las veces de ojos. El motivo decorativo representado en la estampilla correspondería, en base a la clasificación de Pedro Lillo⁵, al

4) LAFUENTE VIDAL, J. «Influencia de los cultos religiosos cartagineses en los motivos artísticos de los íberos del S.E. español». Arch. Preh. Leva. Vol. III Valencia, 1952. Pág. 161.

5) LILLO CARPIO, P. A. «La cerámica estampillada ibérica». Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras. Vol. XXXVI n.º 1-2. Selección 1979. Pág. 19. Idem: «El poblamiento ibérico en Murcia». Universidad de Murcia. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia 1981. Pág. 349 y ss.

grupo de estampillas de la Meseta, que él denomina «de tipo rosácea» al estar compuesta por una serie de pequeños trapecios levemente girados que delimitan en el interior un pequeño círculo que queda realzado. Es un motivo frecuente que se encuentra en otros yacimientos: Coímbra del Barranco Ancho⁶, con una cronología del IV al II; los Molinicos⁷; Monteagudo y Cerro del Río Turrilla, con una cronología del V al III.

La pieza presenta, por otra parte, una decoración incisa, localizada a ambos lados —en las zonas correspondientes a las alas— en forma de líneas, en número de cinco por cada lado, paralelas entre sí y oblicuas a la base del objeto. Estas tres técnicas descritas han sido realizadas en crudo y, obviamente, con la arcilla aún blanda.

El cuarto tipo de decoración, también llevada a cabo antes de la cocción, consiste en bandas pintadas, color rojo vinoso, aplicadas en la parte superior del pico, cuello y cola, y localizadas principalmente a los lados del cuerpo, en forma de dos grandes óvalos atravesados por cinco líneas paralelas a las incisiones ya descritas. Este pigmento rojo es, seguramente, una tierra con alto contenido de óxido férrico.

Queda por último detenerse en un tipo de decoración que si bien entraría dentro de la categoría de pintura, creo necesario considerar aparte dado sus especiales características: es seguramente aplicada después de la cocción, y por otra parte constituye, dentro de la totalidad de la pieza, el elemento más problemático a la hora de enfrentarse con los tratamientos de desalación. Se trata de pequeñas manchas blanquecinas, distribuidas más o menos simétricamente sobre las bandas de pintura roja, y de la que quedan pocos pero

6) Este yacimiento tiene algunas similitudes muy peculiares con nuestro poblado: las decoraciones estampilladas en los Oinochoes —triángulos de ruedecilla doble, de cuyos vértices cuelgan estampillas ovaladas. Ahora bien, en este caso, Jumilla, como yacimiento puente entre el mundo del Segura y la Meseta, más que traspasar ideas y elementos del primero al segundo estaría cogiendo elementos decorativos meseteños, convirtiéndose de esta manera en el yacimiento más externo hacia el Valle del Segura que presenta dichos motivos decorativos —en cuanto a la composición de los oinochoes—, pues de verdaderas composiciones se trata.

Ahora bien el elemento estampillado aislado —rosáceas— aparece documentado en más poblados de la Vega. Sobre los materiales del poblado ver Molina García, J.; Molina Grande, M. C. y Nordström, S. «*Coímbra del Barranco Ancho. Jumilla (Murcia).*» Servicio de Investigación Prehistórica. Serie Trabajos Varios n.º 52. Valencia 1966-77. Posteriormente, en el 78 la Universidad de Murcia, dirigida por su Catedrático han continuado los trabajos de campo dando lugar al conocido descubrimiento del Ara votiva: «*El Picach*». Revista de información local y cultural. Asociación Amigos de Jumilla. Agosto n.º 3 y Septiembre n.º 4. 1981.

(7) Excavaciones dirigidas por Pedro Lillo desde 1978. Inéditas.

muy representativos ejemplos. De aspecto craquelado, con cierto relieve sobre la superficie de la pieza, parecen corresponderse con la pintura blanca de algunos platos del mismo yacimiento.

Evidentemente, es este tipo de pintura el que más ha sufrido el proceso de degradación, quedando sin embargo, como hemos dicho, restos de la misma principalmente sobre las bandas rojo vinosas, lo cual ha permitido llevar a cabo ciertos análisis.

Finalmente, con respecto a la atmósfera del horno en que esta pieza fue cocida, ha sido oxidante, dado el característico color rojo de la pasta debido al óxido férrico.

ANÁLISIS Y PRUEBAS DE LABORATORIO

Análisis no destructivos:

Se realizaron con un espectrógrafo multicanal por energía dispersiva de Rayos X (XRF), tipo Kevex, equipado con fuente de Am-241 y ordenador de control y operativo Unispec 7000. Los tiempos de adquisición fueron de 200 segundos. Para el análisis de las manchas blancas se elaboraron máscaras de cera a fin de tomar ese solo color, sin interferencias del resto de la pasta. El resto de las tomas se hicieron tapando completamente la ventana de la fuente detector.

El sistema de excitación empleado, por ser de baja energía, sólo detecta elementos por encima del número atómico 20 (Ca), por lo tanto no aparecen en el espectro elementos tales como Si y Al, los cuales forman, obviamente, la base de la pasta cerámica.

Análisis de la pasta:

Es destacable en el espectro la presencia de hierro, el cual es seguramente parte constitutiva de la arcilla a la cual le confiere el característico color rojizo, acentuado en este caso por una cocción en atmósfera oxidante que lo transforma en óxido férrico. De la misma naturaleza es el pigmento usado para la destrucción de bandas pintadas, aplicadas a pincel antes de la cocción.

Además del elemento Fe, como pico muy representativo, son detectados: Sr, Zr, Ba y Ce⁸.

Análisis de manchas blancas:

A priori, estas manchas, aplicadas en la superficie en forma de gotas, tenían a simple vista el aspecto de un carbonato aglutinado por una materia de tipo orgánico de la cual —obviamente— era muy difícil encontrar algún resto.

8) Estos análisis fueron llevados a cabo por el Sr. D. Salvador Rovira Lloréns.

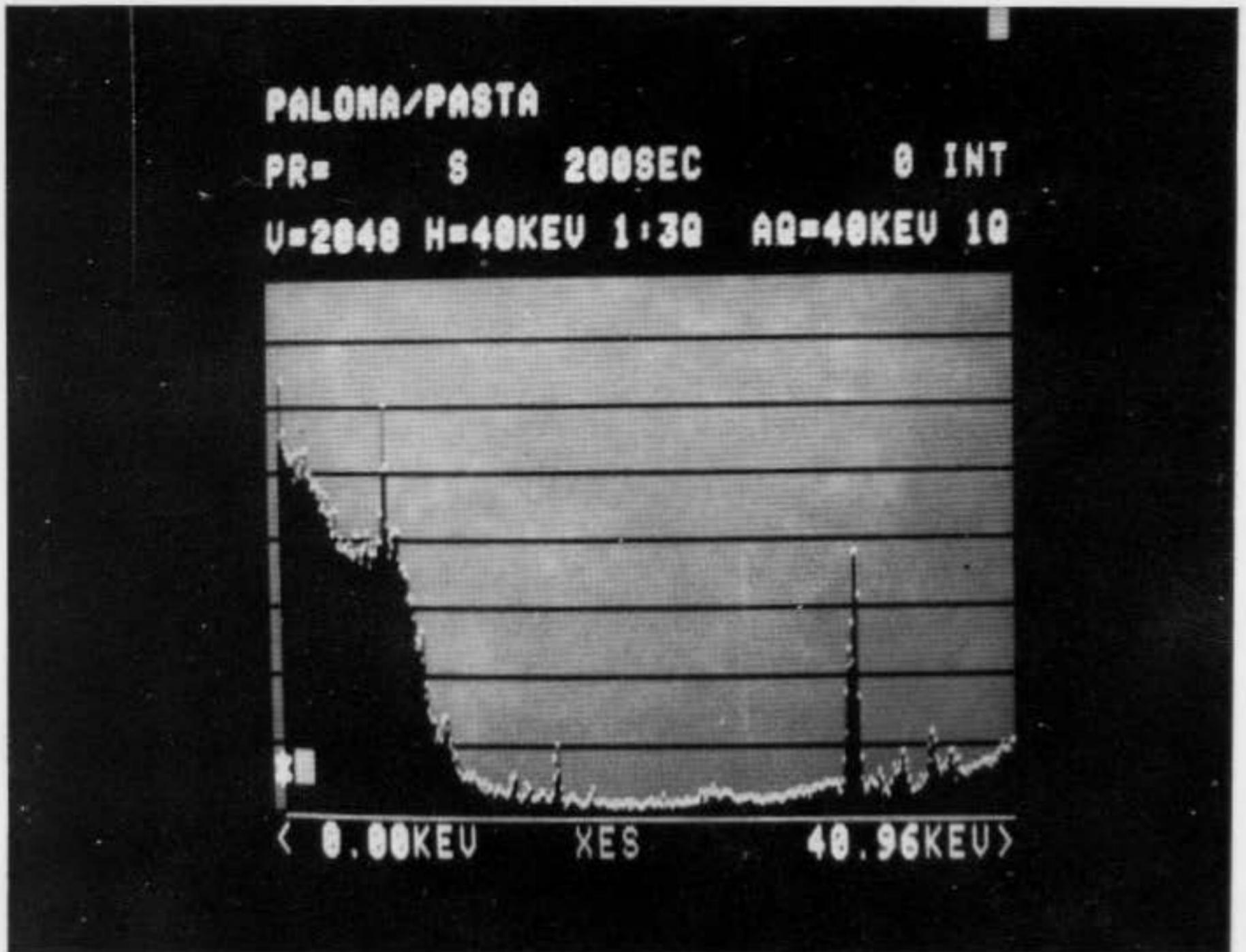


Lámina II - I: Análisis de la pasta. Fotografía del espectro obtenido por energía dispersiva del R.X. en la cual se distingue claramente la columna correspondiente al elemento Fe.

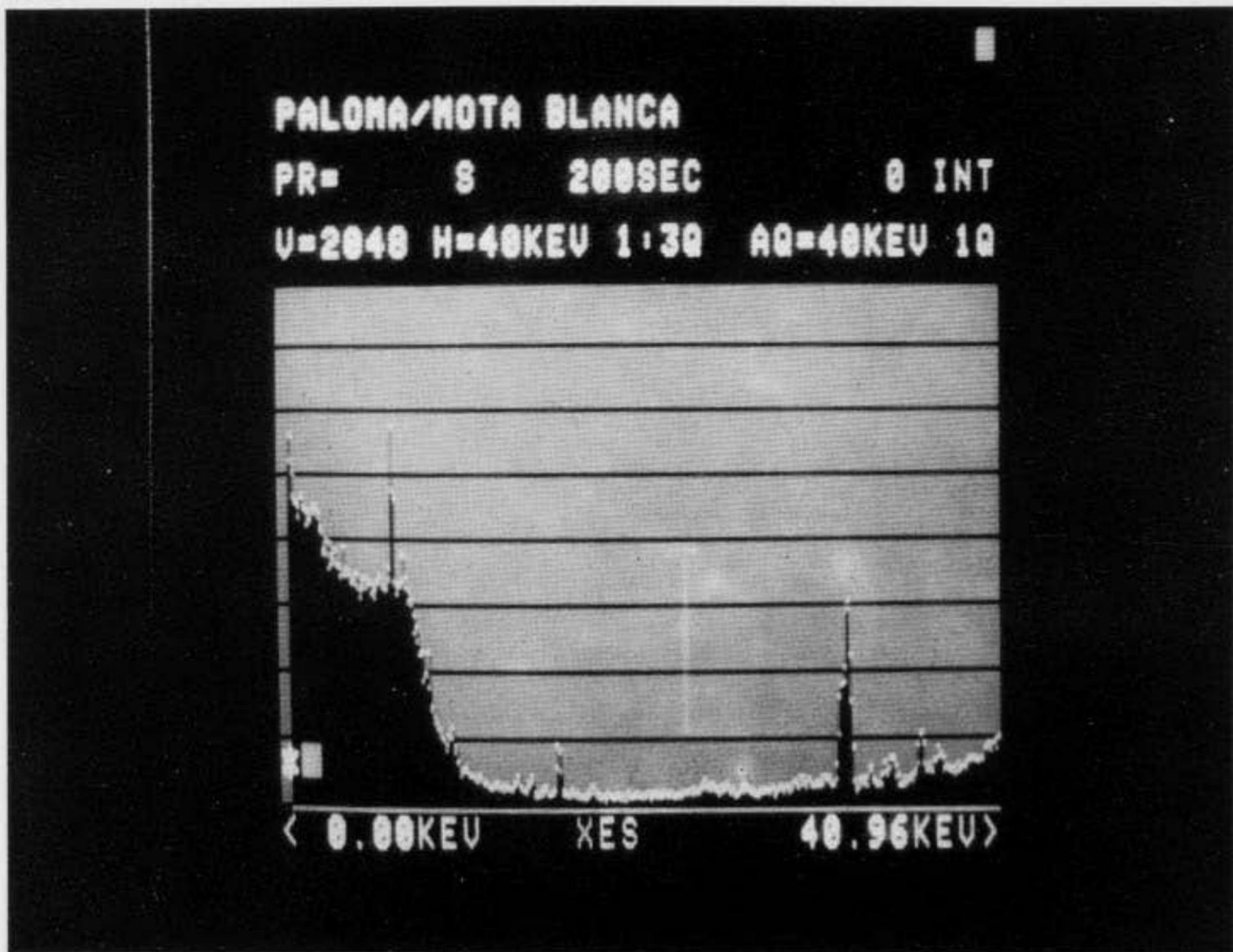


Lámina II - II: Análisis de pintura blanca. Fotografía del espectro. Comparando con la lámina II - I, puede verse claramente que no aparece ningún nuevo elemento que dé datos concretos sobre la composición de dicha pintura.

Dado el buen estado de la pasta en general, no se consideró necesario una consolidación profunda.

El pitorro, que como sabemos se hallaba fracturado y separado del resto de la pieza, se adhirió a la misma por medio de un adhesivo nitrocelulósico, que garantiza una buena adhesión así como una excelente reversibilidad inofensiva ¹¹.

CONDICIONES IDONEAS DE CONSERVACION EN EL FUTURO

Como a todo material inorgánico, conviene tenerlo expuesto en unas condiciones de humedad relativa más bien bajas —alrededor del 45 %—, a lo cual puede contribuir la presencia en la vitrina de exposición de un agente desecante como el gel de sílice con indicador de cobalto que se cambiará en cuanto haya virado su color del azul al rosa. Asimismo, las condiciones de iluminación deberán ser controladas, no siendo conveniente exceder los 150^o Lux.

Si bien el aspecto del objeto tratado no presenta aparentemente ningún cambio espectacular —que es lo que habitualmente se espera en este tipo de tratamientos— se ha asegurado a la pieza una inercia de su materia constituyente que, atendiendo a las propuestas dadas para su posterior conservación, podrá continuar sin ningún tipo de alteración.

Los trabajos fueron realizados en el Instituto de Restauración y Conservación de Obras de Arte, sección Arqueología, de Madrid, durante los meses de octubre y noviembre de 1982.

11) Se usó, concretamente, Imedio Banda Azul.

Se comprobó que se trataba de un carbonato tomando una pequeña muestra con un bisturí y atacándola sobre un porta de cristal con una gota de ácido nítrico, produciéndose la característica reacción ácido-base con desprendimiento de anhídrido carbónico.

Una vez detectado el carbonato, sólo podía tratarse de un carbonato básico de Pb, o de un carbonato de Ca, ya que el resto de los pigmentos blancos existentes en la naturaleza son compuestos en forma de óxidos, sulfuros, sulfatos, etc.⁹

A continuación la muestra a analizar, sin ser separada del objeto, fue aislada del mismo por medio de una placa de cera a la cual se le practicó una pequeña ventana circular, que se presentó al ojo de la fuente detector. En ningún momento se detectó en la muestra el elemento Pb (n.º atómico 82), aunque tampoco se identificó Ca, lo cual puede deberse al bajo número atómico de este último elemento, que el aparato no es capaz de detectar, o bien a la poca concentración que del mismo presentaba la muestra.

Por lo demás, y estando la pieza limpia en superficie, no se llevó a cabo ningún otro análisis de laboratorio, a excepción de los encaminados a detectar en el interior de la pasta la presencia de sales solubles, los cuales se hicieron, como es habitual en estos casos, una vez iniciado el tratamiento.

Cabe por último añadir un dato que podría reforzar la teoría de la aplicación de esta pasta blanca una vez cocida la pieza. En los platos y fuentes del mismo yacimiento en que los meandros decorativos están rellenos de una sustancia semejante a la que nos ocupa, se advierte, por medio de observación al microscopio, unas inscripciones llevadas a cabo con algún elemento metálico de punta muy fina, destinadas sin duda a facilitar la adhesión del pigmento blanco y su aglutinante al soporte cerámico ya cocido.

EL TRATAMIENTO DE RESTAURACION Y CONSERVACION LIMPIEZA PREVIA

A pesar de haber sido lavada la pieza en el yacimiento, algunas sales insolubles en forma de concreción, carbonatos la totalidad de ellas, permanecían adheridas sobre la superficie ocultando parte de la misma, especialmente una gran concreción sobre el costado derecho del cuerpo de la paloma.

Se procedió a su eliminación por medio de un ataque ácido. Dado que existía la posibilidad de que bajo esta gran concreción permaneciera algún

9) MAX DOERNER: «Los materiales de pintura y su empleo en el arte». Editorial Reverté S.A. 1978. Pág. 53 y ss.

resto del pigmento blanco ya analizado, este ataque se llevó a cabo tomando cuidadosas precauciones. En primer lugar se intentó con una concentración relativamente baja de ácido nítrico en alcohol (10%) lo cual permitía controlar la penetración del ácido. Así mismo, para reducir aún más esta última, se humedeció la pasta con agua desmineralizada en la zona a tratar.

Se descubrieron, una vez eliminadas las concreciones de carbonatos, pequeños restos de pigmento blanco, en estado muy frágil y poco adheridos al soporte.

DESALACION

Se llevó a cabo por el habitual procedimiento de lavados intensivos en agua desmineralizada, efectuando diariamente la prueba standart de cloruros por medio de ácido nítrico y nitrato de plata. El tratamiento duró 20 días, permaneciendo la pieza la última semana en el baño, aunque el test daba negativo, como medida de prevención.

Es necesario apuntar las precauciones que se tomaron con respecto a la pintura blanca, ya que aparentemente bien sujeta al soporte, se sabe de otros casos en los que se ha desprendido durante las inmersiones, pérdida totalmente irreversible. Por otra parte, aunque no llegaron a desprenderse, estos pigmentos, del tipo de la creta, suelen hincharse en baños prolongados.

Para evitar estos inconvenientes, y dado que considero casi imprescindible el tratamiento de desalación, que en algunas otras obras puede obviarse, se decidió llevar a cabo una fijación superficial por medio de un copolímero acrílico ¹⁰ disuelto al 10 % en tolueno. Esta solución se aplicó a pincel sobre las bandas rojas a pesar de que ofrecían buena resistencia al agua, pero se usó principalmente para impregnar las pequeñas gotas de pintura blanca. Hubo un ligero amarilleamiento de este último color que desapareció al eliminar la capa de protección una vez finalizado el tratamiento.

La desalación se llevó a cabo sin pérdidas aparentes de ningún tipo de pintura. Durante los cepillados a los que la pieza fue sometida entre cambio y cambio de agua desmineralizada, se terminaron de eliminar las pequeñas manchas y adherencias terrosas adheridas a su superficie.

Se secó en estufa a 120°C, procediendo luego de esta operación a la eliminación de la materia con la que se le dio la capa de protección, la cual se llevó a cabo permaneciendo la pieza en una atmósfera saturada del disolvente —tolueno— por espacio de cinco días.

10) Se usó, concretamente, Paraloid, de Rohm and Haas.

JOSE S. SERNA

Albacete ha perdido una verdadera institución de la literatura local. El pasado 20 de mayo moría en su ciudad natal José S. Serna, “el maestro Serna” el “Patriarca de las Letras Albacetenses”, el que con justicia puede ser considerado como el principal animador y el verdadero centro neurálgico de la vida literaria de la ciudad durante el último medio siglo de su historia.

Nacido en Albacete el 30 de noviembre de 1907, su nombre completo, José Salustiano Andrés Serna Pérez, se simplificó para la Literatura en 1922, aún no cumplidos los 15 años de edad, cuando la publicación de su primer artículo. Desde entonces su firma literaria ha sido inquebrantable: José S. Serna.

Las dos actividades de su vida han sido la profesión de abogado - que ejerció brillantísimamente - y la vocación de escritor. Estudió la carrera de Derecho, por libre, en la Universidad de Murcia, licenciándose en 1929 e incorporándose al Colegio de Abogados de Albacete el 2 de diciembre de 1935. Gracias a la profesión ha podido vivir con dignidad, alimentar y educar a su numerosa familia, y dedicarse por entero a su vocación más entrañable y verdadera: la Literatura. En cierta ocasión, con verdadero orgullo, le hacía esta confidencia entrañable a su venerado maestro Azorín, también abogado y escritor: *“Yo vivo de la profesión y para la Literatura”*. Y esta fue, para siempre, la norma de su vida. La profesión para vivir, para poder sacar adelante a la familia. Pero la vocación literaria para sentir, para soñar, para gozar la vida plenamente, con la mayor intensidad; para conseguir eso que ahora está tan de moda y que constituye el ideal de la vida humana: la realización personal.

Esta relación funcional entre la profesión y la vocación, sin embargo, a mi entender, ha sido fatal para su verdadera consagración literaria en un ambiente más amplio que el de los límites provinciales. En 1922, en sus años mozos, cuando José S. Serna empezaba a escribir en serio, cuando estaba impregnado hasta los tuétanos de la más natural y positiva rebeldía literaria, parecía destinado a los más brillantes destinos dentro del campo de las Letras. Pero José S. Serna no se atrevió nunca a imitar a sus contemporáneos (Artemio Precioso, Mariano Tomás, Roberto Molina, Huberto Pérez de la Ossa) o a los que más tarde pueden considerarse sus discípulos (Rodrigo Rubio, Antonio Beneyto), que tuvieron la valentía de dejarlo todo (y sobre

todo la seguridad de una profesión, de un sueldo cotidiano) para dedicarse de lleno, por entero, en cuerpo y alma, a la Literatura. De haberlos imitado, si hubiera escapado de la vida provinciana, quizás hubiera llegado a ser un escritor famoso, a escala verdaderamente nacional e incluso internacional. Pero ésta es la gran miseria de esta nación subdesarrollada en que nos ha tocado vivir, y mucho más en una provincia como la nuestra. En este país es casi totalmente imposible vivir de la Literatura. Por eso son muy pocos los que intentan abandonar la seguridad burguesa de una profesión o de un empleo para realizar plenamente su vocación intelectual, ya sea literaria, investigadora o científica. Los que lo intentan son considerados socialmente como unos visionarios o como unos locos. Pero sólo estos visionarios o estos locos, con su trabajo enteramente dedicado a la vocación, son capaces de escalar las cimas más altas de la cultura del país.

Sin embargo, José S. Serna, que sabía todo esto muy bien, estaba contento con su suerte y pretendía vivir en el retiro provinciano, “ni envidiado ni envidioso”, como los grandes genios y hombres de bien, que siempre han estado por encima de las glorias mundanas. Por eso declaró en cierta ocasión a un periodista: *“Me agrada que me llamen escritor provinciano. Cuando Pe-mán estrenó **Los monos gritan al amanecer** le llamaron así. Pero en el trá-fago de Madrid nunca hubiera podido escribir mi **Diccionario**.”*

Pero quizás la culpa de todo corresponda a la dualidad de vocaciones. Porque lo que Serna llamaba “la profesión” en realidad era otra verdadera vocación, y tan sentida como la vocación literaria. Porque sólo un hombre que es capaz de sentir la abogacía como una auténtica gran vocación de su vida es capaz de escribir cosas como esta: **“Solo el abogado es capaz de no sentir el desaliento ante tantos caminos sin posada a la vista. Por eso sabe cubrir de alegría su sufrimiento, disimular las heridas diarias, vestir de ilusión los cotidianos desengaños. Es la fuerza de choque, la que lucha en vanguardia, la infantería del Derecho...”**. Estas palabras son tan hermosas y tan exactas que yo, por no ejerciente uno de los miembros más insignificantes del Ilustres Colegio de Abogados de Albacete, me atrevo a pedir desde aquí a mis colegas que las manden grabar en una placa de bronce y la coloquen en el umbral de la sede del Colegio, en la portada principal de la Audiencia Territorial, como homenaje póstumo a José S. Serna, ese gran abogado y escritor que hemos perdido todos.

Desde el punto de vista literario, José S. Serna ha cultivado todos los géneros (novela, cuento, biografía, teatro, ensayo, investigación, periodismo, oratoria...). Y en todos ellos, como ha dicho José Sánchez de la Rosa, su compañero en el periodismo, *“aparece siempre su personalidad desbordante. Con Serna es fácil introducirse en ese mundo ameno y diverso del libro en cualquiera de sus formas”*.

Los periódicos serían su primer campo de acción, y ello era natural en una provincia como la nuestra donde no existían, ni existen, editoriales comerciales que den salida a la producción literaria. Más tarde vendrían los primeros folletos, editados tímidamente por el propio autor, con ayuda incluso de la propaganda de algunos comercios e industrias albacetenses que actuaron en aquellos tiempos como auténticos mecenas de la Literatura. Finalmente, ya en la madurez, con la vida económica de la familia asegurada, el esfuerzo privado daría para más y los folletos se convertirían en libros espléndidos, editados sin ayuda oficial, en el mayor de los sacrificios.

Con todo esto no es exagerado rectificar la frase de Larra. Si "escribir en España es llorar", escribir en Albacete es morir de angustia. Solo la cruda realidad de este aserto explica que escritores como José S. Serna, Francisco del Campo Aguilar, Rafael Mateos y Sotos, Joaquín Sánchez Jiménez y tantos otros, dejaran al morir decenas de libros inéditos (y que siguen aún sin editarse), y que escritores como Ramón Bello Bañón, Alberto Mateos Arcángel y Juan José García Carbonell, por citar tan solo los más sangrantes, permanezcan aún inéditos para las librerías y para las bibliotecas. Quienes únicamente se han salvado de toda esta penuria editorial han sido los periódicos, que en la provincia de Albacete han logrado tener un raro florecimiento. Y para el escritor provinciano el periódico, la revista, constituía el único medio de expresión y de divulgación de sus producciones literarias. Gracias a los periódicos, hasta los más humildes, provincias como la nuestra no han sido totalmente un auténtico desierto literario. ¡ Y cuántos libros, que podrían haber ganado incluso premios nacionales o haber influido en la investigación o en la ciencia del país, permanecen ocultos, olvidados y desconocidos para siempre en las páginas amarillentas de los periódicos albacetenses! Porque los albacetenses hemos publicado pocos libros, es cierto, pero tampoco nos hemos preocupado de guardar las colecciones completas de nuestros periódicos y revistas. Y eso que en esos pocos ejemplares que conservamos se contiene el más valioso testimonio de nuestra cultura provincial.

José S. Serna empezó su carrera literaria a los doce años, escribiendo treinta y dos cuadernos de aventuras con la historia de Dick Smith. Posiblemente aún se conserven estos borradores infantiles en su archivo particular. Un tesoro sentimental entrañable. Dos años más tarde, cuando tenía catorce años, publicaba su primer artículo literario en el semanario *Albacete* del 24 de septiembre de 1922: "*El placer de la reconciliación.*" Era el relato de dos enamorados que discutían en un jardín, para finalmente reconciliarse y quedar más enamorados que nunca. Y Serna terminaba con esta exclamación: "*¡Cuántos amantes no habrán roto sólo por el placer de la reconciliación!*"

Aquello fue el principio de una intensa actividad periodística, desarrollada primeramente como colaborador literario. Más tarde como un verdadero reportero, haciendo entrevistas e incluso crónicas de sucesos, como un genuino sabueso de la noticia. Y volviendo finalmente al ensayo literario y sobre todo al artículo breve, ese género tan difícil en el que sólo triunfan los auténticos maestros y por lo único que el periodismo puede ser considerado como Literatura. Dentro de su carrera periodística, José S. Serna fue colaborador, redactor de plantilla, fundador y director de periódicos. El 30 de julio de 1931, Serna fue uno de los fundadores de la Asociación de la Prensa, desempeñando durante varios años el cargo de Secretario de su Junta Directiva. Por todo ello, su nombre no puede pasar desapercibido en la Historia de la Prensa de Albacete.

Entre los muchos periódicos donde aparece habitualmente su firma, hemos encontrado los siguientes: *Albacete* (1922-23), *Albacete Literario y Artístico* (1923), *Izquierda Liberal* (1922-26), *El Diario de Albacete* (1922-36) *La Región* (1923), *Centauro* (1924-25), *Albacete en Fiestas* (1927-31), *Albacete, Feria y Fiestas* (1928-35), *Voz del Pueblo* (1930), *Eco del Pueblo* (1930-31), *Juventud* (1933), *Cartel de Feria-Guía de Albacete* (1935). *Albacete* (1942-53), *La Voz de Albacete* (1953-...), *Crónica de Albacete* (1972-78), *La Verdad* (1973-...).

Pero su firma era también habitual en periódicos nacionales e incluso internacionales. En este sentido, su actividad más importante fue a partir de 1927, cuando tenía exactamente veinte años de edad, colaborando en los diarios madrileños *La Voz y Heraldo de Madrid*, en ambos con una sección fija que se titulaba "Crónicas albacetenses". Precisamente en *Heraldo de Madrid* publicaría su entrevista más famosa, la realizada en 1933 a Federico García Lorca, que más tarde sería recogida íntegra en sus Obras Completas, editadas por Aguilar. Estas colaboraciones de ámbito nacional continuaron a lo largo de toda su vida, sobre todo en *La Unión Ilustrada*, de Málaga, y en *Las Provincias*, de Valencia, así como en los periódicos madrileños *Mundo Gráfico*, *Literatura*, *El Sol*, *Informaciones*, *ABC*, y posteriormente en *Insula*, *Diario SP* y en la revista *SP*. En un ámbito ya claramente internacional, colaboró en la *Revista Americana*, de Buenos Aires, donde publicó un ensayo con la biografía de Baudelaire.

Pero su actividad periodística más auténtica la ejerció en otros periódicos de su tierra. Sobre todo en el diario republicano *Hoy* (1932), donde fue redactor de plantilla y alternó el artículo y la información literaria con la entrevista y la crónica periodística más pura.

Aparte de todo esto, la contribución más importante de José S. Serna al periodismo de Albacete reside en el hecho de haber sido el fundador y principal redactor de cuatro revistas literarias fundamentales para el conociemien-

to de la cultura albacetense de nuestro siglo: *Agora* (1934-36), de la que fue director y fundador; *Cal y Canto* (1959-61), de la que fue fundador y redactor; *Revista de Albacete y de su feria* (1947-56), de la que fue director literario desde 1948; y finalmente, *Feria* (1957-82), que ha dirigido hasta su muerte. Su firma también ha figurado en las otras dos revistas fundamentales de la cultura albacetense: la literaria *Barcarola* (1979-83) y la de investigación *Al-Basit* (1975-83), con lo que puede decirse que, hasta el mismo día de su muerte, José S. Serna fue el alma principal del impulso literario de su ciudad natal.

Las verdaderas obras completas de José S. Serna están publicadas en todos estos periódicos y revistas. Ahí, más que en sus libros, es donde reside toda su gloria literaria. Habría que ir publicando selecciones de todas estas colecciones de prensa, y el resultado de la búsqueda daría muchos volúmenes interesantísimos para el conocimiento de la vida albaceteña de nuestro siglo. Sólo teniendo presente toda esta ingente producción, de la más alta calidad literaria, podría ser comprendida y valorada con plena justicia la verdadera talla intelectual de José S. Serna. El Instituto de Estudios Albacetenses empezará el rescate de toda esta gigantesca producción literaria dispersa en los periódicos, publicando cuanto antes una antología de los artículos de Serna dentro de la serie a punto de aparecer "Clásicos Albacetenses". Será el homenaje póstumo de la más importante institución cultural de Albacete, que se honraba teniéndole entre sus miembros de número.

La lista completa de los folletos y libros publicados por José S. Serna es la siguiente:

1.— *Piruetas de la vida*. Novela. Portada de Correa. (Albacete, 1925, 32 p.) La remitió a Eduardo Zamacois y el gran novelista le escribió una carta en la que vaticinaba el destino de Serna como escritor: "No dude usted de que le esperan en la carrera literaria triunfos envidiables, pues le adornan las principales cualidades que todo buen escritor debe tener."

2.— *El destino lo quiere...* -Novela. Prólogo de Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Sérvulo. (Albacete, Guirado y González, S. en C., 1925, 30 p.)

3.— *Cuaderno Sentimental*. (Estampas albacetenses). Portada de Sérvulo. Prólogo de Eduardo Zamacois. Epílogo de Francisco Belmonte. (Albacete, Tip. Guirado y González, S. en C., 1928, 84 p, 6 h. de propaganda, fotografía del autor). Posiblemente se hizo una segunda edición en el mismo año, 1928. En el autorretrato que se publica al principio del libro, confiesa: "Soy bueno y pobre y sentimental. Para mí ojal quisiera la sonrisa sangrienta de la ironía, porque la ironía es la rosa de los espíritus selectos - pétalos de delicadeza y espinas de elegante amargura -. La vida y los Maestros no me

trataron demasiado duramente, y pregunto a la Duda si fue para el arte mi torpeza excesiva. Sólo puedo deciros que la Belleza se desnudó para mí una noche de luna, y yo la besé temblorosa y apasionadamente en los labios, en los ojos, en la frente..." El libro es una colección de estampas literarias sobre la ciudad, el parque, la calle Mayor, el carnaval, el puente de Madera, el pasaje de Lodares, el Liceo, la Biblioteca Municipal, la Feria, la inevitable navaja, etc. Imprescindible para calar el alma sentimental del Albacete de los años 20. Literariamente delicioso.

4.— *Yo perdonaré*. Drama. Prólogo de Eduardo Zamacois. (Albacete, Tip. Antonio González, 1933, 31 p.) La obra fue estrenada en la Escuela Normal de Maestros de Albacete el 20 de mayo de 1933, por los actores Ramón Castellanos, Carmen M. Cebrián, Deogracias Laguna y Teresa Juncadella. La puesta en escena, bellísima, corrió a cargo del famoso escultor Ignacio Pinazo. Fue comentada en tonos muy elogiosos por los periódicos locales, e incluso por alguno de ámbito nacional, como *Heraldo de Madrid*. Representada de nuevo en 1964, en el Club Universitario de Albacete, en un merecido homenaje a José S. Serna, en el que los actores de Radio Albacete leyeron también una antología de sus obras.

5.— *Siete caricaturas literarias*. (Albacete, Tip. Antonio González, 1934, 32 p., grab). Ilustrada por Antonio Rodríguez Romera, y editada por los siete personajes caricaturizados y el autor. Los títulos de las caricaturas son los siguientes: José María Requena, melancólico y doctoral; Luis Cañamares o la benevolencia; Matías Gotor, ególatra y espiritual; Eleazar Huerta, el poeta de los **nilómetros**; Antonio R. Romera, o un hombre y su chalina; Eduardo Villena, o la esplendidez excesiva; y Ramiro Gálvez, don Juan cosmopolita.

6.— *El hombre que murió de un discurso*. Cuentos. (Albacete, Ed. CLAU, 1951, 179 p., 2 h. Colección *El Lagarto al Sol*, núm. 40, Madrid). Era una selección de sus cuentos escritos entre 1924 y 1951. Serna comentaba irónicamente que, a pesar de la antigüedad de alguno de estos relatos, sin embargo en una reseña de *ABC* se decía que reflejaban "una inquietud actual". Comentarios igualmente elogiosos para este libro aparecieron en *Ya*, *Dígame*, *Triunfo*, etc. Sobre todo destacaron los elogios de los escritores albacetenses que entonces estaban en la cima de la literatura nacional: Mariano Tomás: "*A la forma impecable se une unas veces el interés dramático, otras la emoción y, en la mayor parte de ellas, lo más difícil de lograr: el humor dulce y melancólico, el que no hace casi sonreír porque no llega a ser sátira y se queda en mirada compasiva hacia lo que nos rodea.*" Y Roberto Molina: "*Hay en estos cuentos, ante todo, una justeza de estilo y una fuerza o virilidad literaria muy de estimar en unas muestras que son buenos estudios psicológicos.*" Pero el que llega totalmente al colmo del elogio es el gran periodista Francisco del Campo Aguilar: "*Con estos cuentos, Serna se incorpora,*

sencillamente, a la categoría de un Maupassant, de un Blasco Ibáñez, de una Pardo Bazán."

7.— *Toreo y azar de Pedrés*. (Albacete, Tip. Antonio González, 1952, 187 p., 2 h. con fotografías). Es algo más que un libro de toros y que una biografía de un torero famoso de la tierra. Es también una estampa inapreciable del Albacete de los años 50, que habrá que tener en cuenta a la hora de conocer el pasado histórico de la ciudad.

8.— *Esas vidas en mi espejo... (Memorias de un escritor provinciano)*. (Revista *Cal y Canto*, núm. 2, invierno 1960, pp. 79-85; núm. 3, septiembre 1960, pp. 85-95 y núm. 4, marzo 1961, pp. 89-102). Son una deliciosa crónica del pasado sentimental de la ciudad de Albacete, con el pretexto de algunas notas autobiográficas. Un libro quizás aún inédito en su parte final, al interrumpirse la publicación de la revista donde se editaba por entregas.

9.— *Vida y fantasía de Azorín*. (Albacete, Tip. Antonio González, 1965, 166 p., 5 h., lám.). Es la ampliación de un artículo con el mismo título por el que Serna había ganado en 1963 el premio periodístico "Graciano Atienza". Era el resumen de todos los contactos literarios y afectivos con el gran maestro de Monóvar, por quien Serna tenía una especial veneración. El libro mereció la total aprobación escrita de Azorín y tuvo una continuación en "*Albacete, siempre*", del que hablaremos más tarde, recopilación de todos los textos azorinianos sobre nuestra provincia.

10.— *Cómo habla La Mancha. Diccionario Manchego*. (Albacete, Tip. Julián Gómez Avendaño, 1974, 414 p., 1 h.). Fue completado más tarde con un suplemento publicado por la Real Academia de la Lengua, publicado en la revista *Al-Basit*, núm. 8, julio 1980, pp. 185-202, con una introducción de Domingo Henares. Y en este mismo año de su muerte, 1983, se ha publicado una segunda edición del Diccionario Manchego, aumentando la primera con los nuevos vocablos publicados por la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Este libro de investigación ha sido, quizás, el que mayor gloria literaria ha dado a José S. Serna. La Real Academia Española le dio pronto el espaldarazo oficial, incorporando las voces a sus ficheros, habiendo admitido en la actualidad ya varias palabras o artículos. El libro fue solicitado por gran número de universidades de todo el mundo, incluso del Japón.

Aparte de todos estos libros propios, José S. Serna ha intervenido también como director, redactor o recopilador, en otros libros ajenos o colectivos, entre los que se encuentran los siguientes:

1.— *Albacete, Ciudad. Primer Centenario 26 de noviembre de 1962*. (Albacete, Excmo. Ayuntamiento, 1962, 71 p., lám.) Dirección literaria de José S. Serna. Colaboraciones de José Gómez-Rengel y Rodríguez de Vera,

Francisco del Campo Aguilar, José S. Serna, Antonio Andújar, Ramón Bello Bañón, Matías Gotor y Miguel Cruz Hernández.

2.- *Albacete. España en Paz*. (Madrid, Publicaciones Españolas, 1964, 96 p., 3 h., map., fotografías). Introducción literaria de José S. Serna. Redactado por un equipo técnico del Gobierno Civil y Jefatura Provincial del Movimiento de Albacete. Contiene un disco de canciones populares de Albacete, seleccionadas por la profesora Carmen Ibáñez Ibáñez. (Madrid, Sonopresse Española, 1964).

3.- AZORIN: *Albacete, siempre*. Recopilación, prólogo y notas de José S. Serna. (Albacete, Excmo. Ayuntamiento, 1970, 130 p., 1 h., con fotografías). Es el resumen documental de toda su gran admiración azoriniana, y un texto imprescindible a la hora de pensar en una imagen literaria de la provincia de Albacete. Recoge casi todo cuanto Azorín escribiera sobre nuestra provincia.

En cuanto a su obra inédita, tenemos las referencias que él mismo nos proporcionara antes de su muerte. En 1928, cuando la publicación del *Cuaderno sentimental*, decía que tenía en preparación tres libros: la novela *Un drama viejo*; *Olvidada* (cuentos del Dolor y del Amor); y *Perdonar* (Drama en un acto). Solo éste último fue publicado y estrenado en 1933, como ya hemos visto.

El 28 de abril de 1978, en el "Curriculum vitae" remitido al Instituto de Estudios Albacetenses con motivo de su nombramiento como miembro de número, decía tener "pendiente de publicación, o sea conclusas e inéditas en este momento", las obras siguientes:

- a).- *Don Quijote, Baudelaire y otros ensayos*. (Libro).
 - b).- *Un drama demasiado vulgar*. (Novela corta; folleto). (Quizás sea la misma que en 1928 titulaba *Un drama viejo*.)
 - c).- *Hombres de tierra*. (Novela; libro, premiado por la Diputación Provincial en 1957.)
 - d).- *Relaciones entre La Mancha y Cataluña*. (Folleto; premio de la Pontificia y Real Academia Bibliográfica - Mariana, de Lérida, en 1975.)
 - e).- *Parcent - Miró*. (Libro; sobre Gabriel Miró.)
 - f).- *Benjamín Palencia, genio de la pintura*. (Premio del Ayuntamiento de Barrax en 1975.)
 - g).- *La feria de los brazos abiertos*. (Ensayo, premio Los Llanos, 1975.)
- En otro lugar también confiesa otro libro inédito:
- h).- *Ventura y aventura de Descartes*. (Ensayo.)

Y, como ya hemos dicho, a todos estos títulos habría que añadir una buena decena de libros de más de doscientas páginas cada uno que podrían sa-

lir espigando sus numerosas e interesantes colaboraciones de prensa.

También habría que añadir aquí sus numerosas conferencias, la mayor parte sobre temas literarios (una de ellas sobre uno de sus autores favoritos: Baudelaire), o sobre la Mancha, e incluso sobre flamencología (atreviéndose a pronunciar ésta incluso en el propio Cádiz, lo que es índice de su valor, puesto que en aquella ocasión sus oyentes podrían ser las mayores autoridades sobre el tema). En los recitales itinerantes de los poetas albaceteños de los años 50 y 60 (Antonio Andújar, Tomás Preciado, Ramón Bello Bañón, José María Blanc, Juan José García Carbonell...) solía hacer las semblanzas de cada uno de ellos. Las embajadas poéticas llegaron a muchos puntos de la geografía provincial: Hellín, Tobarra, Villarrobledo, Almansa, Tarazona de la Mancha...

No cabe duda de que toda esta ingente labor supone un gran esfuerzo. Pero la clave se encuentra en la confianza que hacía a su amigo y compañero Domingo Henares en una de sus últimas cartas: *"Todo se resume en un sólo verbo, del que huye la mayoría: trabajar."* Aunque en otra parte matizaría esta afirmación: *"Hay quien mantiene -Cela, por ejemplo- que la inspiración no existe, que lo esencial es el trabajo. Yo creo en la inspiración, ese quid divinum que hace que las cosas se escriban sin saber muy bien por qué, pero insisto en que el trabajo es fundamental."*

Sin embargo, a pesar de toda una vida dedicada al trabajo literario, el conjunto de su obra no es demasiado voluminoso en páginas. Serna es un escritor conciso, breve, que huía de la retórica, que remataba los conceptos más complicados y elevados en unas cuantas frases atinadas y exactas, sin repeticiones inútiles ni explicaciones farragosas (aunque a veces solía escaparse por los cerros de Ubeda de la erudición y de la memoria.) También en su pensamiento está la clave de esta actitud literaria: *"Buen lector de Gracián hui siempre de la pesadez.... Lo bueno, al ser breve, fue bueno dos veces... El "dulce cisne del Avon" aseguró que la brevedad es el alma del talento. Y cuando no está a nuestro alcance la shakesperiana brevedad del talento, hay que tener el talento de la brevedad."*

En su retiro provinciano siempre añoró los años mozos de su bohemia madrileña, y esta añoranza le hacía buscar desesperadamente, aunque fuera muchas veces tan sólo por carta, la amistad con los más grandes escritores de su tiempo. Conoció a la mayor parte de ellos en sus años de periodismo madrileño, publicando multitud de entrevistas a los autores que entonces gozaban de la mayor actualidad y renombre. Gracias a él se consiguió que viniera Unamuno como mantenedor de unos Juegos Florales en Albacete, en 1932, quizás los únicos que presidiera en su vida el venerable rector de Salamanca tan reacio a aquellas fiestas mundanas más que poéticas. Serna fue su compañero inseparable en Chinchilla y Albacete, y el celoso guardador

de sus valiosas confidencias orales sobre nuestras tierras, algunas de las cuales publicó Unamuno más tarde. Otro tanto pasó con la visita de García Lorca en 1933 a Albacete y Alcaraz. Pero su amistad más sentida fue para Azorín, al que consideraba su verdadero maestro literario, al que realmente reverenciaba como a un padre. (Más tarde, otros muchos sentiríamos lo mismo por él, considerando a Serna como a nuestro "maestro".) Esta vieja, constante y apasionada amistad personal con Azorín sería fundamental para conseguir algunas páginas inolvidables sobre Albacete, entre ellas el famoso "*Recuadro de Albacete*", que debería estar escrito en bronce o en mármol en algún monumento, y sobre todo, aquella frase vitalista azoriniana que puede figurar como mote de nuestro escudo: "*Albacete, siempre.*"

Ya hemos citado alguno de sus muchos premios literarios, a los que era muy aficionado a concurrir. Ganó alguno de los más importantes que se han otorgado en Albacete: los de la Diputación (1944) por sus *Comentarios al discurso de las Armas y las Letras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; y 1957 por su novela *Hombres de tierra*. Ambos trabajos lamentablemente inéditos, ya que el raquitismo del mecenazgo literario en Albacete no daba para la edición de los libros. (Así han quedado inéditos trabajos fundamentales e interesantísimos para la difusión de la cultura provincial.) Lo mismo ocurriría con *La Feria de los brazos abiertos*, Premio Los Llanos 1975, a punto de terminarse como libro por una editorial privada, pero que el autor, por las dilaciones editoriales, falleció sin ver publicado. Otros trabajos inéditos, premiados en concursos, fueron *Relaciones entre La Mancha y Cataluña*, Premio de la Pontificia y Real Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, 1975; y *Benjamín Palencia, genio de la pintura*, Premio del Ayuntamiento de Barrax 1975. A lo largo de su vida ganó otros muchos premios de menor importancia, convocados por el Ateneo Albacetense, Colegio Notarial, Unión Agraria Provincial, Colegio de Procuradores, Círculo Mercantil e Industrial, etc., etc.

Junto a los premios literarios hay que hablar también de las distinciones profesionales, sociales y literarias que han jalonado merecidamente su larga vida de esfuerzos y desvelos por su tierra natal. Así, en 1959 se le concedió la Medalla de Oro de San Raimundo de Peñafort del Mérito a la Justicia; en 1974 fue designado Escritor del Año, por el diario La Voz de Albacete; en 1982, Manchego del Año, por la Casa de la Mancha en Madrid; y en 1983, Académico correspondiente para La Mancha por la Real Academia Española de la Lengua. Este fue el triunfo de su vida que más le llenó de alegría y satisfacción: lo confesaba alborozado, como un niño-hombre, que por fin recibe un regalo de su talla. El triunfo le llegaba muy tardíamente, tan sólo unos pocos días antes de su muerte. La Real Academia le envió el nombramiento, con fecha 7 de abril de 1983, por acuerdo unánime y en atención "a sus co-

nocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables." El diploma venía firmado por el Director, Pedro Laín Entralgo, y el Secretario, Alonso Zamora Vicente. Y, finalmente, unos días escasos antes de su partida, el Ateneo Albacetense proponía la celebración de un homenaje y que el Ayuntamiento designara con el nombre de José S. Serna a una calle de la ciudad. Esta es una deuda que tiene la nueva Corporación y que estamos seguros de que ha de cumplir.

"Mi vida se muere -decía en 1928, en su "Cuaderno Sentimental"- entre los brazos eternamente levantados, insaciables de las dos interrogaciones del amor y del arte." Así vivió toda su vida. Con un brazo dirigido hacia el amor (a la tierra natal, a la esposa, a los hijos, a los amigos) y el otro dirigido hacia el arte, hacia la literatura, hacia la belleza. Porque *"la belleza se desnudó - para él- una noche de luna, y él la besó temblorosa y apasionadamente en los labios, en los ojos, en la frente..."*

Descanse en paz eternamente José S. Serna, ahora que para él todas las noches están ya para siempre iluminadas por la luna.

Francisco Fuster Ruiz